El BAILE de las CRIADAS

MARTA PLATEL

En una ciudad llena de secretos,
siempre hay alguien que todo lo ve.



PREMIO DE NOVELA
FERNANDO LARA 2026

AE&I

Índice

Portada

Portadilla

Premio de Novela Fernando Lara 2026

Dedicatoria

Cita

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

82

83

84

85

86

87

88

89

90

91

92

93

94

Nota de la autora

Agradecimientos

Créditos

EL BAILE DE LAS CRIADAS

Marta Platel

Premio de Novela Fernando Lara 2026

Planeta

Editorial Planeta convoca el Premio de Novela Fernando Lara, fiel a su objetivo de estimular la creación literaria y contribuir a su difusión.

Esta novela obtuvo el XXXI Premio de Novela Fernando Lara, concedido por el siguiente jurado: Pere Gimferrer, Nativel Preciado, Clara Sánchez, Ana María Ruiz-Tagle, y Emili Rosales, que actuó a la vez como secretario con voto.

El Premio de Novela Fernando Lara cuenta con el patrocinio de la Fundación Axa.

Para mi hermano, Emilio

Nunca había pensado que podría aprender algo de una criada.

TRACY CHEVALIER

La joven de la perla

Ningún ejército puede detener la fuerza de una idea cuando llega a tiempo.

VICTOR HUGO

1

2001

El timbre del teléfono lo sobresalta. Cuando reconoce el número, Mario está tentado de dejarlo sonar, fingir que no lo ha oído... Las llamadas del jefe de obra no suelen anunciar nada bueno. Respira hondo y desliza el dedo por la pantalla.

—Hola. ¿Qué hay de nuevo?

—Tenemos un problema.

La respuesta de su interlocutor no le sorprende.

Frunce el ceño disgustado. Desde que comenzó la reforma de la casa, cada contratiempo se traduce en un aumento del presupuesto, ya de por sí elevado. De seguir así, acabará ahogado en un mar de deudas, como pronosticó su familia cuando le dijeron que era mala idea comprar una casa tan vieja. Mario no escuchó a nadie. Años atrás también le dijeron que se equivocaba al optar por la carrera de Historia en vez de seguir la estela paterna y estudiar Medicina.

Descubrió la casa una tarde lluviosa de primavera, o más bien la casa salió a su encuentro. Había quedado después de sus clases en la universidad con un agente inmobiliario para ver un piso en Esplugues de Llobregat. Aunque no llegaba a los cincuenta metros, a juzgar por las fotos de la página web parecía en buen estado y, además, podría pagarlo sin hipotecarse de por vida. Tampoco es que necesitara mucho más espacio. Sin embargo, a la salida de la Ronda de Dalt, un fallo del GPS hizo que se despistara y acabase en un

barrio residencial levantado entre frondosas colinas. Mientras serpenteaba por la carretera tratando de ubicarse, iba contemplando con desinterés las casas y los chalés, algunos con marcadas líneas vanguardistas que delataban su reciente construcción. Imaginó que sería un placer vivir en plena naturaleza y tan cerca de Barcelona. Tras doblar una curva atrajo su atención la silueta de una torre. Su cubierta piramidal rematada por una veleta sobresalía de un edificio de ladrillo y piedra gris. Ralentizó la marcha y trató de distinguirla a través de la cortina de agua que los limpiaparabrisas se afanaban en contener. Obedeciendo a un impulso, detuvo el coche frente a la verja y se acercó a curiosear.

Leyó el nombre de la propiedad en una placa oxidada en el muro: LA MIMOSA. Un poco más arriba el cartel de una inmobiliaria anunciaba que estaba en venta. Apreció entre los barrotes de hierro el cuidadoso esgrafiado de formas esbeltas y sinuosas que revestía el exterior desconchado, envuelto parcialmente por la hiedra. A ambos lados de la puerta, dos macetones cobijaban los restos marchitos de sendas buganvillas. Dedujo por el aspecto asilvestrado del jardín y la abundancia de ramas muertas que allí nadie había podado ni limpiado desde hacía tiempo.

Aquella casa desprendía un aura especial, casi misteriosa. No podía apartar los ojos de ella.

Desoyendo la voz del sentido común, sacó el móvil y acordó con la inmobiliaria una cita para el día siguiente. Aunque el piso de Esplugues de Llobregat había dejado de interesarle, Mario acudió a verlo para no quedar mal; durante el recorrido simuló interés en las explicaciones del vendedor, le hizo un par de preguntas sobre el vecindario y, deseoso de finalizar la visita, pidió una considerable rebaja en el precio final, aunque ya sabía que era innegociable.

No podía dejar de pensar en La Mimosa.

Dos semanas más tarde —tras emplear hasta el último céntimo de la herencia de su abuela en la entrada y de hipotecarse para cuatro décadas— era dueño de la casa.

Más allá del olor a moho y decadencia, de la suciedad y las heridas que el tiempo había infligido a los espacios, vislumbró la belleza de las molduras que remataban los techos, los exóticos arabescos de la escalera, las vidrieras multicolor que una vez pulidas bañarían los espacios de luz, las baldosas que aunaban geometría y flora...

La impaciente voz del jefe de obra, al otro lado de la línea, lo trae de regreso a la realidad y a los problemas.

—¡Mario! ¿Sigues ahí?

—Sigo aquí. ¿Cuánto me va a costar esta vez?

—No se trata de eso. A ver cómo te lo digo. ¿Recuerdas que querías trasladar la mimosa de sitio? —El hombre carraspea ligeramente nervioso.

—¡No se la habrán cargado! —exclama temiéndose lo peor.

—Tranquilo, el árbol está bien. Y ya es raro que haya durado tanto, esa especie vive cincuenta años como mucho. La cuestión es que, al cavar, han encontrado huesos.

—¿Qué?

—Huesos —repite más alto—. Hay huesos en tu jardín.

—Serán de algún animal —aventura Mario.

—Pues el cráneo parece humano.

—¡¿Cómo va a ser humano?! —Se aferra a la posibilidad de que el hombre se equivoque. Tiene que tratarse de los restos de la mascota de un antiguo inquilino.

—Están envueltos en una tela, más bien harapos —matiza el jefe de obra—. Les he dicho a los obreros que no toquen nada. Hay que avisar a la Policía, pero he preferido hablar antes contigo.

Mario se resiste a aceptar la idea de que sean los restos de una persona. La Policía abrirá una investigación, el juez paralizará las obras, a saber por cuánto tiempo. «Maldita sea», masculla tratando de mantener la serenidad.

—Entonces, ¿llamo a la Policía?

Mario no piensa tomar una decisión a ciegas. Antes quiere cerciorarse de que los restos son, en efecto, de su misma especie.

—De momento no llames a nadie —responde al cabo de unos segundos—. Voy enseguida.

2

Marzo de 1941

El chirrido metálico de las ruedas, seguido de un agudo silbato, anunció la entrada del tren en la estación. Melisa Arranz se asomó a la ventanilla con la ansiedad pintada en el semblante. En ese momento aún no sabía que su destino empezaría a escribirse ese día. El día que llegaba a Barcelona para trabajar de sirvienta. Se bajó del vagón con la inseguridad de quien pisa terreno desconocido. Apenas puso un pie en el andén, se vio arrastrada por una marabunta de viajeros que cargaban desvencijadas maletas de cartón sujetas con cuerdas o hatillos improvisados. Al igual que ella, la mayoría había dejado sus pueblos de origen para trabajar en la ciudad, y sus rostros mostraban las huellas de un viaje largo y agotador. Pese a que el tren iba atestado, en las numerosas estaciones donde se había detenido para dejar y recoger sacas de correo habían subido nuevos pasajeros, algunos sin billete, que habían buscado acomodo en las plataformas o en los pasillos dificultando el tránsito del resto de los viajeros. Durante las dieciséis horas que duró el trayecto desde Madrid, Melisa apenas se había levantado de su asiento de tercera clase por temor a que alguien lo ocupara, o peor aún, a que le robasen sus escasas pertenencias. Cogió con decisión la maleta y recorrió el andén buscando con la mirada a Lucía, su amiga de la infancia. Fue ella quien le había conseguido el empleo de criada en la casa donde servía desde hacía

dos años. «Es un buen trabajo y una buena familia», le había escrito en una breve carta plagada de faltas de ortografía: a Lucía no se le daban bien las letras. La propuesta no había suscitado en Melisa un entusiasmo excesivo, siempre había creído que sabiendo leer y escribir podría encontrar un trabajo mejor, pero eran tiempos difíciles y una huérfana sin dinero a poco podía aspirar. Pensó que debería considerarse afortunada de tener techo, comida y un sueldo, por pequeño que este fuera.

Seguía sin encontrar a su amiga. ¿Dónde se habría metido? Se detuvo en medio del andén para hacerse bien visible. A su alrededor pululaba un ramillete variopinto de personas. Un vendedor ambulante le ofreció agua anisada a cambio de una peseta. Melisa negó con la cabeza y apretó el bolso contra su pecho. Lucía le había advertido que anduviera con cuidado, la estación de Francia estaba siempre llena de rateros y sinvergüenzas a la caza de pueblerinos despistados.

Alzó la vista hacia la monumental marquesina metálica, y sus vidrieras proyectaron la tenue luz del sol de final de invierno sobre su rostro. En algunas zonas dejaba entrever los desperfectos provocados por los bombardeos que había sufrido durante la Guerra Civil. Tan ensimismada estaba que, cuando echó a andar de nuevo, chocó con una cría que arrastraba un muñeco descabezado. Cuando Melisa se disculpó, la niña le sacó la lengua.

Mientras dejaba atrás el ruidoso andén para dirigirse al vestíbulo, oyó a su espalda una voz familiar. Se dio la vuelta. Una chica delgada y de pelo corto corría hacia ella. Adivinó su uniforme de trabajo bajo un abrigo gris.

—Melisa, menudo susto me has dado. ¿No te dije que me esperases junto al tren? Creí que lo habías perdido —la regañó con cariño al tiempo que la abrazaba.

Melisa dejó la maleta en el suelo para devolverle el gesto.

—Como no llegabas, he pensado que igual me había confundido y me estabas esperando en la entrada de la estación. Ahora iba hacia allí.

—Lo siento, chica, es que en el último momento la señora me ha enviado a un recado. Bueno, deja que te vea. —Le cogió las manos y la examinó de arriba abajo—. Ya no me acordaba de lo alta que eres, casi tanto como tu padre. ¡Y qué guapa estás! Aunque tendremos que hacer algo con esa trenza y esos calcetines. ¡Que ya no estás en el pueblo! —exclamó mientras se colgaba de su brazo—. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Horrible. Muchas horas y demasiada gente. ¡He pasado un calor...!

—Si es que venden más billetes que asientos hay. ¿Te han pedido la célula de identidad y la autorización para viajar?

—Un par de veces. Tu padre me acompañó al cuartel de la Guardia Civil para que me dieran el permiso de desplazamiento.

Melisa recordó los nervios que había pasado cuando el guardia la asaeteó a preguntas. Que para qué quería viajar a Barcelona si allí no tenía familia, que una chica sola en una gran ciudad podía darse a la mala vida. Temió que el guardia civil se negara a estamparle el sello que le permitiría abandonar el pueblo. Por fortuna, el padre de Lucía lo convenció de que en la ciudad la esperaba un honrado puesto de sirvienta. Esa misma mañana Melisa compró el billete de tren.

—Por cierto, lamenté mucho la muerte de tu madre, Dios la tenga en su gloria. Era una buena mujer. Mira que sufrió a causa de tu padre, porque el hombre...

—Sí, ahora ya descansa en paz —la interrumpió Melisa. Al dejar el pueblo y la vida que había conocido hasta entonces, se había

prometido no mirar atrás—. Anda, cuéntame cómo es la casa. Apenas decías nada en tu carta.

—Pronto lo descubrirás por ti misma. Oye, antes de que se me olvide, les conté a los señores que tu padre cayó como un héroe en el frente de Belchite, luchando hasta el final con los nacionales. Como eres de Burgos, se lo han creído a pies juntillas.

—¿A santo de qué les has mentido? —preguntó Melisa contrariada.

—Ay, hija, qué inocente eres. Pues porque son falangistas y en su casa solo admiten a los de su cuerda. Y no has podido venir en mejor momento. Dentro de poco dan una fiesta por todo lo alto. Ya verás, ya, con qué clase de gente alternan.

Tras cruzar el imponente vestíbulo revestido en mármol y bronce salieron a la avenida del Marqués de Argentera, donde, al volante de un automóvil Hispano-Suiza, las esperaba un chófer uniformado. Lucía abrió la puerta trasera y empujó a su amiga al interior.

—Julián, el chófer del señor, aquí la nueva criada, Melisa, que acaba de llegar del pueblo —los presentó, y el hombre le dedicó una rápida mirada por el espejo retrovisor, sin decir palabra—. Si se entera el señor de que Julián me ha traído hasta aquí, se meterá en un lío, así que chitón, pero es que la estación está en el quinto infierno. Con el tranvía no llegaríamos ni para Navidad y la señora es muy exigente con la puntualidad.

A medida que el coche avanzaba entre el escaso tráfico, Melisa contempló fascinada la ciudad que se abría ante ella. Bajó un poco la ventanilla y se dejó acariciar por la brisa. Al llegar a las Ramblas, Lucía señaló un monumento sustentado en una columna de hierro decorada con carabelas.

—Es Colón —informó, aunque poco más sabía del descubridor de América.

Cuando rodearon la plaza Cataluña, Melisa se fijó en la gran águila que presidía la fachada de un edificio; quiso preguntar por él a su amiga, pero no le dio tiempo pues el vehículo pasó de largo y enfiló el paseo de Gracia. En el cruce con la avenida José Antonio Primo de Rivera, otra águila coronaba un obelisco.

—Es el monumento a la victoria falangista —le susurró al oído. En voz más alta, para que lo oyera el chófer, añadió—: El águila imperial representa a nuestro Caudillo. Este es el paseo más bonito de la ciudad, fíjate qué edificios tan raros. Nunca has visto nada parecido.

Melisa observó boquiabierta las enormes casas erigidas a derecha e izquierda del paseo. Pese a que le desconcertó la singularidad de sus extrañas formas, supo apreciar su belleza, especialmente la de una. Más adelante descubriría que se trataba de la Casa Batlló y que su fachada está inspirada en la leyenda de san Jorge, patrón de Cataluña. A la altura del hotel Majestic, el chófer detuvo el coche.

—Aquí os dejo, que me espera el señor.

—Muchas gracias, don Julián, ha sido usted muy amable al traernos.

Lucía rio y le dio un codazo.

—No hace falta que seas tan formal. Dile Julián, a secas. Aunque lleve gorra de plato es un criado como nosotras. Anda, vamos, que la señora nos espera y la paciencia no es una de sus virtudes.

3

Marzo de 1941

Armado con un trapo y un bote de pulimento, el portero se afanaba en bruñir los apliques dorados de la pared cuando Melisa y Lucía cruzaron el portal. Las siguió con la mirada desde lo alto de la deteriorada escalera procurando no perder el equilibrio. Siempre tenía que estar atento a que las criadas no utilizaran el ascensor principal, que luego los señores se quejaban de que olía a repollo. Lucía masculló un saludo, que sonó más bien a gruñido, y condujo a Melisa hacia la escalera de servicio. Fascinada con el señorial vestíbulo, esta se había quedado rezagada para admirar la lámpara de araña que pendía de un rosetón de yeso. No se movió cuando su amiga la conminó a entrar en el ascensor. La idea de estar encerrada en un espacio tan reducido hizo que le faltara el aire.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Lucía impaciente.

—No, no. —La lividez de su rostro revelaba lo contrario—. Yo... subiré por la escalera —concluyó.

Lucía se echó a reír.

—No me digas que te dan miedo los ascensores. Pues una cosa te digo, son una burrada de pisos hasta el ático.

—No importa. —Melisa empezó a subir los peldaños ante la mirada atónita del portero.

Cuando llegó al último piso, sin apenas resuello, Lucía la esperaba junto al ascensor.

—Mira, hoy porque estaba el sieso del portero, que me tiene tirria, pero otro día subimos en el ascensor principal y verás que no te asusta. Es como estar en un saloncito, tiene un espejo enorme y un banquito forrado de terciopelo —le explicó dirigiéndose a la puerta más estrecha de las dos que había en el descansillo.

Llamó al timbre y, mientras esperaban, sacó un pañuelo del bolsillo del delantal y limpió la cara de Melisa. Con la mano libre, le recolocó unos mechones que habían escapado de la trenza. Una chiquilla escuchimizada, de ojos grandes y saltones, les abrió la puerta. Parecía un milagro que sus piernas, delgadas como mondadientes, pudieran sostenerla en pie. Obsequió a las recién llegadas con una amplia sonrisa que dejó al descubierto la ausencia de incisivos.

—¿Qué haces abriendo tú? —se extrañó Lucía—. ¿Dónde está tu madre?

—Planchando.

—Pues, hala, vete con ella antes de que Fermina te vea rondando por aquí.

En cuanto la niña desapareció en dirección al cuarto de la plancha, Lucía le arrancó a Melisa la maleta de la mano y la hizo entrar en el recibidor, un minúsculo espacio que contaba con un perchero y una silla de madera como únicos muebles. Lucía dejó la maleta junto a la silla e indicó a su amiga que la siguiera. Tras dejar atrás el angosto pasillo que conducía a la zona de servicio, Lucía abrió una puerta y enfilaron otro pasillo más ancho. Melisa dedujo que se hallaban en la zona principal al ver las puertas de doble hoja lacadas en blanco y las dos consolas de medialuna con espejos encastrados en marcos de pan de oro situadas a ambos extremos del corredor. Las paredes, recubiertas de tela estampada con flores y colas de pavos reales, acogían cuadros de diversos tamaños. La

acuarela de un velero navegando en un mar embravecido atrajo su atención, si bien no pudo contemplarla porque Lucía se detuvo frente a una de las puertas y la golpeó suavemente con los nudillos.

—Adelante —invitó una voz femenina desde el interior.

La señora era más joven de lo que Melisa había pensado, no tendría más de treinta y cinco años. Al verla, cerró la revista que tenía en las manos y, con una sonrisa afable, le indicó que se acercara. Melisa obedeció, consciente de que la repasaba sin reparo. Mientras esperaba que le dirigiera la palabra, permaneció quieta, sintiendo en las mejillas el calor del fuego que crepitaba en la chimenea de mármol jaspeado, pese a que faltaban pocos días para estrenar la primavera. Detuvo la mirada en los pesados cortinajes de brocado, recogidos a ambos lados de los ventanales con alzapaños de bronce, y en los delicados visillos de hilo bordado, que matizaban la luz del sol creando una atmósfera cálida a la par que serena.

Junto a las butacas había dos veladores de estilo isabelino sobre los que reposaban dos coquetas lamparitas con pantallas plisadas. En un extremo de la sala, una vitrina esquinera albergaba una colección de figuritas de porcelana. Melisa esperaba no tener que limpiarlas, siempre había sido un poco torpe, en especial al lavar los platos, que se le escurrían de los dedos como si fueran manteca.

—Te llamas Melisa, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Bonito nombre, poco habitual. —La mujer arqueó una ceja perfectamente depilada.

—Mi madre se puso de parto en el monte, mientras recogía hierbas de melisa para sus remedios. —De inmediato se sintió avergonzada por haber dado unas explicaciones que nadie había pedido.

—¿Acaso era curandera?

—No, señora. Solo ayudaba a la gente del pueblo cuando se lo pedían.

—Yo me llamo Isabel, pero debes dirigirte a mí como doña Isabel, o, en su defecto, como señora.

En ese instante sonó el timbre, y Lucía se apresuró a abrir la puerta. Al cabo de unos minutos regresó tras un caballero. Melisa dedujo que se trataba del dueño de la casa. El hombre se desabrochó la chaqueta, que a duras penas contenía su corpulencia, y tomó asiento en la butaca libre junto a su esposa.

—¿Qué tal tu desayuno en el Majestic? —le preguntó ella.

—Bien. Solo he venido a recoger unos documentos que necesito para una reunión. —Apoltronado en el asiento, observó a Melisa de arriba abajo y, complacido con lo que veía, interpeló a doña Isabel —: ¿Es la nueva criada?

—Sí, acaba de llegar del pueblo.

—Bienvenida. Tengo entendido que eres prima de Lucía.

—No..., no, señor, pero nos conocemos desde la infancia —titubeó Melisa.

—Tranquila, muchacha, que no me como a nadie —dijo él en tono guasón—. Así que las dos sois de Burgos. Me gusta esa ciudad, está llena de gente noble, leal y trabajadora, como nuestra querida Lucía. Yo soy don Arturo Llebrera. Esperamos que estés a gusto en esta casa. Lucía puede confirmarte lo bien que tratamos al servicio, incluso os damos un sueldo, lo que no puede decirse de todos los empleadores. —Miró a su mujer, que inclinó la cabeza en señal de asentimiento—. Confiamos en que seas igual de eficiente, servicial y prudente que tu amiga.

—Sí, señor.

Mientras su marido se deshacía en halagos a la labor de Lucía en la casa, doña Isabel continuó observando a Melisa. No le pasó

desapercibido que bajo su apariencia pueblerina era una chica de rasgos limpios y delicados, alguien que, con unos cuantos arreglos, podría lucir ante sus invitados, no como los adefesios que tenían sus amigas, que, además, no eran capaces ni de servir una mesa en condiciones. En la última comida a la que asistió, la criada le manchó su vestido nuevo con unas gotas de vino. Ni Fermina, con sus remedios infalibles, había conseguido que salieran. Esperó a que su esposo acabara de hablar y tomó la palabra.

—¿Cuántos años tienes?

—El mes que viene cumpliré veintiuno.

—Imagino que Lucía te habrá puesto al corriente de tus obligaciones. —Sin esperar respuesta, prosiguió—: Me gusta que la casa esté siempre impoluta, las habitaciones bien ventiladas. Cuando recibamos invitados, lo que ocurre con frecuencia, te encargarás de abrirles la puerta, recoger sus abrigos y bolsos, además de acompañarlos al salón y ofrecerles algo de beber. No debes hablarles si no se dirigen a ti, en cuyo caso les responderás con educación y brevedad. ¿Sabes servir una mesa?

Melisa iba a contestar que no entendía a qué se refería, pero Lucía se le adelantó.

—Yo le enseñaré a hacerlo, señora.

—De acuerdo —dijo sin dejar de observar a Melisa—. Eres guapa, pero convendría que te cortases el pelo. Si prefieres llevarlo largo, recógetelo en un moño. Por tu comodidad, claro —añadió sonriente —. No hace falta decir que espero verte siempre limpia y bien peinada.

Don Arturo, que no le había quitado los ojos de encima a Lucía mientras su mujer aleccionaba a la nueva criada, extendió la mano hasta una caja que había sobre la mesita y sacó un cigarro. Lo acarició con los dedos y se lo llevó a los labios. Le pareció que la

chica estaba inquieta, tal vez temía que no les gustara Melisa. Tendría que decirle que no se preocupase. Le había gustado, y mucho; a su mujer también, no había más que ver con qué deferencia la trataba. Prendió una cerilla, acercó la llama al cigarro y aspiró unas bocanadas cortas, dejó que el humo se deslizara por su boca y, tras saborearlo, lo expulsó lentamente.

—¿Sabes leer y escribir? —preguntó doña Isabel a Melisa.

—Sí, señora.

Don Arturo enarcó las cejas en un gesto de asombro.

—¡Qué novedad! Una criada educada —exclamó—. ¿Y qué tipo de libros lees? ¿José María Pemán? ¿Pío Baroja? Seguro que prefieres las novelas románticas.

—Ay, querido, cómo eres —atajó su mujer—. Como si la chica tuviera tiempo para eso. En fin, Lucía avala tu honestidad y discreción. Para nosotros es suficiente. ¿Verdad, querido?

Su marido se puso en pie y se abotonó la chaqueta antes de responder:

—Por supuesto. Nunca admitiríamos a alguien sin la debida recomendación. Tengo que volver al trabajo. Te veré en la cena, querida.

Lucía salió tras él. Cuando regresó, la señora le dio las últimas instrucciones.

—Enséñale vuestra habitación, que se asee y se ponga el uniforme. Luego preséntale al resto del servicio. —Se dirigió a Melisa —: No te quedes mucho tiempo en la cocina, no quiero que la ropa te huela a comida.

4

Marzo de 1941

En el pueblo siempre había dormido sola, en una habitación apañada en un rincón del desván. Cuando se levantaba, tenía que andar con cuidado para no pisar las manzanas que su abuelo extendía por las tablas del suelo, separadas unas de otras por unos centímetros para que no se echaran a perder. En los meses de matanza, el aire del desván se impregnaba de los efluvios de las morcillas y los chorizos que colgaban de las vigas. Ahora compartiría dormitorio con Lucía y Fermina, la cocinera, a quien aún no conocía. Todo el mobiliario consistía en un armario macizo de una puerta, una cómoda de seis cajones, una silla y tres camas separadas por dos mesillas de noche. Reconoció la de Lucía por el tapete de ganchillo que le había tejido su madre poco antes de irse a Barcelona. La mujer siempre había tenido buena mano con la aguja, todo lo contrario de su hija, incapaz de coser un botón. La única fuente de luz provenía de una pequeña ventana. Al asomarse, comprobó consternada que daba a un patio interior. La cerró cuando percibió el olor a cocido.

Sobre su cama encontró el uniforme planchado y doblado: un sencillo vestido negro de una pieza, de manga larga, un delantal blanco con un volante en los bajos y una cofia del mismo color. Tendría que llevarlo puesto durante todo el día, incluso cuando saliera a la calle a hacer recados; tan solo podría ponerse su ropa en sus tardes libres. Teniendo en cuenta las escasas prendas que

conformaban su vestuario, llevar uniforme le suponía un alivio. Las sacó de la maleta, se acercó a la cómoda y fue abriendo los cajones uno a uno hasta que encontró dos libres. Colgó en el armario su único vestido y se sentó en la cama. Acostumbrada a dormir en un jergón de lana que se hundía bajo su peso provocándole dolores de espalda, la rigidez del colchón de muelles no le molestó. Antes de empujar la maleta debajo de la cama, cogió el libro de poemas de Juan Ramón Jiménez que había llevado consigo y acarició la cubierta. Era un ejemplar de *Arias tristes*, el único recuerdo que le quedaba de su padre, ardiente republicano al igual que el autor, y como él, contrario al fascismo y defensor de la democracia. Melisa había crecido en un hogar donde se respetaban las libertades.

Todo cambió en julio de 1936 cuando los generales Franco y Mola se sublevaron en Melilla para derrocar a la República democráticamente elegida. El mismo día que Franco, designado generalísimo de los ejércitos y jefe de Estado, convirtió la ciudad de Burgos en sede del bando sublevado, Vicente Arranz declaró su rechazo a los valores promulgados por el aparato de propaganda. Defender la legalidad republicana con una actitud propia de un ateo bolchevique lo convirtió en un «rojo peligroso» a ojos de sus vecinos. Esos vecinos, tiempo atrás afines a la República, que habían votado a partidos izquierdistas, con los que Vicente había compartido charlas y vinos en el bar, no dudaron en cambiar de chaqueta y mostrar su adhesión a la «causa nacional». La madre de Melisa, Amelia, una mujer sensata y conciliadora, viendo lo que se avecinaba, advirtió a su marido que significarse como republicano en un pueblo que compartía los valores franquistas —catolicismo a ultranza, conservadurismo y unidad de España— equivalía a ponerse una diana en la espalda. Lo había expresado con contundencia el general Emilio Mola tras asumir el mando de la VI Región Militar al

día siguiente del alzamiento: había que eliminar a los que no pensaran como ellos. Vicente podría haber esquivado su destino, como muchos compañeros de partido que huyeron para enrolarse en las filas republicanas del norte del país, pero, reacio a que lo obligaran a luchar, decidió quedarse junto a su familia. Para evitar ser reclutado, cavó un pequeño zulo en el corral, del que solo salía unas horas durante la noche, para tomar aire fresco, cenar en familia y estirar las piernas.

Durante veintidós meses y nueve días permaneció oculto, siempre atento a cualquier ruido que pudiera delatar su presencia. La suerte que lo había acompañado hasta entonces hizo que se confiara y un día, achispado por el vino e impelido por el ardor de la necesidad física, pasó la noche con su mujer. A la mañana siguiente, un vecino con quien el abuelo de Melisa había mantenido una antigua rencilla a causa de los derechos de uso del agua de un pozo se levantó antes del alba para trabajar sus tierras. Mientras pasaba frente a la casa de los Arranz le pareció oír voces. Con la oreja pegada al portón, esbozó una sonrisa aviesa. La muerte de su único nieto unos meses antes, durante la toma de Teruel por las fuerzas republicanas, había enardecido sus ansias de venganza.

Melisa tenía diecisiete años cuando su padre fue detenido. Murió fusilado mientras intentaba escapar del camión que lo trasladaba a Miranda de Ebro, un campo de concentración creado con el asesoramiento de las SS que albergaba a presos republicanos.

El pueblo había quedado al margen de la confrontación bélica, pero a raíz de la traición de su padre a la patria, Melisa y su madre fueron víctimas de una guerra silenciosa. Su día a día se convirtió en una pesadilla. Marginadas por los vecinos, cada uno de sus pasos vigilado al milímetro, vivían bajo el terror de que una delación acabara con sus vidas. Si se libraron de ser paseadas por la ciudad

con una escoba en la mano, como si de brujas se tratara, fue porque el párroco intercedió por ellas. Cuando les fueron incautadas las tierras y los animales, se echaron al monte en busca de alimento. Guiada por su madre, Melisa pronto aprendió a distinguir las setas comestibles de las venenosas y a localizar las madrigueras de los conejos. Si había suerte, volvían a casa con un ejemplar que les procuraba comida para unos días. El hambre es una alimaña feroz y Melisa se escabullía con sigilo por las noches y se colaba en los huertos para coger frutas y verduras. Durante los crudos inviernos sobrevivieron con las nueces, las manzanas y las patatas que habían ido atesorando en el desván.

Pese al sufrimiento, Amelia se esforzó para que la ira no la consumiera. Nunca olvidaría lo que los falangistas le habían hecho a su marido, maldecía cada minuto de aquella guerra de ideas y religión que había llevado a su familia a la ruina, pero no quería que el odio anidara en su hija. Se lo hizo prometer poco antes de sucumbir a un cáncer que la devoró en pocos meses.

Melisa se secó las incipientes lágrimas con el dorso de la mano, respiró hondo y sacudió la cabeza decidida a concentrarse en el presente. Lucía no tardaría en ir a buscarla y no quería que la sorprendiera con el libro en las manos; estaba segura de que el de Juan Ramón Jiménez se encontraría entre los muchos que había prohibido el Régimen. Buscó un lugar donde esconderlo. Tras descartar el cajón de la mesilla, levantó el colchón y lo ocultó entre este y el somier. A nadie se le ocurriría mirar allí. Alisó la colcha, cogió el uniforme y se dirigió al aseo. Era una suerte que el servicio dispusiera de baño propio. Minúsculo, pero con ducha, un lujo para alguien que se lavaba con el agua que sacaba del pozo. Se desvistió y, tras asearse, se puso el uniforme, que, dada su estatura, apenas le cubría las rodillas.

5

Marzo de 1941

Se encontraba en el dormitorio tratando de limpiar con un cepillo los restos de carbonilla de su vieja falda cuando Lucía atrajo su atención.

—¿Estás lista?

Asintió con la cabeza. Lucía chascó la lengua, avanzó unos pasos y abrió el cajón de su mesilla, sacó del interior unas horquillas, cogió a Melisa por los hombros y la obligó a darse la vuelta. Antes de que esta pudiera reaccionar, le recogió la trenza en un moño pegado a la nuca y lo sujetó con las horquillas.

—Ya has oído a la señora. No le gustan las trenzas. Mañana mismo te corto el pelo.

—De eso ni hablar —protestó riendo—. Todavía recuerdo los trasquilones que le hiciste a tu madre aquella vez que se lo cortaste. Los gritos que daba se oían por todo el pueblo.

—Bueno, pues que te lo corte Remei, a ella se le da bien.

Melisa enarcó una ceja.

—Es la madre de la niña que nos ha abierto al llegar. Se llama Estrella. Pobre cría, es más pequeña de lo que corresponde a su edad, yo creo que tiene raquitismo o algo así, pero su madre no tiene dinero para llevarla al médico. Se quedó viuda en el año 39. Salió con su marido a buscar comida y los sorprendió un bombardeo.

Ella se salvó de milagro, dice que el marido la protegió con su cuerpo. Se encarga de lavar y planchar la ropa.

Melisa dio por hecho que Remei dormía en otro cuarto con su hija, pero Lucía la sacó de su error.

—¡Qué va! Viene todos los días, pero duerme en su casa. Si se pone mala la niña y su madre no tiene con quién dejarla, se la trae, pero a la señora no le gusta. Por eso la he reñido cuando nos ha abierto; si llega a verla Fermina igual se lo cuenta.

—¿Es que Estrella no va a la escuela?

—Pues claro. Anda, vamos a la cocina.

Cuando salieron de la habitación, Lucía quiso saber qué le habían parecido los señores. Melisa se había sentido incómoda frente a doña Isabel, que la había examinado como si fuera mercancía expuesta en un escaparate. Y luego estaba lo de su trenza. ¿Qué tenía de malo? Se peinaba así desde pequeña. Sin embargo, gracias a ellos había podido salir del pueblo, debía estarles agradecida por acogerla en su casa.

—Han sido muy amables.

Lucía frunció el ceño.

—Al menos, pagan a los empleados. Conozco a algunas criadas que no cobran un céntimo. Les dan techo, comida y, a veces, la ropa que sus señoras ya no utilizan. Considérate afortunada. Los nuestros, además, no tienen hijos, que no veas la carga de trabajo extra que traen los críos.

—No me han dicho cuánto cobraré.

—Bueno, piensa que estás a prueba. Te pagarán lo mismo que a mí cuando llegué, cinco pesetas diarias.

Melisa calculó que, si no le descontaban las tardes libres, ganaría alrededor de ciento cuarenta pesetas al mes. Incluso podría ahorrar algo de dinero.

—Y ni se te ocurra criticar a los señores delante de Fermina —le advirtió Lucía—. Besa el suelo que pisan.

Entre confidencias llegaron a la cocina, donde una mujer de mediana edad, delgada como un junco, lavaba cazuelas en una pila de piedra. La anticuada falda le rozaba los tobillos. Al oírlas entrar, dejó el cazo en el escurreplatos y volvió la cabeza.

—Fermina, le presento a Melisa, la nueva criada.

La aludida se acercó a la mujer y le tendió la mano. Fermina se secó las suyas en el delantal antes de estrechársela.

—Bienvenida —murmuró.

Sin más, se volvió para destapar una olla que borboteaba en el fuego y removió el contenido con parsimonia. A Melisa, que no había comido nada desde la noche anterior, se le hizo la boca agua. Lucía resopló.

—¿Otra vez potaje de garbanzos?

—¡Y bien rico que está! Gracias a los señores y a Franco, que nos provee, puedes comer cada día.

—Ya tardaba en nombrar al Generalísimo —masculló Lucía imitando a Fermina de forma tan graciosa que Melisa tuvo que morderse los labios para no reír. No quería que la cocinera se llevara una mala impresión de ella en su primer día.

Una campanilla ahogó las quejas de la criada.

—Es la señora. —Lucía hizo una señal a Melisa para que la siguiera—. Vamos a ver qué quiere.

Doña Isabel las esperaba frente a uno de los ventanales del salón. Sobre su severo atuendo azul oscuro llevaba un abrigo gris con unas hombreras tan marcadas que parecían casi masculinas. Sonrió al verlas, mas no era una sonrisa afectuosa, sino un intento por ocultar la irritación que le provocaba haber tenido que esperar.

—Antes de marcharme quería comentaros algo. En unas semanas, el 20 de abril, celebraremos en casa una cena para festejar el cumpleaños de Adolf Hitler. —Dio por hecho que las sirvientas habían oído hablar de él—. Se trata de una cena muy importante —enfatizó—. Fermina os preparará la lista de todo lo que hay que encargar. Que no falte nada. Ah, también hay que lavar las cortinas y los visillos, huelen a polvo. Y los cristales de las ventanas los quiero relucientes. La casa tiene que quedar impecable.

—Señora, las cortinas se lavaron hace poco —le recordó Lucía.

Doña Isabel la miró con incredulidad. No le gustaba que le llevaran la contraria.

—Pues a mí no me lo parece, solo hay que tocarlas para ver que están llenas de polvo.

Lucía tragó saliva.

—Como mande la señora —murmuró mientras salía a toda prisa delante de ella para abrirle la puerta principal.

Lucía no había exagerado al decir que Remei era una mujer agradable a quien la vida no había tratado bien. Melisa lo pudo ver en sus ojos cuando se acercó a saludarla. No habría cumplido los treinta, pero el tiempo había empezado a hacer mella en su rostro en forma de pronunciadas ojeras y falta de lustre que delataban las horas de duro trabajo y la preocupación por la salud de su hija. La pequeña Estrella se entretenía en un rincón ordenando botones por colores y tamaños. Melisa le dirigió una cálida sonrisa que la niña devolvió con timidez.

—Remei, la señora dice que hay que lavar las cortinas y limpiar a fondo las ventanas. Tenemos que hacer una limpieza general —le dijo Lucía.

—Pero si lavé las cortinas hace un mes, no pueden haberse ensuciado tan pronto —protestó Remei.

—Se lo he dicho a la señora, y no veas lo mal que le ha sentado.

—A mí me han parecido muy limpias —intervino Melisa—. Quizá bastará con un buen cepillado.

—¿Y si se da cuenta? No quiero que me despida por no obedecer.

—Melisa tiene razón —convino Lucía—. Las cepillamos bien y arreando. Eso sí, repasa las alfombras con agua y vinagre, para que huelan a limpio. Por cierto, si tienes un momento, córtale el pelo a esta, que a la señora no le gusta su trenza. Y de paso, sácale el dobladillo del uniforme, le viene un poco corto. ¡Como es tan alta...! Bueno, nosotras vamos a ir puliendo la plata por si acaso. Conociendo a doña Isabel, querrá lucirla en la cena.

6

Marzo de 1941

Melisa se adaptó al ritmo de la casa enseguida. Estaba habituada a madrugar y antes de que sonara el despertador ya estaba aseada, vestida y dispuesta para iniciar la jornada. Se llevaba bien con sus compañeras y pronto descubrió que, aunque Lucía y Fermina andaban todo el día como el perro y el gato, se tenían afecto.

Seguía sin utilizar el ascensor, pese a los reiterados intentos de Lucía por convencerla. Ni siquiera lo consiguió cuando un día, aprovechando que el portero estaba distraído, le mostró los lujosos acabados del que usaban los señores.

Esa mañana, cuando alcanzó el rellano donde Lucía la esperaba, vio que el conserje vestía una impecable chaqueta con botones dorados. El hombre, que sabía leer lo justo para no confundir los nombres de los vecinos, levantó la cabeza de la pila de correo que estaba clasificando y la miró de reojo. Frunció el ceño al ver que deslizaba la mano por la barandilla recién lustrada y abrió la boca para llamarle la atención, pero, desarmado ante la deslumbrante sonrisa de Melisa, solo atinó a decir:

—Olé lo más bonito de la escalera.

—Muchas gracias, Rogelio. ¿Estrena uniforme?

—Ya lo ves. —Alisó una de las solapas y se irguió—. Los señores, que quieren dar más empaque al edificio.

—Pues está usted muy elegante.

Las protestas de Lucía les llegaron desde la puerta.

—No me la entretenga, Rogelio, que llevamos prisa.

Cogidas del brazo, bajaron caminando hasta la avenida de José Antonio Primo de Rivera, donde giraron a la izquierda para entrar en la plaza de Cataluña. Cuando pasaron por delante del Banco Alemán Transatlántico, Melisa no pudo evitar fijarse en las esvásticas que ondeaban en la fachada; las había visto en otros edificios cercanos. Se preguntó por qué había tantas en la ciudad y qué significaban. En las Ramblas, a la altura de la plaza Real, un vendedor ambulante les ofreció aceitunas. Como no aceptaba un no por respuesta, cruzaron la calle para esquivarlo y continuaron por el paseo central. Lucía señaló con la cabeza los puestos de flores.

—El día de la cena compraré lilas y rosas para adornar la casa. Son las favoritas de la señora.

—¿Por qué quiere celebrar el cumpleaños de ese señor? ¿Acaso es amigo suyo?

Lucía se encogió de hombros.

—No lo sé. No lo he visto en ninguna de sus fiestas, pero los señores conocen a gente muy importante. Siempre que da una cena, doña Isabel se pone de los nervios. Quiere que todo salga a gusto de don Arturo y no perdona ni un fallo. Tendremos que estar muy atentas porque vendrán generales, aristócratas, empresarios, puede que incluso artistas. Y por supuesto, el alcalde. No me extrañaría que asistiera también el gobernador civil. Vamos, la flor y nata de la ciudad. Eso sí, todos falangistas y nazis, no esperes a ninguno de los tuyos. —Rio.

—Pues qué bien —masculló—. ¿Qué es eso? —preguntó cuando la vio sacar un trozo de papel del bolsillo de su chaqueta de punto.

—Lo que serviremos en la cena.

Lucía le mostró la lista que había escrito la cocinera. Melisa no conocía ni había probado ninguno de los productos que aparecían en ella: caviar ruso, champán, salmón ahumado, langosta, huevo hilado, fuagrás...

—¿Nos darán todo esto con los cupones?

Su ingenuidad arrancó a Lucía una carcajada.

—Esto no se compra con cartillas de racionamiento. No está al alcance de cualquiera. Nosotras lo encargamos y el tendero nos lo llevará a casa. Cómo lo consiga es cosa suya. —Le apretó el brazo—. Oye, te he echado mucho de menos estos años. Aquí he hecho buenas amigas, pero tú y yo somos como hermanas.

Lo que decía era cierto. Cuando las otras chicas del pueblo le dieron de lado, Lucía le fue leal. Nunca le recriminó que su padre se hubiera escondido en un zulo mientras el de ella se jugaba la vida en el frente. Aunque le llevaba año y medio, compartía con Melisa aficiones como bañarse en el río, colarse en los viñedos a hurtar racimos de uvas o comer manzanas ácidas. La suya era una amistad inquebrantable, o así lo consideraba ella.

—Yo también te he echado de menos.

—Oye, ¿doña Elvira continúa en el pueblo?

Su interés por la maestra la extrañó. Lucía y ella nunca habían hecho buenas migas. Su falta de atención en clase le había granjeado más de una colleja. En cuanto su padre fue llamado a filas, Lucía dejó la escuela con el pretexto de que tenía que ayudar a su madre en las labores del campo.

—Sí, aún sigue allí.

—Para martirizar a los críos. Aún me duelen los reglazos que me atizaba en las palmas de las manos.

Melisa le contó que había estado a punto de perder su trabajo víctima de las comisiones depuradoras. Desde 1936, su objetivo era

castigar a los maestros sospechosos de instruir a sus alumnos en doctrinas contrarias al régimen franquista. Fundamentaban sus dictámenes en los informes de los alcaldes, los curas y otras fuentes cuya adhesión a la «causa nacional» estaba fuera de duda. La consecuente escasez de docentes propició que la Comisión Nacional de Cultura y Enseñanza reconsiderara algunos expedientes. Melisa sabía que la señorita Elvira guardaba en su casa libros censurados como *La Regenta* o *La Celestina.* Gracias a ella, había podido leer ambos.

—Pues tuvo suerte, porque esa mujer, además de estricta, es más roja que las amapolas —declaró Lucía.

Mientras las criadas se afanaban en cumplir sus órdenes, doña Isabel se apeó del taxi frente a la Casa Cordelles, en el número 7 de la calle Baja de San Pedro, que tiempo atrás había albergado la primera biblioteca pública de Europa para mujeres. Conocida como Instituto de Cultura y Biblioteca Popular de la Mujer, su fundadora, Francesca Bonnemaison, creía con firmeza que solo a través de la cultura las mujeres trabajadoras serían capaces de pensar por sí mismas. Tras la Guerra Civil, Francesca no pudo impedir que la Sección Femenina, rama femenina de la Falange Española de las JONS, se apropiara del Instituto convirtiéndolo en una de sus sedes.

Doña Isabel empujó la puerta y se dirigió a la escalera que conducía al despacho de María Josefa Viñamata, líder del servicio exterior de la Sección Femenina y su jefa directa. Josefa había fundado la SF en Barcelona junto a otras dos mujeres de la alta burguesía catalana. Contaba con la total confianza de la delegada nacional, Pilar Primo de Rivera, a quien había acompañado al encuentro con Adolf Hitler en abril de 1938. Josefa se hallaba

escribiendo unas cartas cuando doña Isabel entró en su despacho. Un enorme escudo de la Falange y el retrato de José Antonio Primo de Rivera presidían la pared tras el escritorio. Alzó el brazo extendido en señal de saludo, y la otra se puso en pie y la imitó.

—Buenos días, Isabel. ¿Cómo está?

Era una mujer educada, de ojos pequeños y sagaces y sonrisa amable.

—Bien, muy atareada con los preparativos de la cena en honor del Führer. Por cierto, espero verla allí. Es el 20 de abril.

—Claro. Lo tengo anotado.

—No la entretengo más. Voy a ver cómo van las clases. Solo he pasado un momento a saludarla.

Como supervisora de las Labores de Hogar, doña Isabel velaba por que las jóvenes fueran ilustradas en la doctrina falangista que pretendía convertirlas en buenas católicas, esposas y amas de casa, pero, por encima de todo, madres. Pese a llevar casi una década casada, ella todavía no lo había logrado, aunque se vanagloriaba de cumplir a rajatabla el resto de los preceptos; en especial mantenía una actitud de obediencia y subordinación absoluta a su esposo. Habiendo crecido junto a dos hermanos mayores, había aprendido desde niña que el papel de una mujer en la vida era la sumisión al hombre. Pensó en su esposo y en lo importante que era para él que la cena en honor del Führer fuera un éxito. Arturo había cursado invitaciones a los miembros más destacados de la colonia alemana en la ciudad para demostrarles su apoyo a la cruzada de Hitler y Mussolini. Estaba convencido de que el Eje ganaría la guerra y él siempre apostaba a caballo ganador. Porque de eso se trataba, de vencedores y vencidos, como había quedado claro tras la contienda civil.

7

Marzo de 1941

Pese al racionamiento que imperaba desde el final de la guerra, el mercado de la Boquería era capaz de abastecer a la ciudad de carne, pescado, frutas y verduras, aunque había que hacer cola desde primera hora, ya que gran parte del género se había agotado a media mañana. A la dueña de un pequeño puesto de legumbres le gustaba contar a sus parroquianos que, en el transcurso de un ataque a la ciudad, una bomba de la aviación italiana había destrozado el tejado, pero al día siguiente los tenderos volvieron a despachar como si nada. Melisa siguió a Lucía mientras deambulaba con garbo entre los puestos, cuyos dependientes, nada más verlas, les dedicaban una sonrisa, y los más osados, un requiebro. Por todas partes se veían mujeres de aspecto humilde discutiendo entre ellas por no guardar la cola o con aquellos tenderos que les aseguraban que se habían terminado los productos que demandaban.

Al doblar un recodo, se toparon con tres chicas cargadas con bolsas que departían entre risas frente a un puesto de casquería. El uniforme bajo sus jerséis de punto y los calcetines que guarnecían sus piernas desnudas revelaba su condición de criadas. Lucía caminó resuelta hacia ellas.

—Buenos días, Lucía —corearon al unísono.

—¿Es tu nueva compañera? —le preguntó una señalando con la barbilla a Melisa, que se mantenía unos pasos por detrás de Lucía.

—Sí. Empezó hace unos días. La he traído para que se vaya familiarizando con el mercado y las tiendas del barrio. Se llama Melisa, nos conocemos de toda la vida. —Se volvió hacia ella y le hizo un gesto para que se acercara—. Estas son mis amigas: Antoñita, Patro y Matilde.

Una joven menuda, de pelo castaño y rizado, se adelantó unos pasos y le estampó dos sonoros besos en las mejillas.

—Yo soy Antoñita. Mucho gusto.

Las otras chicas la imitaron y Melisa les correspondió sonriente.

—Muy contentas os veo. ¿Qué se celebra? —se interesó Lucía cuando acabaron con las presentaciones.

—Nada. La Patro nos estaba diciendo que, como hace poco fue su cumpleaños, nos invita al Salón Cibeles —respondió Antoñita guiñándole un ojo.

—¡Ojito!, yo solo he dicho que os invito a una gaseosa —enmendó la aludida el malentendido antes de que las otras se lo tomaran al pie de la letra.

—Ya te podrías estirar, Patro —la picó Antoñita—. Con lo que le sisas a tu señora vas a hacerte más rica que la Concha Piquer.

—¡Más quisiera yo! Pero para eso tendría que cantar tan bien como ella.

—¿El Salón Cibeles? Pues anda que no tengo yo ganas de conocer ese baile —dijo Lucía.

—Una criada de mi edificio estuvo la semana pasada y se lo pasó la mar de bien. Podríamos ir este jueves, si os parece bien, el próximo es Jueves Santo y estará cerrado.

—A mí me va de perlas —afirmó Lucía animada.

—¡Y a nosotras! —corroboró Antoñita buscando con los ojos la confirmación de Matilde, que no había abierto la boca.

—Por mí bien —asintió esta mientras se limpiaba las gafas con un pañuelo.

Melisa observó que tenía unos bonitos ojos almendrados.

Lucía le dio un codazo.

—¿Tú qué dices? ¿Te apetece?

En el pueblo solo había bailado el día de la Asunción o durante las fiestas de la vendimia, por lo general lo hacía sola o con Lucía, porque los mozos no sacaban a bailar a una chica que los superara en altura, por muy guapa que fuese. Y cuando estalló la guerra, dejaron de celebrarse fiestas. Así que se dejó contagiar por el entusiasmo, hasta que recordó que la semana anterior no había podido librar.

—Claro que sí, pero... ¿tú crees que la señora me dejará salir? ¿Y si vuelve a recibir visitas y me necesita?

—Si necesita algo, que se lo pida a Fermina, que nunca se coge fiesta. Y por lo que veo, tú vas por el mismo camino. Aún no has librado ni un día, y las tardes de los jueves son sagradas. Ya nos fastidiaron bastante el año pasado quitándonos el domingo.

Las chicas asintieron. Todas recordaban el día que sus respectivas señoras les anunciaron, sin poder ocultar su satisfacción, que en adelante ya no librarían los domingos. Esgrimieron un decreto franquista publicado en el Boletín Oficial del Estado que excluía a las mujeres dedicadas al servicio doméstico de la ley que establecía el descanso dominical de los trabajadores. Dicha ley llevaba vigente desde 1904, cuando, bajo la presidencia de Antonio Maura, fue aprobada por el Congreso de los Diputados. Por supuesto, no habían faltado detractores, la mayoría empresarios que veían peligrar sus beneficios si las máquinas dejaban de funcionar un día. Escudándose en la importancia que las criadas tenían para las familias a las que servían, en muchos casos se las sentenció a

trabajar siete días a la semana, quedando sus empleadores desligados de la obligación de remunerarlas. Con la ley del nuevo régimen, las criadas ni siquiera tenían derecho a un subsidio de vejez.

—Pues no se hable más, el jueves todas al Cibeles —dijo la Patro —. A ver si con un poco de suerte me sale un novio, que mira que le rezo a san Antonio, pero ni por esas. —Se dirigió a Melisa—: ¿Tú tienes novio?

Negó con la cabeza. Le caía bien aquella chica regordeta, de cejas tupidas y boca generosa. No era bonita, pero suplía con gracejo la falta de atractivo físico.

—Una cosa te digo, *quilla*, en el baile tú a mi vera, que con esa melena y esos ojazos tan negros seguro que los mozos se te pegan como piojos. Ya me encargaré yo de arrimarme a alguno.

Todas rieron la ocurrencia. Antes de despedirse para seguir con sus quehaceres, acordaron que el jueves se encontrarían a las cuatro de la tarde a la puerta del baile.

De regreso a casa, Lucía preguntó a Melisa qué le habían parecido sus amigas.

—Son muy majas. ¿Qué ha querido decir Antoñita con eso de que la Patro sisa a su señora? ¿Es que le roba?

Lucía se echó a reír.

—Mujer, robar, lo que se dice robar, pues no. Di mejor que redondea las vueltas de la compra a su favor.

—¿Y la señora no se da cuenta?

—Ni se lo huele. Verás, la Patro trabaja para un matrimonio alemán, Otterbauer u Otterbach, creo que se llaman, yo no lo sé pronunciar. El marido es socio de una empresa de electrodomésticos.

Como la señora habla muy mal español y no se entera de la misa la media, la Patro hace y deshace a su antojo. A lo tonto a lo tonto, cada mes se saca un dinero extra. Y mira, bien que hace, porque al principio ganaba más que nosotras, pero cuando la señora hizo amigas españolas, entre ellas doña Isabel, le empezaron a decir que le pagaba demasiado. ¡Ni que la Patro cobrara un sueldo de ministro! El caso es que se rebotó y empezó a sisar.

—¿Y no tiene miedo de que su señora la acabe pillando? Yo lo tendría.

Lucía se encogió de hombros.

—Si lo hace, sabrá salir del apuro, que la Patro es espabilada como ella sola. Y es la mar de graciosa, aunque a veces cuesta entenderla con eso de que se come la mitad de las consonantes.

—¿Y las otras chicas? ¿Dónde trabajan?

—Matilde es una de las sirvientas del alcalde. Ya lo conocerás, es muy amigo del señor. Creo que estudiaron juntos o algo así. Y Antoñita trabaja para los señores Muñoz; él es empresario, sale mucho en las páginas de Sociedad con su mujer.

—Por lo que cuentas, trabajan para falangistas —masculló Melisa.

—Pues como nosotras. Mira, la guerra habrá terminado, pero sigue habiendo dos bandos: el de los pobres y el de los ricos. No hace falta que diga en cuál estamos nosotras. Las que nos dedicamos a servir somos todas pobres. Y a Dios gracias que podemos ganarnos la vida.

Melisa reflexionó sobre las palabras de su amiga. El servicio doméstico era la única salida laboral honesta para las mujeres humildes en una época en que el trabajo escaseaba. Una vía de supervivencia para muchas viudas de guerra y otras, republicanas en su mayor parte, que habían sido víctimas del requisamiento de sus tierras, como era el caso de su familia. Marcharse a servir a la

ciudad significaba abandonar el pueblo y, en muchos casos, a los hijos. En el tren que la llevó a Barcelona, Melisa había conocido a una mujer que había tenido que dejarlos a cargo del Auxilio Social para poder servir en casa de una familia de Sabadell.

—Lo que quiere Franco es que los pobres sigamos siendo pobres —dijo al cabo de un rato. Melisa sentía que al entrar a trabajar en una casa falangista había traicionado a su padre, pero ¿acaso tenía alternativa?

Lucía le dio la respuesta:

—Yo sé que servir no era el sueño de tu vida. Tu padre te metió en la cabeza muchos pájaros, que todo eso de la libertad y la lucha por los derechos de la mujer está muy bien, pero la realidad en este país es la que es. Sabiendo leer y escribir, y con lo guapa que eres, puede que encontraras trabajo en alguna oficina o de dependienta en una tienda de modas, pero con la miseria que te darían no podrías pagarte ni una pensión. —Hizo una pausa para que las palabras calaran en su amiga y prosiguió—: Al final, la Patro tiene más razón que un santo. Si quieres progresar en la vida, cásate y ten familia numerosa. Se ve que el Caudillo paga un buen dinero por cada hijo. Ella lo sabe por su hermana, que va por el quinto embarazo.

Con el afán de favorecer la natalidad, complementar los bajos salarios de posguerra y, sobre todo, evitar que la mujer buscara trabajo en una fábrica o taller, el Gobierno había dictado en 1938 la Ley de Bases de los Subsidios Familiares. El subsidio, obligatorio para los patronos y concedido al cabeza de familia, aunque en casos muy especiales podía abonarse a la madre, le otorgaba quince pesetas mensuales a partir del segundo hijo y aumentaba en 7,50 por vástago hasta un máximo de doce hijos, en cuyo caso recibía 145 pesetas. Ocho años después, mediante una nueva ley que

parecía tener como propósito que los pobres no levantasen cabeza, el patriarca quedaba privado del subsidio si permitía que su mujer trabajase fuera del hogar.

—Entonces..., ¿por eso tiene tantas ganas la Patro de encontrar novio? —Rio Melisa.

—Por eso y por otras cosas. Ah, por cierto, si ella no te lo comenta, no saques el tema, pero Matilde es madre soltera. Se quedó preñada de un mozo de su pueblo que se fue a la guerra y no regresó. La pobre ni sabe dónde está enterrado. Al crío se lo cuida una tía. Ya debe de ser triste tener que separarte de un hijo.

Melisa no pudo evitar acordarse de la mujer que había conocido en el tren y de la melancolía que reflejaban sus ojos.

8

Abril de 1941

Con el trajín del trabajo, el tiempo pasó tan rápido que, cuando las chicas quisieron darse cuenta, faltaban dos días para su tarde libre. Lucía estaba entusiasmada con la idea de ir al Salón Cibeles.

—¿Qué te vas a poner para ir al baile? —preguntó a Melisa una mañana.

—No tengo mucho donde elegir.

—Mujer, algo tendrás —dijo Lucía al tiempo que abría el armario. Contempló el raído vestido que colgaba de una percha, en otra pendía la falda que le había visto puesta el día que llegó a la ciudad. Dejó escapar un bufido—. Con esto no puedes ir al Cibeles. Te prestaría algo mío, pero eres más alta que yo y más delgada.

—Mira, ve tú con tus amigas, a mí no me importa quedarme en casa y...

—De eso ni hablar —la interrumpió Lucía. Se le acababa de ocurrir una idea—. Ya sé lo que vamos a hacer. ¿Te acuerdas de Antoñita? Es muy mañosa con la aguja. Si se lo pido, te hará un vestido.

Melisa le recordó que no podía permitirse comprar la tela. Había gastado el poco dinero que tenía en el billete del tren que la llevó a Barcelona y todavía no había visto una mísera peseta de su sueldo.

—Esta tarde nos acercamos a su casa, algo se le ocurrirá —le aseguró Lucía.

—Eso no es posible. Doña Isabel no nos dará permiso.

Lucía movió la mano en el aire como si espantara a un insecto molesto.

—No te preocupes por ella. Ayer la oí quedar con sus amigas para jugar a las cartas. No aparecerá hasta la hora de la cena.

Cuando abrió la puerta, a Antoñita le extrañó ver a Lucía y Melisa en el umbral.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Ha pasado algo? —preguntó con la curiosidad reflejada en sus ojos pardos.

—Qué va a pasar. Que nos tienes que hacer un favor. Bueno, a mí no, a mi amiga. —Lucía dio un pequeño empujón a Melisa para que entrara en la casa.

Antoñita cerró la puerta tras ellas y las invitó a pasar al salón.

—Estoy sola. Los señores se han ido de viaje y la cocinera ha salido.

A Melisa le gustó la serenidad y calidez que desprendía aquel espacio amueblado con piezas livianas y tapicerías de flores. Pensó que era muy diferente del salón de sus señores, mucho más recargado. Junto a la chimenea había un carrito metálico con botellas de licor y vasos de cristal tallado de diversos tamaños. Tomaron asiento en un sofá de dos plazas tapizado en azul celeste. Antoñita se acomodó en una banqueta frente a ellas.

—Anda que no estarás tranquila sin los señores —afirmó Lucía extendiendo la mano hasta la mesa de centro. Levantó la tapa de una caja de porcelana china esperando encontrar bombones. Hizo una mueca de decepción al verla vacía.

—Pues no mucho, porque han dejado a los mellizos en casa. Suerte que está la niñera para ocuparse de ellos. Pillan unas rabietas

de aquí te espero.

—¿No se chivarán a sus padres si nos encuentran aquí? —se inquietó Melisa.

Antoñita la miró sonriente.

—Tardarán un rato en llegar. Han ido al parque. Bueno, decidme, ¿qué necesitáis?

Lucía puso a Antoñita al cabo. Le explicó que Melisa no podía comprar la tela.

—Por eso no sufras, ya busco yo unos retales. Le he hecho muchos vestidos a la señora. Me trae revistas extranjeras, me dice lo que le gusta y me consigue la tela. Luego irá diciendo por ahí que se compra la ropa en París. Y no es que no pueda, tiene dinero para aburrir.

—¿Te paga? —preguntó Lucía.

—¡Qué me va a pagar! Ahora, la tonta fui yo por decirle que sabía coser. En cuanto doña Carmen vio lo bien que se me daba la aguja compró la Alfa. —Se puso en pie y les hizo un gesto para que la siguieran—. Vamos al planchador, a ver qué encuentro.

Antoñita abrió el armario de la ropa blanca y hurgó entre sábanas, almohadones y toallas hasta que encontró lo que buscaba. Sacó una bolsa de tela, se acercó a una mesa, apartó la cesta de mimbre llena de ropa para planchar y volcó el contenido. Habituadas a los tejidos ásperos, de mala calidad y en una paleta de negros, grises y marrones, en clara afinidad con la dureza de la posguerra, los ojos de las chicas se iluminaron ante aquella amalgama de colores y delicadas texturas. Antoñita cogió una tela de color verde manzana y la desplegó sobre la mesa mirando a Melisa.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Mucho —respondió sin atreverse a tocarla.

—¿A que parece seda? Es rayón, un tejido sintético. Lo trae el señor de no sé dónde; como se dedica al negocio algodonero, tiene muchos contactos. La seda natural no se encuentra con facilidad en estos tiempos, ni aunque puedas pagarla, se ve que la utilizan casi toda para fabricar paracaídas, pero esta es muy suave también. Toca, toca...

Puesto que nunca había tenido en las manos una pieza de seda, Melisa no podía comparar, pero apreció la finura de aquella tela tan delicada que resbalaba entre sus dedos como si fuera agua.

—Con esta te voy a hacer una blusa. Y con esta otra, que es de lana fina —Antoñita alzó un retal verde oliva—, una falda. El verde os favorece mucho a las morenas. Quítate el uniforme para que pueda tomarte las medidas. —Mientras Melisa se desnudaba, sacó la cinta métrica del costurero.

—Voy a curiosear el armario de tu señora —dijo Lucía saliendo del planchador.

—No toques nada —le advirtió Antoñita siguiéndola con la mirada.

Melisa se quedó en ropa interior y enaguas mientras Antoñita le pasaba la cinta métrica alrededor de la cintura. Cuando terminó, apuntó el contorno en un papel y continuó con la cadera y el largo de la pierna. Después rodeó el busto con la cinta y tomó el resto de las medidas que necesitaba para dibujar los patrones. Calculó que los retales daban para confeccionar una falda recta y una blusa con puños franceses y un volante en el cuello.

Antoñita le contó que la costura era su pasión. Su madre había querido que aprendiera desde niña a remendar calcetines, echar piezas a los pantalones y dar la vuelta a los cuellos de las camisas. Pero a Antoñita los remiendos le aburrían, soñaba con hacer vestidos como los que llevaba la hija de doña Hortensia, la mujer más rica del

pueblo. El problema era que no disponía de telas con las que practicar. Y cuando hizo trizas la mejor camisa de su padre para confeccionarle un vestido a su muñeca, recibió una paliza que le quitó las ganas de repetir.

—No creas que era como la Mariquita Pérez que tienen las niñas ricas, ¿eh? La mía era de cartón, más fea que un demonio.

—¿Llevas mucho tiempo sirviendo?

Antoñita soltó un bufido.

—Desde los once años, y tengo veintiuno. Mi madre me mandó a Madrid porque quedaba cerca de Cáceres, yo soy de un pueblo de allí, ¿sabes? Estuve trabajando en casa de un general hasta que me harté. Me hacían levantar antes del alba, y a las siete de la tarde, a la cama. Era peor que un cuartel, así que me vine a Barcelona siguiendo a un mozo con el que festejaba, pero me dejó al poco de llegar por una catalana que tenía cuatro perras. No te puedes fiar de los hombres. —Mientras hablaba, sus manos trazaban líneas sobre un papel de estraza. Al poco rato dejó el lápiz y cogió las tijeras del costurero.

Melisa admiró la seguridad con la que deslizaba las tijeras por la tela.

—Qué bien te manejas, podrías ganarte la vida como modista.

—No tengo dinero para poner un taller y los ricos solo acuden a los de renombre: Pedro Rodríguez, Santa Eulalia, Asunción Bastida..., todos esos. Si me empleara en alguno como aprendiza, con lo que me pagaran no tendría ni para pipas; aquí al menos tengo techo y comida.

—¿Habéis terminado ya con las medidas?

Las chicas volvieron la cabeza hacia Lucía, que las observaba apoyada en el quicio de la puerta. Melisa asintió.

—Pues vámonos, que se está haciendo tarde. Tú sigue a lo tuyo, Antoñita, no hace falta que nos acompañes, ya conocemos el camino. Nos vemos el jueves —se despidió Lucía enfilando el pasillo.

—Hasta el jueves. Oye, no habrás estado registrando los armarios, ¿verdad? Lucía, que nos conocemos.

—¿Yo? ¡Qué va!

Melisa miró agradecida a Antoñita.

—Siento las molestias. Con el trabajo que tienes, y vengo yo a darte más —le dijo antes de salir en pos de Lucía.

—No es nada, mujer. Ahora me pongo con la máquina y en un par de ratos tengo lista tu ropa.

9

Abril de 1941

Remei las recibió enfurruñada. Su jornada laboral había terminado hacía dos horas, pero se había visto obligada a quedarse para abrirles la puerta. Mascullando que tenía que recoger a su hija de casa de una vecina, se marchó a toda prisa. Al poco de entrar a servir en la casa, a Melisa le había extrañado que Lucía no dispusiera de un juego de llaves para no tener que depender de nadie. Cuando se lo comentó, la vaga respuesta recibida le dio a entender que los señores Llebrera no se fiaban del servicio.

El olor a tabaco las alertó de la presencia de don Arturo en la cocina. Melisa intercambió una mirada de preocupación con Lucía; apenas eran las seis de la tarde, el señor nunca llegaba a casa tan temprano y mucho menos ponía un pie en la cocina. Seguramente las estaba esperando para amonestarlas por el retraso. Lucía se frotó los brazos como si sintiera frío, pese a que la temperatura era cálida. Al oírlas entrar, Fermina alzó los ojos del cuenco en el que batía huevos y se encogió de hombros. La presencia de don Arturo en sus dominios la había sorprendido tanto como a ellas. Hubo un silencio tenso que el hombre se encargó de romper.

—Fermina me ha dicho que habíais salido las dos, pero hoy no es jueves —dijo en un tono enigmático. Exhaló una bocanada de humo a la espera de una explicación.

—Hemos salido a hacer un recado para la señora —mintió Lucía ganándose una mirada de reprobación por parte de Melisa. Se verían en un aprieto si a don Arturo se le ocurría mencionárselo a su mujer.

—Bien, bien —murmuró él con la mirada clavada en Lucía.

Consciente de su escrutinio, la criada enrojeció.

—¿Necesita algo, señor? —preguntó nerviosa.

Don Arturo apagó el cigarro en un plato y se levantó.

—Me he dado cuenta de que el estudio necesita una limpieza a fondo. —Se acercó a ella.

Lucía tragó saliva antes de hablar.

—Como siempre está cerrado, no hemos podido entrar, pero descuide, señor, mañana a primera hora se lo limpio —musitó.

—Mañana tengo una reunión importante. Mejor hazlo ahora —susurró con la voz sibilante. La miró una última vez y salió de la cocina.

—Yo te ayudo, así acabamos antes —se ofreció Melisa.

Había notado la inquietud de su amiga, pero la achacó al miedo a recibir otra reprimenda. Cogió los útiles de limpieza y se encaminó al estudio. Estaba pasando el trapo por el escritorio de nogal mientras Lucía barría cuando don Arturo hizo su aparición. Ver a Melisa allí lo enfureció.

—Márchate —le ordenó tajante. Ella miró a Lucía, reacia a dejarla sola. Con un gesto apenas imperceptible, esta le indicó que obedeciera—. Ya te encargarás tú otro día de limpiarlo —añadió él suavizando el tono al tiempo que entraba en la estancia.

Melisa abrió la boca para replicar, pero se contuvo. Dio un respingo cuando la puerta se cerró a su espalda con un golpe seco. Comprendió entonces que había sido una ingenua. ¿Cuánto tiempo llevaría sucediendo aquello? ¿Y por qué Lucía no le había dicho nada?

Fermina tarareaba mientras cortaba unas rebanadas de pan cuando Melisa regresó a la cocina enrabietada. Sin pronunciar palabra, guardó los trapos de limpiar, cogió un vaso del escurreplatos y lo llenó de agua. Se lo bebió de un trago y lo enjuagó. Con las manos apoyadas en la pila del fregadero, respiró hondo para tranquilizarse.

—¿Usted lo sabía, Fermina? —preguntó al cabo de unos minutos.

La mujer interrumpió su cancioncilla. El único sonido que rompía el silencio era el de la hogaza quebrándose bajo el filo del cuchillo. Sumergió el pan en un plato con leche.

—Ve rebozando el pan en el huevo mientras pongo el aceite a calentar. El señor quiere torrijas de postre. —Se dio la vuelta y puso la sartén al fuego.

Melisa negó con la cabeza y salió dando un portazo mientras Fermina se quedaba frente al fogón, sumida en sus pensamientos. En cuanto vio a don Arturo en la cocina, barruntó lo que andaba buscando. Las torrijas habían sido la excusa para sentarse a esperar a Lucía. Podría haberla esperado en el salón, pero de este modo la había pillado desprevenida. Cómo le gustaba saborear el miedo de las criadas. Y ante la pregunta que le había hecho Melisa, ¿qué podía decirle? Oír, ver y callar, ese era su lema, aprendido a golpes de zapatilla. A la edad de once años, su madre la mandó a servir con una familia de León que tenía cinco hijos. Durante cuatro años fregó suelos de rodillas hasta que se le despellejaron, lavó ropa hasta que las manos se le agrietaron y ayudó a la cocinera cuando esta lo requirió. No había cumplido los quince cuando el mayor de los hijos, que estudiaba en Salamanca, la arrinconó una tarde de verano que la familia había salido. Cuando volvieron, Fermina se lo contó a la

madre, que, lejos de castigar a su hijo, le dio a ella una paliza. Si no la echó a la calle fue porque trabajaba como una mula. A partir de aquel día se juró que ningún señorito volvería a ponerle la mano encima. Cuando estimó que había aprendido sobre guisos todo lo que la cocinera podía enseñarle, se marchó sin despedirse, al amparo de la noche. Dado que en sus años de servicio en la casa no había percibido salario alguno, antes de irse se apropió de unos cubiertos y un salero de plata que vendió a un buhonero por el precio de un billete de tren. Eligió Barcelona porque al llegar a la estación le dijeron que era el primer tren que salía.

El día que Melisa llegó a la casa, a Fermina se le encogió el corazón. Pese a sus ropas humildes y su apariencia pueblerina, era una muchacha preciosa de piel olivácea y ojos oscuros. Su delgadez delataba el hambre que había pasado, pero en cuanto ganase unos kilos, su figura adquiriría una voluptuosidad que no pasaría desapercibida a ojos de ningún hombre. Fermina se preguntaba cuánto tiempo tardaría don Arturo en darse cuenta y maldijo a Lucía por haber metido a aquella chica inocente en la madriguera del lobo.

10

Abril de 1941

Melisa despertó con un nudo en el estómago. Sin poder evitarlo, sus pensamientos volaron a la noche anterior. Lucía no había querido contarle lo ocurrido con don Arturo, pero a ella le bastó ver su rostro demudado mientras servían la cena a los señores. Don Arturo apenas había dedicado a Lucía una mirada de soslayo, atento al parloteo de su esposa, que se deshacía en explicaciones acerca del menú que iba a ofrecer en su próxima cena al cabo de dos domingos.

—Menos mal que ya habrá pasado la Semana Santa y podremos servir carnes, que esto del ayuno es muy cristiano pero deja muy poco margen, y el pescado no le gusta a todo el mundo, sobre todo a tus amigos alemanes —decía en un tono de voz meliflua.

De cuando en cuando, don Arturo apartaba los ojos de doña Isabel para fijarlos en Melisa. En esos momentos, ella bajaba la cabeza, temerosa de que él pudiera leer en sus ojos la repulsión que le inspiraba. En cuanto Lucía regresó de la cocina con las torrijas de postre, cogió de sus manos trémulas la bandeja y le indicó con un gesto que fuera a acostarse. Ya se le ocurriría algo si la señora reparaba en su ausencia.

Lucía fingió dormir cuando Melisa entró en la habitación y esta se pasó la noche dando vueltas en la cama, hostigada por los remordimientos. Se sentía culpable por no haber defendido a su

amiga. Si al menos se hubiera negado a abandonar el estudio... Por la mañana, en cuanto Lucía plantó un pie en el frío suelo, Melisa corrió a su lado y le puso la mano en el hombro, preocupada. Sus ojos parecían tan sombríos como su ánimo.

—¿Te encuentras bien? —Miró la cama vacía de la cocinera. Se levantaba la primera para preparar los desayunos—. ¿Aviso a Fermina?

La otra negó con la cabeza y le dio la espalda mientras se quitaba el camisón.

—¿Por qué no me lo contaste?

Lucía guardó silencio. Descolgó el uniforme de la percha y lo dejó sobre la cama.

—¿Cuándo empezó a... —buscaba una palabra que no resultara ofensiva— molestarte?

—Hace unos meses —respondió—. A la chica que había antes de mí la despidieron cuando se quedó preñada. Eso me dijo la monja de la parroquia que me consiguió el trabajo. Al principio el señor fue muy amable conmigo. A espaldas de su mujer, don Arturo me pagaba un extra para que ayudara a mis padres. Yo no quería aceptarlo, me daba miedo que se enterase doña Isabel y le montara un cristo. La primera vez que me puso la mano encima creí que había sido sin querer. Es que no podía pensar otra cosa de un hombre que se portaba tan bien.

Melisa se preguntó cuántas chicas como Lucía se verían obligadas a soportar esas vejaciones.

—A la menor oportunidad, me acorrala para sobarme —prosiguió con una mueca de asco.

—Cuéntaselo a doña Isabel.

—Se me ha pasado por la cabeza, pero no me atrevo. Me despediría antes de que cante el gallo. Y a ver adónde iba a ir,

porque yo al pueblo no vuelvo.

Melisa la miró sin dar crédito.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Seguir aguantando?

—Mira, ahí fuera no abunda el trabajo, la gente se muere de hambre. —Tragó saliva antes de añadir—: No quiero acabar siendo una pordiosera.

—¿Y si te quedas encinta? —insistió Melisa.

Lucía empezó a vestirse.

—Solo me manosea. Nunca ha llegado a más.

—¡Aun así, es repugnante!

Cuando acabó de anudarse el delantal, Lucía apremió a Melisa, que seguía en camisón.

—Venga, date prisa, a ver si podemos desayunar tranquilas antes de que los señores se levanten. Y una cosa te pido: de esto ni una palabra a nadie. —La miró suplicante—. Júramelo por lo que más quieras.

Melisa frunció los labios reacia a suscribir una promesa que la obligaba a mantener en secreto un comportamiento aberrante de quien suponía que debía protegerlas mientras estuvieran a su servicio. Le inquietaba la actitud sumisa de Lucía al aceptar una conducta que degradaba su condición de mujer. Desde niñas se habían guardado los secretos, apoyándose la una a la otra, llegando incluso a compartir castigos cuando venían mal dadas. Viendo la angustia reflejada en el rostro de su amiga, comprendió que, si no se comprometía a guardar silencio, se arriesgaba a que dejara de confiar en ella.

—¡Júramelo! —repitió Lucía.

Melisa claudicó consciente de que con ello daba alas al diablo.

11

2001

A Mario se le cae el alma a los pies cuando traspasa la verja de su casa, cruza el jardín y observa el panorama. Junto a la mimosa, dentro del hoyo cavado por los jardineros con extremo cuidado para no dañar las raíces, hay un esqueleto. Su esperanza de que fuera de algún animal se diluye ante la certeza de que lo que tiene frente a él son los restos de un ser humano. Los jardineros parecen conmocionados, es la primera vez que se encuentran en una situación similar. Al ver a Mario, interrumpen su parloteo colmado de especulaciones. El jefe de obra se le acerca con gesto grave.

—Hola. Ya has visto lo que hay.

Por toda respuesta, Mario asiente con la cabeza.

—¿Qué hacemos? —pregunta el hombre.

El hallazgo de los huesos supone un contratiempo inesperado. Mario es consciente de que retrasará la reforma; sin embargo, pese a su enfado, sabe que un descubrimiento así no puede obviarse. Saca el móvil del bolsillo y marca el número de la Policía.

Los primeros en llegar son dos *mossos* que, tras comprobar que la denuncia es auténtica, llaman a comisaría para dar el parte. Minutos después, mientras precintan un amplio perímetro del jardín, hace acto de presencia una mujer seguida de dos agentes con sus respectivos maletines y el médico forense. La mujer pregunta por el propietario de la casa.

—Soy yo, Mario Rovira —se identifica dando unos pasos hacia ella y tendiéndole la mano para estrechársela.

—Inspectora Alicia Vega. ¿Es usted quien ha encontrado los restos? Espero que no haya tocado nada.

—Han sido los jardineros, al intentar trasladar la mimosa de sitio. Y no, no han tocado nada. —Mario no está muy seguro, al fin y al cabo él no estaba presente.

—¿Qué tiene de malo donde está ahora?

Como no esperaba la pregunta, se encoge de hombros.

—Quiero construir una piscina.

—Ya, pues olvídese de eso por el momento. Tendré que tomarles declaración a todos —dice la inspectora antes de acercarse al hoyo.

Pasa por debajo del precinto y se asoma al interior. Los de la Científica, con las manos enfundadas en guantes de látex y armados de pequeñas brochas, están despojando los huesos de cualquier resto de tierra antes de introducirlos en una bolsa. Mario la observa desde cierta distancia. Le ha parecido muy joven para ser inspectora, pero qué sabrá él del escalafón policial. Alicia Vega intercambia unas palabras con sus compañeros y saca el teléfono para hacer una llamada. Nada más colgar regresa junto a él y descansa las manos sobre su cintura, de forma que el arma reglamentaria queda visible.

—¿Cuándo podré continuar con las obras? —pregunta Mario expectante.

—Eso lo determinará el juez de guardia. No tardará en llegar. Hasta que no concluya la investigación y se esclarezca de quién son los restos, la casa queda precintada. En breve vendrá un equipo a excavar en el jardín, no podemos descartar que haya más huesos enterrados.

Mario suelta un bufido. Lo que le faltaba por oír. Intenta no perder la compostura.

—Ni que aquí hubiera vivido un asesino en serie —masculla cuando la inspectora se aleja unos metros para dar instrucciones a uno de los agentes.

El jefe de obra anima a Mario con una palmada en el hombro.

—Quizá nos dejen trabajar en el interior de la casa —apunta esperanzado.

—Por lo que me ha dicho, lo dudo.

—Joder, qué mala suerte, mira que lo tenía bien programado. Acababan los albañiles y empezábamos con los cerramientos. La previsión era entregarte la casa para Año Nuevo, pero no contaba con este problema. Mientras tanto, avanzaré otras obras. Es lo mejor para ti, cada día que tenga a los obreros parados te costará dinero. Avísame cuando podamos continuar la reforma.

—Descuida.

Transcurridas un par de horas, la Policía se marcha, no sin antes precintar la entrada. Al salir, Mario casi se da de bruces con una anciana que estira el cuello tratando de ver qué ocurre a través de la verja. Va acompañada de una mujer más joven.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —La anciana señala la casa con el bastón.

Mario sopesa la idea de hacer caso omiso y pasar de largo, pero la buena educación se impone a sus intenciones.

—Nada, señora.

—¿Y por qué ha venido la Policía? ¿Se le han metido okupas?

—No, no.

—Las casas viejas siempre dan problemas.

—¿Vive por el barrio?

—Justo enfrente —murmura la anciana girando la cabeza hacia una edificación apenas visible debido a los altos muros que la rodean. Sin más comentarios, entrelaza el brazo de su acompañante con el suyo y ambas continúan su paseo.

Mario sube a la moto, echa un último vistazo a la fachada de la casa y arranca maldiciendo su mala suerte por enésima vez.

12

Abril de 1941

En la cocina, Lucía discutía con Fermina a cuenta de la comida.

—Es la tercera vez en lo que va de semana que comemos potaje de garbanzos. ¿Por qué no nos pone bacalao o merluza como a los señores?

—¡No querrás comer como ellos! —exclamó airada la cocinera—. Qué pronto se nos olvida el hambre que se pasó en la guerra. Agradecida tendrías que estar de irte a la cama con el estómago lleno, y no como otras, que pasan más hambre que un maestro de escuela.

Por toda respuesta, Lucía emitió un gruñido.

—¿Qué os pasa? —preguntó Melisa—. Se os oye desde el pasillo.

—Pues nada, que volvemos a comer garbanzos. Y hoy es jueves, esta tarde vamos al baile. Ya verás tú, con lo mal que me sientan. Y hablando del baile, tengo una sorpresa para ti. Anda, ven.

La cogió de la mano y la llevó casi a rastras al dormitorio. Abrió el armario y descolgó una de las perchas. Se dio la vuelta y se la mostró a su amiga, que ahogó un grito de alegría.

—Pero... ¡qué bonito! —exclamó sin poder dar crédito.

A partir de unos retales, Antoñita había creado un conjunto de falda y blusa que quizá no fuera de alta costura, pero su impecable confección no tenía nada que envidiarle. Cogió la percha de manos de Lucía y se la aproximó al cuerpo.

—Si es que la Antoñita vale su peso en oro. Tiene unas manos que para mí las quisiera —dijo Lucía—. Ya verás lo guapa que vas a estar esta tarde.

—¿Te hace mucha ropa?

—¡Ya me gustaría! Pero la pobre, entre la faena de la casa y coser para su señora, no tiene tiempo de nada. Además, las telas buenas son caras, no puedo permitírmelas. Yo me compro los vestidos en los almacenes SEPU. No son lujosos como los de Santa Eulalia, pero por pocas pesetas te haces el apaño. —Se agachó bajo la cama y sacó unos zapatos negros—. Son de la señora. Calzáis el mismo número y los tuyos están muy desgastados.

Melisa se escandalizó.

—Pero ¡cómo se te ocurre cogerlos! Además, yo no sé andar con tacones.

—Si es muy fácil, tonta. Y por los zapatos no te preocupes, no creo que los eche en falta. Luego los devuelvo al armario y punto. Anda, vamos a poner la mesa.

Melisa dejó las prendas sobre la cama y salió tras ella, no sin antes echarles una última mirada.

Habían quedado con las chicas a las cuatro en la puerta del Salón Cibeles, pero Melisa y Lucía se retrasaron media hora. Ubicado en el 363 de la calle Córcega, el edificio había albergado un cine, un almacén y una fábrica de gaseosas antes de convertirse en sala de baile un año antes. Antoñita, Patro y Matilde avanzaron hacia ellas cuando las vieron acercarse a toda prisa.

—¡¿Dónde os habíais metido?! Ya pensábamos que no veníais —dijo la Patro.

Llevaba un vestido estampado que le había regalado la señora cuando dejó de utilizarlo. Le iba estrecho de caderas y de sisa, pero era el mejor que tenía. Antoñita y Matilde también se habían arreglado con esmero.

Lucía chascó la lengua.

—El señor ha venido hoy más tarde a comer y doña Isabel se ha empeñado en esperarlo, pero bueno, ya estamos aquí.

Melisa se aproximó a Antoñita y le dio dos besos.

—Pero qué guapa estás —exclamó la costurera alejándose unos pasos para verla mejor. Hizo un gesto a las chicas—. No me digáis que no parece una señorita.

—Todo es gracias a ti —dijo Melisa algo turbada. No le gustaba ser el centro de atención.

—Yo lo he confeccionado, pero tú lo luces como una modelo de esas que salen en las revistas.

Todas alabaron el buen hacer de Antoñita con la aguja. La Patro dio una palmada en el aire.

—Os recuerdo que solo tenemos tres horas para divertirnos, así que arreando *pa* dentro.

Las chicas franquearon las puertas del baile entre risas, dispuestas a olvidarse por unas horas del trabajo y las preocupaciones.

Desde el umbral de la sala, Melisa contemplaba embelesada a las parejas que danzaban en la pista al compás de la música orquestal. Antoñita y Lucía se alejaron para saludar a unos conocidos que acababan de divisar al otro extremo del local, y la Patro se dirigió resuelta hacia un lateral donde las jóvenes sin pareja aguardaban cómodamente sentadas a que las sacaran a bailar. Hizo un gesto a Melisa para que se acercara, para estar con Matilde y con ella.

—¡Qué bonito es esto, parece un teatro! En Carmona tenemos uno; teatro Cerezo se llama —explicó mirando en derredor—. Lo construyó hace años uno con el dinero que le tocó en la Lotería Nacional. Un millón de pesetas, nada menos. ¡Anda que si me tocara a mí me lo iba a gastar en hacer un teatro! —voceó para hacerse oír por encima de la música.

Tomaron asiento en unas sillas libres. Al mirar hacia el escenario donde tocaba la orquesta, Melisa entendió a quién debía su nombre el salón. Detrás de los músicos había una enorme pintura de la plaza de Cibeles de Madrid con la diosa sentada en su carro tirado por leones. La flanqueaban otras dos pinturas que reproducían motivos florales. Siguió observando la sala hasta que captaron su atención dos escaleras que conducían a un altillo al fondo. Asomado a la baranda, un hombre, el cuello erguido cual vigía en alta mar, no perdía detalle de la concurrencia. La Patro advirtió la curiosidad de Melisa.

—Es el vigilante. Por si a alguien se le va la mano adonde no debe —la informó mientras se inclinaba reprimiendo un gesto de dolor. Se quitó un zapato y se frotó el tobillo—. No sé para qué le hago caso a la Antoñita, me tendría que haber puesto calcetines.

—En cuanto te saquen a bailar, se te pasarán todos los males —la animó Melisa—. Mira, ahí viene uno. —Señaló con la cabeza a un joven desgarbado que lucía un jersey de rombos con las mangas demasiado cortas.

La Patro vio cómo se acercaba a su amiga con la mano extendida. Cuando Melisa negó con la cabeza, se volvió hacia Matilde, que también lo rechazó con educación. El joven, lejos de desalentarse, oteaba la fila de sillas en busca de una chica más dispuesta cuando la Patro se levantó de un brinco, se colgó de su brazo y lo arrastró hasta la pista.

—¿Te pasa algo, Matilde? —le preguntó Melisa en cuanto se quedaron solas. La chica se ajustó las gafas que resbalaban sobre su ancha nariz y sonrió taciturna. No era especialmente guapa, pero tenía una sonrisa generosa que le iluminaba el rostro—. Te noto un poco mustia —añadió.

—Es que hoy es el cumpleaños de mi niño, cuatro añitos hace. —Suspiró—. Se llama Miguel. Supongo que la Patro te lo habrá contado; no calla ni debajo del agua, pero tiene un corazón que no le cabe en el pecho. Todo lo que le sisa a su señora me lo da para el niño. ¿Quieres ver una fotografía? —Sacó del bolso la cartera y le mostró un retrato de un chiquillo de cabello castaño y ojos expresivos, muy parecido a ella.

—Es muy guapo.

—Me lo está criando una tía soltera, yo sé que lo cuida bien, pero me entristece perderme su infancia. En nada se habrá hecho un hombre y no me conocerá.

—¿No puedes pedirle a tu señora unos días en verano para ir a verlo?

Matilde la miró perpleja. Movió la cabeza de un lado a otro.

—En verano tendré que acompañar a los señores a la masía de Olot, con el resto del servicio. A ti te pasará lo mismo, ¿no te lo ha dicho Lucía? Los Llebrera pasan dos meses en el norte, al menos la señora.

La orquesta empezó a tocar una música de ritmo vivo que tenía mucho éxito entre los jóvenes. Se llamaba swing, pero Melisa no sabía bailarlo. Dejó que sus ojos vagaran por la pista. Entre las parejas vislumbró a Antoñita, que hacía cabriolas guiada por un chico delgado como un alambre. Mientras trataba de localizar a Lucía, la Patro regresó. Se miró el costado derecho y refunfuñó.

—Se me ha reventado la cremallera. Qué vergüenza he pasado.

—Te dije que ese vestido te quedaba muy estrecho, Patro, pero tú erre que erre con ponértelo —la reconvino Matilde.

Su amiga la fulminó con la mirada.

—¿Llevas un imperdible en el bolso?

Ante su negativa, se volvió hacia Melisa, que alzó las palmas dándole a entender que no podía ayudarla. Lucía y Antoñita se aproximaron a ellas.

—No veáis qué cola había en el aseo —se quejó Lucía—. ¿Y a esta qué mosca le ha picado? —preguntó señalando a la Patro con el mentón.

—Se le ha descosido la cremallera. —Melisa a duras penas podía contener la risa.

—Mientras bailaba con un chico —añadió Matilde, que había recuperado el buen humor.

Antoñita se inclinó para examinar el desaguisado que la Patro se empeñaba en ocultar con el bolso; se lo apartó de un manotazo.

—Vamos al aseo y te lo avío en un pispás.

—¿Y pasar otra vez delante del gentío? ¡Ni muerta! —se enrocó.

—Patro, no te pongas cabezona.

Mientras las chicas se enzarzaban en una discusión que acabó ganando Antoñita, Melisa volvió a centrar su atención en la pista al tiempo que rechazaba las invitaciones con una amable sonrisa; prefería la compañía de Matilde. De pronto tuvo la inquietante sensación de que alguien la observaba.

El vibrante ritmo del swing dio paso a los nostálgicos acordes de un bolero. Las parejas acompasaban los pasos a la melodiosa voz del solista arrimando sus cuerpos hasta que el gesto amonestante del censor las conminaba a mantener el decoro. Desde un lateral de

la sala, los ojos de un hombre no perdían detalle de las chicas que reían sentadas al otro extremo. Desvió la mirada cuando otro hombre se le acercó llevando del brazo a una mujer de pelo rizado y un generoso busto que el escote de su vestido contenía a duras penas.

—¿Lo estás pasando bien? —le preguntó.

—No tanto como tú. —Se señaló la frente perlada de sudor por el esfuerzo realizado en la pista—. Se te da bien.

—¡Anímate, amigo! —dijo aflojándose el nudo de la corbata—. Esto está lleno de chicas deseosas de pasar un buen rato. Mira a ese tipo. —Con el ceño fruncido señaló al vigilante que había descendido de su atalaya y se paseaba entre las parejas—. A punto he estado de atizarle un puñetazo cuando me ha dicho que mantuviera las distancias mientras bailaba. —Hizo un gesto hacia la chica, que, sin entender el idioma que hablaban, intentaba arrastrarlo a la pista, pero él se desasió. Siguió la mirada de su amigo hacia una joven morena y de exquisita belleza—. No pierdas el tiempo con ella. No baila con nadie.

El otro hacía rato que había dejado de escucharlo, ni siquiera oía la música, toda su atención estaba focalizada en aquella joven. Avanzó con decisión por el centro de la pista, ajeno a las parejas que se apartaban a su paso. Cuando sus amigas apagaron sus voces, desconcertadas ante la imponente presencia masculina, Melisa volvió la cabeza.

13

Abril de 1941

La llama prendió en la boca de su estómago y cobró intensidad a medida que ascendía por los pulmones privándolos de aire. Melisa tuvo la impresión de que hacía mucho calor en la sala, como si la temperatura hubiera aumentado de repente varios grados. Sintió la necesidad de salir de allí, respirar; sin embargo, cuando intentó moverse, las piernas no le respondieron. Parecían ancladas al suelo, al igual que sus ojos lo estaban en aquel hombre que avanzaba con aplomo hacia donde se hallaba sentada. Mientras lo veía abrirse paso entre las parejas que danzaban a su alrededor, se fijó en que su estatura superaba la de los demás, también iba mucho mejor vestido. Pensó que era el hombre más guapo que había visto en su vida. Tenía el cabello claro, unos ojos amables y una boca que le despertó un anhelo desconocido hasta entonces. Un intenso rubor coloreó sus mejillas. Convencida de que se dirigía hacia alguna de las chicas que ocupaban los asientos cercanos o hacia la salida, cuando se detuvo frente a ella, bajó la cabeza ligeramente aturdida. Al ver que su amiga no reaccionaba a la invitación, Lucía intercambió una mirada cómplice con Matilde y le propinó un codazo sin disimulo alguno. Melisa se removió en la silla.

—¿Le gustaría bailar, fräulein? —repitió él extendiendo la mano.

Ella parpadeó sin dar crédito. Al cabo de unos instantes, espoleada por sus amigas, asintió con la cabeza. Se levantó de la

silla despacio, aceptó la mano con timidez y se dejó guiar al centro de la pista. Ni siquiera era consciente de qué música sonaba, pero dedujo que se trataba de un ritmo lento, un bolero quizá, cuando él la atrajo hacia sí, guardando una distancia prudencial, y le rodeó la cintura con el brazo izquierdo. Melisa colocó la mano libre en su hombro. En las pocas ocasiones que algún chico la había sacado a bailar en el pueblo, el contacto de sus manos jamás le había provocado sensaciones tan placenteras como las que experimentaba ahora, ni había sentido aquella irresistible atracción. Se estremeció cuando él inclinó la cabeza hacia ella.

—Me llamo Kurt —se presentó acercando los labios a su oreja para hacerse oír por encima de la música.

—Melisa —respondió ella con el corazón desbocado. Respiró hondo en un intento de recobrar la calma.

—Bonito nombre.

—Gracias.

Bailaron en silencio unos minutos hasta que Kurt lo rompió.

—No conocía este sitio. Un amigo ha insistido mucho en que lo acompañara y no he podido negarme. Y usted, ¿viene a menudo?

Melisa negó con la cabeza.

—Para mí también es la primera vez. Mis amigas tenían ganas de conocerlo, y, la verdad, a mí también me apetecía. Nunca había estado en un sitio tan lujoso.

Se mordió los labios. Aquella no era la palabra que mejor definía al Cibeles. Por lo que había podido apreciar, era un salón orientado a la clase trabajadora y su decoración resultaba más bien tosca. Según le habían explicado sus amigas, abría los jueves y los domingos, días que libraban las criadas y los obreros. Dado que era jueves, supuso que la mayor parte de las chicas serían sirvientas, como ella.

—Si le soy sincero, es usted la responsable de que siga aquí.

Melisa alzó la cabeza y lo miró a los ojos algo confundida.

—¿A qué se refiere?

—Estaba a punto de marcharme.

—¿No le gusta este ambiente?

—Digamos que no tenía demasiados alicientes para mí, hasta que la he visto. —La calidez de su tono ejerció sobre ella el efecto de una caricia.

—A mí me ocurría algo parecido —murmuró.

—Entonces, ha sido una suerte habernos encontrado.

—No es usted de este país, ¿verdad?

Él sonrió. Sus dientes eran blancos y regulares. Muy diferentes a los de los chicos que se le habían acercado al llegar al local.

—¿Tanto se me nota el acento?

—Un poco.

—Soy alemán —precisó.

—Yo nací en un pequeño pueblo de Burgos. Llegué a Barcelona hace solo unas semanas. —Se interrumpió temerosa de que Kurt quisiera conocer más de su vida. ¿Qué respondería si le preguntaba sobre su familia, dónde vivía, a qué se dedicaba? No sabía mentir y le preocupaba revelar algo que le hiciera perder el interés por ella. Aquella posibilidad le provocó una opresión en el pecho. Decidió encauzar la conversación hacia terreno seguro—: ¿Qué significa *fräulein*? Es lo primero que me ha llamado.

Él volvió a reír. Le agradó la frescura de la joven y su capacidad por retener un término ajeno a su propia lengua.

—*Fräulein* significa «señorita» en mi idioma —dijo mirándola con intensidad.

Melisa le devolvió la mirada dibujando en su memoria sus rasgos. Se quedaron en silencio unos instantes sin apartar los ojos el uno del otro, cada uno inmerso en sus pensamientos. Los labios de él

estaban tan cerca que Melisa podía oler su aliento, una mezcla de tabaco y menta. Cuando la música se tornó en una animada melodía que requería un baile suelto, ocultó su decepción tras una leve sonrisa creyendo que el cuento de hadas había terminado. Su corazón dio un brinco cuando él retuvo su mano y la hizo girar tantas veces que estuvo a punto de marearse. El poco rato que bailaron separados Melisa contó los segundos que faltaban para regresar a sus brazos. Entre ellos se sentía protegida, como si nada malo pudiera pasarle. Hacía mucho tiempo que no era tan feliz.

—¿Echa de menos Alemania? —le preguntó, la voz apenas un susurro. Sus cuerpos estaban tan próximos que a Melisa le parecía un milagro que el vigilante no les hubiera llamado la atención.

—A veces. —Suspiró—. Mi país ha cambiado mucho. —Melisa advirtió que un velo de tristeza ensombrecía sus ojos, aunque solo durante un breve instante, ya que enseguida recuperaron el brillo—. Por supuesto, echo de menos a mi madre. De todas formas, me gusta esta ciudad. Aquí me siento como en casa.

El ardor que desprendía su mirada encendió las mejillas de Melisa. Desvió los ojos hacia su torso y enrojeció aún más al imaginarlo duro y musculoso bajo la ropa. Sin ser consciente, entreabrió los labios deseosa de que él la besara, pero casi de inmediato se reprendió a sí misma, avergonzada. Aquellas reacciones no eran propias de ella. La habían educado para guardar la distancia con los hombres como forma de protegerse; sin embargo, con Kurt le resultaba imposible controlar sus emociones. Lo único que deseaba era sentir la boca de él sobre la suya. Ladeó la cabeza sin atreverse a mirarlo, por miedo a que fuera capaz de adivinar unos pensamientos tan osados como impropios. Tragó saliva antes de hablar.

—¿Sabe lo que más me gusta a mí? Que tiene mar. Nunca lo había visto. Ahora solo tengo que caminar un rato para llegar al puerto y pasear por los muelles.

—¿Ha ido a la playa?

—Todavía no.

—La Costa Brava es magnífica. Tal vez podría llevarla algún día.

—Tal vez.

Ensimismada, no se dio cuenta de que la canción había terminado. Reacia a deshacer el contacto, se alegró cuando dio comienzo otra pieza. Pensó que ojalá pudiera congelar el tiempo para no tener que separarse de él. De soslayo vio que Lucía le hacía señas, y la realidad quebró la magia del momento imponiendo su crudeza: «¿Qué te está pasando? No conoces a este hombre de nada y te estás comportando como una tonta. Espabila, lo más probable es que no vuelvas a verlo».

—¿Le ocurre algo? —le preguntó él al verla titubear.

—No, nada. ¿Qué hora es?

Miró su reloj de pulsera.

—Las siete y media.

—Tengo... tengo que marcharme —musitó cabizbaja. Se soltó de su mano y dio un paso atrás.

—¿Tan pronto?

Asintió.

—Podríamos vernos otro día, si le parece bien —dijo él.

«¡Quiere volver a verme!», exclamó para sí misma incapaz de contener la emoción.

—Sí. Me gustaría.

—Entonces, quedemos el domingo —propuso Kurt.

Melisa apretó los labios. Ese día no libraba.

—El domingo no puedo. Tal vez..., el martes. Sí, el martes por la tarde podríamos vernos un rato. —Pensó que ya se inventaría alguna excusa para salir de casa.

—El martes entonces. ¿Aquí mismo?

—No, mejor en la plaza de Cataluña. A las cuatro.

Él volvió a cogerle la mano y la estrechó entre las suyas. Aprovechando que el censor estaba ocupado en amonestar a otra pareja, le besó la palma. Un roce leve y efímero que agitó su interior. Alzó la cabeza y se sumergió en la profundidad de sus iris, azules como el cielo de una mañana de verano. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para alejarse de él y regresar con sus amigas, que la aguardaban expectantes.

La asaetearon a preguntas. Ardían en deseos de que les hablara de aquel hombre tan atractivo con el que había estado toda la tarde. Desde que había abandonado la pista de baile, Melisa mantenía una sonrisa que iluminaba su precioso rostro.

—A ver, chicas, no agobiarla —dijo la Patro—. Preguntar una por una. Empiezo yo. ¿Cómo se llama? ¿Tiene un buen oficio? Es más largo que un día sin pan, les saca una cabeza a todos, y bien plantado. Parecía forastero.

Cuando cogía carrerilla, la Patro no conocía límites. Antoñita la interrumpió sin miramientos.

—Ay, hija, mira que eres cansaliebres.

—Arreando, que al final se nos va a hacer tarde. —Lucía chasqueó los dedos frente a Melisa, que tenía la mirada fija en la puerta por donde minutos antes había salido Kurt con otro hombre —. ¿Estás sorda? Coge el bolso, que nos vamos.

Matilde y Antoñita la flanquearon mientras cruzaban la avenida del Generalísimo y enfilaban hacia el paseo de Gracia. Melisa, que no podía dejar de pensar en Kurt y en la suerte que tenía de que se

hubiera fijado en ella, apenas les prestaba atención. Le pareció entender que iban a acompañar a la Patro, que vivía cerca. Antoñita le apretó el brazo.

—Cuéntanos, anda —la apremió.

—Pero ¿qué queréis que os diga? Hemos bailado y ya está.

—Y ya está, dice. Tú te has enamorado, solo hay que ver cómo te brillan los ojos.

—¡Si apenas lo conozco! —exclamó Melisa arrebolada. Prefirió no decirles que el martes tenía una cita con él.

—Y eso qué tendrá que ver —saltó la Patro a su espalda—. A mí, el chico que me ha sacado a bailar no me gustaba ni *miaja*, por eso no le he dado pie.

—Di más bien que has tenido que salir pitando porque se te ha roto la cremallera. Ya hemos visto cómo te agarrabas a él —terció Lucía entre risas.

—¡Pero si era una papa frita!

—¿Te has enamorado alguna vez, Patro? —le preguntó Melisa decidida a desviar el foco de atención de su persona.

—¿El amor no correspondido cuenta también? —Hizo una pausa y suspiró—. En mi pueblo había un zagal más majo que las pesetas, me gustaba una *jartá*, pero él no me miraba ni de reojo; al final, se hizo novio de la malaje de mi prima. Me hinché a llorar. Ahora, bien que me vengué. La noche antes de la boda me metí en su casa y le hice trizas el vestido de novia.

—¡Qué bruta eres! —exclamó Lucía dándole un golpe cariñoso en el brazo.

Mientras la Patro contaba que la boda había estado a punto de no celebrarse, ya que su prima creía que casarse con un traje negro prestado traía mala suerte, Melisa cogió la mano de Matilde.

—Tú estuviste prometida, ¿cómo supiste que era el hombre de tu vida? —le susurró.

Matilde cerró los ojos unos instantes, conjurando el recuerdo del amor perdido. Cuando empezó a hablar, todas callaron para escucharla.

—Me lo dijo el corazón. En cuanto lo vi, supe que no habría nadie más. Conocí a Rafael en las fiestas de un pueblo vecino al mío. Era muy tímido, no sabéis lo que le costó sacarme a bailar. A mí me daba vergüenza porque lo hacía muy mal, pero él tampoco es que fuera el Fred Astaire. —Rio—. Cuando me cogió de la mano, sentí un fogonazo en el cuerpo. Y las llamas continúan vivas hoy en día. Antes de marcharse a la guerra me juró que jamás me abandonaría. Y en cierta forma, ha cumplido su palabra.

—Eso lo dices porque te dejó embarazada del niño, ¿verdad? —dijo Lucía, pero Matilde negó con la cabeza.

—Me hizo el mejor regalo, aunque lo pasé muy mal. En este país, una chica soltera y madre como yo no lo tiene fácil, y ya no os cuento en Albacete, aunque no me refería a eso. Llamadme loca, pero sé que sigue conmigo y, a su manera, me asegura que todo irá bien.

—No te ofendas, pero los muertos no hablan —le rebatió la Patro —. Y menos mal, porque si mi abuela, que en paz descanse, pudiera hablar, seguiría martirizándome desde la tumba...

—Cierra el pico, Patro —la atajó Antoñita—. Qué sabrás tú.

Matilde la miró sonriente.

—No, si tiene razón. Es solo que, a veces, de repente, ocurre algo que atrae mi atención; puede ser un rayo de sol que asoma en un día nublado o el silbido del viento que se cuela por una ventana mal cerrada. Es una tontería, pero pensar que es mi Rafael me ayuda a seguir adelante.

—No es ninguna tontería. Al contrario, me parece muy bonito —la alentó Melisa realmente conmovida.

—Cuando te he visto bailar con ese hombre, me he reconocido en ti. Yo también miraba a mi novio con ese arrobo.

Melisa se mordió los labios. No quería que las chicas supieran hasta qué punto la había impresionado Kurt.

—Oye, ¿y no es un poco mayor para ti? —preguntó Lucía.

—No sé, no le he preguntado la edad.

—Mejor un hombre hecho y derecho, y que sepa lo que hace —afirmó Antoñita. La doble intención de sus palabras hizo reír a sus compañeras.

—¿A qué se dedica? —preguntó Lucía.

Melisa se encogió de hombros.

—No se lo he preguntado.

—Pinta de obrero no tenía. Él habrá dado por hecho que eras una sirvienta, como la mayoría de las que estábamos ahí.

—¡Qué va, mujer, ni se le habrá ocurrido! —objetó la Patro—. Con lo elegante que se nos ha puesto la chica.

Melisa no había caído en eso. ¿Y si Kurt se había acercado a ella confundido por su ropa elegante? ¿La habría sacado a bailar de saber que era una simple criada? Tarde o temprano tendría que decírselo. No quería vivir una mentira. A unos metros del portal de la Patro se despidieron. Melisa sacudió la cabeza para dejar de pensar en el alemán y se esforzó por prestar atención a Antoñita.

—Recuerdo mi primer amor —empezó esta—. Al principio nos llevábamos como el perro y el gato. Me tenía amargada, me tiraba de las trenzas, cogía gusanos y me los metía por el cogote. Era un pieza. Pero un día empezó a mirarme con otros ojos, los gusanos se convirtieron en flores que cogía del monte, y ya no me tiraba del

pelo, me lo acariciaba. Al pobre se lo llevó el tifus con nueve años. José Manuel se llamaba.

—Ay, qué pena —musitó Melisa.

—Sí. A mí no se me llevó la enfermedad de milagro. Luego en Madrid me enamoré de un chico que me dejó. En fin, ya conocéis la historia. —Se detuvo en el chaflán de la calle Aragón con el paseo de Gracia—. Bueno, pues hasta el jueves.

Tras despedirse, Antoñita y Matilde prosiguieron paseo abajo mientras Melisa y Lucía enfilaban hacia la Rambla de Cataluña. Caminaban en silencio, pensando en sus cosas. La primera seguía envuelta en una nube de felicidad; Lucía trataba de aplacar a sus demonios. Aunque le había alegrado que el alemán se fijara en su amiga, no pudo evitar una punzada de celos. Si la ilusión de Melisa prosperaba en romance, gozaría con el hombre amado de sus primeros besos y sus primeras caricias. A ella le había arrebatado esa oportunidad un miserable. Cada vez que don Arturo se propasaba con ella, era como si le arrancara el corazón, pero, si se lo contaba a doña Isabel, esta se tragaría su orgullo, respaldaría a su esposo y volcaría sobre ella la rabia. Su poder le cerraría las puertas de las mejores familias de la ciudad. Tendría que ponerse a servir en una casa mediocre, donde la explotarían a cambio de nada, le pegarían o, peor aún, terminaría en algún burdel del Barrio Chino.

Lucía apretó los labios. Había metido en la casa a su amiga sin pensar en lo que podría suceder si don Arturo ponía los ojos en ella. Confiaba en que el interés que doña Isabel mostraba por Melisa la mantuviera a salvo de sus garras. Notó el sabor amargo de la hiel al imaginar lo contrario.

14

Abril de 1941

Doña Isabel se sentó a la mesa del desayuno y observó a su alrededor para asegurarse de que todo estuviera en orden. Acostumbraba a empezar el día con una infusión de té sin azúcar y dos gotas de leche que acompañaba con una tostada untada con confitura. Don Arturo, en cambio, compensaba la frugalidad de su mujer con un plato de huevos fritos con salchichas ahumadas y beicon crujiente. De haber sabido que su admirado Hitler evitaba los alimentos cárnicos y gustaba de incomodar a quienes los comían en su presencia, quizá se habría replanteado su dieta. En cuanto entró en el comedor, doña Isabel hizo una señal a las criadas para que sirvieran el café al señor. Con tres cucharadas de azúcar, como a él le gustaba.

Melisa se le acercó cafetera en mano. Por un momento estuvo tentada de derramar el café hirviente en su regazo. No pudo evitar que un atisbo de sonrisa asomara a sus labios al imaginarlo aullando de dolor, pero el timbre de la puerta la arrancó de su ensoñación. Dejó la cafetera sobre el salvamanteles y fue a abrir. Al cabo de unos minutos regresó con el correo dispuesto en abanico sobre una bandeja de plata y la prensa matutina.

Don Arturo echó un vistazo a las cartas; no esperaba encontrar ninguna de su interés, las importantes las recibía siempre en mano en su oficina. Rasgó los sobres de dos invitaciones que iban a su

nombre. Una de ellas era para la conferencia que el arqueólogo alemán Adolf Schulten impartiría en la biblioteca de la Universidad de Barcelona el 28 de abril. Don Arturo nunca había oído hablar de él ni le interesaba la arqueología, pero se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, desechó la otra invitación y con un gesto displicente indicó a Melisa que el resto del correo se lo entregara a la señora. Esta la miró complacida por encima de su taza de té. Pensó que aquella criada había cambiado mucho en pocas semanas. Aunque jamás lo reconocería en voz alta, debía admitir que la chica desprendía un aura especial; tenía una distinción que iba más allá de su innegable belleza. Cierto que le faltaba experiencia, pero mostraba gran interés en aprender y era espabilada, no había que repetirle las cosas varias veces como a Lucía cuando entró a trabajar en la casa. A doña Isabel no le cabía duda de que el comportamiento de Melisa sería intachable cuando tuviera que servir a invitados importantes. Aun así, deseosa de ver cómo se desenvolvía en un ambiente selecto, decidió ponerla a prueba.

Mientras doña Isabel hacía cábalas, Melisa observó que aquella mañana había sustituido la insulsa indumentaria que vestía para su trabajo en la Sección Femenina por un elegante traje de chaqueta gris marengo que realzaba su talle. En las orejas lucía pendientes de perlas e incluso se había maquillado un poco. Casi dio un respingo cuando don Arturo, enfrascado en la lectura de *La Vanguardia Española*, soltó un bufido.

—¡Vaya por Dios! —exclamó contrariado.

—¿Alguna noticia interesante, querido? —preguntó doña Isabel.

—El embajador alemán, Eberhard von Stohrer, viene a la ciudad.

—Será para presidir el homenaje al Führer en el Coliseum. Debemos invitarlo a la cena —propuso.

Él le dedicó una mirada condescendiente.

—Lo haría con sumo gusto, pero viene tres días más tarde a inaugurar la Exposición de Prensa Alemana en el Círculo Artístico. —Cerró el periódico y chasqueó los dedos para que le sirvieran más café.

Lucía se aproximó con pasos trémulos y le llenó la taza.

—Ayer llamaron de Santa Eulalia —comentó doña Isabel mientras cogía una rebanada de pan. La untó con confitura de moras antes de proseguir—: Ya han terminado mi vestido.

Don Arturo pinchó un trozo de salchicha, la mojó en la yema de huevo y se la llevó a la boca. La apuntó con el tenedor mientras masticaba con deleite.

—Espero que sea recatado. No quiero que parezcas lo que no eres. —Hizo una mueca al reparar en el maquillaje—. Te has pintarrajeado. ¿Acaso mi esposa es una cualquiera?

La mujer se removió incómoda en la silla.

—¡Por Dios, Arturo! Si apenas me he dado un toque de polvos. Y, tranquilo, el vestido es discreto, además de elegante. —Apartó los ojos de su marido y se dirigió a Melisa—: Hoy vendrás conmigo, tengo que hacer unas compras.

Melisa asintió. Miró de refilón a don Arturo y leyó en su mirada aviesa una advertencia velada. Si se le ocurría contarle a su esposa lo ocurrido la otra tarde con Lucía, tendría que atenerse a las consecuencias. Agradeció que doña Isabel atrajera la atención de su marido.

—Necesito al chófer. Si cojo un taxi, temo que se ensucie el vestido nuevo.

—Por lo que me cuesta, bien podrían enviártelo a casa.

—Prefiero recogerlo yo. Estos días hay muchos acontecimientos sociales, no quiero arriesgarme a que se pierda en el camino.

Don Arturo se puso en pie.

—¡Qué tontería! En fin, por mí no hay problema. Cuando Julián me deje en la oficina, le diré que vuelva a por ti —dijo mientras salía del comedor sin despedirse.

Cuando cruzaron las puertas del número 60 del paseo de Gracia, sede de la nueva tienda de Santa Eulalia, Melisa se acordó de Antoñita y pensó en cuánto le hubiera gustado a su amiga estar en su lugar. Caminó unos pasos por detrás de doña Isabel, dejando que la envolviera la elegancia de aquel espacio tan alejado de su día a día, donde los sueños de las privilegiadas se hacían realidad. Una mujer de mediana edad salió de detrás de un mostrador y se acercó a ellas con las manos tendidas hacia doña Isabel.

—¡Señora Llebrera! ¡Cuánto me alegro de verla! —exclamó con una franca sonrisa. Le estrechó la mano y añadió—: Venga conmigo, por favor.

—¿El señor Formosa no está? —preguntó doña Isabel mirando en derredor. Estaba acostumbrada a que el diseñador de alta costura de la firma la atendiera en persona.

—El señor Formosa se encuentra en París —respondió.

Sin más explicaciones, las guio hacia el ascensor. Melisa se disculpó y subió por la escalera.

A través de una puerta entreabierta, atisbó la zona de taller. Un buen número de costureras cosían con hábiles manos las exclusivas piezas que serían estrenadas en puestas de largo, noches de ópera o en las fiestas y cenas que se celebraban en los salones más importantes de la ciudad. Absorta en las puntadas de aquellas mujeres de distintas edades, Melisa no se percató de que doña Isabel y la encargada de la tienda se habían alejado hacia la zona de probadores. Aligeró el paso para no quedarse atrás. Doña Isabel se

acercó a una mujer alta y esbelta que salía de uno de los probadores. Lucía un traje de dos piezas entallado, de hombros cuadrados y en un tono azul grisáceo que hacía juego con sus ojos. Un tocado de terciopelo negro en forma de diadema realzaba su pelo rubio platino.

—¡Dagmar, querida! Qué casualidad que hayamos coincidido.

La otra volvió la cabeza al oír su nombre y sonrió complacida.

—¿Cómo estás, Isabel? —saludó con un marcado acento alemán.

—Muy bien. Voy a probarme el vestido para la cena en honor del Führer, espero que no necesite arreglos. —Se dio cuenta de que la alemana observaba a Melisa con curiosidad—. Es mi criada. La he traído para que me ayude con las compras —explicó.

Melisa hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Siento no poder entretenerme, tengo un poco de prisa —se disculpó la mujer en un castellano vacilante. Se notaban los esfuerzos que hacía por expresarse.

—Nos veremos el 20. Estoy deseando que llegue el día.

—Yo también.

La mujer dejó que doña Isabel le besara las mejillas y, tras mirar de nuevo a Melisa, se apartó para decirle algo a la encargada. Mientras su señora entraba en el probador, Melisa se entretuvo en observar a aquella extranjera. Se fijó en un detalle que antes le había pasado desapercibido. Llevaba medias, un lujo escaso al alcance de pocas mujeres. La mayoría usaba calcetines o se pintaba una raya negra en la parte posterior de las piernas para simular una costura, como había visto hacer a Lucía.

El chófer abrió la puerta del Hispano-Suiza para que la señora se acomodara en la parte de atrás. Melisa abrió la puerta del copiloto y se sentó con la caja del vestido en su regazo. De allí se dirigieron a la Guantería Alonso, en la calle Santa Ana, donde doña Isabel

adquirió unos guantes de piel y un bolso de fiesta que hacía juego con su nuevo vestido. Melisa se preguntó si tendría alguna idea de lo que hacía su esposo a sus espaldas. Abrió la boca para hablar, pero el recuerdo de la mirada admonitoria de don Arturo y la promesa que le había hecho a Lucía se lo impidieron.

15

Abril de 1941

Con la Semana Santa a la vuelta de la esquina, a Fermina le preocupaba que los proveedores no pudieran conseguir las exquisiteces que doña Isabel quería servir en su cena. Previsora, dos semanas antes había enviado a las chicas a encargar las viandas en los distintos puestos. El lunes, tras asegurarse de que serían entregadas en el domicilio de los señores Llebrera en la fecha convenida, Melisa y Lucía hicieron las compras del día. A Melisa le sorprendió que, pese a lo avanzado de la hora, pudieran adquirir alimentos como si no hubiera racionamiento. Advirtió que, con dinero, se podía comprar lo que fuera y cuando fuera. Mientras subían por la Rambla de regreso a casa, pasaron frente al Café de la Ópera, un establecimiento en el que los camareros lucían chaqueta y pajarita, y cuya proximidad al Gran Teatro del Liceo lo había convertido en punto de encuentro de aristócratas, burgueses y artistas. Se decía que, en otros tiempos, el propio Alfonso XIII había degustado su exquisito café y sus pasteles vieneses. A través de la cristalera, Melisa admiró el salón que combinaba en su decoración motivos modernistas con toques neoclásicos confiriéndole un aire de lujosa sofisticación. Pensó en lo mucho que le gustaría ocupar una de aquellas mesas, con Kurt a su lado. Desde la tarde del baile no había dejado de pensar en él. Contaba las horas que faltaban para verlo.

—¡Qué bonito! —exclamó estirando el cuello para no perder detalle de los espejos y los paneles de las paredes que representaban figuras con cestos de frutas y flores.

—Lo que yo daría por sentarme un rato ahí dentro. —Lucía suspiró—. Tengo los pies molidos de tanto andar.

—¿Por qué no entramos y nos tomamos un café? —sugirió Melisa.

Su compañera la miró de hito en hito.

—¿Tú sabes lo que cuesta ahí un café? —dijo escandalizada—. Mejor vamos a otro sitio.

Al llegar a la calle Pelayo, tocando la Rambla, Lucía la guio hacia lo que parecía la entrada del metro.

—¿Adónde vamos?

—A descansar un rato.

Se adentraron en el subterráneo. Frente a la escalera que conducía al ferrocarril de Sarriá se abría un túnel largo y ancho flanqueado por dos filas de columnas de mármol en cuyos extremos había tiendas, restaurantes y cafeterías.

—Estas son las galerías Avenida de la Luz. Las inauguraron el año pasado. Aquí se encuentra de todo. Hay incluso lavabos —le explicó Lucía. Al ver el entusiasmo de Melisa continuó hablando—: El día que las abrieron acudió toda la gente bien de Barcelona. Doña Isabel y don Arturo los primeros.

—Nunca había visto tantas tiendas juntas.

—¡Ni yo!

Junto a las taquillas había una bombonería. Se acercaron a examinar los pasteles y dulces expuestos en el escaparate. A Melisa le llamaron la atención unos botes de metal dorado con letras escritas en un idioma que no reconoció.

—Son bombones. Los traen del extranjero —la informó Lucía—. Cuando los pruebes, no querrás comer otra cosa.

—Ya será menos.

—Que sí, que te lo digo yo. Si es que tú nunca has comido chocolate.

—¡Anda que no!

—Aquello era algarroba, nada que ver con el cacao de verdad. Ya verás el día de la cena, la señora siempre los encarga en Prats-Fatjó, para servirlos con el café. Y hablando de café, vamos a sentarnos ahí mismo.

Melisa expresó su preocupación.

—¿No se nos hará muy tarde? Mira que nos hemos entretenido mucho en el mercado y son casi las doce, lo he visto en el reloj de la entrada.

—Ay, chica, no seas agonías. Antes has dicho que querías tomarte un café.

—Eso ha sido cuando hemos pasado por aquel sitio tan elegante.

—Oye, por cierto, el otro día acompañaste a doña Isabel a Santa Eulalia. Cuéntame cómo es el vestido que se ha comprado para la fiesta.

Melisa se encogió de hombros.

—No lo vi.

—¿Ni siquiera de refilón?

Negó con la cabeza.

—Se metió en un probador y, luego, cuando salió una dependienta con el vestido en brazos, ni me fijé. Pero seguro que será muy bonito, como todo lo que hacen allí. Me pasaría horas mirando los vestidos. Ni te imaginas lo lujosa que es esa tienda.

Recordó a la elegante extranjera que había estado hablando con doña Isabel, pero prefirió no mencionarla.

—Ya, pues baja del guindo, amiga, que esa ropa no está a nuestro alcance.

—Pero soñar no cuesta dinero. Pensé en Antoñita, lo que habría disfrutado. No sé por qué no pide trabajo allí. Hay muchas costureras, seguro que no les viene mal una más. ¿Y si hablara con la señora? Parecía conocer a todo el mundo. Quizá podría hacer que la emplearan...

—¡Ni se te ocurra! —la atajó Lucía dirigiéndose a un bar—. A estos mejor no deberles nada. Además, ella tampoco pediría un favor, y menos para una criada.

Melisa miró con aprensión el lugar elegido por su amiga. Un par de hombres acomodados en la barra degustaban lo que parecía un plato de calamares fritos, aunque no eran sino aros de cebolla, y un deslucido cartel en la pared ofrecía café con leche y bollo por cincuenta céntimos. Lucía pidió dos cafés y un pastelillo para compartir. A Melisa, el sabor del café le recordó a la cebada tostada, el sucedáneo que tomaba en el pueblo. Y mientras lo saboreaban, ajenas al reloj que marcaba inexorable los minutos, creyeron que la fortuna, esta vez, sí estaba de su lado.

16

Abril de 1941

Una Remei más nerviosa que de costumbre les abrió la puerta cuando Melisa y Lucía llegaron a casa.

—Fermina está que bufa —les dijo en cuanto traspasaron el umbral—. La señora le ha preguntado varias veces por vosotras.

—¿Doña Isabel ha entrado en la cocina? —se extrañó Lucía—. Ya es raro, si ella nunca... —De pronto cayó en la cuenta. Dio un respingo y se llevó las manos a la boca—. ¡Ay, la madre del cordero, la que se va a liar! —gimoteó echando a correr hacia la cocina.

Melisa la siguió mientras Remei volvía a sus quehaceres en el cuarto de la plancha. La mujer prefería mantenerse al margen cuando barruntaba conflictos. Desde el pasillo, oyó la voz de su compañera:

—¡Ya hemos vuelto, Fermina! ¡No sabe la de gente que había en el mercado!

La cocinera levantó la cabeza del saco de lentejas que estaba revisando. A su lado había un platillo con unas cuantas piedras y algún que otro bicho. Fermina era muy escrupulosa con la limpieza de las legumbres, siempre se encontraban sorpresas. Se puso en pie tan deprisa que el saco se le escurrió de las manos y unas cuantas lentejas fueron a parar al suelo. Melisa depositó las bolsas de la compra sobre la mesa y se acuclilló para recogerlas. Sobre el fogón reposaba una fuente con un asado de carne con patatas. Olisqueó el

aire para absorber los aromas de la cebolla caramelizada confundidos con los del guiso de acelgas y tocino que la cocinera había preparado para el servicio.

—¡Qué horas son estas de llegar! ¡¿Dónde os habíais metido?! ¿No sabéis que los lunes vienen a almorzar las amigas de la señora? —bramó.

—Lo siento, Fermina, se nos ha olvidado —balbuceó Melisa desde el suelo.

—¡Tú no te disculpes, niña! Al cabo, llevas cuatro días en la casa, pero esta descastada —fulminó a Lucía con la mirada antes de continuar renegando—: ¿Es que quieres que te despidan? Y a todas estas, la mesa sin poner. Corre al comedor antes de que la señora vuelva a preguntar por ti.

Lucía se quitó el jersey y lo dejó en el respaldo de la silla mientras la cocinera revisaba el contenido de las bolsas que habían traído del mercado. Alcanzaba ya la puerta de la cocina para dirigirse al comedor cuando la mujer la detuvo.

—Espera, ¿y los hojaldres de crema?

La criada enrojeció. Fermina puso el grito en el cielo.

—¡Si es que estás en Babia! Y ahora ¿qué les doy de postre?

Melisa se incorporó, devolvió al saco las lentejas y se acercó a la alacena. Cogió una caja de mantecados que había preparado la cocinera el día antes y la plantó frente a ella. Fermina arrugó la frente.

—Pero si están hechos con harina de maíz y manteca de cerdo. ¿A ti te parece que son un postre digno de señoras de postín? —espetó con desdén.

Melisa se encogió de hombros.

—No veo por qué no, si están bien buenos. Mire, Fermina, entre la copita de jerez que se tomarán con el aperitivo, el vino de la

comida y el anisete del café, cuando saquemos los dulces estarán más que achispadas. Les dará lo mismo comer hojaldres de crema que mantecados.

—¡Dios te oiga! Por si acaso, los pondré en una bandeja de plata para que luzcan mejor.

—Bueno, voy a ayudar a Lucía.

La encontró extendiendo sobre la mesa un mantel de hilo blanco con bordados de flores. Por fortuna, Remei lo había lavado y planchado días antes. Cuando vio que Lucía dudaba ante el armario bajo del aparador, donde se guardaban los platos y las copas, Melisa le recordó que la semana anterior habían sido seis las comensales. Sacó los cubiertos de plata del primer cajón del aparador y los colocó junto a los platos. En el último momento cogió un centro de mesa de plata y cristal tallado y lo dispuso a modo de adorno. En ese instante, sonó el timbre de la puerta.

—Ya están ahí las señoras.

Lucía iba a salir del comedor cuando doña Isabel hizo su aparición. Se plantó frente a ella con los ojos brillantes de ira contenida.

—Más tarde hablaré contigo. —Su voz baja y sibilante encerraba la amenaza de una fuerte reprimenda. Lucía habría preferido que le gritara y se olvidara del asunto—. Ahora ve a abrir y acompaña a las señoras al salón. Diles que enseguida estoy con ellas —le ordenó con aspereza.

La criada salió a toda prisa. Melisa se disponía a seguirla cuando la señora le cortó el paso. Se preparó para recibir una regañina por haberse retrasado, pero doña Isabel se limitó a mirarla de forma apreciativa. Para su sorpresa, extendió una mano y le tocó el pelo. Remei se lo había cortado a la altura de los hombros y lo llevaba recogido a ambos lados de la cabeza con horquillas. Como no podían

permitirse adquirir un buen jabón, usaba el que fabricaba la cocinera con sosa y aceite refrito. Lucía solía quejarse de que le dejaba el pelo fosco y reseco. Melisa estaba de acuerdo.

—Tienes un cabello demasiado bonito para estropearlo con esa porquería de jabón. Deja de usarlo —le recomendó doña Isabel antes de abandonar la estancia para reunirse con sus amigas.

Tras degustar unos aperitivos a base de jamón, aceitunas y canapés de huevo, doña Isabel y sus amigas de la Sección Femenina se acomodaron en torno a la espaciosa mesa de roble. Cuando doña Montserrat de Romañá, impulsora de las Escuelas del Hogar, alabó la exquisita fuente de cristal que decoraba la mesa, doña Isabel se infló como un globo. A una señal suya, Lucía empezó a servir el consomé de ave. La amenaza de recibir un rapapolvo la había puesto nerviosa y casi se le cayó la sopera. Por fortuna, nadie pareció advertirlo, enfrascadas como estaban en sus conversaciones. Al caldo siguió el asado de carne, que las damas regaron con un Ribera del Duero de la bodega de don Arturo.

Melisa y Lucía permanecían atentas a cualquier necesidad de las señoras, lo bastante cerca de la mesa para aproximarse sin dilación si eran requeridas por doña Isabel para rellenar las copas o los platos. Melisa escuchaba sin aparentar interés a aquellas damas de aspecto anodino que habían adoptado a Isabel la Católica y a santa Teresa de Jesús como modelos de conducta. La organización no le era desconocida. Coleaba desde 1934 y no había lugar al que no hubieran llegado sus tentáculos. Recordó un verano en que algunas de las chicas de su pueblo habían viajado a Zumaya como voluntarias. Había sentido cierta envidia al verlas subir al autobús que las llevaría a conocer el mar. A ella, hija de un republicano

confeso, nunca la habrían invitado a unirse. Más tarde comprendió que aquel viaje disfrazado de vacaciones pagadas en el norte era una estrategia de adoctrinamiento al servicio del Régimen. Instruían a las jóvenes en costura, plancha, cuidado de los hijos, economía doméstica y religión, amén de otras disciplinas que les serían muy útiles en el futuro, con el objetivo de relegarlas a los confines del hogar.

Observando a aquellas mujeres, Melisa cayó en la cuenta de la contradicción en la que incurrían. Abogaban por un modelo de mujer recatada sin más ambición que encontrar un marido al que venerar, pero la mitad de ellas eran mujeres que ocupaban cargos relevantes en la organización. Era el caso de doña Celia Giménez. Lideraba la Sección Femenina en la Alemania nazi y había aprovechado su estancia en la Ciudad Condal para asistir al almuerzo de doña Isabel. La severidad de su atuendo de cuello cerrado, el emblema con el yugo y las flechas de la Falange y los zapatos planos la equiparaban a sus compañeras, pero las condecoraciones y medallas que lucía a la altura del corazón atestiguaban su meteórico ascenso.

Tras vencer las reticencias de Fermina, Melisa sirvió los mantecados con el café. La cocinera no cabía en sí de gozo cuando fue informada de que las señoras habían dado buena cuenta de la bandeja.

—Ay, Fermina, si llegamos a sacar otra bandeja, se la zampan también.

—¿Y doña Isabel qué ha dicho? ¿No le ha molestado que no hubiera hojaldres?

Melisa negó con la cabeza.

—¡Qué iba a decir! —murmuró mientras salía de la cocina.

—Y cómo beben. Esas señoronas van de católicas apostólicas, pero bien que le dan al vino y al anís —comentó Lucía, que acababa

de hacer su aparición con una bandeja llena de copas vacías. La depositó sobre la encimera junto a la pila del fregadero y se sentó en una silla. Se quitó los zapatos y movió los dedos de los pies—. No veía el momento de que se marcharan.

No habían transcurrido ni cinco minutos cuando Melisa regresó del comedor.

—La señora quiere hablar con nosotras —le dijo a Lucía.

La cocinera elevó las manos al cielo.

—¡Eso es por los mantecados! Entre las dos me vais a buscar la ruina —rezongó.

—Cállese, Fermina, qué tendrán que ver los puñeteros mantecados —replicó Lucía mientras se calzaba y salía detrás de Melisa temiéndose lo peor.

17

Abril de 1941

Doña Isabel se vanagloriaba de ser una mujer de carácter templado que no perdía los nervios con facilidad, pero cuando las cosas no se hacían a su gusto o alguien desobedecía sus órdenes, la furia se apoderaba de ella y tenía que contenerse para no alzar la mano contra quien fuera que la hubiese agraviado. El retraso de sus criadas había estado a punto de convertir su almuerzo semanal en un desastre. Para ella la puntualidad era imperativa, y más cuando tenía invitados. Y luego estaba el incidente con la sopera, que para su horror casi acabó sobre la alfombra. Pese a que estaba pendiente de lo que le contaba su amiga Celia, no le había pasado inadvertido el tropiezo de Lucía. Si es que no podía relajarse ni un instante, debía tener ojos hasta en la nuca para que las chicas no cometieran ningún fallo. Cuando vio aparecer a Lucía con aquella fuente repleta de vulgares mantecados en vez de los hojaldres de crema inglesa que acostumbraba a servir, estuvo a punto de tirárselos a la cara. Al final, la comida había resultado un éxito, en parte gracias a la otra sirvienta, Melisa, que con su dulzura y buen hacer las había embelesado. Antes de marcharse, todas le habían comentado lo discreta y guapa que era la muchacha.

Estaba de pie mirando la calle a través de los ventanales cuando Melisa y Lucía entraron en el salón. No se dio la vuelta de inmediato, dejó que hicieran cábalas acerca de lo que les esperaba, en especial

Lucía, que de un tiempo a esta parte se estaba volviendo descarada. Al cabo de unos minutos, cuando las ganas de regañarla pudieron con su temple, se giró y con toda la calma de la que fue capaz, se sentó en una butaca con los labios fruncidos en una mueca que le afeó el rostro. Las criadas permanecían junto a la puerta, sin atreverse a dar un paso.

—Acercaos.

Melisa y Lucía obedecieron titubeantes.

—Estoy muy disgustada con lo que ha sucedido hoy —empezó, con los ojos clavados en Lucía y la voz gélida—. Con el tiempo que llevas sirviendo en esta casa, ya deberías conocer las normas. Si recibo invitados, la mesa debe estar preparada con antelación suficiente para que yo dé el visto bueno. ¿Y si no me satisface la vajilla o el mantel está mal planchado? En este caso ni siquiera he tenido tiempo de revisarlo.

—Lo lamento mucho, señora, no volverá a ocurrir —se disculpó Lucía con el gesto contrito—. Permítame que le cuente...

—No quiero oír tus explicaciones —la interrumpió poniéndose en pie—. Ya no puedo fiarme de ti. Debido a tu comportamiento inexcusable, he decidido que sea Melisa quien se ocupe de coordinar al servicio la noche de la cena. —Se dirigió a ella—: Como vendrá mucha gente, tendrás que encargarte de buscar camareros que os ayuden.

—Remei, la planchadora, nos puede echar una mano. Es una mujer muy trabajadora y le vendría bien el dinero extra —murmuró desconcertada.

Doña Isabel desestimó la idea con un gesto de la mano.

—¿Cuántas veces tengo que deciros que asistirán personalidades muy importantes? Esa mujer es demasiado vulgar, pero no me parece mal que ayude en la cocina. Haz lo que te he dicho, Melisa, y

asegúrate de que te envían camareros bien parecidos. Lucía te dirá adónde llamar.

—Sí, señora.

—En cuanto a ti —doña Isabel volvió a centrar la atención en Lucía—, si vuelve a producirse una situación como la de hoy, date por despedida. Y no esperes de mí referencias. Ahora volved al trabajo.

Lucía temblaba cuando salió del salón seguida de Melisa. En los años que llevaba en la casa, la señora nunca le había hablado así. Se fustigó por haber olvidado algo tan importante para doña Isabel como su almuerzo semanal con aquel hatajo de cotorras. Lloraba de rabia e impotencia cuando entró en el dormitorio. Consciente de que necesitaba algo de espacio, Melisa la dejó sola y se dirigió a la cocina, donde Fermina estaba picando verdura.

—¿Qué ha pasado? —la interpeló.

—La señora nos ha reñido por llegar tarde. Ha sido muy dura con Lucía —dijo mientras abría el grifo del fregadero y llenaba un vaso de agua que bebió de un trago.

—Si es que una tiene que estar a lo que está, y esta alma de cántaro últimamente anda muy aturullada —comentó la cocinera moviendo el cuchillo en el aire para enfatizar sus palabras—. Bien merecida tiene la regañina. Que le sirva de lección.

—No eche más leña al fuego, mujer, que bastante mal rato ha pasado la pobre.

La cocinera dejó el cuchillo en la mesa y se levantó, llenó un cazo pequeño de agua y lo puso a hervir. Sacó un bote de la alacena que contenía flores de manzanilla y puso unas pocas en un colador. Colocó este en una taza y un par de minutos después echó encima

el agua hervida; todo ello, sin añadir palabra. Melisa se disponía a marcharse cuando Fermina le entregó la infusión.

—Llévale esto. El disgusto le habrá puesto mal cuerpo.

Lucía ya no lloraba cuando Melisa llamó a la puerta del dormitorio que compartían, pero tenía los ojos enrojecidos y los párpados hinchados.

—Fermina te ha hecho una manzanilla.

—Esa mujer todo lo arregla con hierbas.

—Mi madre era igual. Bébetela, te sentará bien. —Se sentó a su lado en la cama, le puso la taza humeante en las manos y le acarició el brazo—. Siento mucho lo que ha pasado, en el fondo también ha sido culpa mía. Yo tampoco me he acordado de que hoy venían a comer esas señoras.

Lucía dejó la taza sobre la mesilla.

—La señora tiene razón. La culpa ha sido solo mía. Es que no sé qué me ha pasado.

—Bueno, no le des más vueltas. Seguro que mañana se le ha olvidado. Ya verás como se desdice y te encarga a ti supervisar la cena.

La otra, dominada por la ira, se levantó y la miró con los ojos muy abiertos.

—¡Cómo se nota que no la conoces! A doña Isabel no se le olvida nada. Mira tú, qué suerte has tenido, llevas aquí cuatro días y ya te has ganado su confianza, pero ándate con ojo, que esa, igual que te la da, te la quita de un plumazo —dijo antes de salir de la habitación.

Esta vez Melisa no la siguió. Se quedó en la cama tratando de digerir las palabras de su amiga. Nunca le había hablado con tanta rabia. Entendía su desazón por el desaire recibido, pero no era culpa suya que la señora hubiera decidido confiarle a ella la supervisión de

la cena. Solo esperaba que el trato de preferencia de doña Isabel no resquebrajara su amistad con Lucía. Se puso en pie con la esperanza de que en unas horas se le hubiera pasado el enfado y las aguas volvieran a su cauce.

Aquella noche se sentaron a cenar cada una embebida en sus pensamientos. Viendo el ánimo decaído de su amiga, Melisa trató de no mostrarse demasiado entusiasmada, algo que le resultaba difícil, pues la ansiedad por ver a Kurt al día siguiente, apenas en unas horas, le impedía estarse quieta. Esquivar a sus compañeras sería relativamente fácil. Todas las tardes Fermina solía quedarse traspuesta después de fregar los cacharros, momento que aprovechaba Lucía para tumbarse en la cama a leer alguna revista. Y doña Isabel siempre tenía algún compromiso fuera de casa. Melisa confiaba en que aquella tarde no fuera una excepción. Lo que le preocupaba era cómo salir sin el uniforme. Si Lucía la veía con ropa de calle, querría saber adónde iba. Sin darse cuenta frunció el ceño. De espaldas a las chicas, la cocinera salteaba en la sartén unas berzas con ajo. En un plato batió un huevo y agregó agua, harina, bicarbonato, unas gotas de aceite, pimienta y sal. Volvió a batir y añadió la mezcla a la verdura. Cuando la tortilla estuvo cuajada, la volcó en un plato, la llevó a la mesa y cortó tres porciones. Apenas probó un bocado, Lucía apartó su plato. Fermina chascó la lengua, no le gustaba que se desperdiciara la comida.

—Qué mala cara tienes. Parece que vengas de un entierro.

La criada se cruzó de brazos y la miró con los ojos entrecerrados.

—Sí, Fermina, de un funeral vengo, ¡del mío! —masculló.

La cocinera empujó hacia la chica el plato sin tocar.

—Venga, come, con el estómago lleno se ven las cosas mejor. Y cuéntame qué te ha dicho doña Isabel.

Lucía soltó un bufido, agarró el tenedor y, de mala gana, se llevó a la boca un trozo de tortilla. Le supo a harina.

—Me ha amenazado con despedirme.

—Lo habrá dicho enrabietada. ¡Dónde iban a encontrar los señores una criada tan servicial como tú! —exclamó la mujer al tiempo que se levantaba para coger una frasca de vino de la alacena. Volvió a sentarse y se sirvió dos dedos en el vaso—. Lo que pasa es que doña Isabel está muy nerviosa con la dichosa cena. Y es verdad que últimamente andas un poco despistada. No te habrás echado novio.

Lucía enrojeció. Esbozó una sonrisa que más pareció una mueca.

—¡Yo qué me voy a echar! No diga sandeces. Y de la cena, la señora ya no tiene que preocuparse, se va a encargar Melisa de que todo salga a su gusto. La ha ascendido a primera doncella. —Ante la cara de asombro de la cocinera, declaró—: Ya no se fía de mí.

—Bueno, y qué culpa tiene esta pobre. ¿Por eso estás mosca con ella?

La criada negó con la cabeza.

—No estoy enfadada con Melisa, si gracias a ella la cosa no ha ido a más. No vea cómo se ha ganado a esas falangistas en el almuerzo. La señora ha sido dura conmigo, pero lo habría sido más si no llega a estar esta. —Señaló con el pulgar a su amiga, que asistía a la conversación en silencio y con la mirada baja—. Estoy muy disgustada, pero al menos sigo teniendo trabajo. Por un momento he pensado que me echaba a la calle. Oiga, Fermina, la próxima vez ponga un par de huevos, que no creo que la señora los tenga contados.

—Come y calla —le espetó la cocinera.

Las chicas rieron, agradecidas de que los señores hubieran salido a cenar fuera y al teatro. Por una noche, se permitieron relajarse y disfrutar de la sobremesa.

Una vez en el dormitorio, Melisa se quitó el uniforme y lo colgó en una percha para que no se arrugara. La señora era muy estricta con la apariencia de las criadas, algo que Lucía parecía olvidar a menudo; había dejado el suyo tirado de cualquier manera sobre la silla.

—Entonces, ¿seguro que no estás enfadada? —la tanteó. No podría pegar ojo si no volvía a oír de sus labios que la nube había pasado y todo estaba bien entre ellas.

Lucía la miró con los ojos muy abiertos.

—Ya te he dicho que no. Siento haberte tratado mal, estaba furiosa con doña Isabel y lo he pagado contigo.

—Mañana mismo hablo con ella y la hago entrar en razón, que yo no estoy preparada para tanta responsabilidad.

Lucía levantó el índice y la apuntó con él.

—Ni se te ocurra. Lo harás bien. Ya has oído lo que le he dicho a Fermina: si la señora no me ha despedido, ha sido gracias a ti. Motivos le he dado. ¡Si casi he dejado caer la sopera delante de sus amigas! ¿Te imaginas la que se habría liado? —Rio, pero no fue una risa alegre—. Olvidémoslo. Anda, vamos a dormir, que mañana hay que madrugar.

Apenas se metieron en la cama, se fue la luz. Eran habituales los cortes para ahorrar energía eléctrica. A través de la puerta entreabierta les llegó desde el pasillo la voz de Fermina soltando sapos y culebras.

18

Abril de 1941

Mientras caminaba a toda prisa por el paseo de Gracia, Melisa sentía que estaba traicionando la confianza de Lucía por no hablarle de su cita. Había tenido la intención de hacerlo, pero al entrar en el dormitorio la encontró dormida. No quiso volver a lucir el conjunto que había llevado en el baile para no darle a Kurt la impresión de que no tenía otra cosa que ponerse —por muy cierto que fuese—, así que recuperó su único vestido que, aunque había conocido mejores tiempos, no se veía ajado. Y cuando pasó frente a la puerta de la cocina, como era de esperar, vio a Fermina sentada en una silla roncando plácidamente.

Era consciente de que sus compañeras no tardarían en advertir su ausencia, pero ya bregaría con ellas cuando regresara. En aquel momento solo le importaba ver a Kurt.

Cuando divisó su silueta en el centro de la plaza, se le aceleró el corazón. Intentó serenarse y caminó resuelta hacia él refrenando las ganas de correr.

—Hola —lo saludó al llegar a su lado—. ¿Lleva mucho tiempo aquí? Espero no haberme retrasado —dijo con una sonrisa.

Él tardó unos segundos en reaccionar.

—No se preocupe. Acabo de llegar.

—¿Damos un paseo?

—Podemos hacer lo que desee. Me he despejado la agenda, así que tengo tiempo —señaló mientras dirigía sus pasos hacia la Puerta del Ángel.

Melisa suspiró.

—Siento no poder decir lo mismo. Tengo una hora como mucho.

—Procuraré que merezca la pena —respondió.

Melisa notó que el rubor encendía sus mejillas y cambió de tema buscando desviar su atención.

—¿Y a qué se dedica? Si no es indiscreción.

—En absoluto. Tengo un trabajo aburrido de oficina.

Melisa reparó en su aspecto impecable. Traje gris a medida, camisa blanca sin una arruga, corbata sobria y un pañuelo claro, bien doblado, en el bolsillo. Los zapatos brillaban. Recordó que en el baile vestía de manera informal.

—¿Acaso la he decepcionado? —preguntó ante su mutismo.

—No, claro que no. Disculpe, es solo que va usted tan elegante... —Melisa bajó la mirada, pero Kurt le levantó el rostro con suavidad.

—Temo que mi traje solo delata mis ganas de impresionarla.

Fue inevitable que ambos sonrieran.

—El otro día en el baile me dijo que es alemán. ¿Lleva mucho tiempo viviendo en Barcelona?

—Dos años. Vine aquí poco antes de empezar la guerra.

—Al menos está a salvo.

Los labios de Kurt esbozaron una mueca que enseguida transformó en una sonrisa.

—¿Qué le parece si nos tuteamos? Tanta formalidad es extraña.

—Tienes razón.

Cuando llegaron a la catedral, Melisa contempló la fachada.

—Me siento diminuta ante tanta grandeza. Me ocurre lo mismo con la basílica de Burgos. ¿Sabes que allí está enterrado el Cid

Campeador?

Kurt asintió.

—Algo he oído. —La cogió del brazo y la guio hacia una calle lateral—. ¿Has visitado el claustro?

Melisa negó con la cabeza.

—Entonces, vamos. Te gustará.

Accedieron al recinto por la capilla de Santa Lucía. Kurt deseaba cogerle la mano, pero optó por la prudencia. Uno al lado del otro, echaron a andar hacia la puerta que conducía al claustro. A aquella hora de la tarde solo los graznidos roncos de las ocas que había en el jardín central quebraban el silencio.

—No sabía que había aves —murmuró Melisa francamente sorprendida.

—Hay trece ocas en total. Según la leyenda, mientras se construía la catedral, unos ladrones intentaron robar material, pero las ocas armaron tal escándalo que alertaron a los vigilantes —le explicó—. Hoy en día sigue habiendo trece, una por cada martirio que sufrió santa Eulalia, patrona de Barcelona hasta que fue desbancada por la Virgen de la Merced a finales del siglo XIX.

—Me parece un milagro que no se las hayan comido, con el hambre que pasa la gente.

—Sería un sacrilegio. —Rio Kurt.

—Este lugar es precioso.

—Vengo cuando necesito algo de paz.

Melisa trató de no pisar las sepulturas con sus escudos gremiales mientras observaba el estanque y a las ocas a través del enrejado. Cerró los ojos y se dejó envolver por la quietud que transmitía aquel espacio. Una incipiente lluvia se abrió paso a través de las palmeras y los magnolios. Melisa, que solo llevaba una chaqueta ligera sobre el vestido, se estremeció ante la repentina humedad.

—¿Tienes frío?

—Un poco.

—Vamos a tomar algo caliente.

Salieron del claustro y atravesaron las callejuelas del Barrio Gótico hasta llegar a las Ramblas. Melisa advirtió complacida que Kurt se dirigía hacia el local que, días atrás, Lucía y ella habían admirado desde la puerta. Se sentaron a una mesa cerca de la cristalera y, mientras Kurt pedía dos cafés con leche, Melisa contempló a los hombres y mujeres que deambulaban por la calle. Un niño pegó la nariz al cristal atraído por los dulces de las mesas, pero su madre tiró pronto de él.

—Me ha alegrado mucho volver a verte. Los días se me han hecho eternos.

Melisa se volvió hacia él. Sus palabras dibujaron un brillo especial en sus ojos. A Kurt le pareció tan encantadora que tuvo que sujetar la taza con ambas manos para evitar atraerla hacia sí y besarla.

—Háblame de Alemania —dijo ella.

—Nací en Berlín, he vivido allí casi toda mi vida, aunque las vacaciones de verano y las Navidades las pasaba en la finca que tenemos a las afueras.

Le habló de los bosques y lagos que rodeaban la propiedad. Y de la casa de la ciudad en la que había crecido. Ella escuchó fascinada, deseando que aquella tarde no acabara nunca. Se resistía a que la realidad que le esperaba en casa de los Llebrera empañara la felicidad que sentía en aquel instante. Cuando Kurt movió la muñeca y Melisa vio su reloj, dio un respingo. Habían transcurrido dos horas.

—¡Santo cielo! —exclamó levantándose de forma tan precipitada que a punto estuvo de volcar la silla—. Se ha hecho muy tarde. Tengo que irme.

Kurt se levantó a su vez. Dejó unas monedas sobre la mesa y apoyó con suavidad la mano en su espalda mientras se dirigían a la salida. El leve roce le provocó un agradable escalofrío. Cuando Melisa se negó a que la acompañara hasta su domicilio, él quiso parar un taxi para que la llevara, pero ella insistió en que no hacía falta.

—Vivo muy cerca de aquí, de verdad.

Al llegar al inicio de las Ramblas se despidieron.

—¿Cuándo volveré a verte?

—Pasado mañana, si quieres. Es Jueves Santo y el Salón Cibeles no abrirá, pero podemos dar un paseo.

—El jueves no puedo. —Ante la expresión desilusionada de ella, añadió—: Estos días voy a estar muy ocupado.

—Lo entiendo. El siguiente, entonces.

—Si me das tu teléfono, te llamaré.

—No tengo —mintió ella. No podía arriesgarse a que llamara a casa de los Llebrera y descubriera que era su sirvienta. Sabía que algún día tendría que decírselo, pero aún no había llegado el momento.

—¿Y cómo te localizo?

—Iré al baile a las cuatro en punto.

Dicho esto, en un arranque de osadía, se acercó a él y lo besó en la mejilla.

Eran las siete de la tarde cuando Melisa llamó al timbre de los Llebrera. Para su sorpresa, Lucía le abrió la puerta más preocupada que irritada.

—¿Dónde te has metido? —La observó de arriba abajo—. Y sin el uniforme. Como te vea la señora... Ya sabes que estos días le hace

falta una chispa para estallar.

—Ahora te cuento... —Se interrumpió al oír la voz de Fermina.

—¿Y tú de dónde vienes?

—¡Ay!, lo siento, como las he visto dormidas, he aprovechado para ir a comprar unos pañuelos a una mercería que me recomendó la Patro. Me dijo que los vendían muy baratos, pero no lo lejos que estaba. He tenido que coger un tranvía y luego caminar un buen rato. Total, que me he perdido y llevo dos horas dando vueltas.

La explicación pareció convencer a la cocinera. Lucía relajó el semblante.

—Esta Patro, con tal de que te ahorrases unos céntimos te habrá mandado al quinto pino, como si lo viera.

Cuando Fermina se alejó, Melisa cogió a su amiga del brazo. No quería seguir mintiéndole.

—No he ido a comprar nada. He estado con Kurt, el alemán del baile.

Para su desconcierto, Lucía sonrió.

—Me lo imaginaba. Anda, ve a cambiarte de ropa.

Sintió que se había quitado un peso de encima.

19

Abril de 1941

Doña Isabel barrió con los ojos el salón buscando la más mínima imperfección. Todo tenía que lucir impecable para la visita que esperaba. Su esposo había estado acertado cuando le sugirió que invitara a su amiga Dagmar a tomar el té tras saber que ambas habían coincidido casualmente en la tienda de modas.

«Tengo mucho interés en que la cena en honor del Führer sea un éxito. Seguro que esa mujer podrá ayudarte mucho más que esas amistades tuyas de la Sección Femenina», le había dicho.

Su mujer estuvo conforme en que no había nadie mejor que una alemana para ayudarla a ultimar detalles. La elección de la música, por ejemplo, le suponía un quebradero de cabeza. Para doña Isabel, era un estímulo que contribuía a crear un ambiente propicio a la conversación y, tras revisar los discos que tenían, decidió que Concha Piquer e Imperio Argentina resultarían adecuadas. Al fin y al cabo, Goebbels, ministro de Propaganda de Hitler, había invitado a esta última a visitar Berlín. La llegada de Melisa la sacó de su ensimismamiento.

—Señora, ¿le parece que sirva el té en el juego azul y dorado?

Doña Isabel aplaudió la propuesta de la criada. La porcelana de Sèvres era su favorita. Casi nunca permitía que se utilizase porque temía que se rompiera alguna pieza. Había pertenecido a su difunta

madre, y había logrado sobrevivir milagrosamente indemne a los bombardeos durante la guerra.

—¿Has comprado las pastas que te encargué?

—Sí, señora, y Fermina ha hecho tarta de zanahoria.

—Bien. Dile a Lucía que no la necesitaré. Tú te encargarás de atendernos —le dijo antes de salir.

En el dormitorio se quitó el sobrio uniforme de la SF y revisó las perchas en busca de un atuendo con el que estar a la altura de una mujer tan elegante como Dagmar. Se habían conocido hacía unos meses en un desfile de modas y quería causarle una grata impresión. Acabó decidiéndose por una blusa de seda beis y una falda de crepé marrón. Cogió el pintalabios para darse un toque de color, pero recordó que a su marido no le gustaba que usara maquillaje. Estaba cepillándose el pelo cuando llamaron al timbre. Esperó a que una de las criadas acudiera a avisarla. No era cuestión de parecer demasiado ansiosa. Cuando Lucía llamó a la puerta del dormitorio para decirle que frau Dagmar había llegado, asintió, se miró una última vez en el espejo y salió cerrando la puerta tras ella.

Se acercó a Dagmar con los brazos abiertos. La alemana, sonriente, se dejó envolver por ellos.

—Querida, qué bien que hayas venido.

—No podía negarme. Todo sea por nuestro Führer.

Mientras escuchaba cómo se ponían al día, Melisa se dio cuenta de que doña Isabel se comportaba de forma diferente en presencia de aquella extranjera. Parecía otra persona. Si hasta se había desprendido de aquel horrible uniforme que vestía a todas horas. A una señal suya, Melisa inclinó la cabeza y salió hacia la cocina. Encontró a Lucía vertiendo el té en la tetera de Sèvres mientras la cocinera disponía la tarta en un plato con ribete dorado.

—Espero que esté al gusto de las señoras —farfulló—. He acabado con toda la harina de trigo y los huevos que teníamos.

—No se preocupe, Fermina, mañana traerán más. Aquí nunca falta de nada —dijo Melisa—. Corte la tarta en porciones, si me hace el favor. Si lo hago yo, igual se me desmiga. —Miró en derredor—. ¿Y los petisús?

—Ya los llevo yo, que tú no podrás con todo —se ofreció Lucía.

—La señora ha dicho que esta tarde solo sirva una de nosotras —alegó Melisa evitando su mirada. Estaba convencida de que su amiga se ofendería si se enteraba de que en realidad había ordenado que no apareciera en el comedor.

—¡Pues mejor! —barbotó—. A mí esa extranjera no me gusta un pelo. Tiene un no sé qué que me da repelús.

—A mí me parece muy agradable —le rebatió Melisa.

—Lo que tú digas. Doña Isabel le da una importancia como si fuera la mujer de Franco. —Lucía se lamió los labios mientras colocaba en un plato media docena de pastelitos alargados rellenos de crema y bañados en chocolate.

Fermina le atizó un manotazo cuando intentó comerse uno.

Melisa regresó al salón con la bandeja. Tras depositar con sumo cuidado los dulces en la mesa de centro, ofreció a la invitada un plato con una porción de tarta. Dagmar se lo agradeció con una sonrisa.

—Ya puedes servirnos el té —le ordenó doña Isabel. Había insistido en que las atendiera Melisa porque quería observar cómo se manejaba con su distinguida invitada. Su conducta no podía ser más de su agrado. Había conseguido servir la infusión sin derramar una gota y sin que las tazas tintinearan en los platos. Con expresión satisfecha, se volvió hacia su amiga—. Verás, querida, con la cena

nos gustaría hacer un pequeño homenaje a Hitler, cuyos valores tanto admiramos mi esposo y yo.

—Te agradezco el gesto.

Doña Isabel asintió antes de proseguir.

—Muchos de los invitados son compatriotas tuyos; para que se sientan como en casa quisiera ofrecerles un ambiente germánico, tal vez incluir algún plato de su gusto, quizá un postre... Lo cierto es que desconozco la gastronomía alemana.

—Apfelstrudel —sugirió Dagmar.

—¿Cómo?

—Apfelstrudel —repitió.

—¿Y eso qué es?

—Es una especie de tarta de manzana. Se hace con una masa fina o un hojaldre y se rellena de compota de manzana, azúcar, canela, pan rallado y pasas.

Doña Isabel movió la cabeza de un lado a otro.

—No sé si Fermina sabrá hacer ese *apfertu*... ¿Cómo has dicho que se llama?

—Apfelstrudel —murmuró Melisa.

Ambas mujeres dirigieron la mirada hacia ella. La de doña Isabel, acerada; la de Dagmar, divertida. Su intervención salvó a la criada de una regañina por meterse en la conversación.

—Tu criada aprende rápido. Ojalá pudiera decir lo mismo de la mía.

Doña Isabel apenas la oyó, atribulada por cómo le iba a pedir a Fermina que hiciera una tarta, que, *a priori*, parecía muy complicada.

—También nos gusta el sauerbraten, un asado de carne adobada —prosiguió Dagmar—, pero no es necesario que te tomes tantas molestias. Estoy segura de que habrás elegido un menú excelente. ¿Alguna otra cosa en la que te pueda ayudar?

Aliviada de que la alemana no le hubiera desbaratado el menú previsto, doña Isabel tomó un sorbo de té, dejó la taza en el plato y se alisó la falda.

—Ya que eres tan amable, reconozco que estoy indecisa con la música. He oído que el Führer admira muchísimo a nuestra Imperio Argentina, dicen que ha visto *Nobleza baturra* varias veces, pero no sé, quizá estaría mejor algún compositor que represente al pueblo alemán, Beethoven, Mozart, Bach... ¿Mejor Wagner?

Dagmar enarcó una de sus cejas depiladas en una fina línea que resaltaba con lápiz oscuro.

—Wagner es perfecto para el Liceo, pero me temo que en una cena resultaría... —buscó la palabra adecuada— pomposo. —Para desconcierto de doña Isabel, sondeó a la criada—: ¿Qué música consideras más adecuada para amenizar la cena?

Desconcertada, Melisa tragó saliva. No conocía a los músicos que había nombrado la señora, pero ya que aquella mujer tan amable parecía tener en cuenta su opinión, estimó que no perdía nada por dársela. Explicó que hacía unos días había ido a un salón de baile donde había escuchado un ritmo muy alegre y pegadizo que llamaban swing. Dagmar asintió complacida. En Berlín, al igual que en otras ciudades alemanas, las orquestas y bandas de los hoteles y salas de fiestas tocaban la música de Ella Fitzgerald, Duke Ellington o Xavier Cugat, un catalán que gozaba de gran éxito. Todos ellos exponentes de unos ritmos que muchos nazis, como Goebbels, consideraban degenerados, pero que habían arraigado entre la población. El ministro de Propaganda tampoco pudo impedir que, pese a su prohibición expresa, *Lili Marleen*, la canción interpretada por Lale Andersen, deviniera en un himno cuando, en agosto de 1941, la Soldatensender Belgrad, la emisora de radio para los soldados alemanes de la Yugoslavia ocupada, empezó a emitirla

todas las noches. La triste historia del soldado que en el frente evocaba la despedida de su novia Lili les recordaba a muchos su propia experiencia.

—Algo de jazz suave, de fondo, estará bien —dijo Dagmar sin dejar de mirar a Melisa—. No sabía que entendías de música.

—Y no entiendo, señora, solo sé que esa música me hace sentir bien, cuando la bailo me olvido de todo. —Sin poder evitarlo, evocó el rostro de Kurt.

Contaba los días que faltaban para volver a verlo. Abstraída en su recuerdo, no se percató de la aparición de don Arturo hasta que este pasó por su lado. A doña Isabel le extrañó su presencia tanto como a ella.

—Arturo, no te esperaba tan pronto.

El hombre hizo caso omiso. Se detuvo frente a la invitada y esperó a que su esposa los presentara.

—A sus pies, frau Dagmar. Mi mujer me ha hablado mucho de usted. Tenía ganas de conocerla.

Tomó asiento en una butaca e hizo un gesto a Melisa para que le sirviera una copa de coñac. Cogió un petisús y se lo llevó a la boca. Acompañó el dulce con un largo trago.

—Dagmar me ha estado aconsejando —le explicó doña Isabel sonriendo a su amiga con complicidad—. Gracias a ella, la velada será todo un éxito —añadió.

Don Arturo entrecerró los ojos.

—No me cabe la menor duda —dijo mientras observaba con disimulo las piernas de la alemana. Se inclinó hacia delante—. Hace unos días tuve el gusto de coincidir con su esposo en el hotel Ritz.

—¿Conoce a mi marido? —preguntó ella.

—Solo de vista. Espero departir ampliamente con él durante la cena. —Apuró el licor y se puso en pie ufano—. Si me disculpa, aún

tengo trabajo pendiente. Ha sido un placer, frau Dagmar. —Se inclinó hacia ella, le cogió la mano y, tras retenerla entre las suyas más tiempo del necesario, se la besó.

Apenas salió por la puerta, Dagmar se levantó.

—Yo también me marcho. Lo he pasado muy bien esta tarde, Isabel. —Miró a Melisa de reojo mientras esta salía del salón para recoger su abrigo de entretiempo—. Estoy muy descontenta con mi criada. No te descuides con la tuya, podría robártela —bromeó con una sonrisa enigmática que doña Isabel no supo interpretar.

Mientras se metía en el taxi de vuelta a casa, Dagmar siguió pensando en Melisa. Había hablado en serio cuando amenazó a Isabel con robársela. Acostumbrada a la criada de su suegra en Berlín, que llevaba la casa con pulcritud y rigidez prusianas, le resultaba difícil tratar con la chica vocinglera y zafia que tenía a su servicio. El único obstáculo que le impedía hacerle una oferta a Melisa era su amistad con Isabel. Pero todo se andaría. Se arrellanó en el asiento y pensó en el marido de esta y en cómo le había mirado las piernas. «Menudo imbécil», bufó.

20

2001

Los planes de Mario de mudarse a La Mimosa en unos meses se han ido al traste con la aparición de los restos óseos. Ante la falta de noticias de Alicia Vega, la inspectora que lleva el caso, ha intentado contactar con ella. En comisaría siempre le dicen lo mismo: le pasarán el mensaje, ya lo llamará. Teme que tanto la inspectora como el juez estén inmersos en decenas de expedientes con cadáveres más recientes que el aparecido en su jardín y la investigación se eternice. Por no hablar del reto que supondrá su identificación. Necesitarán hacer pruebas de ADN, algo factible ya que los huesos antiguos son una buena fuente de ácido desoxirribonucleico. Había leído un artículo sobre el éxito de unos científicos de Shanghái que en enero consiguieron obtener muestras de ADN a partir de huesos de hace cinco mil años nada menos.

Sabe que pasarán meses hasta que pueda retomar las obras y no deja de preguntarse quién acabó enterrado bajo la mimosa, si era hombre o mujer, si residía en la casa, si murió en un ajuste de cuentas o durante la Guerra Civil. En este último caso, ¿podría tratarse de una de las muchas víctimas sin nombre enterradas en fosas comunes? Por un instante se le pasa por la cabeza contactar con la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica. Como especialista en historia reciente de España, Mario sigue con gran interés el trabajo de la ARMH. Está convencido de que este

colectivo, dedicado desde su fundación en diciembre del año 2000 a localizar víctimas de la represión franquista y devolverles su identidad, estaría interesado en ayudarlo. Niega con la cabeza contrariado. «Ojalá no tuviera las manos atadas». Lo único seguro es que si el individuo en cuestión hubiera fallecido de muerte natural, lo habrían sepultado en el cementerio y la reforma de su casa se habría efectuado sin contratiempos. Decidido a no esperar a que la Policía mueva ficha, en cuanto termina de impartir su última clase, se sube a la moto y conduce en dirección a Esplugues.

El tráfico fluido le permite cubrir la distancia desde la universidad en el Raval hasta la oficina del Registro de la Propiedad en apenas media hora. Aparca delante y coge el ascensor hasta la segunda planta. El espejo le devuelve el reflejo de un hombre falto de sueño que debería hacerle una visita al barbero. Por fortuna no tiene que hacer cola, delante solo hay una persona en busca de una nota simple. Cuando le llega el turno, lo atiende una mujer de mediana edad y sonrisa afable. Se quita las gafas de pasta negra y las deja colgando de una cadena de eslabones gruesos.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenos días. Acabo de comprar una casa en el barrio de La Miranda y me gustaría saber si sería posible conseguir los nombres de los propietarios desde la fecha de construcción, o, en caso de alquiler, el nombre de los inquilinos. —A medida que habla, se le ocurre que está pidiendo un imposible, lo más probable es que no tengan digitalizados documentos tan antiguos. Se prepara para recibir un no por respuesta.

Para su sorpresa, la mujer asiente.

—Le puedo escanear los certificados de inscripciones antiguas. Si me da la dirección del inmueble, calculo que se los tendré preparados en una semana.

Mario abre los ojos como platos.

—No creía que fuera tan sencillo.

—Tenemos escaneados documentos desde principios del siglo XX —afirma la mujer, orgullosa de la eficacia del registro—. Aunque no le garantizo que encuentre lo que busca. Tenga en cuenta que después de la Guerra Civil desaparecieron muchos documentos. En caso de que la casa hubiera sido alquilada en algún momento, tendría que dirigirse a la Cámara de la Propiedad. ¿En qué año se construyó?

—A finales de los años treinta. Desconozco la fecha exacta.

La funcionaria coge un bolígrafo y apunta el dato en un pósit.

—No sé si dispondrán de registros tan antiguos. Si en la actualidad no es obligatorio registrar el contrato de alquiler, aunque sí conveniente, imagínese entonces. Muchos contratos se formalizaban con un apretón de manos.

Mario se despide tras facilitarle la dirección solicitada y su número de teléfono, por si encontrara algún documento más. En una semana tendrá un hilo del que tirar. Está decidido a descubrir lo que sucedió en su casa aunque tenga que visitar a todos los descendientes de aquellos que la habitaron.

21

Abril de 1941

La inquietud de doña Isabel aumentaba conforme se aproximaba el gran día. El servicio agradecía que su trabajo en la Sección Femenina la mantuviera alejada todas las mañanas, pero las raras tardes que no tenía compromisos martirizaba a las criadas con sus exigencias, en especial a Melisa, sobre quien recaían más tareas de las que podía asumir. Fermina estaba preocupada, aún no había logrado hornear un apfelstrudel al gusto de la señora. Dado que nunca había oído hablar del postre ni disponía de la receta, la cocinera mezclaba a ojo los ingredientes que le había indicado doña Isabel.

Otra que andaba por la casa como pollo sin cabeza era Remei. Cuando ya había lavado, almidonado y planchado la mantelería bordada que se utilizaba para las grandes ocasiones, la señora prefirió vestir la mesa con una antiquísima pieza de encaje holandés que había pertenecido a su bisabuela. Remei la había sacado de la caja de cartón donde llevaba décadas sin ver la luz y a punto estuvo de darle un pasmo tan pronto como reparó en las manchas y los agujeros que lacraban la delicada tela. El jueves por la mañana, cuando Melisa entró en el cuarto de la plancha a por toallas limpias, la cogió del brazo y se la mostró angustiada.

—La tela se me deshilacha entre los dedos, en cuanto remiendo un agujero se abre otro. Y a ver cómo quito estos lamparones,

tendré que probar con vinagre y sal —se lamentó señalando las manchas amarillentas que salpicaban la ropa.

—Por los agujeros no te apures. Ya nos las arreglaremos para que no se vean. Pondremos encima unos centros de flores y ya está.

—Muchas flores vais a necesitar —murmuró Lucía mientras entraba con un cesto de ropa sucia. Lo dejó en el suelo, frente a Remei, y se volvió hacia Melisa, quien estaba a punto de decirle algo.

—La señora ha dicho que vayamos a Mauri a comprar un surtido de pasteles. Tiene una invitada.

—Entonces, ¿serán tres para almorzar?

—A mí no me ha dicho si don Arturo come en casa. No querría que nos quedemos cortas, que el señor es muy goloso, pero si traemos muchos, Fermina nos regañará.

—Ve tú a por los pasteles mientras yo bajo al mercado. No sé por qué no se ocupa Fermina de la compra, luego me echa la bulla si le falta algo —rezongó Lucía.

—No te olvides de pasar por la charcutería. Hay que asegurarse de que traerán el jamón, el queso y todo lo que encargamos.

—Pues claro que lo traerán —intervino Remei—. Pagando, san Pedro canta.

—Aun así, no está de más preguntar.

—Mejor bajas también al mercado, así me ayudas con las bolsas —refunfuñó Lucía. Viendo que su amiga se había levantado con el pie izquierdo, Melisa decidió no insistir.

—De acuerdo, pero nada de entretenernos por el camino, que mira la que se lio la otra vez que tomamos un café —le recordó antes de dirigirse a su habitación para ponerse algo encima. La mañana, aunque soleada, había amanecido fresca.

El conserje, enfrascado en clasificar la correspondencia de los vecinos, volvió la cabeza cuando oyó que alguien bajaba a la carrera los últimos peldaños de la escalera de servicio. Al ver que era Melisa, esbozó una sonrisa. Ya había desistido de preguntarle por qué no utilizaba el ascensor.

—Buenos día, Rogelio —lo saludó ella.

—Buenos días, guapa. Ten cuidado, mi mujer acaba de encerar el suelo; no vayas a resbalar como tu compañera Lucía. ¡Hay que ver cómo se ha enfadado! Y eso que la había avisado.

—No se lo tenga en cuenta —contestó ella aminorando el paso por precaución—. Hoy no está de buen humor —añadió con un guiño cómplice.

Solo tenía que subir dos calles hasta la pastelería. Mientras caminaba, pensó en Kurt y un atisbo de sonrisa asomó a sus labios. Aunque solo había vivido la ilusión del primer amor a través de las protagonistas de los libros, intuía que lo que había sentido las dos tardes que pasó en su compañía se asemejaba mucho. Absorta en sus pensamientos, no vio al hombre elegantemente vestido que avanzaba hacia ella hasta que oyó que una voz conocida pronunciaba su nombre. Perpleja, miró hacia la esquina donde la calle Provenza se unía con Rambla de Cataluña y negó con la cabeza. No era posible que se tratara de Kurt, tan solo era alguien que se le parecía mucho. Un hombre importante que lucía traje con corbata y zapatos relucientes. Pero cuando él salvó la distancia que los separaba, a Melisa le dio un vuelco el corazón. Sin poder evitarlo, bajó la mirada hacia su uniforme de criada, vio los calcetines por los tobillos y sintió que la vergüenza teñía sus mejillas. En un intento de zafarse de aquel encuentro inesperado, aunque anhelado, trató de cambiar su rumbo, pero, apenas había puesto un pie en la calzada, notó un suave roce en el brazo.

—¿Melisa? No estaba seguro de si eras tú.

Ella se dio la vuelta despacio, sumergiéndose en la profundidad de sus ojos azules.

—Lo siento, yo... —titubeó mortificada. Iba a añadir que no lo había visto, pero le pareció absurdo. Kurt se había dado cuenta de cómo intentaba darle esquinazo. Sintió tristeza al pensar que no querría volver a verla ahora que sabía que era una criada—. Si... si me disculpas, tengo que hacer unos recados.

—Te acompaño —dijo él para desconcierto de Melisa.

Cuando reanudaron la marcha, lo miró de soslayo; admiró su nariz recta y su mandíbula cuadrada, y se le ocurrió que, para cualquiera que no los conociera, pasarían por un caballero extranjero y su sirvienta. Sintió que la vergüenza se fundía con la emoción de caminar a su lado.

—Voy aquí cerca, a la confitería —murmuró con voz trémula.

Él la cogió suavemente del brazo provocándole una descarga eléctrica. Tragó saliva y sacudió la cabeza para despejarse.

En cuanto traspasó las puertas de la confitería, el dulzón aroma a canela, vainilla y azúcar que impregnaba el aire le levantó el ánimo. Todos los dependientes la conocían por su nombre, ya que era rara la semana que no entraba a comprar. Melisa se acercó al mostrador de madera repleto de bandejas de pralinés, hojaldres, petisús, merengues de limón y tartaletas de chocolate con frutas caramelizadas. «Exquisiteces al alcance de unos pocos privilegiados», pensó con cierto resquemor. Con el rabillo del ojo vio a Kurt contemplando absorto las pinturas que ornaban los techos. Cuando desvió la mirada hacia ella, Melisa enrojeció y se volvió hacia el chico que esperaba paciente a que se decidiera. Se decantó por

uno de cada; si al final don Arturo no almorzaba con su mujer y la invitada, podría degustarlos durante la cena. Le pidió que anotara el pedido en la cuenta de los señores, guardó en una bolsa de rejilla el paquete envuelto en papel fino y atado con un cordel y se dirigió a la salida. Desde la calle vio que Kurt se demoraba en el interior de la tienda. Suponiendo que tendría un compromiso, lo esperó junto a la puerta. Cuando pasados unos minutos se reunió con ella, le entregó un pequeño paquete.

—Me he fijado en cómo mirabas los dulces. Como no sabía cuál es tu favorito, he pedido un surtido.

Melisa tomó aire. Incapaz de pronunciar palabra, contempló el paquete indecisa. Jamás había tenido nadie un detalle tan bonito con ella.

—Por favor, acéptalos —insistió él.

—Gracias. No tenías por qué hacerlo —musitó mientras cogía el paquete.

Pensó en cómo iba a justificarlo ante Fermina. Lucía lo entendería, pero la cocinera pondría el grito en el cielo en cuanto supiera que se los había regalado un hombre; la tacharía de irresponsable, le diría que ninguno regala nada sin pedir algo a cambio.

Cualquier otro día Melisa hubiera vuelto a casa a dejar los dulces antes de bajar al mercado, pero en esta ocasión quiso prolongar el paseo en compañía de Kurt. Decidió evitar la Rambla por temor a que alguna criada de la finca la reconociera y le fuera con el cuento a su señora, y esta, a su vez, a doña Isabel. Siguiendo por la calle Provenza, enfilaron hacia el paseo de Gracia. Caminaban sin prisa, uno al lado del otro, lo bastante cerca para que sus brazos se rozasen. A través de la tela, Melisa percibía el calor que emanaba del cuerpo masculino, de la misma forma que advertía la omnipresencia

nazi en la ciudad. Las esvásticas y el águila del Partido Nacionalsocialista engalanaban la Casa Alemana, la Cámara de Comercio Alemana, el Consulado General y el Banco Alemán Transatlántico. Pero también edificios como el Palacio de la Música, el Parlamento y el Círculo Artístico, enclaves donde se celebraban con regularidad actos de propaganda nazi. Le extrañó que Barcelona rindiera pleitesía a Hitler de aquel modo, pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

—El domingo, la colonia alemana celebrará el cumpleaños de Adolf Hitler con un homenaje en el cine Coliseum —le explicó Kurt al notar su interés en los símbolos.

Melisa comentó que los alemanes no eran los únicos excitados ante el acontecimiento. Iba a añadir que los señores Llebrera habían tirado la casa por la ventana con los preparativos de una cena en su honor cuando él continuó:

—Me alegra que nos hayamos encontrado porque... quería decirte que no me será posible ir al baile esta tarde, tal como acordamos. —Hizo una pausa—. No puedo permitirme dejar libre mi agenda los jueves. Tengo muchos compromisos de trabajo.

—Lo sé. Me dijiste que estás muy ocupado. —Trató de ocultar su decepción.

—La verdad, me preocupaba que pasara el tiempo y al no verme por allí pensaras que te había... —vaciló al no encontrar la palabra.

—¿Dado plantón? —acabó ella la frase. Él asintió—. No te preocupes.

Tras cruzar la calle Valencia, anduvieron unos metros hasta que él se detuvo frente al Salón Rosa, un restaurante-café frecuentado por la alta sociedad de la ciudad.

—Te invito a tomar algo —dijo conduciéndola del brazo hacia la puerta.

Melisa lo miró perpleja. Doña Isabel y don Arturo eran clientes de aquel distinguido local que acogía reuniones de todo tipo, desde cenas de Nochevieja a puestas de largo. Disponía de un restaurante que gozaba de buena fama por la calidad de su cocina, y su coqueto salón de té atraía a aquellas que gustaban de ver y ser vistas.

—¿Aquí? ¿Ahora? —preguntó sin dar crédito.

—Te aseguro que es un establecimiento muy respetable.

Melisa sonrió asintiendo.

—No lo dudo. Es solo que... —A través de la cristalera echó un vistazo a las damas de porte aristocrático que degustaban suizos acompañados de platos de nata y tazas de té con pastas. La posibilidad de que alguna de aquellas marquesonas fuese amiga de doña Isabel la hizo desistir; más allá de que debía regresar a casa, tampoco quería convertirse en blanco de chismorreos ni someterse a la humillación de que le impidieran entrar—. No voy vestida para un sitio tan lujoso —dijo al fin.

Él le dirigió una mirada cargada de intensidad.

—A mí me parece que el uniforme te sienta muy bien.

—No te burles de mí.

—No lo hago —afirmó con el semblante serio—. Hoy estamos a 17. ¿Qué tal la semana próxima? El sábado por la tarde no trabajaré. Podemos tomar un té y, después, ir al cine. —Señaló con la cabeza el cine Publi, que estaba justo al lado—. ¿Te gustan las películas?

—No he visto ninguna.

—Habrá que remediarlo. ¿El cine, entonces?

—De acuerdo.

Al llegar a la plaza de Cataluña, él se detuvo.

—Me temo que tenemos que despedirnos aquí. El trabajo me reclama. —Cuando le cogió la mano y la cubrió con la suya, a Melisa

le temblaron las rodillas—. Si me dices dónde vives, iré a buscarte —le propuso.

—En la casa donde trabajo no está bien visto que nos relacionemos con hombres, alguien podría vernos y malinterpretar nuestra amistad. Es mejor que nos encontremos aquí. A las tres y media. Me encantará ir al cine contigo.

Mientras lo veía alejarse hacia la calle Pelayo, Melisa dejó escapar el aire contenido en sus pulmones. Al lado de Kurt se olvidaba hasta de respirar. Y lo mejor de todo era que no parecía importarle que fuese una simple criada. Empezó a bajar las Ramblas con el corazón rebosante de felicidad. Ya se las apañaría para librar ese sábado. Si doña Isabel quedaba satisfecha con su trabajo la noche de la cena, igual le daba permiso para salir. Y si no, le propondría recuperarlo el jueves. Aligeró el paso y entonces cayó en la cuenta de que Lucía estaría preguntándose dónde se había metido.

22

Abril de 1941

Recorrió los puestos del mercado, buscando con la mirada a Lucía. Al doblar un recodo la vislumbró en compañía de Antoñita y Matilde. Unos metros más allá la Patro vociferaba haciendo aspavientos al dependiente de una pescadería, ajena a las quejas de las mujeres que hacían cola. Melisa saludó a sus amigas mientras miraba por encima del hombro.

—¿Qué le pasa a la Patro? —quiso saber.

Antoñita puso los ojos en blanco y bufó.

—Se la está liando al pobre chico por una merluza. —Volvió la cabeza y gritó en su dirección—: ¡Ahí te quedas, Patro! Nosotras nos vamos.

Lucía miró la bolsa de rejilla que colgaba del antebrazo de Melisa antes de fijar los ojos en el paquete que sostenía en la mano.

—Muchos pasteles has comprado, me parece a mí —le dijo a modo de advertencia.

—Ah, no, son... un regalo.

—¿Un regalo de quién? —preguntaron las chicas al unísono.

Melisa bajó la mirada y descubrió un atisbo de sonrisa en sus labios. Lucía, impaciente por conocer los detalles, chasqueó los dedos bajo su barbilla, conminándola a explicarse. Cuando alzó de nuevo el rostro, los ojos le brillaban.

—¿Os acordáis de Kurt, el hombre que conocí en el baile? —preguntó dirigiéndose a cada una de sus amigas, que la miraban con expectación—. Me lo he encontrado de camino a la confitería.

—Entonces ya sabe que eres una criada —dijo Lucía.

—Pues sí. He intentado que no me viera, pero...

—No tienes por qué avergonzarte —la interrumpió Matilde—. Ser criada es un trabajo honrado —añadió.

Antoñita volvió a emitir un bufido. Esta vez dirigido a Matilde.

—Honrado es, pero tampoco hay que enorgullecerse. Además, yo entiendo a Melisa; como en el baile iba hecha un pincel, el tal Kurt debió de creer que era una señorita encopetada, y hoy, al verla con la cofia y el delantal, pues se habrá llevado un chasco.

Melisa negó con la cabeza.

—¡Qué va! Si no le ha importado nada. Ha sido muy amable.

—Ya lo creo, si hasta te ha comprado dulces —dedujo Matilde.

Lucía torció el gesto.

—¿Así, sin más?

Melisa asintió con un leve encogimiento de hombros. Lucía abrió la boca para añadir algo, pero la súbita aparición de la Patro renegando la obligó a cerrarla de nuevo.

—¡El muy malaje me quería cobrar veinte pesetas por una *pescaílla* que no llegaba al medio kilo! Que yo seré de secano, pero sé lo que es una merluza. —Sacó de la bolsa un rollo de papel de estraza y les mostró el contenido—. Mirad qué hermosa. Con esto tenía mi madre para alimentarnos una semana.

—¡Guarda eso, Patro! A ver si vamos a tener un disgusto por la dichosa merluza, que aquí hay mucha gente pasándolas canutas —la amonestó Antoñita.

La otra ahogó una réplica cuando vio a Melisa desenvolviendo los dulces.

—¿Y eso? ¡Es tu cumpleaños! —exclamó dando un paso para abrazarla.

—Se los ha regalado el alemán del baile —la informó Matilde.

—¿Os habéis vuelto a ver?

—En la calle, por casualidad.

No quiso decirles que era la tercera vez que se veían, para evitar preguntas.

—Pues sí que es generoso. A mí ni un mísero caramelo me regalan.

—¡Es que tú los espantas a todos, Patro! —Rio Antoñita dándole un cariñoso golpe en el hombro.

—Vamos a probarlos —las invitó Melisa pasándoles la bandeja—, que a casa no los puedo llevar.

—Eso desde luego —convino Lucía cogiendo un pastelillo de chocolate. Le dio un mordisco y suspiró—. Madre mía, qué rico.

La Patro le hincó el diente a un merengue de limón mientras Matilde dudaba entre el petisú y una galleta rellena de crema de mantequilla.

—Coge uno de cada —la animó Melisa—. Hay que terminarlos.

—¿Y si los acompañamos con un *manchaíto*? —sugirió la Patro mientras engullía a dos carrillos.

—Nada de cafés. Con lo del otro día he escarmentado. —Lucía cogió otro dulce—. Venga, vamos saliendo, que se hace tarde.

Cuando Melisa quiso darse cuenta, no quedaba en la bandeja ni una miga. No le importó no haber podido probarlos. Se alegraba de que sus amigas fueran tan felices como ella.

—Si pudiera, me zampaba media docena de estos a diario. ¡Ay, quién fuera pastelera! —exclamó la Patro. Se lamió los dedos manchados de chocolate mientras les contaba que la primera y única vez que lo había probado fue cuando llegó a su pueblo Auxilio de

Invierno—. Con la excusa de aliviar la miseria de los niños huérfanos, nos comían la cabeza con las bondades de don Paquito —dijo con una mueca.

—Haz como Melisa, búscate un novio con posibles que te los regale —comentó Antoñita jocosa.

—Qué cosas dices, mujer, si acabamos de conocernos —replicó Melisa con un cosquilleo en el estómago ante la posibilidad de convertirse en novia de Kurt.

—Todo se andará —dictaminó Matilde—. Ha tenido un gesto muy bonito contigo.

—De verdad que sí —convino Lucía.

—Me ha invitado al Salón Rosa —murmuró Melisa.

—¡Pero si ahí solo van señoras de pitiminí! —exclamó la Patro impresionada.

Lucía arrugó la nariz.

—No sé si la señora nos dejará librar esta tarde, con la de cosas que hay que preparar para la cena del domingo.

—Hemos quedado dentro de dos semanas. —Evitó decir que el sábado.

—Eso no es justo —refunfuñó la Patro—. Vuestra jefa debería daros dos días de fiesta seguidos para compensar el jueves.

—Pero tú en qué mundo vives, alma de cántaro —le recriminó Antoñita antes de dirigirse a Melisa y a Lucía—: La verdad es que esa cena tiene que ser muy importante. Mi señora me trae de los nervios con el vestido. Primero lo quería largo hasta los pies, pero luego pensó que igual era demasiado y me lo hizo acortar por debajo de las rodillas; con la tela sobrante me ha hecho confeccionarle un chal. Así que, entre la costura y las labores de la casa, cada noche me dan las tantas. El día menos pensado le digo «Ahí te quedas».

—¿Y adónde vas a ir? —preguntó Lucía.

Antoñita, optimista por naturaleza, la miró con fijeza.

—Pues mira, igual me coloco de dependienta en una tienda de ropa.

—¿Y por qué no de modista? Con las buenas manos que tienes, podrías ser tu propia jefa —la animó Melisa.

—Para eso hacen falta muchas pesetas y yo soy más pobre que las ratas. —Se volvió hacia Matilde—. ¿Qué te gustaría ser a ti?

La chica esbozó una tímida sonrisa.

—Yo no sé hacer otra cosa que limpiar, pero, si hubiera podido estudiar, me habría gustado ser maestra.

—Yo habría estudiado Medicina —reconoció Melisa—. En el pueblo no había médico, solo una mujer que atendía los partos y un practicante. Cuando enfermábamos nos atendía él. Quien podía permitírselo iba a una consulta en Burgos.

Lucía chascó la lengua.

—El practicante sabía de medicina lo que yo. Menudo trío de soñadoras estáis hechas. La Patro, pastelera; Matilde, maestra, y tú, doctora, nada menos. Lo de Antoñita lo entiendo, porque cose como los ángeles, pero vosotras..., no te ofendas, Matilde, pero de letras no andas sobrada.

—En la vida hay que tener ilusiones —la defendió Melisa.

—Sí, para llevarte decepciones.

—Mis señores también están invitados a la cena, pero no sé si irán —comentó Matilde cambiando de tema. Apreciaba mucho a Lucía, pero le irritaba su tendencia a ver el lado negativo en todo—. Creo que el señor alcalde tiene otro compromiso en el hotel Ritz. Como viene tanta gente importante de Madrid para la fiesta del cine Coliseum...

Melisa pensó en el disgusto que se llevaría don Arturo si el alcalde de la ciudad, y amigo personal suyo, faltaba a la cena. Al menos, el gobernador civil sí acudiría, se lo había oído comentar a doña Isabel. Miró a la Patro, que justo en ese momento estaba diciendo que sus señores también irían.

—¡Cuánto banderín! —exclamó cuando llegaron a la confluencia de las Ramblas con la plaza de Cataluña—. Igual que en casa. La frau Kristel nos ha hecho colgar *ervarzas* hasta en el cuarto de baño.

—Esvásticas, Patro —la corrigió Melisa.

—¡Como se llamen! En el salón tienen un retrato más grande que el retablo de la iglesia de mi pueblo. Le pregunté a la frau quién era ese tipejo tan feo y casi le da un jamacuco. ¡Cómo iba yo a saber que el Adolf Hitler manda en su tierra como aquí don Paquito!

—Bueno, os dejo, que con la charla me he desviado un buen trecho. Ya nos vemos esta tarde —se despidió Matilde volviendo sobre sus pasos.

Las otras subieron por el paseo de Gracia espoleadas por el ritmo que marcaba Lucía, que no quería retrasarse ni hacer enfadar a la cocinera. Al parecer, doña Isabel pretendía agasajar a su invitada con alguno de los platos que serviría en la cena del domingo. Lucía no entendía a santo de qué le daban tanta importancia a la dichosa cena. Miró de refilón a Melisa, que reía a carcajadas una burrada que acababa de soltar la Patro, y se alegró por la felicidad de su amiga.

23

Abril de 1941

Doña Isabel observó su aspecto en el espejo del tocador. Era consciente de que no había sido agraciada con el don de la belleza. Nada en su rostro guardaba proporciones. Sus ojos, redondos y algo saltones, estaban enmarcados por unas cejas que tendían a unirse en el entrecejo, lo que la obligaba a depilárselas a menudo. La nariz aguileña —su madre prefería definirla como aristocrática— abatía sus aletas sobre una boca de labios gruesos con dientes grandes e irregulares. La menor de tres hermanos, consideraba injusto que ellos hubieran heredado la gracia y apostura de sus progenitores. Cuando la más joven de sus primas anunció su casamiento, le entró pánico. Tenía veinticinco años y ningún pretendiente en ciernes. En aquella boda quedó prendada de Arturo Llebrera, un astuto buscavidas que le sacaba veinte años, con muchos negocios en la cabeza y pocos recursos para llevarlos a cabo. Los invirtió en tejer, en torno a Isabel y la fortuna de su familia, una tupida tela de araña hasta que el padre, convencido de que su hija no hallaría mejor partido, otorgó su bendición.

Doña Isabel cogió del tocador la foto enmarcada de su boda. Suspiró. El suyo había sido un matrimonio por interés, pero debía reconocer que no había salido del todo mal; Arturo supo aprovechar el dinero y las influencias de su suegro. Hizo un mohín de contrariedad al advertir que, en los diez años que llevaban casados,

su marido había perdido pelo y ganado peso. Dejó la foto en su sitio y sacó del fondo del cajón una barra de carmín. Mientras veía cómo sus labios se teñían de rojo, experimentó el placer de lo prohibido.

Contempló su reflejo una última vez, satisfecha con el vestido azul marino que había elegido. Al menos tenía buena figura, la ropa le sentaba bien, incluso los sobrios atuendos de la Sección Femenina que se ponía para trabajar. Echó un vistazo al reloj de pulsera con la esfera ribeteada de diamantes que solo lucía en las grandes ocasiones. Dagmar no tardaría en llegar para almorzar con ella. Había dudado mucho antes de invitarla, no quería parecer insistente, al fin y al cabo se habían visto dos días antes, pero no se quedaría tranquila hasta que probara el menú de la cena y le confirmara que era del gusto alemán. Decidió acercarse a la cocina para asegurarse de que se habían cumplido sus órdenes.

Melisa se hallaba supervisando los platos que había preparado Fermina cuando doña Isabel hizo notar su presencia. Desde el umbral de la cocina paseó la mirada de la bandeja de aperitivos variados a la suprema de ave con gesto apreciativo. Sus ojos inquisitivos se detuvieron en la masa de hojaldre tostado que reposaba sobre una bandeja de porcelana ovalada con ribetes dorados.

—¿Qué es eso? —preguntó arrugando la nariz.

—El *arferstruper* que pidió la señora. Yo mejor no lo sé hacer —se disculpó a punto de echarse a llorar.

—Seguro que está bueno, Fermina, no se apure —la tranquilizó Melisa.

Doña Isabel la fulminó con la mirada.

—Eso lo decidiré yo —dijo en tono áspero. Con un gesto, indicó a la cocinera que le cortara un trocito. Lo masticó y ladeó la cabeza hacia la mujer, que esperaba ansiosa su dictamen—. No sé qué

decirle, Fermina, dejaré que sea frau Dagmar quien juzgue. Sírvalo con las frivolidades. —Echó una última mirada a Melisa—. Y tú, sal de la cocina antes de que el humo se quede adherido a tu uniforme.

Fermina abrió la boca para decir algo, pero la señora ya se había ido. Se frotó el entrecejo preocupada. Temía haber olvidado preparar algún plato.

—¿Tú sabes lo que son eso que ha dicho? —interpeló a Melisa.

—¿Se refiere a las frivolidades? Serán los dulces, digo yo.

En ese momento llamaron al timbre. Melisa se apresuró a abrir. Frau Dagmar vestía un abrigo corto de entretiempo con el cuello y las mangas ribeteados en piel, a juego con el tocado que adornaba su cabeza. Melisa le dirigió una leve inclinación y se hizo a un lado para franquearle el paso. La recién llegada se quitó los guantes de cabritilla y los guardó en su bolso. A su espalda oyó la voz aflautada de doña Isabel.

—Melisa, coge el abrigo y el bolso de la señora Von Lechner —le ordenó al tiempo que extendía los brazos hacia su invitada; acercó los labios a su mejilla y lanzó un beso al aire—. Querida mía, qué alegría verte de nuevo. Vamos al salón, enseguida nos servirán unos aperitivos.

Antes de entregarle el bolso a la criada, la alemana sacó de su interior un fajo de banderines con los mismos símbolos que adornaban las calles. Se los dio a doña Isabel.

—Tus invitados celebrarán verlos en la mesa de comedor.

Los ojos de doña Isabel se abrieron como platos. Lamentó que la idea no se le hubiera ocurrido a ella.

—Me los ha traído Erich del consulado —añadió Dagmar.

Melisa colgó el abrigo y el bolso en el perchero antes de seguirlas por el pasillo. Aspiró el aire impregnado de la dulce fragancia de la alemana. Oyó que le comentaba a su anfitriona que a las cuatro de

la tarde tenía un compromiso, por lo que no podría demorarse mucho. Aunque no podía verle la cara, imaginó la desilusión de doña Isabel; a buen seguro había esperado compartir con Dagmar von Lechner una larga sobremesa. Melisa se adelantó y les abrió la puerta del comedor. Apenas las vio sentarse, Lucía salió a toda prisa hacia el salón para recuperar la bandeja de aperitivos que había dispuesto sobre la mesa de centro. A una señal de doña Isabel, que seguía sosteniendo los banderines, Melisa les sirvió una copa de jerez.

—Prueba las aceitunas. Son una delicia, se las envían a Arturo desde Sevilla —comentó ufana mientras colocaba los banderines en la mesa para ver el efecto—. Has tenido una gran idea. —Pensó en la sorpresa que se llevaría Arturo cuando los viera. Sin duda le complacerían—. He creído conveniente que probases alguno de los platos que serviremos el domingo. —Miró de reojo a las criadas, que empezaron a servir.

A los hojaldres rellenos de queso los siguió un plato de carne. Las reticencias de doña Isabel con el apfelstrudel de Fermina quedaron olvidadas cuando Dagmar alabó su textura y sabor. Melisa tuvo la impresión de que la alemana no mentía por quedar bien. Satisfecha con el éxito de la comida, doña Isabel le preguntó por una conocida común que acababa de dar a luz.

—Ayer fui a visitarla. Se está recuperando muy bien del parto y el niño es precioso —explicó Dagmar—. Me produjo cierta envidia, lo reconozco.

—¿Te gustaría ser madre? —preguntó doña Isabel contenta de que la hiciera partícipe de un sentimiento tan íntimo.

La alemana guardó silencio. Melisa aprovechó la pausa en la conversación para servir el café mientras Lucía se acercaba a la cocina en busca de los dulces. Dagmar le echó un terrón de azúcar y

lo removió con la cucharilla. Dio un sorbo antes de satisfacer la curiosidad de su anfitriona.

—Sí. Me gustaría —dijo finalmente.

—Bueno, entonces no deberías esperar.

Dagmar enarcó una ceja. No estaba segura de haberla entendido bien.

—¿Cómo dices?

—Que si tantas ganas tienes de ser madre, deberías ponerte a ello de inmediato, querida. Los hijos hay que tenerlos cuando una todavía es joven y está llena de energía.

—¿Cuántos años lleváis casados tu esposo y tú?

Doña Isabel suspiró.

—Diez.

—¿Y cuál es el problema?

—¿A qué te refieres?

Dagmar fijó en ella sus ojos grises, fríos como el acero.

—Me sorprende que después de tanto tiempo no tengáis descendencia. Todos los hombres quieren un heredero que lleve su apellido.

Doña Isabel negó con la cabeza.

—Lo cierto es que Arturo nunca me ha presionado. Imagino que seremos padres cuando Dios quiera.

—Quizá no practicáis lo suficiente. A menudo suele ser el principal problema. Erich, por ejemplo, últimamente llega a casa agotado —murmuró Dagmar provocando con su comentario que su amiga enrojeciera.

Deseosa de cambiar de tema, doña Isabel inició un monólogo sobre su compromiso con la Sección Femenina que Dagmar soportó con escaso interés antes de sumirse en sus pensamientos.

Hacía medio año se había presentado en Barcelona de improviso, contraviniendo el deseo de su esposo de que permaneciera con su madre. Bastante había aguantado en aquella finca a las afueras de Berlín, sin más compañía que su suegra y una vieja criada que desapareció de la noche a la mañana para cuidar a una hermana enferma. Al menos, en la ciudad había podido disfrutar de la vida nocturna pese a la guerra. Su amigo Ernst conocía los garitos donde corría el alcohol y podía escucharse música decente aunque prohibida. En su adolescencia, Erich y ella habían sido inseparables. Todos creían que acabarían juntos, hasta aquel verano en que él conoció a Hannah, una chica judía de cabello rubio y ojos color avellana que trabajaba en el restaurante de sus padres. Un día la hallaron muerta. Todos lloraron su muerte, excepto Dagmar. La pérdida de Hannah sumió a Erich en una tristeza que ella supo aprovechar hasta conseguir que le pusiera un anillo en el dedo, pero su matrimonio no había salido como esperaba. La sospecha de que su marido no había olvidado a Hannah la mortificaba. Sacudió la cabeza para dispersar los recuerdos y concentró su interés en Melisa. Pensó que la chica era preciosa, una auténtica belleza. Cómo se le había ocurrido a doña Isabel meterla en su casa. Había que ser muy estúpida. ¿Acaso estaba ciega? Se preguntó cuánto tardaría don Arturo en tratar de abrirle las piernas.

—Melisa, no es justo —dijo de repente—. Has estado escuchando cómo hablábamos de nuestras intimidades y no sabemos nada de ti. ¿Algún chico en tu vida? —La pregunta provocó un respingo en la aludida—. Ajá, te has ruborizado. Adelante, cuéntanos.

—No... no hay nada que decir —titubeó.

—¿Seguro? Tus ojos te contradicen, tienen un brillo especial.

—Se-seguro.

—Querida, cómo va a tener novio si no lleva ni dos meses en la ciudad y apenas ha salido de casa —comentó doña Isabel.

Dagmar se puso en pie y se alisó la falda.

—Tengo que irme. Y no te preocupes más por la cena del domingo, estoy segura de que todo saldrá a la perfección. No hace falta que me acompañes a la puerta —dijo cuando vio que su anfitriona se ponía en pie con cierta dificultad—. Tu criada lo hará.

Melisa salió de la estancia antes de que se lo ordenaran. En el vestíbulo la ayudó a ponerse el abrigo y le entregó el bolso. La alemana lo abrió y sacó un puñado de billetes.

—Oh, no puedo aceptarlo. Doña Isabel no lo aprobaría —objetó Melisa.

—Entonces no se lo digas. —Dagmar le metió el dinero en el bolsillo del delantal—. Cómprate algo bonito para tu enamorado.

Melisa le agradeció el detalle con una inclinación de cabeza y le abrió la puerta. Cuando volvió a cerrarla sacó los billetes del bolsillo. Allí había más dinero del que había visto en su vida. Pensó que no debería haberlo aceptado.

24

Abril de 1941

Fue en busca de Lucía y la arrastró al dormitorio, donde, tras cerciorarse de que no la veía nadie, volvió a sacar los billetes del bolsillo. Su amiga los miró con incredulidad mientras contaba las trescientas pesetas. Era casi lo que ella ganaba en tres meses.

—¿Y dices que esto te lo ha dado la alemana? Así, sin más. —Blandió los billetes en el aire y la miró inquisitiva—. Mucho dinero me parece a mí para una propina.

—Lo mismo he pensado yo —aseguró Melisa sentándose en la cama.

—A ver si resulta que la Patro va a tener razón cuando dice que los extranjeros no se aclaran con las pesetas. Una cosa te digo: que no se entere doña Isabel. Esa es capaz de quitártelos con la excusa de devolvérselos a frau Dagmar —dijo mientras Melisa los guardaba en el bolsillo—. ¿En qué te los vas a gastar?

No lo había pensado. Su primer impulso había sido ahorrarlos.

—Necesitas ropa nueva para cuando vayas al Salón Rosa con el alemán.

—Puedo ponerme el conjunto que me hizo Antoñita. Solo lo he llevado una vez.

Lucía puso los brazos en jarra. Que alguien con tanto dinero caído del cielo no pensara en darse un capricho escapaba a su comprensión.

—Claro. Y ese hombre..., Kurt, pensará que no tienes otra cosa que ponerte. Chica, bastante malo es que te haya visto con el uniforme de criada. —Se frotó las manos—. ¡Ni hablar! Mañana, cuando la señora se vaya a la Sección Femenina, nos escapamos a comprar un vestido.

—En el SEPU los tienen a muy buen precio, o en Can Jorba —sugirió.

Melisa tenía ganas de visitar los almacenes de la Puerta del Ángel. Había atisbado desde el umbral su majestuosa escalera, digna de un palacete, y cuatro ascensores que, por supuesto, no pensaba pisar.

—¿Al SEPU? Ahí no encontrarás nada elegante.

—Pues a Santa Eulalia no podemos ir; anda que tardarían en irle con el cuento a la señora.

—No, desde luego. Pero el paseo de Gracia está lleno de buenas tiendas. Mejor le preguntamos luego a Antoñita, seguro que ella conoce un montón de modistas.

Melisa se levantó de un salto.

—No, no. Insistiría en hacérmelo ella misma y bastante liada la tiene su señora. Además, no quiero parecer alguien que no soy. Con un vestido de Can Jorba voy más que aviada. Venga, vamos a recoger el comedor, que al final nos llamarán la atención.

—Sí, no vaya a ser que la señora se enfade y se invente cualquier excusa para no dejarnos librar.

A la tarde siguiente, aprovechando la ausencia de doña Isabel, le dijeron a Fermina que salían a hacer un recado para la señora, se quitaron el uniforme y se lanzaron a explorar las tiendas. Como disponían de poco tiempo, evitaron las del paseo de Gracia y

siguieron por las calles laterales. En Consejo de Ciento, Lucía se detuvo frente al escaparate de una *boutique.*

—Vamos a entrar.

—Que no, que no, que aquí seguro que también conocen a doña Isabel —se resistió Melisa mirando el señorial edificio.

—Puede, pero a ti no. ¡Qué espíritu tan pobre tienes, hija! Para una vez que manejas cuartos.

Melisa sucumbió para que su amiga se callara.

—Déjame hablar a mí —le advirtió Lucía, que enseguida se dirigió a la que parecía la encargada.

La mujer asintió y les indicó que pasaran a una salita amueblada con pocas piezas, pero de innegable calidad. Se sentaron en unas sillas tapizadas mientras esperaban.

A Lucía se le salieron los ojos de las órbitas cuando vio los elegantes vestidos de cóctel, pero Melisa negó con la cabeza. Le parecían más adecuados para ir al Liceo que para tomar el té en el Salón Rosa. Además, no estaba segura de que le alcanzase el dinero.

—Son muy bonitos, aunque me gustaría algo más sencillo —dijo con la esperanza de que la mujer captara el mensaje—. ¿Quiere que le dé mis medidas? —Sacó del bolso el papel donde las llevaba anotadas.

—No hace falta.

La encargada desapareció tras la cortina. Al cabo, regresó con un modelo de algodón azul claro con ribetes en las mangas y el cuello en un tono más oscuro. Una chaquetilla a juego completaba el conjunto. Los labios de Melisa se ensancharon en una sonrisa cuando se lo probó. Miró a la mujer agradecida; la había entendido a la perfección.

—Es un poco simple, ¿no? —comentó Lucía.

—Es elegante y discreto —respondió Melisa mientras pagaba en la caja.

—¿Quiere que se lo llevemos a casa? —preguntó la dependienta dirigiéndose a Melisa.

—Nos los llevamos puesto —respondió Lucía—. Es decir, no nos hace falta caja ni nada.

Haciéndole caso omiso, la chica lo envolvió en un delicado papel y lo colocó en una caja de cartón blanco. Melisa se la puso bajo el brazo. Lamentó no haber cogido la bolsa de rejilla que solía llevar al mercado.

—Espero que doña Isabel no haya vuelto. Son más de las seis, según el reloj de la tienda —murmuró Lucía mirando a ambos lados de la calle para cerciorarse de que no cruzaba ningún tranvía.

—Adelántate. Con el dinero que me ha sobrado quiero comprar una cosa.

—Vale, pero no te entretengas.

Melisa siguió bajando el paseo de Gracia hasta una perfumería, donde adquirió champú y una pastilla de jabón Heno de Pravia.

25

Abril de 1941

El sábado Melisa se levantó con las primeras luces del alba. Tras asearse y vestirse, observó compungida que el delantal tenía una mancha; doña Isabel insistía siempre en que sus uniformes debían lucir impolutos. Cuando entró en la cocina, encontró a Fermina frente a los fogones cociendo patatas. Le dio los buenos días, se acercó a la pila de granito y abrió el grifo; frotó la mancha a conciencia con jabón y, una vez aclarado, lo puso a secar en el respaldo de una silla. Cuando llegara Remei, le pediría que se lo terminara de secar con la plancha. Contempló los medallones de ternera, los filetes de lenguado y los capones que reposaban sobre la mesa a la espera de ser cocinados. Habían pagado por tan suculentas viandas precios prohibitivos. Desde el final de la guerra, la escasez de solomillos y lomos de vacuno y cerdo obligaba a las clases medias a adquirir carnes duras, con tendones y de baja calidad, y a las más humildes, cortes grasos y tocino cuando podían permitírselo, ya que el aumento de la demanda no había tardado en incrementar los precios. Melisa recordó las penurias que su madre y ella habían pasado tras la muerte de su padre. Al igual que la mayoría, tuvieron que ingeniárselas para esquivar al hambre. El acceso a los productos básicos como el aceite, el azúcar, los garbanzos, las patatas o el pan se regulaba con las cartillas de racionamiento que, con sus distintos tramos en función del nivel

social o el trabajo desempeñado, favorecían más a unos que a otros. Los militares, o los falangistas como los Llebrera, disfrutaban de doble suministro. Don Arturo y doña Isabel vivían al margen de las necesidades de la mayoría, indiferentes a las colas que se formaban a diario en las tiendas para obtener alimentos que escaseaban y desaparecían con rapidez cuando llegaban. Desconocían o fingían desconocer la realidad de una mayoría que apenas lograba subsistir. La Patro le había contado a Melisa que ella y sus hermanos cazaban culebras y lagartos en el campo que su madre cocinaba como si se tratara de ternera. Y como el hambre agudiza el ingenio, no era de extrañar que muchos recurrieran a la picaresca o al estraperlo como forma de aumentar las raciones diarias. Pese a que Melisa consideraba injusto que algunos tuvieran tanto y otros nada, no quería sentir rencor, un sentimiento que emponzoña el alma.

—¿No es pronto para preparar la cena de mañana? —preguntó a la cocinera.

Fermina cogió uno de los capones y empezó a desplumarlo.

—Cuanto antes lo cocine, más sabor coge. Además, la señora quiere que don Arturo pruebe los platos por si acaso.

—Pero si frau Dagmar le dijo que todo estaba muy bueno.

—Parece mentira que no se fíen de usted, con la de años que lleva en la casa —gruñó Lucía, que acababa de llegar.

La cocinera blandió el cuchillo frente a ella.

—Y tú, parece mentira que no conozcas a doña Isabel. La señora siempre está en un sinvivir, con esa obsesión suya de que todo salga bien. Anda, deja de quejarte y ayuda a Melisa a preparar el desayuno, que yo tengo que acabar de desplumar estos bichos.

Lucía abrió la alacena, en cuyo interior colgaban longanizas, salchichones y chorizos. Sacó una hogaza de pan y un cuarto de queso y los depositó en una esquina de la mesa. Al mirar el estante

superior, reparó en los apfelstrudels recién horneados. Tras dudar un instante, cogió un plato que contenía los restos del día anterior.

—Calienta el café que sobró ayer —le ordenó la cocinera.

—Ay, Fermina, ¿no se habrá echado a perder? Mire que hoy no tengo el cuerpo muy católico, como me ponga mala... —rezongó. Miró de refilón el cuenco donde la cocinera iba echando las tripas del capón e hizo una mueca de asco—. Aparte eso, por Dios, que voy a acabar echando las mías.

—En cuanto desayunemos, la ayudo a rellenar los capones —se ofreció Melisa mientras ponía el café a calentar. Se dio la vuelta a tiempo de acallar las protestas de Fermina, que trataba de impedir que Lucía cortara un pedazo de apfelstrudel—. No sea así, Fermina, qué más dará si hay de sobra. Además, que yo también tengo ganas de comprobar lo bien que le ha quedado. Ayer frau Dagmar no paró de decir que no había probado uno tan exquisito ni en su país. —Pensó que una mentirijilla no le hacía mal a nadie.

La cocinera se ensanchó como un pavo real desplegando las plumas.

—¿Eso dijo?

Melisa asintió sonriendo. Comieron en silencio hasta que Lucía lo rompió.

—¿Cuánto habrá costado la dichosa cena? Entre los aperitivos, los entremeses, los pescados, las carnes, los vinos...

—Y no te olvides de las frivolidades —apostilló Melisa haciendo reír a Fermina.

Desconocía los precios del mercado negro, pero la cocinera tenía una idea. Al fin y al cabo, era ella quien se encargaba de revisar y pagar las facturas, e hizo un cálculo aproximado. La ternera salía a unas diez pesetas el kilo, y cada pieza no bajaba de los diez; los capones, veinte pesetas cada uno; los lenguados no tenía ni idea,

pero considerando que la merluza salía a unas doce pesetas el kilo... A los platos principales había que añadir los entremeses, los dulces y el resto de los ingredientes para cocinar, sin sumar los productos que el señor había conseguido no sabía dónde.

—Calculo que costará lo que ganamos nosotras en un año.

Lucía casi se atragantó con el pastel de manzana.

—No tienen vergüenza, Fermina.

La cocinera se bebió de un trago el café endulzado con leche en polvo y se levantó dando por terminados el desayuno y la conversación. En su presencia no permitía comentarios negativos sobre los señores.

—Arreando, que no tengo todo el día.

Recostado en el sofá del salón, Arturo Llebrera cerró el ejemplar de la revista *Destino* y apuró la copa de coñac. Había estado tomando notas mientras leía un artículo que apoyaba las políticas antisemitas de Hitler en los países ocupados. Durante la cena del día siguiente podría sacar el tema a colación y adueñarse de los puntos de vista del periodista; al fin y al cabo, coincidían con los suyos. Si alguien no ponía coto a aquellos judíos, acabarían adueñándose del mundo. Pese a todo, él no se consideraba un hombre de política; como buen burgués, dejaba ese tipo de ambición a los funcionarios, él prefería dedicarse a los negocios. Hacerse cuanto más rico mejor era una forma de vengarse de su padre; el hombre, dueño de una pequeña metalurgia, se había negado a fabricar cañones y motores de avión. Cuando murió, le dejó como legado una fábrica en bancarrota y un mar de deudas. Amasar fortuna. Esa había sido la prioridad de Arturo desde que en uno de los salones del Círculo Ecuestre oyera hablar del patrimonio de don Augusto Puignarbona.

Indagó hasta saber que era padre de dos hijos y una hija casadera. Mentiría si declarase que cayó rendido a los pies de Isabel, pero incluso los rostros más anodinos adquieren un brillo especial a la luz del dinero. En su breve noviazgo se juntaron el pan con las ganas de comer. Arturo ansiaba dinero e Isabel Puignarbona modificar su estado civil. En los ambientes que frecuentaban, pocos matrimonios se gestaban por amor, y ellos, en los años que llevaban juntos, habían logrado un buen entendimiento. Al menos fuera del lecho conyugal, pues Isabel, adoctrinada en la creencia de que el sexo por placer es pecado, pronto le dejó cristalina su nula disposición a yacer con él más allá de lo que la obligaba su condición de esposa. Para satisfacer sus instintos, Arturo acudía al Barrio Chino o a locales donde a cualquier hora del día podía encamarse con prostitutas a cambio de un puñado de billetes. Y si la necesidad apremiaba, allí estaba la criada. Lucía se había mostrado remisa al principio, pero le bastó con amenazarla con un despido sin referencias. Hasta el momento se había limitado a manosearla, pero pronto le dejaría claro que ya no se conformaba con eso. A él lo mismo le daba que fueran putas o criadas, mientras le hicieran pasar un buen rato.

Se inclinó hacia la mesa de centro, abrió la caja que contenía los habanos requisados en su aduana y encendió uno. La puerta del salón se abrió y entró su mujer con la criada nueva. Dio una profunda calada y expulsó el humo mientras la observaba de reojo. La chica poseía una belleza poco común. Se preguntó si sería tan dócil como Lucía. Siguió sus movimientos mientras su esposa le indicaba cómo deseaba que se distribuyera el mobiliario para el día siguiente.

—Después de la cena pasaremos al salón, es posible que alguna pareja quiera bailar, asegúrate de dejar espacio suficiente —oyó que decía su mujer—. ¿No te parece, Arturo?

Asintió por costumbre.

—Por supuesto, querida.

Volvió a sumirse en sus pensamientos cuando doña Isabel se alejó con su cháchara en dirección al comedor. Dio varias caladas al puro. Emprender el negocio de aduanas había sido un gran acierto y mucho más asociarse con uno de aquellos nazis a los que Franco era tan afín. Arturo Llebrera había demostrado desde el principio su adhesión inquebrantable al Caudillo. Al igual que a este, le fascinaban los éxitos bélicos del Ejército alemán y estaba convencido de que Hitler ganaría la guerra e impondría su poder en Europa. Lo que permanecía tapiado en su cabeza bajo varias capas de cemento era que tras el alzamiento del 18 de julio de 1936, Arturo había huido de Barcelona con Isabel para refugiarse en Ginebra, de donde regresó al final de la guerra.

Dio una última calada al puro y lo dejó en el cenicero. Mientras contemplaba las hebras de tabaco que se consumían con lentitud, pensó en la cena en honor del Führer. La idea se le había ocurrido cuando asistió en febrero a la inauguración de la Exposición del Libro Alemán en la Universidad de Barcelona. Recordó lo mucho que le había impresionado la gran esvástica que dominaba el paraninfo. Los libros no le interesaban, pero recorrió los expositores con cientos de ejemplares de todo tipo admirando, pese a no entender nada, *Mein Kampf*, la obra que contenía la doctrina de Hitler. La aburrida visita le sirvió para estrechar lazos con los gerifaltes de la colonia nazi, al igual que su asistencia al homenaje a los caídos por el III Reich que se celebró dos semanas después en el aeropuerto de El Prat. Y como a Isabel le gustaba el cine, había pensado llevarla a ver la película documental *La victoria del Oeste.* Según la publicidad del periódico, se podía sentir la emoción de la guerra en todos los frentes de batalla. A don Arturo no le cabía duda de que sería una obra

maestra del cine alemán. Había que estar siempre del lado de los conquistadores.

Dieron unos golpecitos a la puerta.

—Adelante.

Lucía avanzó unos pasos.

—Doña Isabel ha salido. Me ha encargado que le diga que ha ido a arreglarse el pelo.

Pensar en los beneficios que le reportaría aquella cena lo había excitado. Hizo una señal a la criada con la mano para que cerrara la puerta con llave.

26

Abril de 1941

El domingo por la mañana la casa era un hervidero de actividad. Remei, que solo trabajaba de lunes a sábado en casa de los Llebrera, había tenido que dejar a su hija al cargo de una vecina para ocuparse de los trajes de los señores. Como sabía que le vendría bien el dinero, Fermina le había propuesto que echara unas cuantas horas más ayudándola con los últimos preparativos y el fregado de los cacharros, y la mujer había aceptado. Mientras cepillaba la chaqueta del esmoquin de don Arturo, Melisa entró en el cuarto de planchar y dejó sobre la tabla el mantel de encaje holandés.

—Hay que darle un repaso, Remei.

Sin soltar el cepillo, la mujer miró de refilón el mantel, frunció los labios para impedirles dar forma a una palabra malsonante y clavó las pupilas en la criada.

—¿De qué repaso hablas? El otro día le cosí los agujeros, y le saqué las manchas, que lo mío me costó. Y arrugas no tiene. ¿Tú ves alguna? —le preguntó con un deje de ironía que no ocultaba su irritación.

Melisa suspiró. Aquello no presagiaba nada bueno.

—No, pero ya conoces a doña Isabel. Nada está bien del todo si no se ha hecho dos veces.

—¡La madre que la parió! —gritó al final, incapaz de contenerse.

—Dale un golpe de plancha por encima y ya está.

—Ni golpe ni puñetas. El mantel está bien tal como está. —Lo cogió y se lo puso a Melisa en las manos. Sin darle opción a réplica, añadió—: Ah, tengo una cosa para ti, cuando termines de poner la mesa vienes a por ella. —Colgó la chaqueta en una percha y empezó a planchar el pantalón sin dejar de mascullar improperios.

Melisa prefirió no preguntar de qué se trataba. Se acercó al costurero y cogió la cinta métrica.

—Luego te la devuelvo —dijo saliendo a toda prisa. Cuando Remei se torcía, era mejor emprender vuelo a un terreno seguro, en este caso, el comedor.

Vistió la mesa con el mantel y lo alisó con las manos para eliminar arrugas inexistentes. Remei se había enfadado con razón. Sacó la vajilla de porcelana de Limoges que le había indicado la señora, y fue colocando los platos, procurando que el espacio entre ellos no fuera inferior a sesenta centímetros. De esta forma, los invitados podrían moverse con comodidad, sin rozarse los codos. Mientras disponía los cubiertos de plata, apareció Lucía.

—Remei está que trina. He entrado en el cuarto de la plancha a buscar el esmoquin de don Arturo y el vestido de doña Isabel y por poco me muerde.

Melisa la miró de soslayo.

—Ten cuidado con esas copas, no se vaya a romper alguna —le advirtió al ver que las cogía de cuatro en cuatro.

El día anterior doña Isabel las había aleccionado para que tuvieran especial cuidado con ellas; según les dijo, eran de cristal de Bohemia, muy antiguas e irremplazables.

Lucía hizo un mohín y pasó un paño fino por cada una de las piezas para eliminar motas de polvo. Dado que se servirían dos

clases de vino distintos, agua y cava, se aseguró de que frente a cada plato hubiera cuatro copas.

—Menos mal que los señores almuerzan fuera. Doña Isabel nos habría puesto de los nervios —dijo Melisa.

—Estarán al caer. Ella tiene que emperifollarse para ir al homenaje del nazi ese. He oído que le decía a don Arturo que prefería quedarse en casa para ultimar detalles; ya ves tú, ¡qué detalles!, si llevamos un mes preparando la dichosa cena, pero él la ha obligado. Supongo que llegarán un poco antes que los invitados. Vaya nochecita nos espera —se lamentó Lucía—. Bueno, voy a acercarme a las Ramblas a por unas flores para la mesa.

Cuando se quedó sola, Melisa cogió del aparador las esvásticas que había llevado frau Dagmar y las colocó a lo largo de la mesa entremezcladas con los escudos del águila franquista que le había proporcionado don Arturo. Aquella extraña cruz se le antojó tan ofensiva como el águila. Hizo una mueca de desagrado y salió del comedor.

Doña Isabel no le había dado a Melisa ni un segundo de tregua desde que regresó del almuerzo. Se mostró satisfecha con el arreglo de la mesa, pero torció el gesto ante los claveles rojos que había comprado Lucía; le parecieron vulgares y la envió a comprar rosas blancas. Hasta que los Llebrera no salieron por la puerta para asistir al homenaje que la colonia alemana ofrecía a su Führer por su cumpleaños, Melisa no pudo acercarse a ver a Remei. La interceptó cuando esta se dirigía a la cocina para ayudar a Fermina.

—¡A buenas horas! —renegó.

—Perdona, no he podido venir antes. A ver, ¿qué es esa cosa que tenías que darme?

—Ahí te lo he dejado, sobre la mesa. —Señaló con la barbilla una percha.

Melisa la miró inquisitiva.

—El uniforme nuevo. Recién planchado.

La muchacha acarició la tela. Era suave y ligera; el delantal, tan fino que casi se transparentaba, estaba rematado con una fina vainica, al igual que la cofia.

—¿Y el de Lucía?

—La señora solo me ha dado el tuyo. Dice que es de primera doncella, para cenas de gala.

—Pues qué bien. —Pensó en lo que diría Lucía cuando lo viera.

—No pensarías que ibas a servir la cena con el que llevas puesto, si hasta tiene una mancha —prosiguió Remei—. Cuando te cambies, lo echas en el cesto de la ropa sucia, ya me encargaré yo de dejártelo impecable.

—Gracias —dijo Melisa antes de marcharse.

En la habitación dejó el uniforme sobre la cama, cogió una toalla y se metió en el baño. Se lavó el pelo con el champú que había comprado y se deleitó con la fragante espuma que formaba al contacto con el agua; se lo aclaró y lo envolvió con una toalla. A continuación eliminó de su cuerpo el olor a cocina; mientras la ayudaba a vestirse había observado alguna mirada admonitoria por parte de doña Isabel.

Antes de ponerse el flamante uniforme, no pudo resistir la tentación de probarse el vestido para su cita con Kurt. Se miró en el espejo y dio un par de vueltas sobre sí misma. Estaba deseando que se lo viera puesto. Lamentó no haber podido comprarse unos zapatos nuevos, los del trabajo eran demasiado sencillos para un vestido tan bonito y no se atrevía a coger prestados unos de doña Isabel. O quizá sí. La verdad era que la ocasión merecía el riesgo.

Mientras canturreaba, dejó que sus pensamientos volaran hacia Kurt. Cómo era posible que alguien a quien apenas conocía la hiciera sentirse tan bien. Solía tomarle el pelo a su madre cuando esta le decía que la primera vez que vio al padre de Melisa supo que era el hombre de su vida. Cómo la entendía ahora. Cuando vislumbró a Kurt abriéndose paso entre las parejas que bailaban en el Salón Cibeles se sintió ajena a todos, consciente solo de la poderosa presencia de aquel hombre tan diferente a cuantos había conocido. Mientras bailaban, experimentó sensaciones desconocidas. Volvió a sentirlas cuando él le mostró el claustro de la catedral y cuando se encontraron en la calle. ¿Podía aquello ser amor?

Se quitó el vestido con cuidado y lo colgó en la percha. Cruzó las manos bajo el mentón y suspiró mientras lo contemplaba una última vez antes de cerrar el armario. Se puso el uniforme y se recogió el pelo, todavía húmedo, con horquillas. Lucía entró en ese momento hecha una furia y se tumbó en la cama.

—No hay rosas blancas. Me he recorrido las Ramblas de arriba abajo. Al final las he comprado rojas y unos cuantos lirios. Qué tendrán de malo los claveles, si no hay flor más española que... —Se interrumpió al ver el reluciente uniforme que lucía Melisa—. ¿Y eso? —preguntó sorprendida.

—Doña Isabel. Lo ha comprado para esta noche.

Tocó la tela de la falda mientras hacía un gesto afirmativo con la cabeza.

—Qué gustosa es, parece satén. Se ha gastado los cuartos, ¿eh? —Miró en derredor—. ¿Y el mío?

Melisa se encogió de hombros.

—Remei dice que solo ha comprado uno. Lo siento, Lucía.

—Da igual.

—Anda, levántate de la cama y cámbiate el delantal, que los camareros estarán al llegar.

—¡Y a mí qué! ¡Eres tú la que va a bregar con ellos! —exclamó despectiva mientras se desataba el lazo del delantal y lo tiraba de cualquier manera sobre la silla.

Melisa guardó silencio y la dejó a solas con su mal humor. No quería que nada ni nadie enturbiara la felicidad que la embargaba. Solo era capaz de pensar en los pocos días que quedaban para ver a Kurt.

27

Abril de 1941

El alcance de la convocatoria sorprendió a Arturo Llebrera. Convencido de que llegaba con tiempo suficiente para ver y ser visto, maldijo su poca previsión cuando entró en el anfiteatro del cine Coliseum y vio los grupos de gente que departían en los pasillos y entre las filas de asientos. Observó satisfecho que la celebración del cumpleaños de Adolf Hitler había reunido no solo a los nazis más eminentes de la colonia alemana, sino también a las altas jerarquías de FET y de las JONS. Buscó con la mirada al gobernador civil de la ciudad para recordarle, por si hiciera falta, que lo esperaban más tarde en casa, y a un par de empresarios. Torció el gesto cuando le comentaron que el gobernador Correa había enviado al comandante Salas Paniello, delegado provincial de excombatientes, en su representación. El alcalde también había cedido la representación de la alcaldía a un concejal. A los invitados a la cena que se acercaron a saludarlo, don Arturo los despachó con un par de frases corteses, ya tendrían tiempo de conversar largo y tendido. En aquel momento prefería estrechar lazos con el cónsul general de Alemania, un tal Jaeger, a quien aún no le habían presentado, y con Thomsen, el jefe del Partido Nacionalsocialista en España, quien, según había oído a la concurrencia, se había desplazado desde Madrid para presidir el acto. Le comentó a su esposa que, si se mostraban receptivos, los

invitaría a la cena. Doña Isabel iba asintiendo mientras en su fuero interno rezaba para que tuviesen otros compromisos.

Para disgusto de su marido, el imponente Hans Thomsen paseó sus dos metros de estatura frente a él sin darle ocasión a abrir la boca. Mientras Thomsen pronunciaba su discurso bajo el enorme retrato de Adolf Hitler que presidía el escenario, Llebrera hizo un esfuerzo por asimilarlo, estaba seguro de que alguien lo sacaría a colación durante la cena. Concluida su alocución, de la que don Arturo solo entendió la parte en castellano, aprovechó la salva de aplausos para barrer con los ojos las filas de palcos. Con un pequeño codazo atrajo la atención de su mujer hacia el más próximo al escenario.

—A tu izquierda, querida. ¿No es esa tu amiga?

Doña Isabel entrecerró los ojos tratando de enfocar.

—Sí. Es Dagmar —murmuró.

—¿El que está con el cónsul general de Alemania es su marido? Desde aquí no le veo bien la cara. —Señaló con la barbilla a un hombre joven, alto y rubio.

A doña Isabel le pareció muy atractivo.

—Todavía no lo conozco, pero casi seguro que es él. Por lo que sé, es miembro del cuerpo consular. Luego vendrá a casa, con Dagmar.

—Bien, bien—dijo don Arturo sin apartar la mirada del palco—. Después, a la salida, me acercaré a él. Quiero que me presente al cónsul y a herr Thomsen. Estoy seguro de que ambos aceptarán mi invitación en cuanto sepan que Walter Bartoleit, el jefe local del partido nazi, ya lo ha hecho —le susurró a su esposa, que puso los ojos en blanco.

—Por Dios, Arturo, si sigues invitando a más gente, no cabremos en la mesa. A ver si al final vamos a ir justos de comida y bebida.

Contente un poco, te lo ruego.

La obertura de *Los maestros cantores de Núremberg,* de Richard Wagner, a cargo de la Banda Municipal, acalló sus protestas. Don Arturo siguió registrando los palcos con la mirada. Circulaban rumores de que Serrano Suñer, cuñado de Franco y ministro de Exteriores, se encontraba en el anfiteatro. No se le ocurría mejor broche de oro a su lista de invitados.

28

Abril de 1941

En la casa de la Rambla de Cataluña, el servicio había aprovechado la ausencia de los señores para cenar. Las chicas comieron el plato de habas con tocino, mientras los dos camareros contratados para la ocasión, que Lucía ya conocía de otras celebraciones, las entretenían con sus anécdotas. Trabajaban en el hotel Ritz, pero se sacaban un dinero extra asistiendo en banquetes privados. Su nutrido repertorio de chistes subidos de tono no logró hacer sonreír a Melisa ni a Lucía.

—Y a vosotras qué os pasa que andáis tan amustiadas —dijo Fermina en cuanto los chicos se fueron al salón.

Lucía se levantó y se sacudió las migas del uniforme.

—Me voy a vigilar a esos dos, no sea que les dé por ponerse a fumar.

—Tú quieta ahí —la detuvo la cocinera—. Últimamente pareces un pan sin sal. No sé qué mosca te habrá picado, pero más te vale que cambies esa cara. Y no le vayas a soltar una de las tuyas a algún invitado, que te conozco.

—¿Por quién me toma? Ni que quisiera quedarme sin trabajo —respondió airada—. Lo que me pasa es que estoy cansada —dijo mientras abandonaba la cocina.

Remei despejó la mesa en silencio y la limpió con un paño húmedo. Melisa permanecía sentada, cabizbaja. Su plato continuaba casi intacto.

—¿Y a ti qué te ronda? ¿Te encuentras mal? —insistió Fermina.

—Serán los nervios —terció Remei—. Por la cena —aclaró por si hubiera dudas.

—Un poco nerviosa sí que estoy —reconoció Melisa alzando la cabeza para mirarlas a ambas—. Es que no estoy acostumbrada a tanta responsabilidad. ¿Y si algo sale mal?

Remei dejó el trapo en el fregadero y se secó las manos en el delantal. Se acercó a la criada y apoyó una mano en su hombro.

—¿Qué va a salir mal, criatura? Será que no has servido antes a gente de postín en esta casa.

—Eso mismo digo yo —aseveró la cocinera dando una palmada en la mesa.

Melisa negó muy despacio.

—Pero no a tanta a la vez. Además, tengo una sensación rara en el estómago.

—¡Hambre! Eso es lo que tienes. Casi no has probado las habas y mira que me han salido tiernas.

—No es eso, Fermina. Es más bien un presentimiento, como si fuera a pasar algo malo.

—Como dice la Remei, no son más que nervios. —Le recolocó unos mechones que habían escapado a la sujeción de las horquillas —. Escúchame —dijo alzándole la barbilla con el dedo índice para obligarla a mirarla—, esta noche vas a demostrarle a la señora que no se equivocó contigo cuando decidió ascenderte a primera doncella.

—Seamos claras, Fermina. Lo hizo en un arrebato, para castigar a Lucía. La de veces que se habrá arrepentido, lo que pasa es que no ha querido bajarse del burro y...

La cocinera la cogió de los hombros y la zarandeó.

—¡Doña Isabel sabía lo que hacía! ¿Me oyes? Tú tienes algo que Lucía jamás tendrá. La señora lo vio en cuanto llegaste a esta casa, igual que yo.

—¿Qué es lo que tengo yo que no tenga ella? ¡Si venimos del mismo pueblo!

—No sé cómo explicártelo, tienes algo diferente.

—Clase. Distinción —declaró Remei—. Se tiene o no se tiene, da igual que seas pobre o rica —añadió.

Fermina palmeó el brazo de la planchadora.

—Eso quería decir. ¿Te preparo una tisana para templar los nervios?

Melisa la rechazó y salió de la cocina.

—La falda es demasiado corta —observó Lucía cuando Melisa entró en el salón.

El comentario atrajo la mirada de los camareros, que preparaban cócteles para ofrecer a los invitados según fueran llegando. Ambos emitieron un silbido.

—Ya lo sé —admitió ella ruborizada. También le quedaba estrecha, lo que dificultaba sus movimientos. En ese instante llamaron al timbre.

—Ya voy yo. Serán los señores —dijo Lucía.

Doña Isabel les había advertido que ella y don Arturo se adelantarían para recibir a los invitados. Entraron uno detrás de otro: ella como una exhalación, seguida por su marido. Examinó a los camareros de arriba abajo y debió de complacerle lo que vio porque movió la cabeza de forma apreciativa. Antes de retirarse al dormitorio para retocarse el peinado, ordenó añadir dos cubiertos. Mientras don Arturo estaba en el salón degustando uno de los

cócteles, las criadas se apresuraron a reorganizar la mesa. Como no había tiempo para medir la distancia entre los comensales, se limitaron a desplazar a ojo platos, cubiertos y copas. Acababan de recolocar las sillas cuando volvió a sonar el timbre.

Un matrimonio de mediana edad entró con paso firme, como si se tratara de su propia casa. Melisa reconoció a Edelmira de Montsonís por el rígido flequillo que llevaba siempre y que había sido bautizado como Arriba España por lo enhiesto del tupé. Como sus compañeras de la Sección Femenina, doña Edelmira detestaba el pelo largo y la frivolidad, consideraba que eran cosa de rojas y degeneradas, por lo que siempre vestía ropas oscuras. Para la ocasión lucía un vestido negro con mangas francesas abotonado hasta el cuello. Cuando se desprendió de la estola de visón, Melisa comprobó que sus clericales principios no le impedían adornarse los lóbulos de las orejas y el cuello con perlas del tamaño de canicas. Dejó las pieles en manos de Lucía, quien se apresuró a colgarlas en el perchero, y los acompañó al salón.

Cuando minutos después Lucía abrió la puerta a una pareja alemana, Melisa no pudo evitar fijarse en la esvástica que lucía él en la solapa, una réplica en miniatura de los banderines que decoraban la mesa. No le dirigieron la palabra cuando les dio las buenas noches, aunque la mujer tuvo la deferencia de inclinar la cabeza mientras le entregaba la capa. Don Arturo debía de estar pendiente de su llegada, porque salió a recibirlos y los acompañó él mismo al salón. En cuanto se perdieron de vista, Lucía susurró a Melisa:

—Son los jefes de la Patro. ¿Has visto qué vestido tan lujoso lleva ella?

—No me he fijado —respondió tensa.

En el salón, el ambiente se había ido animando a medida que los invitados daban buena cuenta del jamón serrano, los hojaldres

rellenos, las medianoches con fuagrás y los langostinos de San Carlos de la Rápita. Fermina y Remei no daban abasto a rellenar las bandejas, pues todo lo que salía de la cocina desaparecía regado con cócteles y vinos de manzanilla y jerez. De fondo sonaba música de Bach, porque don Arturo, temeroso de ofender a sus amigos nazis, había escondido los discos de jazz.

Acomodada en una butaca, doña Isabel simulaba interés en la charla de sus amigas Edelmira y Josefa mientras sus ojos no perdían detalle de cuanto acontecía a su alrededor. Constató con una sonrisa que los invitados lo estaban pasando bien. Buscó con la mirada a su marido, inmerso en una conversación de política con el gobernador civil de la provincia y un alto cargo nazi a quien Arturo había invitado a última hora. Acompañado de uno de sus hombres de confianza, al gobernador Correa lo habían recibido con grandes aspavientos parte de los invitados falangistas; los nazis se habían limitado a inclinar la cabeza. Isabel pensó que quizá los habría ofendido no verlo en el homenaje a su Führer. A simple vista, el santanderino parecía llevarse bien con todos, aunque doña Isabel no creía que los nazis lo tuvieran en gran estima si se atenían al rumor de que el gobernador había conseguido que disminuyeran los ataques falangistas contra súbditos de la colonia británica instigados por los nazis.

Doña Isabel desvió la mirada del grupo y echó un vistazo a su reloj de pulsera. Habían llegado todos los invitados menos el matrimonio Von Lechner, y ya pasaban las diez de la noche. Se preguntó qué los habría retrasado, pero justo en ese instante llamaron a la puerta. Convencida de que serían Dagmar y su marido, se levantó y se aventó el vestido que tantos elogios había recibido de sus amigas de la Sección Femenina. Incluso a Arturo le había gustado. Aunque, cuando vio el modelo que lucía la mujer de Hilario Muñoz, el amigo de Arturo que se había hecho millonario con el

negocio textil, lamentó no haber elegido otro color. Cierto que el negro era una opción apropiada y elegante, pero al mirar a sus amigas se le antojó que parecían una bandada de cuervos. Menos mal que se había puesto el broche Chevalier de oro amarillo y los pendientes de perlas y diamantes. Se asomó a la puerta a tiempo de ver a Melisa departiendo con Dagmar. Frunció los labios. ¿Por qué se tomaba la criada tantas confianzas con su invitada? Tendría que hablar con ella para recordarle los límites, pero no aquella noche. Se aproximó a la alemana con los brazos abiertos.

—Mi querida amiga —le ofreció la mejilla y se apartó para contemplar su atuendo de cóctel: una falda de tul con vuelo y corpiño de terciopelo que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel—, qué maravilla de vestido. El color hace juego con tus ojos, estás fabulosa.

Melisa pensó que no podía estar más en desacuerdo con doña Isabel. El gris perla acentuaba la palidez de la piel de Dagmar von Lechner. Aun así, reconoció que iba elegante.

—¿Y tu esposo? —preguntó doña Isabel al reparar en que había acudido sola.

Dagmar von Lechner entregó su capa a la criada con una sonrisa.

—Llegará enseguida. Tenía que acompañar a Hans Thomsen al hotel. Me ha dicho que me adelantara.

Melisa colgó la capa con cuidado. Entre todos los falangistas germanófilos y nazis, Dagmar von Lechner era la única que la había saludado. Temiendo que el sonido del timbre quedara sofocado por el barullo de las conversaciones y la música, decidió esperar a herr Von Lechner en el vestíbulo. Confiaba en que fuera un hombre amable y considerado, no como los que pululaban por el salón. La súbita llegada de su amiga con una bandeja vacía en las manos la distrajo de sus pensamientos.

—¿Qué haces aquí? ¿Te has tomado un descanso? —preguntó con sorna.

—Claro que no. Estoy esperando al último invitado. Está a punto de llegar y me preocupa no oír el timbre.

—Ah, bien. Voy a llevar esto a la cocina. —Alzó la bandeja y movió la cabeza en un gesto de reprobación—. Qué gente tan tragaldabas. Se hinchan a comer mientras otros pasan las de Caín.

—La vida es injusta —asintió Melisa.

Pensó en Remei, cuya hija acusaba la falta de buenos alimentos. A espaldas de Fermina, le había dado unas lonchas de jamón serrano y unos canapés que la mujer había guardado rápidamente en el bolso.

—De paso le diré a Fermina que empiece a calentar la crema *sangermaine.*

—Saint-Germain, Lucía. Crema Saint-Germain —la corrigió.

—No sé a qué viene un nombre tan rimbombante, si total es un puré de guisantes.

—Es una exquisitez francesa.

Sonó el timbre. Lucía desapareció en dirección a la cocina mientras Melisa abría la puerta con una sonrisa afable. Lo más probable era que el invitado ni reparase en ella, pero le parecía importante mostrarse cordial.

—¡Erich! *Mein schatz*, te estábamos esperando, mi vida.

La voz de Dagmar sonó tras ella. Melisa permaneció de pie, convertida en una estatua de sal, como la esposa de Lot que había osado desobedecer a los ángeles y había mirado hacia atrás cuando huían de la ciudad de Sodoma. Solo que ella no estaba mirando a su espalda, sino al hombre que tenía enfrente. El mismo que la había invitado a bailar, que le había comprado dulces, con el que había hecho planes... El hombre que decía llamarse Kurt la observaba

ahora como si la viese por primera vez. Cerró los ojos y dejó que la envolviera una niebla oscura y húmeda. Sería tan fácil dejarse ir... Sumirse en el olvido. Quizá, cuando despertara, ya no sentiría esas ardientes punzadas en el corazón ni le temblarían las piernas. El hombre que decía llamarse Kurt se desprendió de su abrigo de entretiempo y lo posó sobre las manos de Melisa, que, cabizbaja, se hizo a un lado mientras Dagmar von Lechner avanzaba hacia su esposo.

29

Abril de 1941

—¡Erich! —repitió Dagmar cada vez más cerca—. ¿Ocurre algo?

Solo entonces el hombre desvió la mirada de Melisa. Dio unos pasos al frente y salvó la distancia que lo separaba de su mujer. Ella enlazó el brazo de él con el suyo y lo condujo hasta el comedor. Melisa cerró la puerta y expulsó el aire contenido en sus pulmones; tuvo que sentarse en una banqueta para calmar el temblor de las piernas. Un dolor intenso le taladraba las sienes. Apretó los dedos a ambos lados de la cabeza en un intento de amortiguarlo y alzó la mirada hacia la lámpara del techo, como si sus lágrimas de cristal contuvieran las respuestas a las preguntas que se agolpaban en su cerebro. ¿Por qué la había engañado? De haber sabido que era un hombre casado, jamás se habría citado con él. No recordaría sus ojos, las sonrisas, las sensaciones que experimentó junto a él..., porque no habrían existido. ¿Cómo se había dejado embaucar por un hombre a quien apenas conocía?

Conjuró en su mente el recuerdo de su madre. ¿Cuántas veces le había advertido que no debía fiarse de nadie? Que debía aprender de las humillaciones sufridas. «El mundo está poblado de seres crueles y depravados que obtienen placer del dolor que provocan en los inocentes», solía decirle. En su lecho de muerte le había prometido que jamás dejaría que nadie le hiciera daño. Había faltado a su palabra. Kurt, Erich, comoquiera que se llamara, había

traspasado la coraza de hierro que debía proteger su existencia fundiéndola con engaños. Sintió un sabor salado en los labios. Se obligó a tragarse las lágrimas. «No puedo llorar. Aquí no. Tengo que hacer como si esto no hubiera ocurrido». Lucía o doña Isabel no tardarían en echarla en falta. Se levantó de la banqueta y se miró en el espejo. Su piel había adquirido una lividez mortecina. «No pueden verme así», se dijo secándose las lágrimas con el dorso de la mano. Se pellizcó las mejillas para darles color, respiró hondo varias veces y dio media vuelta.

Los invitados habían empezado a tomar asiento cuando Melisa entró en el comedor. El eco de las conversaciones fue como un láudano para su atribulada mente. Se movía como una autómata, sin mirar a nadie. Agradeció que los camareros estuvieran allí para servir el vino: ella lo habría derramado sobre algún comensal y doña Isabel la habría reprendido delante de Kurt. Rectificó, de Erich. Porque también en eso le había mentido. Mientras fingía buscar algo en el aparador, dejó que Lucía se ocupara de servir la crema de guisantes con cebolla, zanahoria, apio y tocino, un plato que Fermina había preparado siguiendo una receta que le había procurado doña Isabel. Se mantuvo lo más alejada posible de Erich mientras ayudaba a retirar los platos. Cuando salió de la cocina el lenguado en salsa de almendras, había logrado serenarse lo suficiente para servirlo sin que le temblara el pulso. Ni una sola vez permitió que su mirada se encontrara con la de Erich o Dagmar. Por suerte, doña Isabel estaba lo bastante entretenida ejerciendo como anfitriona para fijarse en que evitaba acercarse a ellos. Apenas terminaron el último plato, capones con guarnición de patatas, sirvieron el apfelstrudel, que recibió grandes halagos por parte de todos.

Ajeno al tormento de Melisa, don Arturo prestaba oídos a la conversación que mantenían Walter Bartoleit, jefe del partido nazi en

la ciudad, y el vicecónsul Erich von Lechner, con quien no había podido intercambiar más que los saludos de rigor. Don Arturo leía los periódicos a diario, por lo que estaba al tanto de la ocupación de Grecia, que había tenido lugar a principios de abril. Mussolini había intentado invadir el país, pero los griegos habían contenido su avance hasta que intervino el Ejército alemán. Algo achispado por el vino, se puso en pie y alzó su copa.

—Brindo por una rápida victoria. —Cambió la copa de mano y levantó la derecha con la palma extendida—. *Heil, Hitler!* ¡Viva Franco y arriba España! —gritó sorprendiendo incluso a doña Isabel.

Falangistas y nazis corearon el saludo fascista mientras los camareros les rellenaban las copas.

—Herr Bartoleit —dijo el anfitrión sentándose de nuevo—, ¿es cierto que el Gobierno de Vichy ha autorizado a los prefectos a recluir a los judíos extranjeros en campos especiales?

El aludido asintió.

—Hay más de dos mil judíos sefardíes con pasaporte español. Hasta hace unos meses, tal documento les otorgaba la nacionalidad, con el beneplácito de Franco. Ahora eso ha cambiado. Su Ministerio de Exteriores comunicó a los cónsules que no se opusieran a la aplicación de las leyes antisemitas aprobadas por el régimen de Vichy.

—En mi opinión no deberían intervenir, ni siquiera cuando sean detenidos —manifestó don Arturo—. Franco hace bien en adoptar una postura antisemita. Estoy convencido de que muchos de los que entran en el país mediante visados de tránsito no llegan siquiera a embarcar rumbo a América. Se quedan aquí.

—En breve dejarán de ser un problema —dijo de pronto Erich von Lechner. A su pesar, Melisa dirigió los ojos hacia él—. Como sin

duda sabrá, Portugal ha empezado a poner trabas a la concesión de visados y el Gobierno de Vichy pronto dejará de tramitarlos.

—Creía que ya no había judíos en España, que los habíamos expulsados a todos —comentó doña Isabel ganándose una mirada de reprobación por parte de su esposo.

—Mi querida señora, los judíos son como las cucarachas: se ocultan entre las paredes, pero reaparecen cuando menos te lo esperas —murmuró Von Lechner haciendo reír a los invitados.

—Mi esposa se refería a que los Reyes Católicos expulsaron a los judíos sefardíes en masa. Desconocía que en el siglo XIX se les permitió regresar. Hitler tiene un gran problema con ellos —afirmó don Arturo—. ¿Cuántos habrá en toda Europa? Apuesto que millones. ¿Qué piensa hacer con tantos?

—Tras nuestra victoria en Francia, nos planteamos llevarlos a Madagascar, como bien sabe, colonia francesa. —Don Arturo no tenía la menor idea, aunque afirmó con la cabeza mientras Erich proseguía—: Pero la opción resultó inviable por diversos motivos. —Evitó mencionar los submarinos británicos que dominaban el Mediterráneo—. Así que, de momento, los hacinamos en guetos, una solución temporal.

—Hasta que demos con una definitiva que acabe con ellos. —Rio Ernst Helmann, jefe de la Gestapo en Barcelona.

—Brindo por ello.

Melisa sintió que le faltaba la respiración. Apenas podía creer lo que oía. El hombre gentil que ella había conocido no podía ser el mismo que abogaba por el asesinato en masa de otros seres humanos. ¿Quién era aquel extraño que se había apoderado de sus ojos, de sus manos, de su pelo, que hablaba con su voz? Doña Isabel la devolvió a la realidad cuando la llamó para decirle que tomarían el café y los licores en el salón. Aliviada de perder de vista

a Erich aunque fuera un rato, se dirigió a la cocina, donde Fermina y Remei trasegaban con los platos sucios. Hizo un esfuerzo para que la voz no delatara su ansiedad.

—Vamos a servir el café. ¿Están preparados los dulces?

La cocinera se secó las manos en el delantal y señaló con la cabeza las bandejas y la fuente de nata fresca. Mientras vertía el café caliente en la cafetera de plata miró a Melisa con el rabillo del ojo.

—Tienes mala cara.

—Estoy bien, no se preocupe.

—Pues yo te veo pálida —insistió la cocinera.

—No me pasa nada.

Aprovechando una distracción de la mujer, Melisa cogió un puñado de bombones, los envolvió en una servilleta y se los metió a Remei en el bolsillo del delantal.

—Para tu niña —le susurró al oído.

Nunca sabría cómo logró mantenerse en pie las dos horas siguientes. Aguantó estoica mientras circulaba entre los invitados sosteniendo las bandejas de dulces. Por instinto de supervivencia, no permitió que sus ojos se cruzaran con los de Erich; corría el riesgo de perder los papeles y pedirle explicaciones delante de todos.

—En Alemania tenemos la Liga de Muchachas Alemanas —oyó que Dagmar explicaba a las amigas de doña Isabel—. Al igual que su Sección Femenina, se centra en educar a las jóvenes para que en el futuro sean las mejores esposas y madres.

Melisa sintió una oleada de náuseas. Se acercó a Lucía para decirle que no se encontraba bien y corrió al aseo, donde vació el estómago hasta que le dolieron las entrañas. Cuando salió, su amiga la esperaba frente a la puerta.

—Entiendo que estés disgustada. Me he quedado de piedra cuando lo he reconocido... —Calló al ver su rostro descompuesto. Ya tendrían tiempo de hablar más tarde—. ¿Quieres que le pida a Fermina una manzanilla?

—No hace falta. Ve a atender a los invitados. Yo voy enseguida.

—Sí, mejor, no sea que doña Isabel nos eche en falta.

Melisa asintió, pero una vez en el pasillo se dirigió al cuarto de la plancha, abrió el costurero y cogió las tijeras. Después, ya en su dormitorio, descolgó el vestido y lo cortó por la cintura. Rasgó la delicada tela con un movimiento febril hasta que quedó reducida a jirones, al igual que sus sueños, y los amontonó bajo la cama. No podía arriesgarse a que Lucía o Fermina le hicieran preguntas. Más tarde, cuando la casa durmiera, los tiraría a la basura.

Vio que el reloj de la mesilla marcaba la una de la madrugada y cayó en la cuenta de que era su aniversario. Cumplía veintiún años.

Se disponía a abandonar la habitación cuando notó un zumbido en los oídos. De pronto, todo a su alrededor se tornó borroso y tuvo que apoyar una mano en la pared para no perder el equilibrio. Antes de que la oscuridad la engullera, se juró que ningún hombre volvería a hacerle daño.

Esa madrugada, la chica inocente que había llegado a Barcelona con una maleta cargada de ilusiones dejó de existir.

30

2001

La visita al Registro de la Propiedad resultó menos fructífera de lo que Mario esperaba. Según los documentos que le facilitaron y lo que ha descubierto en el archivo histórico del municipio, la casa fue construida en 1938 por un pintor que se exilió en Estados Unidos, aunque Mario no ha podido averiguar el nombre del propietario que la adquirió después. Teme que la venta se formalizara con un apretón de manos, como apuntaba la encargada del registro. A mediados de los años cuarenta la compró un empresario textil que murió sin descendencia y durante las últimas décadas se alquiló a gente de paso.

Acaba de terminar su penúltima clase del día y está a punto de marcharse cuando aparece un bedel.

—La Policía pregunta por usted —le informa con un leve encogimiento de hombros, dando a entender que ni sabe ni quiere saber de qué se trata.

Mario reconoce a la inspectora Vega. No lleva uniforme y, por su estilo, moderno y desenfadado, podría pasar por una de sus alumnas.

—Gracias, Andrés, yo me encargo. —Termina de guardar sus cosas en la mochila, se pone la cazadora y se dirige hacia ella—. Inspectora, no esperaba verla por aquí. —Le estrecha la mano con cordialidad y contiene las ganas de recriminarle que haya ignorado

sus llamadas; sabe que no es la mejor forma de abordar la conversación. Se alegra de haber sido cauto cuando ella esgrime una disculpa.

—He tenido unas semanas muy complicadas, le debía una llamada y lo cierto es que la universidad me venía de paso —añade para que no piense que le está dando un trato especial.

Mario sospecha que es portadora de malas noticias que bien podría haberle dado por teléfono.

—¿Tiene unos minutos? —pregunta ella.

Echa un vistazo al reloj, falta media hora para la próxima clase.

—Iba a tomar un café. ¿Le apetece?

Para su sorpresa, ella acepta.

—Es profesor de Historia, ¿verdad? —La inspectora lo mira mientras sortean a los universitarios que entran y salen de las aulas.

—Sí. Historia Contemporánea de España.

—Estar aquí es como regresar al pasado.

—¿Estudió en esta facultad?

—En la Autónoma de Bellaterra. Empecé Derecho, pero me di cuenta de que las leyes no eran lo mío y lo dejé para matricularme en Criminología. En mi casa no hizo mucha gracia que digamos.

—Lo entiendo... Mi padre quería que fuese médico, como él, solo que yo ni llegué a empezar la carrera.

Entran en un bar cercano al edificio de la universidad y toman asiento a una mesa junto a la cristalera. Mientras esperan a que el camarero les lleve los descafeinados con leche y sin azúcar y el cruasán que han pedido, Mario se disculpa por haber sido tan insistente por teléfono.

—Es comprensible que quisiera información —lo excusa ella—. De hecho, tengo buenas noticias. Creo que en unos días podrá

continuar con las obras —afirma tras una breve pausa para beber un sorbo de café.

Mario carraspea antes de preguntar:

—¿Cree? ¿No está segura?

—La decisión final depende del juez, claro, pero en cuanto valore el informe pericial del laboratorio, no me cabe duda de que sobreseerá el caso.

—¿Han podido identificar a la víctima?

—Sin muestras fiables con las que cotejar el ADN de los huesos, será difícil. Según el informe forense, se trata de un hombre que murió hará unos sesenta años. Tiene un orificio de bala en el tórax, lo que descarta que falleciera de muerte natural —explica la inspectora.

Él aprieta los labios, no contaba con esa variante en la ecuación. Hace un cálculo mental.

—Si los restos tienen alrededor de sesenta años, el crimen pudo tener lugar durante el franquismo —aventura.

La inspectora cruza los brazos sobre la mesa y se inclina hacia él.

—Aunque se tratara de un crimen político, como profesor de Historia sabe que hay una ley en este país que impide la investigación judicial.

Mario asiente con la cabeza. La Ley de Amnistía, aprobada en 1977, durante la Transición, liberó a los presos políticos, pero también garantizó la impunidad de los criminales del régimen franquista. A lo largo de los años, las causas abiertas por algunos jueces, en un intento de llevarlos a los tribunales, fueron archivadas por altas instancias que alegaban la prescripción de los delitos cometidos y se atenían a la ley.

—Había que pasar página, dijeron.

—Ya. De todas formas, a nuestra víctima no le dispararon a bocajarro, sino a cierta distancia; posiblemente con un arma de pequeño calibre, lo que hace pensar más bien en un ajuste de cuentas entre delincuentes de baja estopa. Como le decía, el juez no tardará en archivar el caso, y es muy probable que lo haga de forma definitiva. En este país, los delitos graves prescriben a los veinte años y han pasado muchos más. La seguridad que transmite la inspectora lo tranquiliza.

—Tengo que irme. Mi clase empieza en unos minutos —dice poniéndose en pie.

Ella lo imita de inmediato.

—Claro. Le avisaré en cuanto el juez levante el precinto.

—¡Ojalá sea pronto!

Mario abona las consumiciones y ambos caminan hacia la salida.

—¿No siente ni un ápice de curiosidad por saber quién es el muerto? —pregunta él de pronto.

Aunque no lo verbaliza, se le ocurre que si la noticia hubiera salido en los medios de comunicación, alguien podría haber ofrecido información que ayudara a identificarlo. La inspectora Vega vuelve la cabeza, sorprendida.

—La verdad es que no. Me alegraré cuando se cierre el caso. —Lo mira con fijeza antes de añadir—: Creí que a usted le pasaría lo mismo, que tendría ganas de terminar con esto.

Mario le sostiene la mirada unos instantes.

—Tengo ganas. Por otra parte, no puedo evitar pensar que quizá haya un hijo preguntándose qué fue de su padre. En ese caso, ¿no merecería que le devolviéramos su nombre?

—Le acabo de decir que lo más probable es que fuera un delincuente.

—Aun así, era un ser humano, tendría una vida, una pareja, una madre..., alguien que sufriría cuando desapareció.

—Las personas con una vida honrada no suelen acabar así salvo que tengan muy mala suerte. Hablo de las personas inocentes que acaban muertas durante un atraco, o las mujeres que son asesinadas por sus maridos.

Tras despedirse con un apretón de manos, cada uno toma una dirección. Ella hacia su coche, aparcado a unos metros; él hacia la universidad.

—Averiguaré qué le sucedió —murmura como si quisiera convencerse a sí mismo de que es posible.

31

Abril de 1941

Cada vez que Melisa intentaba abrir los ojos, los párpados le caían sobre las pupilas como un pesado telón. Quizá sería mejor no resistirse, continuar sumergida en aquel océano de paz en el que no existía el dolor. Sintió una mano deslizándose por su cabeza y un timbre familiar que le acariciaba los oídos. Alguien se afanaba por traerla de vuelta a la realidad. A través de la penumbra que envolvía la habitación, vislumbró una delgada figura inclinada sobre ella. Parpadeó varias veces hasta que consiguió enfocar. El pelo fino y quebradizo de la hija de Remei le rozaba la mejilla provocándole un cosquilleo. Contenta de verla despierta, la niña dibujó una tímida sonrisa. Arrastró la silla hasta el borde de la cama y se sentó en ella.

—¿Estás malita? —le preguntó.

—Estrella, ¿por qué no estás en la escuela?

Por toda respuesta, la niña tosió, se limpió la nariz con la manga del vestido, sacó del bolsillo un bombón y se lo ofreció a Melisa. El infantil gesto la conmovió liberando una cascada de recuerdos: la súbita aparición de Kurt, oír en labios de su mujer su auténtico nombre, el desengaño... Qué necia había sido. Negó con la cabeza.

—¿Seguro? —insistió extrañada de que alguien pudiera rechazar tan rica golosina.

Sus piernas de alambre iniciaron un rítmico balanceo mientras lamía el chocolate con deleite. La voz de Lucía la frenó en seco.

—¿Y tú qué haces aquí, criatura? ¡Ya la has despertado!

—No la riñas. Ha venido a hacerme compañía —la defendió Melisa.

Su amiga se inclinó para comprobar su temperatura.

—Aún estás caliente. Quédate en la cama. Le diré a Fermina que no te encuentras bien.

—No le digas nada. Solo son unas décimas. No quiero que doña Isabel sepa lo que me ha pasado.

—Como quieras, pero te vendría bien descansar, al menos un día. Menudo susto me diste anoche. —Lucía se volvió hacia la niña—. Anda, maja, arrea al cuarto de la plancha, que tu madre te estará buscando.

Estrella se bajó de la silla y corrió hacia la puerta. Melisa retiró la colcha y se incorporó con lentitud haciendo caso omiso de la mirada admonitoria de su amiga.

—No voy a quedarme acostada —aseveró mientras se calzaba las zapatillas.

Cuando dirigió los ojos hacia la mesilla, reparó en un trozo de papel doblado en cuatro mitades y apoyado en el despertador, que no había visto antes. Lucía satisfizo su curiosidad.

—Es de él.

Melisa contempló el papel en silencio. Al ver que no hacía ademán de cogerlo, Lucía se sentó a su lado y emitió un profundo suspiro.

—Anoche, antes de irse, me preguntó dónde estaba el aseo —aclaró—. Cuando lo acompañé, me pidió que te lo entregara. —Calló para observar a Melisa, cuyo rostro permanecía inexpresivo—. Como no volvías al salón, me preocupé y vine a buscarte al dormitorio. Te encontré ahí. —Señaló el suelo con la cabeza—. Parecías un fantasma de lo pálida que estabas. Quise avisar a Fermina y a

Remei, pero te negaste en redondo, así que te ayudé a meterte en la cama.

—No recuerdo nada. ¿Qué le dijiste a doña Isabel?

Lucía hizo un leve movimiento de hombros.

—Nada. Estaba entretenida con sus invitados. ¡Para qué iba a levantar la liebre! —exclamó.

—¿Y ella?

—¿Ella? —preguntó Lucía sin saber a quién se refería.

—Su mujer es frau Dagmar —explicó Melisa—, la amiga de la señora —añadió con voz queda.

—Lo siento mucho, Melisa. Te habías ilusionado con ese hombre.

—No podré volver a mirarla a la cara. Con lo amable que ha sido siempre conmigo —murmuró apesadumbrada.

—¡Ni que fuera culpa tuya! —replicó Lucía enfadada—. Si alguien tiene que avergonzarse es él. Tú, con la cabeza muy alta. —Cogió la nota y se la tendió—. Anda, léela, a ver qué dice.

Melisa la apartó con la mano.

—No quiero más mentiras. Rómpela. Por lo que a mí respecta, ese hombre nunca ha existido.

Lucía no insistió. Conocía a su amiga lo suficiente para saber que no claudicaría; al menos, no con la herida aún sangrando. Hizo un gesto de resignación. Tras meditarlo unos instantes, se levantó, abrió un cajón de la cómoda y la guardó entre su ropa interior, por si Melisa cambiaba de opinión y quería leerla más tarde. Allí no la encontraría Fermina. Luego regresó junto a ella, le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí como si con aquel gesto pudiera aliviar su aflicción. Melisa apoyó la cabeza en su pecho, agradecida.

—Soy tan boba que me he puesto mala —dijo con un hilo de voz.

—Todas hemos sufrido por amor, pero cada una lo expresa a su manera. Unas lloran a moco tendido, a otras les da por el silencio y

hay quien enferma, como te ha pasado a ti. Nunca se sabe cómo va a reaccionar el cuerpo, pero de una cosa estoy segura: no hay mejor medicina que el tiempo. Ese todo lo cura. Aunque mi padre siempre dice que el mejor quitapenas es el vino, pero no te lo aconsejo.

Melisa esbozó una sonrisa triste y cubrió la mano de Lucía con la suya.

—Gracias por estar conmigo.

—No hay de qué. —Retiró la mano con suavidad y se puso en pie —. Bueno, me voy a la cocina antes de que Fermina venga a darnos la vara.

Melisa se sentía un poco mareada por las décimas de fiebre, pero prefirió no mencionarlo. Se asustó al ver su rostro en el espejo encastrado del armario. No se reconocía en aquel espectro de piel macilenta y ojos melancólicos. Dejó que las lágrimas, contenidas hasta entonces, afloraran hasta desdibujar su reflejo, luego las secó con el dorso de las manos y abrió el armario. La percha vacía le recordó que su sueño languidecía hecho jirones bajo la cama. Con un hondo suspiro, descolgó el uniforme de trabajo.

32

Abril de 1941

En cuanto la vio traspasar el umbral de la cocina con pasos inseguros, Fermina agarró a Melisa del brazo y la condujo a la mesa. Tras examinar su rostro, negó con la cabeza disgustada, encendió el fogón y calentó en un cazo el café que había sobrado de la noche anterior. Llenó un tazón hasta la mitad, añadió dos cucharadas de leche condensada y lo depositó frente a Melisa. De un estante de la alacena cogió un plato de rosquillas de anís.

—Tienes que recuperar fuerzas —le dijo mientras le apretaba el hombro. Al volver la cabeza, vio a Estrella bajo el dintel—. ¿Ya estás aquí otra vez?

—No se enfade con ella —intercedió Melisa.

Se giró hacia la niña y le hizo señas para que entrara. Estrella obedeció y ocupó la silla contigua. La cocinera tocó la frente de Melisa.

—No deberías haberte levantado. Tienes fiebre.

—Apenas unas décimas. Estoy bien.

—Lucía se ha pasado la noche pendiente de ti. —Viendo que no se animaba con sus rosquillas, empujó el plato hacia ella—. Come, que están recién hechas.

Para no desairar a la mujer, Melisa cogió una rosquilla y la mordisqueó sin ganas. Se llevó la taza a la boca y sorbió el café caliente. Pese a ser recalentado, sabía mejor que el que tomaban

ellas. De pronto, Lucía apareció a su espalda con una porción de tarta y una vela encendida. Junto a ella se encontraba la planchadora.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamaron al unísono.

Lucía la depositó en la mesa y le dio un beso sonoro en la mejilla, gesto que imitaron las demás. Cuando Estrella hizo ademán de colgarse de su cuello, Remei se lo impidió con un manotazo.

—¡Quieta, no le vayas a pegar el resfriado!

La cocinera contemplaba de hito en hito la tarta alemana que tanto le había costado preparar. Lucía acalló sus quejas.

—Con el jaleo de la cena de ayer, sabía que no le daría tiempo a prepararle nada a Melisa, así que aparté un trozo.

—Pero si no iba a decir ni pío... —masculló la mujer con una expresión contrita que hizo reír a sus compañeras.

Lucía guiñó un ojo a Melisa.

—¿Creías que me había olvidado de tu cumpleaños? Anda, sopla la vela.

—Antes tiene que pedir un deseo —le recordó Remei.

Melisa se llevó las manos al pecho, emocionada. Con la sensibilidad a flor de piel, las lágrimas no tardaron en abrirse camino de nuevo. Sopló la vela. No pidió nada. Lo único que deseaba se hallaba fuera de su alcance.

—¿Y ahora por qué lloras, niña? —preguntó Fermina.

—De emoción. Llora de emoción —respondió Lucía. La cocinera podía ser muy insistente si se lo proponía—. ¡Que no todos los días se cumplen veintiún años! —añadió jovial.

Melisa pinchó un trocito de tarta con el tenedor y se lo metió en la boca. Le pareció demasiado dulce, casi empalagosa.

—Muchas gracias. Es un detalle precioso —dijo sonriente.

—Ha sido cosa de Lucía —reconoció Remei mientras se sentaba junto a su hija—. Yo no sabía que hoy era tu cumpleaños y Fermina tampoco, ¿verdad?

La cocinera negó con la cabeza.

—¿Seguro que te ves con ánimos para trabajar? Mira que yo hablo con la señora y le digo que no estás bien.

—No hace falta —la tranquilizó Melisa.

Al darse cuenta de que Estrella no quitaba ojo de la tarta, la animó a comérsela. La cocinera pellizcó la mejilla de la pequeña y se volvió hacia Lucía.

—Saca la botella de leche y pon a calentar un poco para este saco de huesos.

—¿Leche de la buena? ¿De la que toman los señores? —se extrañó—. ¿Se encuentra usted bien? ¿No le habrá dado un aire?

—No me vengas con pamplinas —gruñó Fermina.

Lucía replicó con un bufido.

—Vale, no se altere. Solo digo que ha amanecido generosa.

La niña estaba a punto de atacar las rosquillas cuando su madre le propinó una colleja.

—No comas tanto dulce, a ver si te vas a empachar. ¿Y no te tengo dicho que no salgas del cuarto de la plancha?

—Deja en paz a la criatura, Remei, que no molesta a nadie —dijo Fermina impidiendo que la mujer le arreara de nuevo.

—Además, los señores siguen durmiendo —añadió Lucía.

—Es que no quiero que me despidan por traerla. Esta mañana se ha levantado con una tos muy fea y como la vecina no podía quedarse con ella... Antes de que me olvide, Fermina, gracias por lo de ayer. No hemos comido cosas tan ricas en la vida.

La cocinera la miró perpleja.

—Nada, que el dinero que se ganó ayudándola a usted le ha venido bien para comprar comida —explicó Melisa advirtiendo a Remei con la mirada.

La cocinera no vería con buenos ojos que, a sus espaldas, Melisa hubiera sustraído de la cena jamón y otras viandas.

—Eso quería decir —asintió Remei poniéndose en pie—. Si me necesita otra vez, no tiene más que decirlo. —Se inclinó hacia su hija y le habló con voz suave—: Venga, a hacer tus deberes al cuarto de la plancha. —Antes de marcharse, apretó el brazo de Melisa y le susurró al oído—: Gracias por todo, eres un ángel.

Fermina dio una palmada en la mesa.

—Hala. Si ya habéis terminado de engullir, a trabajar, que los señores querrán su desayuno en cuanto se levanten.

A Melisa, todas las fibras de su cuerpo le clamaban que se metiera en la cama, pero no sucumbió al cansancio. Lo único que la ayudaría a no pensar era mantenerse ocupada. Por fortuna, aquella mañana los señores acusaban los excesos de la copiosa cena y, alegando que tenían el estómago revuelto, ni doña Isabel ni don Arturo quisieron desayunar. Alrededor de las diez y media, él se marchó a su oficina y su esposa lo siguió poco después, no sin antes dejar al servicio una lista de quehaceres. En Melisa recayó la limpieza de la delicada colección de porcelanas que atesoraba en la vitrina del salón. Temerosa de romper alguna, se limitó a pasarles un plumero por encima con la esperanza de que la señora no reparase en las motas de polvo que danzaban sobre las repisas de cristal. A media mañana, cuando Lucía entró en el dormitorio principal a recoger las sábanas sucias, encontró a Melisa de pie frente a la ventana con la vista fija en el horizonte. La cama estaba sin hacer y el vestido que había lucido doña Isabel la noche anterior seguía sobre la banqueta.

—Hay que llevarlo a la tintorería. Dice Remei que este tejido es muy delicado y necesita una limpieza especial. Si quieres, ya me encargo yo —se ofreció Lucía.

Al ver que Melisa no respondía, se acercó a ella y observó su perfil. Apreció en sus párpados las huellas del llanto. Si continuaba deprimida, pensó preocupada, no tardaría en caer enferma de verdad. Tenía que hacer algo para animarla. Lo había intentado esa misma mañana con la tarta de cumpleaños y, aunque Melisa había agradecido el detalle, no podía esconder la tristeza de sus ojos. Se le pasó por la cabeza pedir consejo a las chicas, aunque para ello tendría que contarles qué le había sucedido y no le correspondía a ella hacerlo. Tenía ante sí un dilema que no sabía cómo resolver. Al final, convencida de que la salud de su amiga era más importante que su silencio, decidió que se lo contaría, al menos en parte. Al fin y al cabo, Melisa no podría ocultar por mucho tiempo la verdad. El dolor mengua si se comparte con personas queridas. Y la Patro, Antoñita y Matilde eran lo más próximo a una familia que ambas tenían.

33

Abril de 1941

La luz de la mañana arrancó a Dagmar de un profundo sueño. Hosca, observó a su doncella, atareada en recoger los visillos y las cretonas en unas abrazaderas de estilo tan recargado como todo en aquel dormitorio. Nada de lo que allí había era de su agrado. El cabecero de caoba isabelino a juego con las dos mesillas sin duda había estado de moda en el siglo XIX, y el colchón era demasiado blando para resultar cómodo. Si de ella dependiera, se habría deshecho de todo, pero a Erich le gustaba tal como estaba. El reloj de la mesilla marcaba las diez y media. «Para haber dormido casi nueve horas, no me siento descansada», pensó mientras miraba el lado de la cama donde dormía su marido. No le sorprendió hallarlo vacío.

La criada se aproximó a ella.

—Buenos días, señora. ¿Le traigo el desayuno? —le preguntó sonriente.

La expresión seria de Dagmar le borró la sonrisa de inmediato.

—Conchita, ¿a qué hora se ha marchado el señor?

—A la misma que todos los días. No habrían dado las ocho. Ha salido sin tomarse siquiera un café, y eso que estaba recién hecho. ¿Le sirvo el desayuno en la cama o en el comedor? —repitió.

—Lo tomaré aquí. Y tráeme un par de aspirinas. Me duele la cabeza.

La sirvienta asintió y se dispuso a salir. Tenía la mano en el pomo cuando recordó algo.

—El señor ha dicho que no almorzará en casa. —La miró dubitativa—. Entonces, ¿preparo comida solo para usted? Lo digo por bajar al mercado, aunque a estas horas poco encontraré.

Dagmar apretó los labios en un intento por contener la furia. Aquella criada se las apañaba sola para sacarla de quicio. Además de su incesante verborrea, siempre en un tono demasiado alto, como si pensara que de ese modo se haría entender mejor, le crispaba su irritante manía de tararear estribillos de absurdas canciones mientras limpiaba. El único punto a su favor era que trabajaba duro y la cocina se le daba razonablemente bien. Paseó la mirada por la robusta figura de la chica. «Qué ordinaria es», murmuró para sí antes de que sus pensamientos volaran hacia la noche anterior.

Las amigas de su anfitriona le habían parecido un hatajo de beatas, y la peor de todas era la tal Edelmira, que se jactaba de ser íntima amiga de la mujer de Franco, como todas las burguesas que había conocido desde su llegada a Barcelona. Dagmar a duras penas había contenido las carcajadas cuando la mujer les refirió en voz baja, como si fuera a revelarles un secreto de Estado, que doña Carmen Polo le había asegurado que su esposo llevaba siempre en sus viajes la mano incorrupta de Teresa de Jesús. Al parecer, el Caudillo sentía especial devoción por la reliquia de la santa. ¡Y qué obsesión con reclutarla para su Sección Femenina! Como si la colonia alemana no tuviera la suya propia. Dagmar tenía cosas mejores que hacer que instruir a un puñado de jóvenes semianalfabetas y tan cándidas como las que integraban la Liga de Muchachas Alemanas. Sonrió al recordar que había disfrutado de su primer escarceo sexual en sus campamentos. El miedo a terminar

con un embarazo indeseado o contraer una enfermedad venérea le había impedido repetir la experiencia.

Del insulso parloteo de aquellas mojigatas, Dagmar concluyó que aborrecían a comunistas y judíos tanto como ella. A pesar de todo, la velada no había resultado aburrida gracias a la nutrida representación de la colonia nazi.

—Señora, le preguntaba si va a comer en casa —insistió la criada.

—No —respondió con brusquedad.

Había quedado con su amiga Kristel Otterbauer en un restaurante de la calle Mallorca que servía platos alemanes. Allí hablaban su lengua y era como estar en Berlín. A Erich le desagradaba su propietario, un tipo malcarado que negaba la entrada a los españoles con la excusa de que el local estaba lleno.

—Voy a por su desayuno —dijo Conchita sin tratar de ocultar la satisfacción que le producía no tener que ir al mercado a pelearse con otras criadas por el mejor género.

Dagmar hizo un gesto displicente con la mano mientras volvía a sumirse en sus cavilaciones. Recordó los vehementes ataques de Erich a los judíos. Aunque no manifestaba rechazo por la legislación antisemita de Hitler ni criticaba sus radicales medidas coercitivas, sus opiniones en público solían pecar de tibieza. Oír cómo se expresaba de forma tan contundente en presencia del jefe de la Gestapo la había complacido. Arturo Llebrera podía ser lo más parecido a un sapo, pero no le faltaba astucia para rodearse de quienes movían los hilos. Erich, cuya opinión sobre los falangistas distaba de ser benévola, lo había tildado de oportunista. «Admira a Hitler y a los nazis, pero no sabe nada del Tercer Reich. Los tipos como él cambian de lealtades según les conviene». Quizá por eso había insistido en marcharse apenas concluyó la cena. De camino a

casa, se había mostrado inquieto y abstraído; todos los intentos de conversación por parte de ella habían caído en saco roto, recibidos con monosílabos.

La criada regresó con la bandeja del desayuno: huevos fritos con rodajas de salchicha, tostadas, mantequilla y mermelada de naranja. Mientras le servía el té, Dagmar pinchó un trozo de salchicha y se lo metió en la boca. Qué distintas eran de las bratwurst alemanas, hechas con carne de ternera y cerdo con especias. Se acercó la taza a los labios y de inmediato la retiró.

—¡Está tibio! —exclamó devolviéndola con tal brusquedad al platillo que parte del líquido se derramó—. ¿Tanto te cuesta recordar que lo tomo muy caliente?

—Enseguida le preparo otro. —Conchita se apresuró a salir de la estancia.

Dagmar terminó el desayuno, se tomó las aspirinas con un sorbo de agua, cerró los ojos y se recostó sobre la almohada. En pocos minutos se sumió en un estado de duermevela que la devolvió al Berlín de preguerra, a los días en que ella y Erich eran recién casados y trataban de amoldarse a su nueva vida en común. Cuando toda Europa estalló en llamas, ella no había dudado en atravesarla solo para estamparse contra un muro de indiferencia.

Un rato después la criada reapareció con una tetera humeante. Al encontrar a Dagmar dormida la colocó en la bandeja junto a los restos del desayuno y se la llevó de vuelta a la cocina. La vació en el fregadero preguntándose qué vería la señora en aquella agua sucia, con lo rico que estaba el café que bebía el señor. Ya era mala suerte que aquella antipática mujer hubiera aparecido en la casa. Conchita estaba convencida de que a su marido tampoco le había entusiasmado. Había visto su expresión cuando llegó de Alemania

con su voluminoso equipaje. Chascó la lengua. La vida era mucho más tranquila cuando solo tenía que servir a herr Erich.

En su despacho del Consulado General de Alemania, Erich von Lechner abrió la agenda que su secretaria acababa de dejarle sobre la mesa. Las anotaciones le confirmaron que la llegada de altos funcionarios nazis para la inauguración de la Exposición de Prensa Alemana lo mantendría ocupado durante los próximos días. Además de vicecónsul, Erich ostentaba el cargo de agregado de prensa del consulado, responsabilidad que le había sido encomendada por Hans Lazar, jefe de prensa de la embajada. Parte de su trabajo consistía en asegurarse de que aquellas visitas tuvieran cobertura de primera página en los periódicos españoles.

Se preguntó si la compañera de Melisa le habría entregado su nota. La había escrito de forma precipitada ante la dificultad de hablar con ella en el domicilio de los Llebrera, pero confiaba en que sus palabras la convencieran de que debía escucharlo. Apartó los papeles y apoyó la cabeza en las manos. Su mente regresó a la noche anterior, evocando el impacto que le produjo verla en aquella casa. Había ocultado su desazón bajo una máscara de impasibilidad y una actitud fría y mezquina. Años de práctica lo habían convertido en un maestro en el arte de fingir. Si no hubiera sucumbido a la insistencia de su amigo Kurt para acompañarlo aquel jueves al Salón Cibeles, nunca la habría conocido. Esa tarde, harto de esquivar miradas embelesadas y gestos coquetos de todo tipo de chicas, se disponía a marcharse cuando la vio. Lo primero que le llamó la atención fueron los hoyuelos que se le formaban en las mejillas cuando sus labios se curvaban en una encantadora sonrisa, luego fue el brillo de sus ojos, oscuros como noche cerrada. No se había

propuesto mentirle, no había lugar, ya que no planeaba volver a verla. Bailaría un par de piezas con ella y su recuerdo quedaría en su memoria como un sueño tan hermoso como efímero. Sin saber por qué, cuando Melisa le preguntó su nombre, asumió el de su amigo Kurt como propio. Mientras bailaban, los dedos de ella entrelazados con los suyos despertaron en él sentimientos adormecidos; no había podido resistir la tentación de pedirle una cita para volver a verla. Abandonó el baile en un estado de euforia que la realidad se encargó de apaciguar. Después de aquel martes, cuando la llevó a visitar el claustro de la catedral, pese a haberle asegurado que se verían en el Salón Cibeles, se hizo el firme propósito de no volver a pisarlo. Era lo mejor para ambos. Melisa se sentiría ofendida cuando pasara el tiempo y él no apareciera, pero lo olvidaría en brazos del primer chico que la sacara a bailar. Pese a su determinación, días después sus miradas se encontraron en la calle. Cómo le enterneció que ella intentara evitar el encuentro. Se lo impidió, consciente de que retenerla implicaba enredarse en una telaraña de mentiras.

Erich sacudió la cabeza para despejarse y trató de concentrarse en el trabajo. En un rato acompañaría al jefe del partido nazi a una recepción en la que sería agasajado por el gobernador civil y otros jerarcas franquistas. La noche anterior había tenido ocasión de charlar con Hans Thomsen mientras lo acompañaba al hotel; aunque entraba en sus responsabilidades fomentar las relaciones con la Falange, Hans compartía con Erich su menosprecio por los camisas viejas y su exacerbada entrega al clericalismo. Sonrió al recordar que don Arturo había dejado boquiabiertos a sus invitados alemanes al declarar, sin ápice de vergüenza, que los nacionales habían ganado la Guerra Civil gracias a la intervención divina. Incapaz de contenerse, Erich le había espetado si no habrían tenido algo que ver los bombarderos Junkers y Heinkel de la Legión Cóndor.

Imaginar a Melisa bajo el mismo techo de aquel miserable lo exasperaba. No le había gustado cómo la miraba. Él apenas se había atrevido a hacerlo, por temor a que alguien percibiera su turbación. Sobre todo, Ernst Helmann. Con la agudeza visual de un águila, el jefe de la Gestapo podía oler a una presa a distancia. «Concéntrate en la agenda», se obligó a sí mismo. Repasó el martes y el miércoles con gesto contrariado. Ver al embajador Eberhard von Stohrer le habría alegrado en otras circunstancias. Amigo de su padre desde la universidad, a él le debía su puesto en el consulado, pero en esta ocasión su presencia en la ciudad suponía una cortapisa para sus planes. Cerró la agenda y suspiró hondo mientras Melisa regresaba a sus pensamientos.

«Tengo que hablar con ella cuanto antes», se repitió.

34

Abril de 1941

Para sorpresa de Lucía, la cocinera no puso objeciones cuando le pidió permiso para librar con Melisa el día de San Jorge. La única condición que le impuso fue que volvieran a casa temprano. Ella misma tenía intención de salir de paseo con Benita, la mujer del portero. Lucía asintió sabedora de que los señores no regresarían hasta bien entrada la noche. Aquel miércoles habían salido a primera hora para asistir a una misa en la Diputación Provincial y después tenían previsto acudir, en el teatro Comedia, a la representación de una obra de Jacinto Benavente. Don Arturo había propuesto el plan tras leer que el gobernador civil asistiría a ambos actos. A última hora acudirían a una exposición.

Tenían toda la tarde para ellas.

Apenas terminaron de comer, Lucía cogió a Melisa del brazo y la arrastró al dormitorio.

—Arréglate, que nos vamos.

—Pero si hoy es miércoles.

—Tenemos permiso de Fermina. Además, te vendrá bien que te dé el aire.

—Mejor ve tú sola, yo tengo cosas que hacer.

Lucía, impaciente, puso los brazos en jarra.

—No puedes seguir todo el día como alma en pena. Mírate, apenas comes y no duermes. Te estás quedando en nada. No estoy

dispuesta a que te me mueras de amor por un hombre que no te merece. —Se dio la vuelta, abrió el armario y hurgó entre las perchas—. ¿Y tu vestido nuevo? —preguntó mirándola de soslayo.

Melisa respiró hondo, se arrodilló y sacó los jirones de tela de debajo de la cama. Lucía los contempló boquiabierta.

—Pero... ¿qué... qué has hecho? —balbuceó—. ¿Por qué lo has destrozado? —insistió ante el silencio de Melisa.

—No quería verlo cada vez que abriera el armario.

—Claro, es comprensible, aunque es una lástima, con lo bien que te sentaba —murmuró Lucía contemplando los restos esparcidos sobre la colcha—. No podemos tirarlos al cubo de la basura, solo nos faltaba que los viera Fermina. Mejor déjalos donde estaban. Mañana los metemos en la bolsa de la compra y los tiramos en cualquier sitio. —Se volvió hacia el armario abierto y descolgó el conjunto que le había confeccionado Antoñita. Comprendió su error en cuanto vio la expresión horrorizada de Melisa. Aquella ropa le traía recuerdos de Erich. La devolvió al armario y cogió una falda y una blusa de corte sencillo desgastadas por el uso.

—Tienes que comprarte algo. Si le pides a Antoñita que te haga un vestido, te lo coserá en un santiamén.

—No insistas con eso. Te dije que no quiero darle más trabajo.

Por una vez, Lucía aceptó bajar la escalera en vez de utilizar el ascensor de servicio. El portero las recibió en el vestíbulo con una sonrisa.

—¡Qué! ¿De paseo?

—Sí, Rogelio. Hoy tenemos la tarde libre —respondió Lucía.

—Pues que lo paséis bien. La ciudad está muy bonita.

Mientras bajaban por el paseo de Gracia cogidas del brazo, Melisa, que llevaba dos días sin pisar las calles, descubrió lo mucho que habían cambiado. Los edificios, que antes lucían esvásticas,

aparecían engalanados con guirnaldas y rosas, como si por un día se olvidara la realidad de una ciudad empobrecida y hambrienta. Ante su asombro, Lucía le explicó a qué se debía.

—No conozco bien la historia, pero tiene que ver con un dragón. El caso es que hoy, 23 de abril, en Cataluña se celebra el Día del Libro. La tradición manda que se regalen libros y rosas.

—¡Qué bonito!

—Ya verás, ya —murmuró Lucía enigmática.

Desde el chaflán de la plaza de Cataluña, la Patro y Matilde intercambiaron miradas de preocupación al ver el demacrado aspecto de Melisa. Cuando la Patro, que no se distinguía por su discreción, abrió la boca para mencionarlo, un codazo de Matilde la frenó en seco. Melisa entendía ahora la insistencia de Lucía en que saliera de casa. Extendió los brazos hacia sus amigas y las envolvió en un cálido abrazo.

—Me alegro mucho de veros. ¿Cómo habéis conseguido librar? —les preguntó emocionada.

—Mis señores están de viaje —explicó Matilde.

—Yo le he dicho a la frau que me iba a misa. No sé si me ha entendido.

—¿Y Antoñita? —dijo Lucía extrañada de que no hubiera llegado.

—Por ahí viene. —La Patro señaló a una chica que avanzaba a toda prisa hacia ellas.

—¿No habíamos quedado en el centro de la plaza? —preguntó Antoñita casi sin aliento—. Os he visto de pura casualidad.

—Dijimos frente a los tranvías. O sea, aquí. —La Patro hizo un gesto hacia la fila de tranvías parados en la calzada—. ¿Y a ti qué te pasa que vienes tan malhumorada?

—Pues que a la señora, cuando estaba a punto de salir de casa, le ha dado por cambiarse de blusa. ¿Y cuál ha elegido? La que tenía

un botón descosido. ¡Como si no tuviera de sobra! No he podido escaparme hasta que se han ido. —Se acercó a Melisa y le estampó dos besos en las mejillas—. Feliz cumpleaños, aunque sea con retraso.

—Muchas gracias.

—Hemos pensado que disfrutarías con los puestos de libros —dijo Lucía—. Como te gustan tanto...

Melisa se preguntó si sus amigas estarían al corriente de lo que le había ocurrido con Erich. Agradeció que ninguna hubiera sacado el tema.

—En la Diputación hay una feria de rosas muy bonita, dan un premio en metálico a los mejores puestos —comentó Antoñita—. Pero mejor no nos acercamos, me da miedo encontrarme a los señores. Aquello será un nido de falangistas.

—Sí, los Llebrera también andarán por allí, mejor no tentar a esos diablos —convino Lucía.

Antes de entrar en las Ramblas, propuso girar hacia la Ronda Universidad, donde los estudiantes se apiñaban frente a la puerta en corrillos. Los ojos de Melisa se iluminaron cuando atisbó las mesas que la librería Bosch había instalado frente a sus puertas. Se separó de sus amigas para hacerse un hueco entre quienes hojeaban las obras expuestas. Los textos religiosos y los dedicados a ensalzar el glorioso Movimiento Nacional ocupaban un lugar destacado. Melisa se fijó en un hombre que dudaba entre *Reafirmación espiritual de España*, de Valls Taberner, y *Mi diario de guerra*, firmado por Mussolini. Al final, abonó siete pesetas por el primero. La Patro, tras abrirse paso a empellones, se arrimó a unos chicos que, aprovechando las ofertas del día, buscaban libros de Derecho y Medicina. Lucía indicó a Melisa que eligiera el que más le gustara.

—Te lo regalamos entre todas —añadió.

Melisa intentó negarse, ninguna andaba sobrada de dinero, pero claudicó ante la insistencia de sus amigas. La Patro cogió una novela al azar y se la mostró. Cuando Antoñita leyó que se titulaba *Los dos amores de Maximino Claudel*, se la arrancó de la mano y la devolvió a su sitio.

—Mira que eres burra. ¿Qué quieres, deprimirla aún más? ¿No ves que es una novela romántica? —le susurró al oído. En voz más alta, Antoñita fue descubriendo otros títulos—. Anda, el *Quijote.* Una vez, la maestra me pilló hablando en clase y me puso como castigo leerlo de cabo a rabo —explicó—. Todos los días me hacía quedarme media hora más. Con lo mal que leía yo, tardé una eternidad.

Melisa rio la anécdota mientras sus ojos paseaban por los volúmenes. Desde el final de la guerra, la censura política y religiosa se había cebado en la literatura. La quema de libros de las bibliotecas, ateneos y particulares había empobrecido más, si cabe, al país. Echaba en falta en la mesa a los autores que había conocido por boca de su padre; tampoco había nada en catalán ni en gallego. Buscó sin éxito alguna obra de Emilia Pardo Bazán, abanderada de los derechos de las mujeres, y cuando preguntó al dependiente, este le sugirió un opúsculo titulado *Fundamento de la España imperial* que recogía el pensamiento católico acerca de la existencia de Dios. Melisa lo rechazó con amabilidad y cogió un voluminoso recopilatorio de las obras de William Shakespeare. Volvió a dejarlo en su sitio tras conocer el precio. La Patro, aburrida, reprimió un bostezo y se apartó para curiosear en una mesa cercana. Un par de mujeres enfundadas en ropa elegante y aspecto de no haber fregado un plato en su vida, a juzgar por su pulida manicura, la atendieron con fingida amabilidad. Recaudaban fondos para el Frente de Juventudes, las bibliotecas de los cuarteles y algo más que la Patro no llegó a escuchar. ¡A ella le iban a sacar una peseta aquellas

chupasangres! Apretó el bolso contra el pecho, que con tanto personal suelto una no podía fiarse, y regresó al puesto de libros con la esperanza de que Melisa se hubiera decidido. Antoñita extendió la palma de la mano frente a sus ojos.

—¿Dónde te habías metido? Venga, apoquina dos pesetas para pagar el libro.

La aludida abrió el bolso y sacó el monedero sin rechistar.

—Ay, chicas, me habéis emocionado. Os agradezco mucho el detalle —dijo Melisa. En la mano sostenía la obra *Altar mayor.* Aunque no la conocía, la había elegido porque era una de las pocas de la mesa escrita por una mujer, Concha Espina, y que en 1927 hubiera recibido el Premio Nacional de Literatura le garantizaba cierta calidad.

Las Ramblas estaban a rebosar. Al igual que en el paseo de Gracia, muchos comercios y quioscos de periódicos vendían libros, y las floristas habían aumentado ese día su provisión de rosas rojas. Melisa no pudo resistir la curiosidad de indagar en la tradición. La leyenda del caballero que venció al dragón salvando a la princesa le pareció un bonito cuento de hadas, sobre todo cuando la vendedora añadió que al ser atravesado por la lanza, del cuerpo de la bestia brotaron rosas rojas. A media tarde, las chicas acusaban el cansancio.

—¿Nos tomamos algo por el puerto? —propuso Matilde.

—El puerto apesta a pescado podrido —dijo Lucía.

A la altura de la calle Canuda, la Patro sugirió entrar en El Café de las Ramblas. Antoñita expresó sus dudas al ver las columnas jónicas que adornaban el local.

—Aquí nos van a sacar los higadillos.

—¡Qué va! Uno de los camareros es de mi pueblo —aseguró la Patro entrando con decisión.

Melisa admiró los grandes espejos y las pinturas que decoraban las paredes. Las columnas de mármol y los bancos tapizados con terciopelo rojo otorgaban al espacio una elegancia clásica fiel al estilo que imperaba en otros establecimientos de la zona. La Patro arrugó la nariz. La única mesa libre se hallaba pegada a la barra. Al ver que faltaba una silla, agarró una de la mesa contigua sin pedir permiso. Un camarero se acercó, libreta y lápiz en mano.

—¿Qué vais a tomar? No servimos achicoria, ni malta, ni cebada tostada —recitó de carrerilla.

La Patro iba a soltarle una fresca, pero se contuvo. Miró por encima del hombro.

—¿Y el Juanele?

El chico la miró inquisitivo. La Patro se explicó.

—Me refiero al Juan Luis. Trabaja aquí.

—Lo despidieron la semana pasada —la informó sin un ápice de lástima—. ¿Qué va a ser?

La Patro se mordió el labio contrariada. No había previsto tal contingencia.

—Vuelve en un rato, que aún no hemos mirado la carta.

—No hace falta. Yo quiero un café con leche —dijo Matilde.

Las chicas pidieron lo mismo.

—Para mí un chocolate. Y trae unos calentitos, o sea, churros —aclaró por si el camarero no la entendía.

Al advertir que miraba a Melisa con interés mal disimulado, chasqueó los dedos frente a él. El joven la ignoró y, tras dedicar a Melisa un guiño cómplice, se acercó al mostrador de la barra.

—Está *atorrijao* perdido —comentó la Patro en voz alta para que el chico la oyera.

—No la tomes con él. No es culpa suya que hayan despedido a tu paisano —dijo Antoñita.

—Si es que el Juanele es un picaflor, a saber a cuántas chicas habrá invitado para que...

Melisa la interrumpió. No había preguntado a Lucía qué les había contado exactamente, pero comprendió que merecían una explicación. Cuando terminó, Matilde le acarició el brazo.

—Lucía nos adelantó algo. No te enfades con ella, estaba muy preocupada por ti.

—No estoy enfadada. Me ha venido muy bien veros a todas.

—Malnacido. Si me lo ponen delante, le retuerzo el pescuezo —refunfuñó la Patro.

—Por cómo te miraba aquella tarde en el baile, habría jurado que le gustabas de verdad —continuó Matilde.

—A ti lo que te pasa es que crees que todos los hombres son un pan bendito como tu difunto Rafael, a quien Dios tenga en su gloria. Pero siento decirte que son unos puercos —declaró Lucía.

—Alguno bueno habrá, digo yo.

—Pues dices mal. Y encima, la mujer de Erich es amiga de doña Isabel. Que eso no os lo había contado.

Antoñita se llevó las manos a la boca.

—¡Ay, Dios!

—Malnacido —repitió la Patro.

El camarero regresó con el pedido.

—Este chocolate es de algarroba —se quejó la Patro tras mojar un churro—. Y está revenido. Se va a enterar el carajote ese.

—Qué más dará el chocolate —la riñó Antoñita—. Aquí la que importa es Melisa. ¿Cómo era aquel dicho? Una espina se quita con otra...

—Un clavo saca otro clavo —la corrigió Matilde.

—Y a todo cerdo le llega su San Martín —añadió Lucía. Miró a la Patro, que devoraba un churro tras otro—. Mujer, límpiate los

churretes de la cara. ¡Hay que ver qué ansia!

—Déjala que disfrute —terció Antoñita—. Pues lo que os decía antes, mi señora me tiene harta. Un día de estos cojo la puerta y adiós muy buenas.

—Siempre estás con lo mismo. ¿Crees que le importaría lo más mínimo? —dijo Lucía—. Con chasquear los dedos tendría a una docena de chicas haciendo cola en su puerta.

—No encontrará a ninguna que cosa tan bien como Antoñita —apuntó Matilde.

Melisa escuchaba a sus amigas en silencio. Para convencerlas de que se encontraba bien, les había asegurado que Erich había pasado al olvido, que el desengaño sufrido le serviría de lección para el futuro. Era una verdad a medias. Superaría el dolor por una cuestión de supervivencia, pero su corazón no volvería a latir igual por un hombre. Ensimismada en sus pensamientos, no reaccionó hasta que la Patro le pellizcó el brazo.

—Esos no te quitan el ojo de encima.

Melisa se dio la vuelta. Tres hombres sonreían desde uno de los bancos. No les devolvió el gesto.

—A esos señoritos ni caso, solo buscan una cosa de nosotras —gruñó Lucía—. Vamos a pagar, que se hace tarde.

Cuando el camarero depositó sobre la mesa una cuenta más elevada de lo esperado, Melisa, que era quien más sabía de números, dividió el importe entre las cinco. Pese a sus reticencias, todas insistieron en invitarla.

A la salida, Matilde se aferró al brazo de Melisa mientras las otras chicas iban al aseo.

—No te enfades por lo que te voy a decir, pero creo que deberías darle a Erich la oportunidad de explicarse.

Melisa negó con la cabeza.

—Sé todo lo que tenía que saber de él. Además... —hizo una pausa—, es una mala persona —añadió en voz baja.

Matilde abrió mucho los ojos.

—¿Cómo que mala persona?

—Pues eso. —Melisa volvió la cabeza para asegurarse de que estaban solas antes de proseguir—. Durante la cena hablaron de los judíos. Se conoce que Hitler pretende acabar con ellos. Y Erich está de acuerdo. Todos los invitados, nazis y falangistas, brindaron por ello. Incluido don Arturo. Me entraron ganas de vomitar.

—Yo no sé lo que ocurre por esos mundos de Dios, lo único que digo es que lo que se ve y se oye no siempre se corresponde con la realidad. Y me estoy refiriendo a Erich.

—Sé lo que oí —se reafirmó Melisa con dureza.

—De los labios pueden brotar mentiras, pero los ojos no engañan. Los de ese hombre reflejaban un sentimiento muy puro hacia ti. Quizá tenía una razón de peso para no decirte que está casado. Tal vez tenía miedo de que lo rechazaras.

—¡Pues claro que lo habría hecho! Matilde, si no te conociera, diría que lo estás defendiendo. Además, no estoy enamorada de él; es imposible querer a alguien a quien solo he visto tres veces. Yo... me ilusioné porque nunca había conocido a un hombre como él. Eso es todo.

Matilde enarcó una ceja, incrédula.

—No soy quién para darte consejos, pero si estuviera en tu lugar lo escucharía. Permite que te cuente su versión.

—Me ha escrito una nota.

—Eso no nos lo habías dicho. ¿Y qué dice? —preguntó con interés.

—No la he leído ni pienso hacerlo —se enrocó—. Compadezco a su mujer, no sabe con qué clase de hombre está casada.

—Ay, Melisa, eres más cabezona que la Patro, que ya es decir. No saques conclusiones precipitadas. Habla con él, aunque sea por última vez.

—Ni hablar.

—De acuerdo, pero ten en cuenta que, a pesar de lo que diga Lucía, hay hombres que sí merecen la pena. No desconfíes de cualquiera que se te acerque. Y te lo vuelvo a repetir: habla con él, insúltalo si te quedas más tranquila, pero cierra este capítulo. Por tu propio bien.

—Te aseguro que está más que cerrado. Juro por la memoria de mis padres que ese capítulo no volverá a abrirse.

En ese momento, incluso ella creyó sus palabras.

35

Abril de 1941

Siempre que ponía los pies en su pequeña oficina de la aduana, Arturo Llebrera se hacía la misma pregunta: ¿por qué diantres su socio había elegido un edificio tan cochambroso como sede del negocio? Incluso el almacén de Pueblo Nuevo donde almacenaba la chatarra se hallaba en mejor estado; al menos, las paredes no mostraban desconchados y el agua no se filtraba por el tejado cuando llovía. Aun así, desde su confortable sillón fabricado con cuero de Ubrique, había amasado una fortuna con la chatarra.

Finalizada la Guerra Civil, las trincheras de los campos de batalla lo habían provisto de plomo, cobre, hierro, fusiles, armas cortas y munición abandonada que él transformaba en herramientas y cacharros de cocina que luego revendía a buen precio. Había que ir con cuidado al manipular el material, ya que, en más de una ocasión, se colaban granadas de mano que te podían hacer estallar por los aires. Para evitar que sus amigos burgueses le endilgasen la etiqueta de chatarrero, mantenía oculta aquella faceta de sus negocios. De cara a la galería, era un empresario con intereses diversos entre los que destacaba una fábrica de cava en Mollet que le había comprado al vago de su cuñado por un precio irrisorio. Lo primero que hizo fue sustituir a la mitad de los trabajadores hombres por mujeres, que cobraban jornales más bajos. Don Arturo se consideraba un visionario que solo lamentaba no haber previsto la

importancia que el wolframio español tendría en la industria bélica. De haber sabido que Alemania carecía de minas y que los nazis lo codiciaban como materia prima básica para la fabricación de acorazados y proyectiles, habría invertido parte de su fortuna en una de las minas gallegas.

Por eso, cuando Franz Otterbauer le propuso convertirse en socio de la empresa aduanera, aceptó sin dudarlo. Se envaneció cuando el nazi le sugirió que llevara solo su apellido para evitar problemas legales. Al parecer, que don Arturo desconociera las funciones de un representante aduanero no suponía un problema. Al cabo de un tiempo descubrió que su responsabilidad consistía en asegurarse de que determinadas mercancías pasaban la aduana sin dejar huella y sin abonar los pertinentes impuestos. Las cajas permanecían en el almacén unos días hasta que salían del país o se trasladaban a otro sitio. Ante estas irregularidades, don Arturo guardaba silencio, lo único que le importaba eran las elevadas comisiones que percibía en calidad de socio testaferro. Hasta que, unos meses atrás, comenzó a hacerse preguntas.

Se sentó en la ajada butaca y sacó del cajón de su escritorio un ejemplar atrasado del *Diario de Barcelona*. Pasó con rapidez las pocas páginas que la escasez de papel permitía imprimir hasta que encontró lo que buscaba. El periódico del martes 22 de abril había dedicado al cumpleaños del Führer su página cinco casi al completo. Obvió la información de la Agencia Efe relativa a las felicitaciones que había recibido de las más altas jerarquías de Alemania e Italia y leyó por enésima vez los párrafos que recogían el acto celebrado en el cine Coliseum de Barcelona, calificado como brillante. Llevaba dos días irritado porque su nombre no se hallaba entre los asistentes mencionados. Se arrepentía de no haber invitado a un periodista a su cena. El nivel de invitados bien merecía una crónica. Si incluso

había asistido el gobernador civil, pese a tener una agenda repleta. Iba a cerrar el diario cuando, en la sección de «Simpáticos actos», vio una noticia que le había pasado desapercibida. El camarada Correa había apadrinado a cuarenta y tres niños en Collblanc. A los padres les había entregado una libreta de la Caja de Ahorros con una imposición de cincuenta pesetas y al resto de los familiares un lote de alimentos. Por un instante fantaseó con la idea de ser padre. Si el gobernador había apadrinado a un puñado de muertos de hambre, con mayor motivo apadrinaría al heredero Llebrera. Hasta la fecha, Isabel no había mostrado interés en ser madre. Y ya no era tan joven. Trató de recordar la última vez que habían yacido juntos.

Tiró el diario a la papelera y se levantó para asomarse a la ventana. Sacó un habano del bolsillo interior de su chaqueta, le cortó la cabeza con un cortapuros y le acercó un fósforo. Disfrutó del ritual de succionar el humo al tiempo que observaba el paseo de Colón, casi desierto, a excepción de un par de vehículos y un carro cargado con troncos. La falta de combustible y recambios mantenía en las cocheras gran parte del transporte público y los que circulaban habían limitado su recorrido. Aquella mañana se había visto obligado a coger un taxi cuando Julián lo informó de que el coche se había averiado. Si no fuera por el estatus que proporcionaba disponer de chófer, ya habría prescindido de él. Alzó la cabeza y examinó las vecinas Atarazanas; el tejado de una de las naves seguía mellado tras los bombardeos sufridos durante la guerra. Se dijo que no se encontraba en mejores condiciones que su oficina.

Un firme taconeo seguido de un carraspeo anunció que tenía compañía. Volvió la cabeza y dio una calada al puro. Le había costado acostumbrarse a la presencia de aquella alemana arisca que tenía el descaro de aparecer en su despacho cuando se le antojaba.

Fiel a su estilo austero, iba ataviada con un traje marrón oscuro, una camisa blanca con lazada al cuello y zapatos de tacón bajo. Don Arturo disimuló su desagrado con una sonrisa lobuna. Procuraba estar a buenas con la secretaria de su socio, convencido de que la arpía velaba desde las sombras para que no se saliera del papel que tenía encomendado.

—El envío que esperábamos acaba de llegar —comunicó con un marcado acento alemán—. Lo están descargando en el muelle. Aquí tiene los documentos. —Sacó un par de hojas de una carpeta y las dejó sobre la mesa.

A don Arturo le incomodaba la estatura de la secretaria. Desde su metro sesenta y cinco, verse obligado a levantar la cabeza frente a una mujer que le sacaba una cabeza resultaba humillante. Rodeó el escritorio para sentarse en la butaca, que recibió su peso con un crujido. Leyó los documentos traducidos del alemán, no por interés sino para evitar el escrutinio de la mujer. Solo indicaban que se trataba de dos cajas con un peso bruto de 104 kilogramos, procedentes de La Haya. Al parecer, contenían mobiliario y marcos de madera. Estampó su firma y la rubricó con un elaborado garabato.

—¿Ha llegado el señor Otterbauer? —preguntó a la secretaria.

—Se encuentra en el muelle —respondió mientras recogía los papeles y los guardaba en la carpeta. Serían destruidos cuando la mercancía llegara a su destino final—. Quería supervisar personalmente el traslado —añadió clavando en él sus acerados ojos grises.

—En ese caso, iré a asegurarme de que todo está en orden —murmuró don Arturo.

«Muy importante tiene que ser esta remesa para que Franz haga acto de presencia», pensó mientras caminaba por el muelle con una

mano en el bolsillo y la otra sujetando el puro. Llevaba sin verlo desde el domingo por la noche en la cena. Arrugó la frente al rememorar sus vanos esfuerzos por congraciarse con el vicecónsul. Además de ignorar a su anfitrión, Von Lechner había tenido la desfachatez de apostillar sus comentarios con invectivas mordaces que lo habían puesto en evidencia ante el resto de los comensales. Luego, cuando había atacado sin piedad a los judíos, tuvo la impresión de que uno de los invitados, nazi convencido que se jactaba de ser amigo personal de Hitler, acogía sus palabras con desconcierto. Por eso, mientras los invitados daban cuenta del exquisito menú y vaciaban su bodega, él se había dedicado a observarlos, en especial al vicecónsul. De todos es bien sabido que el alcohol desata las lenguas y la información es poder. Para su regocijo, el escrutinio al que sometió a Von Lechner había dado sus frutos. No fueron las furtivas miradas que dirigió a la criada lo que le sorprendió; la belleza de la chica era digna de admiración y no era el primer invitado que se fijaba en ella, pero sí el único cuyos ojos no reflejaban lascivia sino algo más intenso. En unas horas tendría ocasión de hablar con él; su esposa, Dagmar, los había invitado al Liceo. Resopló. La ópera le aburría, prefería la zarzuela, además, el día de San Jorge había estado de acá para allá y seguía cansado, pero si tenía que tragarse a Wagner, lo haría con sumo gusto. Esta vez aquel nazi arrogante no podría ignorarlo.

Absorto en sus reflexiones, dio un traspié con las cuerdas de unos estibadores y a punto estuvo de caer sobre un bloque de hormigón. Mientras recuperaba la compostura, divisó a su socio junto al coche. En la solapa lucía la insignia roja con la esvástica nazi. No perdía de vista a los marineros que desembarcaban por la pasarela de un carguero con bandera alemana portando una pesada caja.

—Buenas tardes, Franz. Parece que se trata de una mercancía especial —comentó en tono casual.

Con el rabillo del ojo advirtió que ya habían introducido en el maletero otra caja de similares características. Supuso que el destino de ambas no era el almacén de la aduana.

—Lo es para su propietario —replicó el alemán.

—¿Vas a entregarla en persona? —se aventuró a preguntar.

Otterbauer no respondió. A su señal, otros dos estibadores relevaron a los marineros en el transporte de la carga y la colocaron junto a la primera. Don Arturo desvió la mirada hacia el barco, que supuso adaptado para plantar batalla en caso de ser interceptado por los aliados. Por lo que pudo entenderle a un marinero, su próximo destino era Ferrol, uno de los puertos gallegos en los que los navíos y submarinos alemanes atracaban para ser reparados o abastecidos con la connivencia de Franco. Antes de subir al coche, su socio se despidió de él con una palmada en la espalda.

Mientras el vehículo se alejaba por el muelle, don Arturo volvió a preguntarse qué contenían aquellas cajas. El misterio que rodeaba los movimientos de su socio le intrigaba a la par que le ofendía la falta de explicaciones. Empezaba a hartarse de aquel secretismo. De un modo u otro averiguaría lo que se traía entre manos. Como también descubriría qué ocultaba Von Lechner. Echó un vistazo a su reloj. Si no se apresuraba, Isabel lo reñiría por llegar tarde. Y aún tenía que ponerse el esmoquin.

La única vez que don Arturo había pisado el Liceo fue en 1936, cuando asistieron a un baile de máscaras, meses antes del alzamiento. También en aquella ocasión había sido inmune a la magnificencia del Gran Teatro. Mientras lamentaba haber llegado

con demasiada antelación, paseó la mirada entre el público que empezaba a congregarse en el vestíbulo. Aunque no era una función de gala, las damas lucían elegantes vestidos de cóctel y los caballeros esmoquin o uniformes militares en cuyas pecheras brillaban las condecoraciones. Con la entrada de las tropas del general Franco en la ciudad, los legítimos dueños del Liceo habían recuperado el teatro y la burguesía volvía a sentirse a sus anchas en un espacio que consideraba propio. Cuando los Von Lechner hicieron su aparición, ataviados, como era de esperar, de forma impecable, don Arturo se inclinó para besar la mano de Dagmar y estrechar la de Erich.

A medida que avanzaban por el vestíbulo iluminado por seis grandes arañas doradas, don Arturo, en un intento de quebrar la frialdad del alemán, le explicó que el mármol de las baldosas, dispuestas en damero como un tablero de ajedrez, se había importado de Italia y Bélgica, y que el pedestal donde lucía el busto de Mozart antes lo había ocupado la efigie de Isabel II. Obvió decir que había obtenido la información por boca de un trabajador. Erich, que ya conocía la historia de aquel coliseo de la música, asintió por cortesía mientras empezaban a subir la escalera que partía desde el centro del vestíbulo. En los laterales, dos escaleras de piedra con balaustrada de hierro conducían a la planta baja de la platea. Don Arturo se alegró de ocupar un palco del segundo piso. Mientras se acomodaba junto a Dagmar, escuchó las triviales charlas del palco continuo que versaban sobre música y la inminente puesta de largo de una rica heredera, pues la espléndida acústica del recinto permitía seguir las conversaciones de las gradas más alejadas. Poco a poco las filas de butacas de la platea y las adheridas al foso de la orquesta empezaron a llenarse de espectadores atraídos por Wagner y la Ópera de Fráncfort. Don Arturo estaba convencido de que a

excepción de los nazis, que se deleitaban escuchando a los cantantes en su propio idioma, el resto asistía a la ópera porque era de buen tono. Incluso Franco se había comprometido a hacer acto de presencia en su próxima visita a Barcelona, según le había comentado el camarada Correa. Sería una buena ocasión para estrechar vínculos con el Caudillo. Hasta el momento solo había coincidido con su cuñado, Serrano Suñer, un ferviente admirador de Hitler. Estaba por saber si la fascinación era recíproca. En su ambición por acercarse a Franco, don Arturo se había planteado la mudanza a Madrid y lo habría hecho de no ser por la complicación que suponía trasladar sus negocios y el temor a perder su asociación con Franz Otterbauer, que tan suculentos dividendos le reportaba.

Con el rabillo del ojo observó a Erich von Lechner, que conversaba en español con un tipo cuya solapa del esmoquin lucía la Medalla Plus Ultra, una condecoración de antes de la guerra que casi nadie recordaba. Aun así, lo acometió un ramalazo de celos. Él merecía como poco una medalla por su lealtad a España. Quizá si se lo comentara a su amigo el gobernador... Desechó la idea, era demasiado honesto. Mejor no ponerlo en un brete. Mientras rumiaba cómo conseguir la condecoración, se alzó el telón, las voces callaron y una poderosa voz masculina se adueñó de la sala.

36

Abril de 1941

El primer acto de *Tristán e Isolda* se le hizo a doña Isabel interminable, y, según leyó en el programa, quedaban dos más. Miró de soslayo a su marido, que, tan aburrido como ella, se dedicaba a observar a los que ocupaban la platea; le extrañó que no hubiera sucumbido al sueño. Era difícil resistir las largas óperas wagnerianas. «Y encima, en alemán», pensó para sus adentros. Por el contrario, Erich y Dagmar von Lechner daban la impresión de estar embelesados con lo que acontecía en el escenario. Incluso le pareció advertir alguna lágrima deslizándose por las mejillas de él. Cuando bajó el telón, después de que los amantes bebieran del mismo brebaje, se encendieron las luces y dio comienzo la verdadera función: el público recorría los rellanos en busca de caras conocidas y, mientras los caballeros comentaban los avatares políticos, sus esposas se ponían al día de lo que se cocía en los salones de la alta sociedad. Cruzaron el pasillo para acceder al Salón de los Espejos, un espacio con techos artesonados, espejos con marcos dorados y exquisitas arañas de bronce iluminando todos los ángulos. Cuando Erich se alejó para saludar a unos conocidos, Dagmar guio a Isabel hasta uno de los bancos adosados a la pared. De camino le preguntó si le estaba gustando la ópera.

—La disfrutaría más si la entendiera —reconoció Isabel mientras se acomodaba—. ¿De qué trata?

—Es una historia de amor entre Tristán, un noble bretón, e Isolda, una princesa irlandesa destinada a casarse con un rey —le explicó Dagmar mirando a su alrededor.

—¿Un amor imposible? ¿Como en *Romeo y Julieta*?

—Bueno, no cabe duda que Shakespeare debió de influir en Richard Wagner, el compositor. El tercer acto, cuando Isolda llega al lado de Tristán y él fallece con el nombre de su amada en los labios, es muy romántico. *Liebestod.* «Muerte de amor». Es el término que describe el aria final.

A doña Isabel le resultaba absurdo que alguien muriera de amor, pero se guardó de decirlo en voz alta.

—¿Qué te parece si después vamos a cenar? —sugirió deseosa de prolongar la velada—. Arturo y tu esposo parecen congeniar —añadió satisfecha.

Dagmar se limitó a sonreír. Erich detestaba a don Arturo. Se había resistido a acompañarla a la ópera hasta que tuvo que amenazarlo con invitar a los Llebrera a su propia casa. Mientras Isabel hacía hincapié en los efectos que la luz causaba en su vestido tornasolado, la atención de Dagmar estaba centrada en don Arturo, que deambulaba por el gran salón.

—Erich se muestra distante últimamente —comentó de repente dejando a su amiga perpleja—. Desde el día de vuestra cena, para ser franca.

—No estoy segura de entenderte —dijo Isabel—. ¿A qué te refieres?

—Creo que se está viendo con otra —afirmó sin ambages.

—¿En serio piensas eso? No sé, tal vez esté preocupado por el trabajo. Me resulta difícil de...

—¿Hasta dónde confías en Arturo? —preguntó Dagmar de pronto.

Señaló con el mentón hacia el otro extremo de la sala. Isabel siguió su mirada y lo que vio la dejó atónita. La mano de su marido reposaba en la espalda de una mujer muy llamativa mientras le susurraba algo al oído. Isabel entrecerró los ojos tratando de ubicarla, pero cuando atisbó su perfil no halló nada en sus rasgos que le resultara familiar. Temerosa de que la sorprendieran mirando, apartó la vista y se centró en las pinturas que decoraban el techo. Le pareció que Apolo y las musas se burlaban de ella desde su atalaya en el monte Parnaso. Cuando volvió a mirar a su marido, sostenía una copa en la mano y charlaba con otro hombre de complexión corpulenta y cabello cano que se les había unido.

—Se tratará de la esposa de algún amigo —aventuró en un intento de convencerse a sí misma.

—Por supuesto —convino Dagmar con un leve encogimiento de hombros. Pensó que Isabel era más tonta de lo que parecía.

—Además... —prosiguió—, Arturo nunca me engañaría. Es un ferviente católico. Siempre dice que Franco y su esposa forman un matrimonio ejemplar.

—Me parece terrible que en este país no exista el divorcio. Si un hombre engaña a su mujer, se ve obligada a tolerarlo y seguir conviviendo con él a riesgo de ser repudiada por la sociedad. En Alemania es diferente, aunque en estos tiempos no está tan bien visto. —Palmeó la rodilla de Isabel—. Por supuesto, no estoy hablando de vosotros. ¿Volvemos al palco? Va a dar comienzo un nuevo acto.

Las palabras de Dagmar enturbiaron el ánimo de Isabel. En los años que llevaba casada nunca se le había pasado por la cabeza que su esposo pudiera engañarla. Tenía amigas cuyos maridos mantenían a amantes, pero Arturo no era como ellos. ¿O sí? Ensimismada en sus sombríos pensamientos, con un nudo de

ansiedad atenazándole el pecho, apenas prestó atención al drama que se desarrollaba en el escenario. Cuando el público se puso en pie para ovacionar a los cantantes, permaneció sentada hasta que la mirada extrañada de su esposo la hizo reaccionar. Era imposible que la estuviera traicionando. Se levantó y aplaudió con entusiasmo. Qué tonta había sido dejándose sugestionar por Dagmar.

Poco dispuesto a prolongar la velada en un restaurante, Erich alegó que al día siguiente tenía que madrugar. Para no resultar descortés con Isabel, se avino a tomar algo en El Café de la Ópera. El local estaba a rebosar de público que, tras el espectáculo, degustaba un tentempié antes de volver a casa. Don Arturo deslizó un billete en la mano del encargado y en pocos minutos les preparó una mesa. Isabel apenas probó bocado. Mientras Dagmar fumaba un cigarrillo tras otro, saboreando su copa de vino, don Arturo sacó el tema de la guerra.

—Las fuerzas alemanas siguen imparables —empezó tratando de recordar lo que había leído en el *Diario de Barcelona*—. Según parece, las tropas italianas han presentado batalla a los británicos en Abisinia. Tras la capitulación de los yugoslavos y los griegos, después de que su capital haya sido bombardeada, el Reino Unido se está quedando sin aliados. No me extraña que Churchill se negara a responder a sus diputados en la Cámara de los Comunes. Cree que no es momento de entablar un debate sobre la marcha de la guerra. Es probable que no disponga de toda la información de los movimientos de las tropas alemanas.

—Churchill es un político juicioso. Estoy convencido de que está bien informado de lo que ocurre en los frentes. Si no cree oportuno hacer una declaración oficial, sus motivos tendrá. En cuanto al bombardeo de Atenas, está usted mal informado. Berlín ha

desmentido tal ataque. Desde el principio, el objetivo militar del Eje ha sido el puerto de Pireo y sus barcos.

Don Arturo apretó los labios. En un tono condescendiente, Von Lechner había vuelto a darle donde más dolía. Al menos en esta ocasión solo lo habían escuchado sus respectivas mujeres, y estas no comprendían la política de guerra. Irritado, decidió tomarse la revancha.

—¿Me permite una pregunta, herr Von Lechner? —Sin esperar respuesta, se lanzó—: ¿Por qué un hombre joven y sano como usted no está sirviendo a su país? No pretendo desmerecer su trabajo como vicecónsul en Barcelona, pero...

—Hay muchas formas de servir a Alemania —replicó Erich sin mostrarse ofendido.

—Don Arturo, ¿combatió usted en su guerra civil? —inquirió Dagmar.

La pregunta lo pilló desprevenido. Carraspeó antes de responder:

—Bueno, cuando tuvo lugar el glorioso alzamiento, mi mujer y yo nos encontrábamos fuera de España.

Isabel bajó la mirada azorada. Erich, deseoso de poner fin a la cena, pidió la cuenta.

De camino a casa, don Arturo maldijo en su interior a Erich. No se había molestado en disimular la incomodidad que le producía su compañía. Puede que se hubiera librado de luchar por Alemania, pero no saldría ileso de la guerra que él, Arturo Llebrera, iba a desatar en su contra.

37

Mayo de 1941

Con el paso de los días, y la ayuda de sus amigas, Melisa comenzó a sanar. La cicatriz sería un recuerdo permanente, pero se acostumbraría a convivir con ella. Siempre que había caído, se había vuelto a levantar. Había aprendido a hacerlo desde que, siendo muy niña, la vida le enseñó los dientes.

Un jueves por la tarde regresaban a casa cuando, a punto de alcanzar su portal, Lucía se detuvo en seco. De haberse hallado unas calles más abajo, habrían podido dar un rodeo para esquivar el encuentro, pero ahora era inevitable. Apretó el brazo de Melisa con tanta fuerza que esta se quejó. Cuando siguió la mirada de Lucía, sintió que una garra la arañaba por dentro reabriendo la herida. Respiró hondo, pero el aire, convertido en una masa espesa, se resistía a llenar sus pulmones. Antes de que pudiera reaccionar, Lucía la arrastró hasta el edificio y la empujó al interior del portal. Su brusquedad hizo que Melisa trastabillara con el bordillo de la puerta. Recuperó el equilibrio y echó a correr hacia la escalera ante el desconcierto del portero. Lucía se alejó unos metros de la portería. No quería arriesgarse a que Rogelio o algún vecino la viera en compañía de Erich.

—¿Qué hace aquí? ¿Cómo se le ocurre venir? —le recriminó con rabia.

—¿Le entregaste mi nota? —le preguntó él.

—¿No se da cuenta de que si doña Isabel o don Arturo lo ven me pondrá en un compromiso?

—¿Se la diste? —repitió ansioso.

Lucía asintió.

—Lo hice, pero no ha querido leerla.

—Tiene que hacerlo —insistió él en tono perentorio. Ante la mirada furiosa de ella, añadió con suavidad—: Por favor.

—Mire, yo no puedo obligarla. Y le ruego que no vuelva a molestarla, bastante daño le ha hecho ya.

—Necesito explicarme. Habla con ella. Haz que lea mi nota.

—Melisa no quiere saber nada de usted.

Lucía dio media vuelta dispuesta a alejarse, pero cambió de idea y volvió sobre sus pasos.

—¿Por qué fue aquella tarde al Salón Cibeles? ¿Qué buscaba? Allí no van señoritas ricas, solo criadas. Los hombres como usted creen que somos presas fáciles, que pueden hacer con nosotras lo que quieren. Pues lamento decirle que Melisa no es así, ella tiene dignidad. Déjela tranquila, por favor se lo pido —dijo antes de marcharse.

Una vez en el portal se aseguró de que no la había seguido. Cuando el ascensor se detuvo en el rellano, encontró a su amiga sentada en un escalón con el rostro demudado. Resultaba evidente que había llorado.

—¿Estás bien?

Melisa asintió con la cabeza.

—Yo... no esperaba verlo —musitó con la voz temblorosa.

—Tranquila, no volverá. —Llamó a la puerta de servicio—. Sécate los ojos. No dejes que Fermina te vea así.

—¡A buenas horas llegáis! —exclamó la cocinera—. Cambiaos de ropa deprisa, que necesito ayuda con la cena y Melisa tiene que

poner la mesa.

—Enseguida vamos. ¿Han llegado los señores? —le preguntó Lucía, pero la mujer se alejó rezongando por el pasillo.

—¿Qué te ha dicho? —susurró Melisa.

—Nada.

—Algo te habrá dicho. Has tardado un rato en subir.

—Quería saber si has leído su nota. Le he contestado que no quieres saber nada de él y le he cantado las cuarenta. Qué cara más dura tiene, presentarse aquí como si tal cosa, después de...

—¿Tú lo has hecho? —la interrumpió Melisa.

—¿El qué?

—Leerla. ¿Sabes lo que pone?

—No. —Pensó en el trozo de papel guardado en el cajón de la cómoda. No lo había destruido por si se lo pedía—. ¿Quieres leerla?

Melisa negó.

—No importa lo que diga. Ya no podré volver a confiar en él. Rompe esa nota.

Lucía lo pensó unos instantes.

—Hazlo tú. Te sentirás mejor. Será como romper con el pasado. O mejor aún, ¡quémala! —le sugirió.

—De acuerdo. Vamos a cambiarnos.

En el dormitorio, mientras Melisa se ajustaba el delantal, Lucía sacó la nota del cajón y se la entregó.

—Aquí la tienes.

Melisa cogió el papel debatiéndose en un mar de dudas. El sentido común le aconsejaba romperlo en pedazos, como había hecho con el vestido. Días antes Lucía había metido los jirones en la

bolsa de la compra y se había deshecho de ellos. Por otra parte, la curiosidad la impelía a leer las palabras de Erich.

—¿A qué esperas? —la urgió Lucía.

El bramido de la cocinera llegó desde la cocina:

—¡¿Venís ya o voy a buscaros?! ¡¡¡Los señores están a punto de llegar y la mesa sin poner!!!

—¡¡¡Ya vamos!!! —gritó Lucía mientras salía a toda prisa de la habitación.

Melisa guardó la nota en la mesilla de noche y se dirigió al comedor. Acababa de poner la mesa cuando los señores hicieron acto de presencia. Don Arturo se colocó la servilleta en las rodillas.

—¿Sabes lo que he leído? Que don Jacinto Benavente está muy satisfecho con la acogida de su obra. ¡No te fastidia! Agradecido tendría que estar de que le hayan permitido estrenarla.

—¿De qué obra hablas, Arturo? —le preguntó su mujer tras indicar a las criadas que sirvieran la cena.

—De esa que vimos el día de San Jorge. Menuda estupidez. Allí no había trama ni nada, solo mamarrachos disfrazados de pájaros vomitando ideas muy cuestionables.

—Ah, te refieres a *Aves y pájaros.* Pero si te dormiste a la mitad —le reprochó Isabel.

—Por lo entretenida que era —gruñó él sin mirarla. Cogió el tenedor y pinchó un trozo de tortilla. Se lo metió en la boca y lo acompañó con un largo sorbo de vino.

Don Arturo hizo un gesto a Melisa para que le rellenara la copa. Al llevársela a la boca, reparó en que su esposa lo observaba con fijeza.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondió ella desviando los ojos a su plato.

—Te conozco, Isabelita. Algo te ronda. Suéltalo, anda.

—La otra noche, en el Liceo, Dagmar me dijo una cosa que no se me va de la cabeza.

Avivada su curiosidad, don Arturo insistió:

—¿Qué cosa?

—Una tontería, en realidad —repuso ella moviendo una mano en el aire para restarle importancia—. Sospecha que Erich tiene una amante.

Melisa dio un respingo. Unas gotas de vino cayeron sobre el mantel tiñendo de burdeos su impoluta blancura. Desde el otro lado de la mesa, doña Isabel la fulminó con la mirada.

—Ve con más cuidado.

—Discúlpeme —musitó tratando de controlar el temblor de su voz.

Don Arturo le dirigió una sonrisa aviesa y volvió a centrarse en su mujer.

—Así que el cónsul la está engañando. Vaya, vaya.

—Vicecónsul —precisó Isabel—. Al parecer, se muestra muy distante con ella.

—Ya me parecía a mí que ese tipo no es trigo limpio. Mucha arrogancia, pero mira, adúltero. Claro que los alemanes no son como nosotros. En España el matrimonio es sagrado.

Isabel apartó su plato. De repente había perdido el apetito. La escena que había visto en el Liceo regresó a sus pensamientos. Caviló si preguntar a su marido quién era la mujer cuya espalda acariciaba, pero ¿y si se equivocaba? Lo cierto es que estaban a una distancia considerable, y, si bien se resistía a utilizar lentes, tenía problemas para enfocar. Además, puede que Dagmar, en su ofuscación, también se hubiera confundido.

—Dios nos libre —dijo al cabo—. Me sabe mal por ella, no se lo merece.

Don Arturo se rascó el mentón.

—Se me ha ocurrido que podrías invitarlos al canódromo. No hay nada como una buena carrera de galgos.

—Ay, Arturo, no sé cómo no te dan lástima esos animales.

—¿Por qué iban a dármela? Se limitan a correr, como todos los perros.

—En cualquier caso, no creo que les interese. Si te soy sincera, el día del Liceo me pareció que él no se encontraba a gusto.

—¡Qué bobada! Tú invítalos.

—No insistas, Arturo. En modo alguno voy a poner a Dagmar en un compromiso.

Lucía advirtió que las manos de Melisa temblaban. Confió en que doña Isabel no se diera cuenta. Apenas terminó de cenar, se levantó de la mesa y reclamó a Lucía.

—Ven conmigo. Quiero donar ropa vieja del señor a la parroquia y necesito que te encargues de empaquetarla. Vendrán mañana a recogerla.

—Sí, señora.

Mientras ambas abandonaban el comedor, Melisa esperó paciente a que don Arturo se levantara para retirar los platos. Al cabo de un rato, tras lanzarle una mirada de soslayo, el hombre tiró la servilleta sobre la mesa y salió de la estancia.

38

Mayo de 1941

Agitada por los comentarios que había oído a doña Isabel sobre Erich, Melisa recurrió a un falso dolor de cabeza para saltarse la cena. Fermina temió que hubiera recaído, pero la tranquilizó diciéndole que solo tenía migraña. Durmiendo se le pasaría.

Al llegar al dormitorio, el olor a tabaco la puso en guardia. En la casa solo había una persona que fumara. Abrió la puerta y lo que vio le erizó la piel. Sentado en la silla, don Arturo sacudía la ceniza de un puro encima de un libro abierto en su regazo. Al verla, dio una última calada y apagó el habano sobre una de las páginas. Melisa miró la ropa de cama revuelta y constató, compungida, que se trataba del único recuerdo que conservaba de su padre; lo había escondido bajo el colchón por miedo a que se descubriera que leía poesía escrita por un autor no afín al Régimen. Se tragó las lágrimas y desvió la vista hacia las prendas desperdigadas por la habitación. La ropa interior que asomaba entre los cajones dejaba constancia de que habían sido registrados a conciencia.

Don Arturo tiró el libro al suelo y se aproximó a ella. Lo tenía tan cerca que Melisa pudo oler su aliento a cebolla, humo y café. La invadió una oleada de náuseas y retrocedió hasta que su espalda tocó la pared. Él acortó la distancia en dos zancadas.

—Sospechaba que te traías algo entre manos con el nazi. El día de la cena no te quitaba los ojos de encima. ¿Te acuestas con él? —

masculló agitando la nota frente a ella.

Ante la falta de respuesta, don Arturo levantó la mano y la descargó con fuerza en su mejilla. Pese al dolor lacerante, Melisa no se amilanó.

—No sé de qué me está hablando... —replicó.

—No me hagas perder el tiempo, estúpida. Tus compañeras no tardarán en volver. No querrás que vean esto. —Señaló las camas deshechas y el armario revuelto—. ¡Contesta! ¿Verdad que no?

Melisa negó con la cabeza. Empezó a temblar. Don Arturo se apartó unos milímetros y la apuntó con el índice.

—Cuéntame qué hay entre vosotros.

—¡Nada! Lo conocí hace semanas en un baile, pero no me dijo que estaba casado. Me enteré el día de la cena. No he vuelto a verlo —mintió.

Don Arturo no tenía por qué saber que la había esperado a la puerta de casa.

—Has tenido que calarle muy hondo para que escribiera esta basura. —Rio mordaz y dejó caer la nota—. Menudo idiota. Por muy guapa que seas, no eres más que una sirvienta.

—Yo no...

—¡Cierra el pico o te cruzo la cara otra vez! —la atajó él—. Vas a hacer una cosa por mí. Si te niegas, me fallas o me mientes, lo pagarán Lucía, Fermina y esa otra que viene a planchar. Y no me refiero a echarlas a la calle sin referencias. ¿Tú sabes quién soy yo? Me basta con hacer un par de llamadas y acaban en la comisaría de Vía Layetana. Te puedo asegurar que la Prisión Provincial de Mujeres es un paraíso comparado con lo que pasa allí. A ti, por supuesto, no te tocaré un pelo. Me daré por satisfecho viendo cómo sufres por tus compañeras. ¿Estamos o no estamos?

Melisa asintió.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó aterrada.

Don Arturo le palmeó la mejilla.

—Así me gusta, que entres en razón. A partir de mañana seguirás a Erich von Lechner, me contarás todo lo que hace, a quién ve, adónde va... Cómo lo hagas es cosa tuya, siempre que no te descubra. Si lo hace, la habrás fastidiado y me enfadaré.

Melisa lo miró atónita.

—¿Quiere que lo espíe? ¿Cómo... cómo voy a hacerlo? —balbuceó—. No puedo salir de casa a mi antojo. ¿Qué le voy a explicar a Lucía? ¿Y a doña Isabel?

—Eso es cosa tuya. Dile... —la miró pensativo— que vas a misa. A mi mujer le gustan las chicas piadosas. Además, está poco en casa. En cuanto a Lucía, seguro que se te ocurre algo. De ti depende que su vida siga siendo tranquila. Ahora te dejo. Y arregla este desastre —farfulló con desdén antes de marcharse.

Melisa recogió el libro maltrecho. Limpió la cubierta con la mano, lo abrió y sacudió la ceniza alojada entre sus páginas. Nada podía hacer respecto a las quemaduras que había provocado el puro. Dejó el libro en la mesilla y empezó a recoger la ropa. Hizo las camas a toda prisa y ordenó los cajones de la cómoda. Cuando terminó, reparó en la nota caída junto a la puerta. La recogió y la desplegó con manos trémulas.

«No soy el monstruo que crees. E.».

Guardó la nota entre las páginas del libro y se abrazó a él.

El ruido de la lluvia golpeando los cristales de la ventana ahogó su llanto.

39

2001

El jardín ofrece un panorama desolador.

La Policía Científica removió cada centímetro de tierra en busca de otros posibles restos óseos. Por lo que Mario tiene entendido no encontraron nada, pero todo el perímetro aparece sembrado de hoyos que despiden un olor desagradable. Niega con la cabeza resignado y centra la atención en la casa. Está deseando continuar con la reforma, pero las semanas pasan sin que la inspectora Vega lo informe del estado de su expediente. La última vez que habló con ella le aseguró que no quedaba mucho para que el juez cerrara el caso, pero están a finales de octubre y la falta de una fecha concreta le produce inquietud.

Convencido de que podría mudarse en pocos meses, no renovó el contrato de alquiler del piso y ahora no le queda más remedio que volver a casa de sus padres, quienes lo recibirán con los brazos abiertos y la consabida cantinela de «Te dijimos que era mala idea comprar una casa tan vieja».

Los balcones del primer piso asoman a través del andamio que rodea la fachada. Las barandas han sido lijadas, al igual que los marcos y las jambas de las puertas, que hace décadas perdieron su color original.

En cuestión de minutos, el cielo se torna grisáceo y unas gruesas gotas de lluvia empiezan a caer y se estrellan contra el suelo con un

chapoteo imperceptible. Mario no se mueve de la puerta. Contempla la mimosa, desnuda de flores, mientras en su cabeza se agolpan las preguntas: «¿Quién era la víctima?» y «¿Por qué acabó enterrado a los pies de un árbol?». Sabe que su muerte la causó un disparo en el tórax y dispone de una datación aproximada de sus huesos, pero poco más. Decidido a averiguar su identidad, se le ocurre que podría acercarse al archivo de la ciudad y consultar su hemeroteca.

—Conseguiré que me cuentes tus secretos —promete a la casa en voz alta.

De pronto, cuando está a punto de subir a la moto, tiene la vaga sensación de que alguien lo observa. Intrigado, vuelve la cabeza. A unos pocos metros hay un coche aparcado con los limpiaparabrisas en marcha. La inspectora Vega se apea con un paraguas en la mano.

—Le he llamado un par de veces, pero no ha contestado, así que probé en la universidad —dice cuando llega a su altura—. Me han dicho que hoy no tiene clases.

Mario se lleva la mano al bolsillo y comprueba el móvil.

—Estaba en vibración. Disculpe.

—No pasa nada. He pensado que quizá le encontraría aquí. Tengo buenas noticias. Ya puede continuar la reforma.

—¡Bien! —exclama aliviado. «Ahora solo falta que los obreros estén libres».

—¿Ha averiguado algo respecto al inquilino inesperado? —La inspectora sonríe ante el desconcierto de su interlocutor—. Me refiero a la víctima. La última vez que hablamos parecía muy interesado en descubrir su identidad.

—Ah, no. Había pensado pasarme por el archivo de Barcelona, el que está frente a la catedral, a hurgar en los periódicos antiguos. Si hubo disparos, quizá se produjese algún tipo de altercado del que se hiciera eco la prensa. Puede que encuentre alguna noticia sobre el

suceso. Estoy un poco perdido. La verdad es que no sé hacia dónde tirar.

—¿Y si yo le ayudara?

40

Mayo de 1941

Melisa deambulaba por la habitación con el libro de su padre contra el pecho. Intentó sosegar la respiración, ya de por sí agitada, pero el humo que viciaba el espacio le anegó los pulmones provocándole arcadas. Se llevó la mano a la boca para contenerlas y corrió a abrir la ventana. El aire húmedo que bañó su rostro la ayudó a despejarse.

«¿Cómo he llegado a esta situación?», gimió mientras evocaba el instante en que entró en el dormitorio y encontró a don Arturo sentado en la silla, fumando impasible uno de sus puros habanos. Su repentino e inesperado ataque la había cogido tan por sorpresa que no había sido capaz de reaccionar.

Don Arturo la había chantajeado. Y con su amenaza, el miedo, un viejo conocido de Melisa, volvía a irrumpir en su vida.

Su primer impulso había sido escapar. Haría la maleta, y, al amanecer, cuando la casa durmiera, iría a la estación y compraría un billete de vuelta a su pueblo. Estaba resuelta a hacerlo, si no fuera porque con su huida condenaría a sus compañeras.

Don Arturo le había hablado muy claro.

Si se negaba a obedecerle o le defraudaba, Fermina, Lucía y Remei lo pagarían de un modo atroz. Melisa se estremeció. Hacía poco Remei le había contado que la Brigada Político-Social había detenido a un primo suyo acusado de antifranquista. Se lo habían

llevado a la temible comisaría de Vía Layetana para arrancarle una confesión antes de enviarlo al campo de Miranda de Ebro. Lo molieron a palos y torturas.

Si Melisa quería librar a sus compañeras de aquel infierno, no le quedaba otra que ceder a las coacciones de don Arturo.

Se sentía como una mariposa aprisionada en un tarro de cristal. Sin posibilidad de escapar.

Abatida, suspiró hondo y miró en derredor para asegurarse de que la habitación mostraba su aspecto habitual. Confiaba en que Fermina y Lucía no notaran nada fuera de lugar, sobre todo Lucía, que era muy remirada para sus cosas.

El desmedido interés de don Arturo en las actividades de Erich von Lechner la intrigaba sobremanera, así como su obsesión con que tuvieran algún tipo de relación. A este respecto, y rememorando la noche de la cena, no fue capaz de hallar en su conducta signo alguno que pudiera haber hecho sospechar que se conocían de antes. Ella ni siquiera se había atrevido a mirarlo. Y, sin embargo, aquel miserable lo había descubierto y ahora la chantajeaba sin escrúpulos. Pensar en Erich le encogió el corazón. «Si no hubiera ido a ese baile, jamás lo habría conocido y ahora no me vería en estas». Decidió que las lamentaciones servían de poco. El pasado no podía borrarse.

Abrió el libro de Juan Ramón Jiménez y sacó la nota de entre sus páginas.

«No soy el monstruo que crees. E.».

Quizá su amiga Matilde estuviera en lo cierto. Tal vez las cosas no fueran como parecían y se había precipitado al juzgarlo. Sacudió la cabeza. Ahora no podía permitirse pensar en ello. Devolvió la nota al libro y se concentró en discurrir la forma de seguir a Erich sin que se diera cuenta. Al cabo de un rato llegó a la conclusión de que le

sería imposible; lo fácil sería hablar con él y fingir que había cambiado de opinión. Podía decirle que quería retomar su amistad, pero intuía que a la larga Erich no se conformaría con eso y ella jamás se embarcaría en una relación con un hombre casado. Acarició la cubierta del libro con las yemas de los dedos y lo depositó en el cajón de la mesilla, junto al que le habían regalado las chicas el día de San Jorge. Estaba pensando en la ilusión que le había hecho cuando una idea le asaltó la mente.

Erich trabajaba en el Consulado General de Alemania. Su cargo de vicecónsul a buen seguro conllevaría numerosas citas y compromisos. Si lograba hacerse con su agenda y se la entregaba a don Arturo, quizá se daría por satisfecho. La dificultad estribaba en cómo acceder al consulado sin levantar sospechas.

Mientras reflexionaba, contempló su reflejo en el espejo del armario. «Solo tienes que fingir que trabajas para uno de esos nazis, como el jefe de la Patro». Descartó la idea. La Patro lo había mencionado muchas veces, pero siempre le cambiaba el apellido y Melisa era incapaz de recordar cuál era el correcto. También podía inventarse uno. Quien fuera que estuviese en la recepción del consulado no conocería a toda la colonia alemana, daría por hecho que llevaba un recado para el vicecónsul. A ella no le prestaría atención. Tan solo era una criada.

Nadie se fijaba en ellas. Eran seres sin derecho alguno, sometidas a la voluntad de sus señores, que podían golpearlas a su antojo; esclavas obligadas a satisfacer todas sus necesidades sin rechistar, incluida la sexual, si el amo lo requería. Mujeres reducidas a la nada por aquellos que ostentaban el poder.

Pensó en aquellas órdenes religiosas que acogían a muchas chicas recién llegadas de los pueblos, la mayoría analfabetas. Les enseñaban a leer y escribir lo justo y necesario, adoctrinándolas en

el temor de Dios para convertirlas en criadas fieles y honradas. «Las monjas alertan sobre los peligros de la gran ciudad, pero no sobre los miserables que nos dan empleo». Ella moriría de hambre antes que permitir que don Arturo le pusiera la mano encima.

Se haría con la agenda de Erich fuera como fuese.

41

Mayo de 1941

A la mañana siguiente, tras cerciorarse de que Lucía se hallaba ocupada recogiendo la mesa del desayuno, Melisa se dirigió al salón. Se asomó a la puerta entreabierta y vio a doña Isabel ojeando un ejemplar de la revista alemana *Signal.* En su afán de estar al tanto de la actualidad del país que, a su juicio, acabaría rigiendo los designios de Europa, don Arturo insistía en adquirir las publicaciones alemanas traducidas al español que circulaban por la ciudad. Su mujer solía echarles un vistazo para disponer de temas de conversación candentes que pudieran interesar a su amiga Dagmar. Si se comparaba con ella, no podía evitar sentirse acomplejada. Dagmar era una mujer culta, siempre con un comentario sagaz en los labios, mientras que ella, habituada a disimular su inteligencia desde que era niña, ya había olvidado incluso que la tuviera. Estaba leyendo un artículo sobre unos artistas que habían visitado al embajador alemán en París cuando Melisa anunció su presencia con unos suaves golpes en la puerta. Sin apartar los ojos del texto, la invitó a entrar:

—Adelante.

—Siento interrumpirla, señora —empezó Melisa avanzando unos pasos.

Doña Isabel cerró la revista y la dejó en su regazo.

—Dime. ¿Ocurre algo?

—No, señora. Yo... quería pedirle un favor.

—¿De qué se trata?

—Me gustaría ir a la iglesia, si usted me lo permite.

Doña Isabel, suspicaz, la miró fijamente a los ojos.

—¿Hoy?

—Sí, señora.

—¿Puedo saber a qué se debe este repentino fervor cristiano? Tengo la impresión de que Lucía y tú acudís los domingos más por obligación que por devoción.

Melisa tragó saliva, avergonzada como una niña pillada tras cometer una travesura.

—Es el aniversario de la muerte de mi abuela —mintió—. Me gustaría ofrecer una misa por su alma.

Pensó que el rubor que teñía su rostro la delataría. Para su asombro, la señora se limitó a asentir.

—De acuerdo, ve. —Movió la mano en el aire—. Después te acercas a la pastelería a por un surtido de dulces. Esta tarde vendrán unas amigas a tomar el té. Recuérdaselo a Fermina.

El rostro de Melisa a duras penas reflejaba el alivio que sentía cuando salió del salón. La coartada sugerida por don Arturo había dado resultado. En el dormitorio se quitó la cofia y el mandil, se puso su vieja chaqueta de punto y se guardó la documentación en el bolsillo. Cuando fue a la cocina para informar a Fermina de que se marchaba a hacer un recado, la cocinera, absorta en purgar las lentejas de elementos indeseados, solo le dedicó una mirada de refilón. En la puerta, Melisa casi se dio de bruces con Lucía, que llegaba en ese instante con la escoba y el recogedor en las manos.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —le preguntó haciéndose a un lado.

Melisa se alegró de tener una buena excusa.

—La señora me ha mandado a un recado urgente.

—Voy contigo —se ofreció Lucía deseosa de salir de casa.

—¡No! —Ante la expresión atónita de su amiga, Melisa se apresuró a añadir—: No hace falta.

—Que sí, mujer, así te ayudo. Espera a que guarde la escoba.

Contrariada con la testarudez de Lucía, Melisa se estrujó el cerebro en pos de un argumento que la convenciera.

—Doña Isabel me ha llamado la atención. Dice que el salón está sucio. Se suponía que tendrías que haberlo limpiado ayer —le dijo. Era la segunda vez que mentía en lo que iba de mañana.

—Lo hice. Y bien a fondo, te lo aseguro —protestó Lucía con las manos apoyadas en el mango de la escoba.

—Pues no lo harías a su gusto —dictaminó Melisa—. Ha dicho que te pongas a ello de inmediato y que te asegures de dejarlo limpio como una patena.

La escoba se escurrió de las manos de Lucía y cayó al suelo con un golpe seco. La criada abrió los ojos como platos.

—¡Lo que me faltaba por oír! —gritó colérica—. Dejé ese salón como los chorros del oro.

—¡Chitón! —la riñó Fermina alzando los ojos de las lentejas—. No protestes y obedece. No brillaría mucho si la señora se ha quejado.

—¡Esa mujer se queja por todo!

Melisa no se quedó a escuchar la réplica de la cocinera. El tiempo corría en su contra; como mucho, podía ausentarse un par de horas. Se dirigió a la puerta de servicio, procurando no toparse con Remei. No quería tener que mentir otra vez si le preguntaba adónde iba.

Al salir del portal cayó en la cuenta de que no conocía la ubicación exacta del consulado, solo recordaba que se hallaba en los alrededores de la plaza de Cataluña. Echó a andar a paso ligero sorteando a los viandantes que se dirigían a sus quehaceres. La

persistente lluvia caída durante la noche había refrescado la atmósfera y en su prisa por salir de casa solo había cogido una deshilachada chaqueta de punto que había tejido su madre años atrás y que apenas proporcionaba abrigo. El aire abrazó sus piernas desnudas provocándole escalofríos. Se arrebujó en la chaqueta y apretó el paso, tratando de quitarse de la cabeza el sentimiento de culpa por haber mentido a Lucía para evitar que la acompañara. Nunca antes lo había hecho; por el contrario, les gustaba ir juntas a la compra. Resolvió que le pediría disculpas a la vuelta. Ahora debía concentrarse en su cometido.

En la plaza de Cataluña se detuvo unos instantes para situarse. A su derecha divisó el bar Zúrich. Según le había explicado el chófer de don Arturo, durante la Guerra Civil las fuerzas republicanas lo habían utilizado como trinchera. Melisa desconocía si la historia era cierta, pero deseó que su padre estuviera vivo para contársela. Desvió la mirada del bar y cruzó la plaza. Ante ella se alzaban dos imponentes edificios que mostraban en sus fachadas inequívocos símbolos nazis. Pasó de largo el Banco Alemán Transatlántico y se encaminó hacia la puerta del consulado.

De pronto fue consciente de su temeridad. Iba a adentrarse en territorio nazi. La posibilidad de encontrarse a Erich la aterraba. ¿Cómo justificaría su presencia allí? Acalló la voz de la cordura que la instaba a dar media vuelta y regresar a casa.

Respiró hondo.

Ya no había marcha atrás.

42

Mayo de 1941

El corazón le latía tan rápido que temió perder el conocimiento. Melisa sacó un pañuelo del bolsillo y se secó las gotas de sudor que le perlaban la frente. Alzó la mirada y observó el edificio mientras hacía acopio de valor. Sobre el dintel, un águila imperial sostenía entre las garras la cruz gamada. Inhaló y exhaló aire hasta que los latidos se ralentizaron. Avanzó con decisión hasta la puerta.

Apenas franqueó la entrada, un oficial le interceptó el paso. Sus gélidos ojos azules la examinaron bajo unas cejas tan rubias que parecían inexistentes. Vestía uniforme gris pálido con botas hasta la pantorrilla. Melisa dio un respingo al ver su brazalete con la esvástica. Suponía que habría seguridad en el edificio, pero no había contado con que fueran agentes de las SS. Incapaz de sostenerle la mirada, la desvió hacia dos hombres trajeados que conversaban a pocos metros de la puerta. Cuando el más joven volvió la cabeza y sus ojos se encontraron, Melisa los apartó a toda prisa. El oficial extendió la mano.

—Documentación, *bitte* —exigió en tono autoritario.

Melisa se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó su cédula de identidad. El oficial estudió la foto con detenimiento, luego la miró a ella.

—¿Motivo? —inquirió en tono áspero. Antes de que Melisa pudiera responder, el SS le repitió la pregunta—: ¿Cuál es la razón

de tu visita al consulado?

Melisa trató de que los nervios no la traicionaran.

—He venido a ver al cónsul —dijo con voz firme.

—¿A cuál de ellos?

Tragó saliva. No se le había ocurrido que pudiera haber más de uno.

—Erich von Lechner —respondió cruzando los dedos para que el oficial no siguiera indagando.

Este intercambió unas palabras en su lengua con el hombre de paisano, que dedicó a Melisa una sonrisa torva antes de perder el interés en ella. Tras decidir que su presencia en el consulado no suponía una amenaza para el Reich, el oficial le devolvió la documentación.

—Vicecónsul Von Lechner —precisó el oficial—. Sube al primer piso. El despacho de fräulein Sabine, su secretaria, se encuentra al fondo del pasillo, a la derecha —le indicó.

Melisa asintió satisfecha de haber superado el primer obstáculo. No tardó en darse cuenta de que, lejos de pasar desapercibida con su uniforme de criada, las personas con las que se cruzaba la miraban de arriba abajo como si fuera un animal exótico. Bajó la cabeza, arrepentida de no haberse cambiado de ropa, y se sintió aún más avergonzada cuando una joven de edad similar a la suya pasó por su lado ataviada con un elegante traje obviamente hecho a medida.

Dejó atrás varias puertas sin encontrar la que buscaba. O las indicaciones del oficial no habían sido acertadas o ella no las había entendido. Estaba a punto de preguntar a un funcionario cuando sus ojos repararon en una placa con el nombre y cargo de Erich. Con el corazón acelerado, se detuvo indecisa, hasta que cayó en que era improbable que fuera él quien le abriera en persona. Llamó con los

nudillos. Ante la falta de respuesta, entreabrió la puerta y se asomó al interior. El mobiliario, sencillo y funcional, consistía en un escritorio, un par de sillas de aspecto incómodo, una estantería repleta de carpetas de cartón y un archivador metálico sobre el que reposaba una planta necesitada de agua. Un retrato de Adolf Hitler en actitud dominante y con el ceño fruncido presidía la pared frontal. Al fondo de la estancia había otra puerta que Melisa imaginó conduciría al despacho de Erich. Apretó los labios. Era ahora o nunca. Entró en la estancia y cerró la puerta con sigilo.

La ausencia de la secretaria había sido un golpe de suerte, pero comprendió que no tardaría en volver cuando vio las hojas que sobresalían de la máquina de escribir. Tras revisar por encima el escritorio, abrió los cajones. En el primero halló un bloc de notas, lápices, un espejo de mano y una barra de labios, pero ni rastro de la agenda. El segundo cajón lo encontró cerrado. Estaba buscando un abrecartas para forzar la cerradura cuando oyó unos tacones. Se apartó de la mesa rogando que quienquiera que fuese pasara de largo. El corazón le dio un vuelco cuando la puerta se abrió y unos ojos verdes enmarcados por largas pestañas oscuras se clavaron en los suyos. Melisa abrió la boca para farfullar una excusa, pero las palabras se atoraron en su garganta. Asustada, pensó que a aquella mujer le bastaría con descolgar el teléfono y de inmediato la detendrían las SS. Como poco, la acusarían de espía. Se echó a temblar ante la posibilidad de acabar en la comisaría de Vía Layetana, o en un sitio aún peor.

—*Was machst du hier?* —preguntó la secretaria de Erich con rudeza, sin apartar los ojos de Melisa—. ¿Qué estás haciendo aquí? —repitió en español.

Melisa trató de pergeñar una excusa creíble. Qué ilusa había sido al creer que podría robar la agenda.

—Yo... he... he venido a ver al señor Von Lechner —balbuceó—. He llamado a la puerta, pero...

—Nadie puede entrar aquí sin mi permiso —la interrumpió la mujer.

Parecía tan enfadada que Melisa se apresuró a disculparse:

—Tiene razón. Lo siento.

—¿Para qué quieres ver a herr Von Lechner?

—Soy... soy su criada —dijo sin pensar que era probable que la secretaria conociera a la auténtica.

La mujer la miró de arriba abajo con desdén. Al igual que había hecho el SS de la entrada, dictaminó que Melisa no era peligrosa. Pasó junto a ella y se acomodó en su escritorio.

—Herr Von Lechner está reunido y no recibe sin cita previa, aunque siendo su criada intentaré que te dedique unos minutos. Espera ahí fuera. —Señaló el pasillo con el índice—. Te avisaré cuando pueda atenderte.

—Yo... no puedo quedarme —murmuró ansiosa por salir de allí cuanto antes. Cada minuto que pasaba aumentaba el riesgo de encontrarse con Erich.

—Como quieras. Le diré al vicecónsul que has venido.

—Muchas gracias, pero no es...

Una voz familiar le impidió acabar la frase.

Un sudor frío le recorrió la espalda.

Melisa se dio la vuelta despacio.

Frente a ella se hallaba la última persona que esperaba ver.

43

Mayo de 1941

—Melisa, ¿qué haces aquí?

Enfundada en una gabardina beis y un colorido pañuelo al cuello, Dagmar von Lechner la observaba con expresión perpleja. Melisa sintió que una ola de fuego le quemaba las mejillas y un nudo de ansiedad le oprimía la garganta ahogando su voz. Antes de que pudiera reaccionar, la secretaria de Erich se puso en pie.

—*Frau Von Lechner, guten Morgen. Ich freue mich, Sie wiederzusehen.*

—Buenos días, Sabine. Yo también me alegro de verte —dijo Dagmar sin molestarse en mirarla.

—*Sie möchte den Vizekonsul sehen* —explicó la secretaria ante la estupefacción de Dagmar.

—¿En serio? Yo me ocupo. Vuelve a tu trabajo —le ordenó.

Obediente, Sabine tomó asiento y simuló concentrarse en el estudio de un expediente. Dagmar tomó a Melisa del codo con suavidad y la condujo hacia la puerta.

—La secretaria de mi marido dice que quieres verlo. ¿Por qué razón? —le preguntó con la desconfianza ensombreciendo su mirada.

—Yo..., en realidad... —farfulló nerviosa. Nada de lo que dijera resultaría creíble.

Dagmar la soltó y rompió a reír.

—Te has cansado de trabajar para los Llebrera y has recordado mi oferta. Es eso, ¿verdad? —exclamó mirándola con fijeza.

Melisa no daba crédito a su buena suerte. Sin ser consciente de ello, Dagmar acababa de facilitarle un pretexto.

—Sí —reconoció deseando que la alemana diera por concluida la conversación y la dejara marchar. Para desgracia de Melisa, no parecía dispuesta a ponérselo fácil.

—Lo que no entiendo es por qué querías decírselo a mi marido antes que a mí. —El aterciopelado tono de su voz no consiguió ocultar su irritación.

Melisa respiró hondo mientras pensaba la respuesta adecuada.

—Pensé que...

—Solo te ha visto una vez —la atajó Dagmar—. La noche de la cena en honor a nuestro Führer. Y no creo que se fijara en ti —añadió entornando los ojos.

Melisa tomó aire antes de responder. Podía oír los latidos de su corazón, sus sienes palpitantes a punto de estallar, pero no era momento de derrumbarse. Se armó de valor decidida a vencer las reticencias de la mujer.

—Siento mucho mi atrevimiento. Hubiera acudido a usted, pero, teniendo en cuenta su amistad con doña Isabel, creí que, condicionada por la lealtad, la avisaría de mis intenciones.

—Entiendo. Y decidiste que si hablabas con mi esposo, él daría su aprobación.

—Sí, señora.

Dagmar sacó la pitillera del bolso, sacó un cigarrillo y se lo llevó a la boca. Lo encendió con un mechero de plata, aspiró el humo y lo retuvo unos instantes. Tras expulsarlo con elegancia, echó la cabeza hacia atrás y sonrió.

—¡Qué ingenua eres, Melisa! Mi esposo no se ocupa de las cuestiones domésticas. Tiene cosas más importantes que hacer. En cualquier caso, me temo que no puedo reiterar mi oferta. —Dio una calada al cigarrillo, expulsó el humo y prosiguió en tono desenfadado —: Aunque, si mal no recuerdo, más que una oferta fue un simple comentario para halagar tu buen hacer. Además, como ya sabes, mi amistad con doña Isabel es muy estrecha, hoy mismo tomaré el té con ella. No estaría bien que le robara a una de sus criadas, aunque sea una tan válida como tú. ¿No te parece?

Melisa asintió.

—Sí, señora. No estaría bien.

Dagmar se acercó a la mesa de la secretaria y sacudió la ceniza en un cuenco de cristal.

—En el fondo lo lamento —dijo regresando junto a Melisa—. Mi criada es estúpida. Me gustaría despedirla y darte a ti el empleo.

Sabine las miró de soslayo, confundida. ¿No había dicho la chica que era la criada de herr Von Lechner?

—Puedes estar tranquila —añadió Dagmar—, no comentaré nada de esto con tu señora. Este encuentro fortuito será un secreto entre nosotras.

—Se lo agradezco. Ahora debo irme.

Melisa empezó a andar hacia la puerta. Apenas traspasó el umbral, Dagmar reclamó su atención:

—¿Qué excusa le has dado a doña Isabel para salir de casa?

—Le he dicho que iba a la iglesia.

—Chica lista. Anda, vete. No sé cuánto durará la misa en este país, pero a buen seguro ya habrá terminado.

Mientras salía, Melisa oyó a Dagmar dirigirse a la secretaria en alemán. Imaginó que le habría pedido que avisara a Erich de su presencia. Espoleada por la curiosidad, permaneció unos instantes

junto a la puerta. De la respuesta de Sabine solo captó las palabras que pronunció en español: Oro del Rhin. Aunque no entendió la réplica de Dagmar, el tono empleado le pareció brusco. Bajó la escalera que conducía al vestíbulo pensando que don Arturo iba a disgustarse mucho cuando le dijera que no había conseguido nada que pudiera serle útil.

La espada de Damocles seguía pendiendo sobre su cabeza.

44

Mayo de 1941

Melisa caminó de vuelta a casa abatida por su fracaso. Tratar de apoderarse de la agenda de Erich había sido una pésima idea. Abandonaba el consulado con las manos vacías y la ominosa carga de haber hecho el ridículo frente a frau Dagmar. Le había desconcertado verla en la oficina de su marido, pero, hilando una mentira tras otra, había logrado alejar cualquier sospecha de su cabeza. Esbozó una triste sonrisa. La única verdad que había dicho era que no se sentía a gusto en casa de los Llebrera. Detestaba a don Arturo con toda el alma.

Alzó el rostro y se dejó acariciar por el tímido sol primaveral que trataba de abrirse paso entre las nubes grisáceas. A punto de llegar al portal, recordó que la señora le había encargado comprar dulces. Cruzó la calle y se dirigió a la pastelería. Mientras elegía el surtido, pensó que era raro que doña Isabel y frau Dagmar se hubieran hecho tan amigas teniendo tan pocas cosas en común. Al principio había tenido la impresión de que Dagmar la despreciaba. Por lo que le había contado la Patro, la colonia nazi era una comunidad cerrada que prefería expresarse en su lengua, comer comida alemana y no relacionarse con extranjeros en la medida de lo posible. Ante aquel afán de doña Isabel por agasajar a Dagmar, a Melisa se le pasó por la cabeza si don Arturo no estaría utilizando a su mujer para sacarle información a la alemana. Si ese era el caso, dudaba que Dagmar

cayera en la trampa. Parecía inteligente y astuta. Melisa no sabía cómo se las habría arreglado si hubiera llegado a aceptarla como criada. Servir en su casa estaba fuera de consideración. Y no porque doña Isabel se pusiera hecha una furia, sino porque no soportaría ver a Erich y a Dagmar juntos.

Interrumpió sus cavilaciones cuando Lucía le abrió la puerta. Para evitar preguntas, Melisa alzó ante sus ojos la caja de pasteles. Aun así, Lucía se mostró recelosa.

—¿Y cómo has tardado tanto? Si la confitería está a dos pasos de aquí.

—Los favoritos de doña Isabel estaban en el horno y he tenido que esperar un rato —improvisó Melisa pasando frente a ella en dirección a la cocina.

En el umbral, su amiga la cogió del brazo.

—Has estado con él, ¿verdad? —susurró para que la cocinera no oyera la conversación.

Melisa fingió no saber de qué le hablaba, pero Lucía le recordó la nota de Erich.

—¿Qué ponía? Quería que os vierais, ¿a que sí? Me insistió mucho la otra noche en que tenías que leerla.

Melisa se desasió.

—Te aseguro que no... —Se interrumpió al ver a doña Isabel.

Esta señaló la caja de pasteles y preguntó:

—¿Has comprado petisús de crema y chocolate?

—Sí, señora —respondió Melisa.

—Muy bien. —Doña Isabel centró la atención en la cocinera—. ¡Fermina!

La mujer dejó de remover el contenido de la olla que borboteaba en el fuego y volvió la cabeza.

—Dígame.

—Melisa ya le habrá dicho que esta tarde recibo invitadas.

—Sí, señora, pero no me ha dicho cuántas serán.

—Dos. Vendrán sobre las cuatro y media. Asegúrese de que el té y el café están calientes. Frau Dagmar no soporta el té tibio.

—No se preocupe, señora. ¿A qué hora quiere que sirva el almuerzo?

—Cuando llegue don Arturo. —Consultó su reloj de pulsera—. Ya no tardará —dijo antes de marcharse.

En cuanto se perdió de vista, Melisa se escabulló al dormitorio para ponerse el delantal y la cofia. Estaba acabando de arreglarse el pelo frente al espejo del armario cuando apareció Lucía.

—Perdona por haber desconfiado de ti. Pensé que habías ido a reunirte con ese nazi.

Melisa alisó su mandil. A doña Isabel le disgustaba que lo llevaran arrugado. Suspiró hondo y se dio la vuelta para mirar de frente a Lucía.

—Pues ya ves que no —respondió.

—Es que me da miedo que vuelva a hacerte daño.

—No te preocupes. Ni lo he visto ni tengo intención de hacerlo —declaró con firmeza.

—¿Al final rompiste la nota?

Melisa desvió la mirada para que su amiga no advirtiera la verdad en sus ojos. Asintió, pero Lucía no se dio por vencida.

—¿Llegaste a leerla? —insistió.

—No —musitó Melisa. Trataba de convencerse a sí misma de que si lo negaba en voz muy baja la mentira no sería tan grande.

—¡Bien hecho! No puedes creer nada de lo que te diga un embustero. —Lucía olisqueó el aire como un perro de presa—. Aquí huele a tabaco. Anoche ya me lo pareció.

Melisa se puso en guardia. Por mucho que hubiera ventilado el dormitorio, la peste parecía haberse adherido a las paredes y a la ropa de cama.

—Yo no huelo a nada.

—Igual viene del patio de luces —aventuró Lucía con un leve encogimiento de hombros.

—Eso será.

—Bueno, pues me voy a la cocina. Fermina me ha pedido que le eche una mano y andará preguntándose dónde me he metido.

Cuando se quedó sola, Melisa se dejó caer en el borde de la cama, cabizbaja. Lucía se preocupaba por ella como lo haría una hermana y a cambio recibía mentiras. En un intento de justificarse, se repetía que tenía una razón de peso para mentirle: evitar que don Arturo le hiciese aún más daño. Sin embargo, en lo más profundo de su alma, se avergonzaba de su deslealtad.

45

Mayo de 1941

Tras cerciorarse de que no había nadie alrededor, Melisa llamó con los nudillos a la puerta del estudio. Del otro lado le llegó una voz ronca hablando por teléfono. Esperó unos instantes y volvió a llamar. Entreabrió la puerta unos centímetros. Cuando reparó en ella, don Arturo la conminó a entrar con un gesto de la mano. Melisa cerró la puerta y aguardó a que terminara su conversación. Observó cómo se llevaba el puro a la boca y daba varias caladas profundas mientras apretaba con fuerza el auricular. Lo que escuchaba al otro lado del hilo telefónico no debía de ser de su agrado, porque soltó el puro indignado y bramó algo acerca de unas cajas desaparecidas de un almacén. Tras un intercambio de palabras salpicadas de improperios, devolvió el auricular a la horquilla con un golpe brusco. Se arrellanó en la butaca y la miró con sus pupilas oscuras centelleantes de ira. Temiendo que la descargara sobre ella, Melisa retrocedió de manera instintiva. Don Arturo chupó su puro y expulsó el humo hacia ella.

—Y bien, palomita, ¿qué has averiguado de nuestro amigo? —preguntó con voz sibilante.

Molesta por la forma en que se había dirigido a ella, Melisa se obligó a tragarse la réplica. No porque temiera que la despidiese, sino porque sabía que era capaz de cruzarle la cara de nuevo.

—¡No tengo todo el día! —gruñó él.

La muchacha apretó los puños a los costados para contener la rabia.

—He ido a su lugar de trabajo —empezó.

Don Arturo abrió mucho los ojos y la miró de hito en hito. No se le hubiera ocurrido que la chica pudiera tener esos arrestos.

—¿Has ido al consulado alemán?

Melisa asintió.

—Pensé que si conseguía la agenda del señor Von Lechner dispondríamos de información sobre todos sus pasos.

Don Arturo dio una palmada tan fuerte en el escritorio que la fotografía de su esposa se volcó.

—¡Magnífica idea! —exclamó satisfecho—. Al final va a resultar que tienes cerebro y todo —se mofó—. Venga, dame esa agenda. —Extendió la mano, expectante.

Melisa enderezó los hombros preparada para encajar la cólera de don Arturo.

—El caso es que... —Hizo una pausa. Debía elegir con cuidado sus palabras antes de proseguir—. No imaginaba que ese lugar estaría tan custodiado. En la entrada me ha parado un oficial de las SS.

El hombre lanzó un bufido.

—¡Qué esperabas, estúpida! Esta ciudad está llena de espías enemigos. El cónsul general va a todas partes con dos escoltas de las SS y dispone de policía secreta que le da cuenta de todo. Bueno, ¿y qué?

«Allá vamos».

—No he podido cogerla. La secretaria del señor Von Lechner casi me ha pillado registrando su mesa. Además...

Don Arturo la miró impaciente.

—¡Desembucha!

—Me he encontrado con su esposa.

—¿Dagmar?

Pese a la obviedad de la respuesta, Melisa asintió con la cabeza.

—¿Te ha visto? —se apresuró a añadir él alarmado.

Para don Arturo, las mujeres eran seres de pocas luces cuya función en este mundo era hacérselo a él agradable con su belleza y docilidad. Sin embargo, enseguida se había percatado de que Dagmar von Lechner no era dócil y desde luego no tenía un pelo de tonta. Viendo que Melisa no respondía, insistió:

—Te he preguntado si te ha visto.

—Sí. De hecho, hemos estado hablando unos minutos.

Don Arturo se levantó de la butaca y empezó a pasear por la estancia mientras mordisqueaba el puro.

—¡Maldita sea! A saber qué habrá pensado al verte allí.

—Le ha extrañado un poco, pero no se preocupe. No ha sospechado nada.

Él le dedicó una mirada desdeñosa y dio una última calada al habano.

—Eso es lo que tú te crees —dijo echándole de nuevo el humo a la cara.

A Melisa se le revolvió el estómago. Cuando quiso dar un paso atrás, su espalda chocó con la puerta. Pese a su malestar, consiguió imprimir serenidad a su voz.

—Me he inventado que había ido a buscar trabajo.

Don Arturo arrugó el ceño.

—¿Trabajo? —preguntó intrigado.

—Le he dicho que quería preguntar a las secretarias si algún cónsul necesitaba una sirvienta —continuó Melisa—. Ha sido lo primero que se me ha ocurrido —añadió confiando en que Dagmar nunca rebatiría su explicación.

Para su sorpresa, don Arturo estalló en carcajadas. A Melisa le parecieron los graznidos de un cuervo.

—Eso ha estado muy bien —dijo él con una sonrisa perversa—. Volvamos al asunto que me interesa. ¿Qué has averiguado de Erich von Lechner?

—Nada.

—¿Nada? —repitió él suspicaz.

—Allí todos hablan en alemán.

—¡Nos ha jodido! ¡Para ese viaje no hacían falta alforjas! Escúchame bien, muchacha. —Don Arturo agitó el dedo índice frente a su cara—. Como no te esmeres, tendrás que atenerte a las consecuencias. ¿O es que no hablé claro? —siseó.

Melisa tragó saliva. Tenía que darle algo que lo tranquilizara. Recordó entonces la conversación que había escuchado entre Dagmar y la secretaria de Erich.

—Lo único que he podido entender ha sido «Oro del Rhin». Me ha dado la impresión de que a la señora Dagmar la contrariaba lo que decía la secretaria.

Don Arturo entornó los ojos meditabundo. Corrían rumores de que, aparte de una fauna variopinta de artistas, filósofos y juntaletras ávidos de sentar cátedra en sus tertulias, en la cafetería Oro del Rhin se daban cita espías nazis en busca de información. La sirvienta acababa de proporcionarle un hilo del que tirar.

—¿Y esperas hasta ahora para decírmelo? —gruñó irritado—. ¡Continúa!

—Se lo he contado todo. No podía quedarme más tiempo en el consulado. Además, tampoco hubiera entendido nada.

Don Arturo asintió. Él mismo lamentaba no hablar la lengua germana. Había pensado apuntarse a algún curso, pero el alemán

era muy difícil y a él los idiomas no se le daban bien. A duras penas chapurreaba algo de francés. Echó un vistazo a su reloj.

—Los alemanes almuerzan pronto —masculló—. Si Von Lechner ha ido al Oro del Rhin, es porque tiene previsto encontrarse con alguien y, por lo que me has contado, no creo que sea con su mujer. Te diré lo que vas a hacer.

Melisa abandonó la estancia con la sobrecogedora sensación de que se precipitaba hacia un abismo.

46

Mayo de 1941

Desde el quicio de la puerta, Melisa observó el familiar trasiego de platos y cazuelas en la cocina. Un nudo de tristeza se formó en su garganta al escuchar las animadas voces de Fermina y Lucía, que charlaban sobre *Café Metropol*, la comedia que proyectaban en el cine Astoria y que la cocinera había ido a ver con Benita, la mujer del portero.

—Ay, qué guapo es el Tyrone Power. En mi pueblo no hay galanes así —dijo Fermina a la vez que echaba unas judías a la olla.

—Claro, mujer, porque están todos en el cine. ¿Y dice que la película es de risa? Pues igual se lo comento a las chicas el jueves y nos animamos a verla.

Pensar que tenía que volver a mentir a sus compañeras hizo que a Melisa se le empañaran los ojos. La cocinera malinterpretó sus lágrimas y la miró preocupada.

—¿Otra vez te has resfriado?

Melisa carraspeó antes de responder:

—Eso parece. La verdad es que no me encuentro bien. Estamos en mayo, pero con este tiempo tan variable he debido de coger frío.

La mujer le puso la mano en la frente y chascó la lengua.

—No tienes fiebre, pero tampoco haces buena cara. Solo nos faltaba que volvieras a recaer. Anda, ve a echarte un rato.

—Sí, haz caso a Fermina —le aconsejó Lucía—. Ya pongo yo la mesa de los señores, y si doña Isabel pregunta por ti, le digo que estás indispuesta.

—Gracias. Seguro que por la tarde estaré mejor.

Salió de la cocina atormentada por la mala conciencia. Se había aprovechado de la buena fe de sus compañeras, pero don Arturo no le había dado tregua y no podía inventarse otro recado urgente. Se encaminó al dormitorio y se desvistió a toda prisa. Tras colocar el uniforme en el respaldo de la silla, abrió el armario y descolgó la falda y la blusa que le había confeccionado Antoñita. Volver a usar la ropa que llevaba el día que conoció a Erich le trajo a la mente ingratos recuerdos, pero era la mejor que tenía y en esta ocasión no podía vestir como una criada. Además, pasaría más desapercibida con ropa de calle. Se miró en el espejo y ahogó un gemido ante el reflejo que le devolvía.

Cuánto había cambiado en poco tiempo, y no para bien. Los pocos kilos que había ganado al llegar a Barcelona habían desaparecido y las bolsas oscuras bajo sus ojos delataban la falta de sueño y la tensión acumulada. Acababa de cumplir veintiún años y, sin embargo, se sentía mucho más vieja. Se atusó la melena, cogió prestada una chaqueta de Lucía que combinaba bien con la falda y se la puso. Antes de salir retiró la ropa de cama y metió la almohada entre las sábanas por si a Fermina o a Lucía se les ocurría entrar a verla. Había sacado la idea de una novela y solo daría resultado si no encendían la luz. Bajó la persiana para dejar el cuarto en penumbra, salió del dormitorio y avanzó por el pasillo de puntillas. Desde el cuarto de la plancha, le llegó el alegre tarareo de Remei.

Cuando alcanzó la puerta de servicio, Melisa se detuvo en seco. Acababa de recordar que no disponía de llaves del piso; ningún miembro del servicio las tenía, ni siquiera Fermina. Si a su regreso

llamaba al timbre, su escapada quedaría al descubierto. Tampoco podía registrar el dormitorio de los señores en busca de las de repuesto sin arriesgarse a que la pillaran. Lamentó no habérselas pedido a don Arturo. Salió al descansillo y bajó la escalera de servicio. Ya pensaría qué hacer a la vuelta. Al llegar al último escalón vio que Rogelio no estaba en su garita.

Una idea empezó a fraguarse en su cabeza.

Mientras Melisa trataba de solventar el dilema de las llaves, Dagmar von Lechner entraba en una tienda de modas cercana al domicilio de los Llebrera. Desde que había visto en el consulado a la criada de su amiga Isabel, no había dejado de preguntarse qué la habría llevado hasta allí. No había creído ni por un instante que quisiera pedir trabajo a Erich. Recordó cómo se había aferrado Melisa a ese pretexto. El que ella misma le había proporcionado, no para sacarla del aprieto, sino para no despertar sospechas en la secretaria de su marido. A Dagmar, aquella criada educada y servicial siempre le había resultado agradable. Sin embargo, desde su reciente encuentro, había empezado a mirarla con nuevos ojos; tenía la sensación de que Melisa no era el lienzo en blanco que su aparente inocencia daba a entender. Había algo en aquella visita que se le escapaba. Absorta en sus cavilaciones, no prestó atención a su amiga Kristel cuando señaló dos maniquís frente a ella.

—¿Qué te parecen esos vestidos?

—Muy elegantes —respondió Dagmar con escaso interés.

—Ni siquiera les has echado un vistazo —protestó su amiga—. Llevas toda la mañana como ausente. ¿Sucede algo, querida? Ya sabes que puedes contármelo.

Dagmar arrugó la frente en un gesto de preocupación.

—Hoy, cuando he ido al consulado a ver a Erich, me ha pasado algo curioso. No puedo dejar de pensar en ello.

—¿De qué se trata?

—Bah, no es nada. —Se arrepintió en el acto de haber mencionado el tema.

—¿Estás segura?

—Completamente. —Tocó uno de los vestidos. La tela le pareció áspera y demasiado oscura—. Pruébatelos, puede que necesiten algún arreglo.

Kristel negó con la cabeza.

—No me apetece.

La propietaria de la *boutique*, alemana como ellas, se acercó solícita.

—¿Se queda los dos vestidos, frau Otterbauer?

—Lo decidiré cuando me los pruebe. Que me los lleven a casa. Si no me sientan bien, los devolveré —dijo dejándolos encima del mostrador.

Mientras escuchaba la charla trivial de su amiga, Dagmar se esforzó en aparentar normalidad. Prefería no compartir con nadie las dudas que asaltaban su mente.

47

Mayo de 1941

Con las llaves del piso de los Llebrera en el bolsillo, Melisa se aventuró a la calle. Aprovechando la ausencia del portero, las había descolgado del cuadro de llaves que había tras el mostrador de su garita. Ya se las arreglaría para devolverlas a su sitio. Si era necesario, fingiría que se las había encontrado en el suelo.

Como no sabía hacia dónde dirigirse, preguntó a un viandante. El Oro del Rhin se hallaba en la avenida José Antonio y hacía esquina con la Rambla de Cataluña, le explicó. En su afán por mostrarse servicial, añadió que colindaba con el cine Coliseum. Melisa le agradeció las indicaciones, contenta de que la cafetería estuviera cerca, y emprendió el camino reprimiendo las ganas de correr. No quería llegar sin resuello.

Nerviosa por lo que estaba a punto de hacer, cruzó los jardines de la Reina Victoria Eugenia sin detenerse a admirar sus vistosas flores primaverales. Cuando llegó al edificio en cuyos bajos se ubicaba el café, se paró frente a las cristaleras para escudriñar su interior. Buscó a Erich entre la concurrencia. Algunas personas disfrutaban del aperitivo y otras almorzaban antes de regresar a sus puestos de trabajo. Cuando no divisó a Erich entre ellas, se inquietó. Puesto que eran cerca de las dos de la tarde, era muy probable que se hubiera marchado. Aun así, tenía que asegurarse.

Se apartó de los ventanales y avanzó con paso firme hasta la puerta. Descubrió que la cafetería era más espaciosa de lo que parecía a simple vista. Disponía de varios salones con restaurante y una orquesta para amenizar las cenas.

Un hombre ataviado con chaqueta blanca y corbata se acercó a ella.

—Buenas tardes, señorita —saludó sonriente.

Melisa lo miró y dedujo que se trataba del encargado. Su plan se iría al traste si se empeñaba en acompañarla a una mesa.

—Buenas tardes —respondió devolviéndole la sonrisa—. Estoy esperando a una amiga. No tardará —añadió para que la dejara tranquila.

Respiró aliviada cuando los ocupantes de una mesa reclamaron al encargado, que se alejó para atenderlos.

Desde el resguardo que le brindaba uno de los muretes que separaban la cafetería de los salones restaurante, Melisa hizo un barrido visual de las mesas. Se disponía a marcharse cuando lo distinguió en compañía de otro hombre. El corazón le dio un vuelco y su respiración se aceleró. Se llevó una mano al pecho enfadada consigo misma por reaccionar de aquel modo a su presencia. Era la primera vez que lo veía desde que, noches atrás, Erich había ido a esperarla al portal de los Llebrera para darle explicaciones. En aquella ocasión había sido Lucía quien se había enfrentado a él.

Melisa sintió que las rodillas le temblaban; no se atrevía a dar un paso, temerosa de que le fallaran. Sin embargo, si permanecía de pie en la entrada acabaría llamando la atención. Mientras observaba desazonada que todas las mesas contiguas a la de Erich se hallaban ocupadas, oyó a una pareja pedir la cuenta. Advirtió que su mesa estaba adosada a una columna. Era perfecta para escuchar sin ser vista. En cuanto la dejaron libre, se apresuró a sentarse. Pensó que

lo más probable era que Erich y su acompañante estuvieran hablando en alemán y, dado que ella no podría deducir de qué versaba su conversación, lo único que podría contarle a don Arturo era que el vicecónsul se había reunido con otro hombre para almorzar.

Un camarero le preguntó si esperaba a alguien. Cuando le contestó que no, pareció sorprendido de que una chica tan guapa no tuviera compañía.

—¿Qué desea tomar?

—Un café con leche, por favor —dijo ella en voz queda.

Al quedarse sola, aguzó el oído. Para su disgusto, el parloteo de los comensales, las risas y el tintineo de los cubiertos ahogaban las voces de Erich y su compañero de mesa. Ladeó la cabeza y observó con disimulo al hombre que se sentaba frente a Erich. Las arrugas que surcaban sus ojos oscuros y su cabello plateado le recordaron a su padre. No parecía alemán, aunque tampoco era español. Cuando el hombre alzó los ojos del plato, sus pupilas encontraron las de Melisa. Durante breves instantes se sostuvieron la mirada hasta que ella, turbada, volvió la cabeza.

Echó un terrón de azúcar al café y lo removió con la cucharilla. Mientras se llevaba la taza a la boca, se concentró en escuchar la conversación de Erich y el desconocido. Respiró satisfecha al comprobar que hablaban en español, pero lo hacían tan bajo que Melisa apenas los oía, y solo cuando el batiburrillo de voces disminuyó su intensidad, pudo captar las palabras *casa* y *esconder*. Si don Arturo sospechaba que Erich ocultaba algo, tendría que darle la razón.

—Disculpe, señorita, mi turno está a punto de acabar. Serán dos pesetas —dijo de pronto el camarero.

Melisa lo miró confusa.

—¿Qué?

—El café con leche. Dos pesetas —repitió.

En su prisa por salir de casa, había olvidado coger el bolso. Se llevó la mano a los bolsillos de la chaqueta esperando encontrar monedas sueltas, pero aparte de un pañuelo, solo encontró unos céntimos; insuficientes para abonar la cuenta. Dedicó una sonrisa radiante al camarero.

—¿El aseo?

Confiado, le indicó el camino.

Melisa se encerró en el baño preguntándose qué podría hacer para salir de aquel embrollo sin llamar la atención. Ni aunque desplegara todo su encanto lograría convencer al camarero de que le permitiera marcharse sin pagar. Se le pasó por la cabeza decirle que regresaría al día siguiente con el dinero, pero no se fiaría de ella, la tomaría por uno de los muchos pícaros que pululaban por la ciudad. Pensó en cómo reaccionaría la Patro si estuviera en su lugar. Era capaz de decir que el café sabía a jabón; amenazaría con armar tal escándalo que el pobre camarero la dejaría marchar para que no espantara a los clientes. Pero ella no tenía su descaro. Decidió que esperaría a que estuviera distraído y saldría a toda prisa. Lo peor que podía pasarle era que corriera tras ella. Respiró hondo y abrió la puerta del aseo. Apenas había dado un paso cuando su plan se fue al traste.

48

Mayo de 1941

La cabeza le daba vueltas. Cuando intentó respirar, el aire no entró en sus pulmones. Sus piernas eran dos bloques de hormigón que se resistían a moverse. Aterrorizada, comprendió que su cuerpo estaba en liza con su mente y que de la batalla solo saldría un ganador. Se obligó a tomar el control mientras Erich acortaba la distancia entre ellos.

—Melisa. No esperaba encontrarte aquí —dijo emocionado.

«Tranquilízate, por lo que más quieras. No le des ventaja sobre ti». La cercanía de Erich le impedía pensar con claridad. Bajó la cabeza para evitar su mirada.

—Por cierto —prosiguió él—. La próxima vez que quieras acercarte a mí sin que me dé cuenta, recuerda que tengo buena memoria. —Ante la mirada inquisitiva de ella, añadió sonriente—: Jamás podría olvidar tu aroma.

Melisa suspiró. También ella recordaba su fragancia. Olía a limón y hierba fresca. Continuó callada.

—Sabine, mi secretaria, me informa de todo lo que ocurre en el consulado, en especial de aquello que me concierne. —Guardó silencio para observar la reacción de Melisa, pero ella se mantenía hierática—. Tengo entendido que hoy has estado allí preguntando por mí —soltó de pronto.

Melisa hizo un leve movimiento hacia la derecha. Para impedir que se escabullera, Erich apoyó las manos en los marcos de la puerta.

—Dime, ¿a qué has ido? ¿Qué querías? —repitió inclinándose hacia ella.

Melisa dio un paso atrás.

—Na... nada. No quería nada —farfulló.

—No es eso lo que me han dicho.

Algo en el interior de Melisa se revolvió armándola de coraje. No estaba dispuesta a dejarse avasallar por él. Lo miró de frente y trató de que su voz sonara firme y clara.

—Puesto que su secretaria le informa de todo, seguro que ya le habrá puesto al corriente.

—¿Leíste mi nota? —le preguntó cambiando de tema.

—La rompí —mintió.

La intensidad con que Erich la miraba estuvo a punto de abatir sus defensas. Desvió los ojos hacia algún punto por encima del hombro. Entonces él murmuró a su oído con voz suave:

—No soy como crees.

Si seguía escuchando su voz, acabaría sucumbiendo. Tenía que salir de allí. Melisa lo miró a los ojos luchando para no ahogarse en aquel mar azul.

—Esa es la única verdad que ha salido de su boca —respondió con furia contenida—. Tiene razón, no es usted como yo creía. Me equivoqué, es mucho peor que don Arturo. Al menos, él no trata de esconder que es un sinvergüenza.

La frialdad y el desprecio que destilaba su voz hizo que Erich retrocediera.

«¿Acaso puedo culparla?», pensó mientras la veía alejarse hacia la salida.

Intentando mantener la compostura, Melisa se acercó al camarero que le había servido el café.

—Ese caballero alto y rubio que viene detrás de mí pagará mi consumición —dijo señalando a Erich con el brazo.

No se dio cuenta de que el hombre de cabello plateado la observaba con curiosidad. Una vez en la calle, echó a correr hasta que se quedó sin aliento. Solo entonces se detuvo para recobrar la calma.

Aspiró bocanadas de aire mientras daba rienda suelta a un carrusel de emociones. En el terrible chantaje de don Arturo había visto la oportunidad de vengar la ofensa de Erich. Y sin embargo, ahora que lo había tenido tan cerca que hubiera podido besarlo, el dique que su engaño había levantado entre ambos se había resquebrajado. Y de sus grietas empezaban a aflorar los sentimientos que creía enterrados en lo más profundo de su alma.

49

2001

La aparición de la inspectora Vega ante su casa ha sorprendido gratamente a Mario. No solo lo ha informado de que puede continuar con la reforma, sino que le ha hecho un inesperado ofrecimiento.

Ella, tan reacia a investigar crímenes del pasado, quiere ayudarlo.

Le vendría bien contar con sus conocimientos y sus recursos. Está a punto de mencionarlo cuando suena el teléfono de ella.

—¿Sí? —Tras una conversación breve, salpicada de monosílabos, la inspectora cuelga y levanta la cabeza—. Lo siento, tengo que irme. Me comentaba que ha pensado acercarse al Archivo Histórico de la Ciudad...

—Quiero echar un vistazo a los periódicos de la época.

—Eso puede hacerlo desde cualquier ordenador, basta con entrar en la página web y consultar la hemeroteca disponible.

—Me gusta el olor a papel viejo. Además, es posible que falten colecciones por digitalizar.

—Pues que tenga suerte —le desea ella a modo de despedida.

—Gracias.

Mario la observa mientras entra en el coche y se aleja calle abajo.

—Qué tarde tan desapacible. Suerte que ha escampado —dice una voz a su espalda.

Al girarse, reconoce a la anciana que curioseaba frente a su verja el día que salieron a la luz los restos óseos.

—Sí, la lluvia resulta un poco molesta.

—Vaya con cuidado —le aconseja antes de proseguir su paseo protegida bajo un enorme paraguas.

Mario enfila la avenida para coger la carretera de entrada a Barcelona. Como siempre que caen cuatro gotas, el tráfico dista de ser fluido y le lleva más de media hora llegar a la plaza de Catalunya. Aparca la moto y baja caminando hasta la catedral. Toma la calle de Santa Llúcia y sube los escalones que conducen al archivo. En el patio, un grupo de turistas contemplan la fuente decepcionados por no verla decorada con flores ni con el huevo bailando sobre el agua del surtidor. Uno de ellos descubre en un folleto que la tradición de *L'ou com balla* solo tiene lugar el día del Corpus.

Tras entregar su carné de identidad en la recepción para que le hagan una ficha, sube en ascensor al archivo.

Durante varias horas, se sumerge en antiguos diarios barceloneses de 1940 y 1941, dado que el forense ha estimado que los restos óseos son de hace unos sesenta años. Repasa por encima la información sesgada que llegó a España de la Segunda Guerra Mundial a raíz de los partes bélicos de los países enfrentados. El espacio concedido a Alemania e Italia, siempre superior al de los aliados, constata la falsa neutralidad del Gobierno de Franco en esos años. Tras el fracaso de los nazis en la batalla de Stalingrado, se dio la vuelta a la tortilla y España empezó a revelar una actitud menos beligerante con los aliados. Se centra en las páginas de sucesos, que recogen los altercados violentos y crímenes acaecidos en la ciudad, pero ninguno que tuviera lugar en Esplugues de Llobregat. «Es como buscar una aguja en un pajar». Absorto en la revisión de la prensa,

toma notas en unos folios reciclados que le han facilitado y cuando quiere darse cuenta es hora de cerrar, como le indica la archivera con amabilidad. Abandona el edificio con un sentimiento agridulce. Frente al claustro de la catedral divisa a una figura conocida.

—Inspectora, ¡no la esperaba!

—Se me ha ocurrido pasarme a preguntarle si ha tenido suerte con sus pesquisas.

Mario niega con la cabeza.

—No mucha. —Le muestra los folios escritos con letra apenas legible—. La mayor parte son ecos de sociedad y reseñas de los actos que protagonizaban los jerarcas franquistas y nazis. Nada que pueda ser de utilidad para mi investigación, pero me han parecido datos interesantes.

—Mi oferta sigue en pie. Si quiere, le ayudo a investigar.

—¿Seguro que tiene tiempo?

—Por supuesto. Tenía unos días libres y los he cogido ahora.

—Creía que no le interesaba la identidad del muerto enterrado en mi jardín —dice en tono irónico.

—Pero a ti sí y me has contagiado tu entusiasmo. Bueno, ¿aceptas mi ayuda?

Mario se percata de que lo ha tuteado.

—Claro que acepto —dice finalmente.

50

Mayo de 1941

La cerradura emitió un chirrido cuando Melisa dio la vuelta a la llave. Al día siguiente se la devolvería a Rogelio, le diría que la había encontrado en un rincón de la portería. Esperaba que no la hubiera echado en falta, ya que, de ser así, el pobre hombre estaría devanándose los sesos tratando de encontrarla. A Melisa le caía bien. Siempre tenía una palabra amable para ella, aunque cada vez que lo veía se preguntaba si sería cierto lo que contaba Lucía, que el régimen franquista le había adjudicado esa portería para que informase de las idas y venidas de los vecinos.

Cerró la puerta con sigilo y avanzó por el pasillo de puntillas. Si la cocinera o Lucía la pillaban vestida con ropa de calle, descubrirían que les había mentido. No le preocupaba un encuentro fortuito con doña Isabel, ya que no solía frecuentar la zona de servicio. Melisa planeaba ponerse el uniforme, pasarse por la cocina y luego someterse al interrogatorio de don Arturo. Se dirigía al dormitorio cuando una garra emergió de las sombras y le aferró el antebrazo. Sobresaltada, giró la cabeza. Al ver que se trataba de don Arturo, comprendió que había estado aguardando su llegada para abordarla por sorpresa. El hombre la empujó al interior del trastero y cerró la puerta a su espalda. Pese a que la estancia se hallaba en penumbras, no encendió la luz.

—¿Has encontrado a Von Lechner? —le preguntó sin más preámbulos.

—Estaba en el Oro del Rhin —se apresuró a confirmar Melisa visiblemente incómoda.

Don Arturo resopló.

—Eso ya lo imagino. Por eso te he enviado allí. Lo que quiero saber es si estaba solo.

—No. Lo acompañaba otro hombre.

—¿Un alemán?

—No lo creo, parecía extranjero, pero se expresaba en español.

—Bueno, ¿y qué aspecto tenía? ¡Habla de una vez! —la apremió mientras sacaba un puro del bolsillo interior de la chaqueta.

Para alivio de Melisa, se limitó a chuparlo. No estaba segura de poder contenerse si volvía a echarle el humo a la cara.

—Entrado en años, pelo cano, nariz aguileña, bien vestido...

—Ya que hablaban en cristiano, doy por hecho que entenderías la conversación.

Melisa negó.

—Había mucho ruido y ellos conversaban en voz baja. Solo he podido entender un par de palabras sueltas. Han mencionado una casa. Creo que tienen intención de ocultar algo en ella.

Don Arturo abrió mucho los ojos. La criada había logrado captar su interés.

Llevaba toda la mañana dándole vueltas al misterio de las cajas desaparecidas de la aduana. Dos cajas de forma rectangular, de unos noventa kilos de peso cada una, que habían llegado el día antes procedentes del puerto de Róterdam. «Demasiado pesadas para contener solo hilaturas», recordó haber pensado mientras supervisaba su descarga en el muelle. La secretaria de su socio, Hilda, Frida o comoquiera que se llamara aquella arpía, había

ordenado que se depositaran en el almacén hasta su traslado. Intrigado, don Arturo había ido a primera hora con el propósito de husmear, pero en el rincón donde se suponía que debían estar las cajas solo encontró una carretilla. Uno de los mozos lo informó de que la noche anterior la secretaria del señor Otterbauer había aparecido con un camión para recogerlas. Contrariado, don Arturo llamó entonces a la mujer, pero esta no soltó prenda, lo que confirmó sus sospechas de que su socio estaba implicado en algún negocio de contrabando, a juzgar por el trasiego de cajas que entraban y salían del almacén de manera clandestina. Y ahora se enteraba por la sirvienta de que Erich von Lechner iba a esconder algo en una casa.

—El vicecónsul y Otterbauer se conocen, sus mujeres son amigas... Me juego el cuello a que esos dos están juntos en esto —masculló. Le irritaba que no hubieran contado con él para un negocio que a buen seguro debía reportarles pingües beneficios. Carraspeó y volvió a centrarse en Melisa—. Dices que quieren ocultar algo. ¿Podrían ser obras de arte? —le preguntó.

—¡¿Cómo voy a saberlo?!

—¡Podrías haber aguzado el oído, maldita sea! —Entornó los ojos y la apuntó con el puro mordisqueado—. Esperaba más de ti.

Melisa había llegado al límite de sus fuerzas. Respiró hondo e hizo acopio de valor, consciente de que sus palabras no serían del agrado de aquella sabandija.

—Erich..., quiero decir, Von Lechner, me ha visto en el restaurante, me ha pillado desprevenida. Sabía que he ido al consulado...

Don Arturo no la dejó acabar la frase.

—¿Sabe que has intentado robar su agenda?

—No, pero... —titubeó.

—Pero ¿qué?

Melisa decidió no andarse por las ramas.

—Yo... no creo que pueda continuar con esto. Él sospecha que tramo algo.

Los ojos de don Arturo relampaguearon de ira contenida, pero Melisa no se achantó.

—Tarde o temprano descubrirá que está usted detrás de todo.

—No lo hará si tú no se lo dices.

—¡Yo no valgo para espía! —exclamó ella.

Ninguna mujer se había atrevido a desafiarlo, y mucho menos una criada. La osadía de Melisa lo enfureció, pero también lo excitó. Don Arturo sopesó la idea de lanzarse sobre ella, pero la chica tenía arrestos, era capaz de ponerse a gritar. En cuanto acabara con ella tendría que buscar alivio en Lucía. Dirigió a Melisa una sonrisa torcida.

—Despliega tu encanto, palomita, y haz que hable. Von Lechner está casado, sí, pero es un hombre. Y como todos, tiene sus debilidades. ¡Qué poco sabes de la vida! —Emitió un profundo suspiro—. Hay algo patético en el amor. A los hombres nos hace vulnerables, nos vuelve confiados, hace que bajemos la guardia y que nos convirtamos en presas fáciles. Algunos más que otros, claro.

Melisa apretó los puños a los costados. Contuvo las ganas de patearlo.

—No puedo... —intentó objetar.

—¡Calla! —la atajó don Arturo con rudeza—. Puedes y lo harás. ¿O tengo que recordarte el futuro que les espera a tus compañeras si me fallas? —añadió—. Pregúntale a Von Lechner qué le gusta, interésate por sus aficiones. A los hombres nos encanta que nos escuchen. Y no hables demasiado. No hay nada peor que una mujer charlatana. Haz lo que tengas que hacer, pero consigue que te

cuente qué se trae entre manos. Tengo la sensación de que ese nazi esconde muchos secretos. Y ahora ve a ponerte el uniforme antes de que te vea mi mujer.

51

Mayo de 1941

Lucía no necesitó palabras. Su entrecejo fruncido alertó a Melisa de que estaba al tanto de su escapada. Cruzó el umbral de la cocina dispuesta a justificarse, pero su amiga le dio la espalda y continuó sacando brillo a la tetera de plata. Melisa le tocó el brazo con suavidad para darle a entender que más tarde se lo explicaría. La cocinera le sonrió afable y se interesó por ella.

—¿Cómo te encuentras, hija?

—Mucho mejor —respondió Melisa sintiéndose culpable por encadenar una mentira tras otra—. ¿A qué huele? —preguntó para desviar la atención de su salud.

—Fermina te ha preparado un caldo de huesos. —Lucía señaló un cuenco que reposaba sobre la mesa—. Hace un rato te lo he llevado a la habitación, pero estabas tan dormida que no he querido despertarte. Se ha quedado frío —añadió con sarcasmo.

—Dormir es lo mejor que hay para curar los males —declaró la cocinera—. Siéntate, que enseguida te lo caliento —dijo mientras ponía un cazo al fuego y vertía en él el contenido del cuenco.

—No hace falta, Fermina. No tengo hambre —murmuró Melisa.

—Con el estómago vacío no puedes trabajar. Necesitas reponer fuerzas.

Cuando la mujer consideró que el caldo estaba caliente, cortó una rebanada de pan, la desmigó y la echó en la sopa. A Melisa el

gesto le devolvió el recuerdo de cuando su madre preparaba calducho con morcilla y echaba trozos de pan en los platos para que se empaparan. A ella no le gustaba el sabor de la morcilla, pero le habían enseñado a comer sin remilgos. Lucía le propinó un codazo.

—Come aunque sea un poco —le susurró— o Fermina no dejará de darte la vara. Parece mentira que no la conozcas.

Melisa cogió la cuchara y la hundió en el caldo. Apenas lo probó, se sintió reconfortada, aunque fue incapaz de terminárselo. La presión incesante de don Arturo le había revuelto el estómago.

—¿No te lo acabas? Pero si no has probado bocado desde la mañana —protestó la cocinera al ver el cuenco medio lleno.

Lucía se apresuró a interceder por su amiga:

—No la fuerce a comer, Fermina, a ver si le va a sentar mal. —Tomó a Melisa del brazo y la conminó a levantarse—. Vamos a ir preparando la mesa, que las amigas de doña Isabel no tardarán en llegar.

Apenas entraron en el salón, Melisa advirtió que la mesa ya estaba dispuesta para el té.

—¡Mira que poner la almohada entre las sábanas! —le reprochó Lucía con sorna—. ¡Pero cómo se te ocurre semejante burrada! ¿Y si te hubiera llevado el caldo Fermina, eh?

Melisa se apretó las manos en el regazo y guardó silencio. Se merecía la reprimenda de Lucía.

—Me tienes preocupada. No es propio de ti hacer estas cosas. Siempre has sido una chica sensata.

—Lo siento mucho, pero es que no sabes lo que estoy pasando. Don Arturo... —Melisa había decidido contárselo todo. No quería que su amistad se resquebrajara a causa de las mentiras. Abrió la boca dispuesta a continuar, pero Lucía se le adelantó:

—Hace un rato ha venido la Patro —declaró para sorpresa de Melisa, que parpadeó perpleja.

—¿La Patro? —repitió sin dar crédito—. ¿Aquí?

—Sí, y como es más bruta que un arado, se ha puesto a dar voces. Menos mal que la señora no andaba cerca y Remei ya se había marchado.

—Bueno, ¿y qué quería?

—Te ha visto entrar en el Oro del Rhin —soltó Lucía.

Aturdida, Melisa se tambaleó. Sacudió la cabeza para recomponerse.

—¿Y qué hacía ella por allí? —logró preguntar.

—Algún recado, supongo. A mí lo que me intriga es qué hacías tú entrando en esa cafetería cuando se suponía que estabas mala.

Melisa ignoró la pulla.

—¿Qué más te ha dicho? No habrá venido hasta aquí solo para decirte eso —aventuró inquieta.

—Pues no. Se conoce que te ha llamado, pero no la has oído. Entonces, como andaba con la mosca tras la oreja, se ha acercado a curiosear a través de una cristalera. Dice que tú y ese nazi os estáis viendo a escondidas.

—¿Nos ha visto? —A Melisa le extrañaba que la Patro no hubiera irrumpido en el restaurante.

Lucía puso los brazos en jarra.

—¿Cómo eres tan inconsciente? ¿Y si la señora se llega a dar cuenta de tu salida?

—¿Ha preguntado por mí?

—¡Claro! —exclamó Lucía—. Le he dicho que no te encontrabas bien. Ha torcido el morro, pero no ha rechistado. —La miró a los ojos—. ¿De verdad te estás viendo con él? Es que me resisto a creer a la Patro.

En un instante de debilidad, Melisa había estado a punto de confesarse con su amiga. Ahora se daba cuenta de lo imprudente que habría sido. Si don Arturo se enteraba de que se había ido de la lengua, haría efectiva su amenaza. Decidió que, por su propio bien, Lucía no podía conocer la verdad, aunque con ello defraudara a sus amigas.

—La Patro está en lo cierto —reconoció Melisa.

Lucía se llevó las manos a la boca.

—Ay, ¡la madre del cordero! Pero ¿tú sabes en qué lío te estás metiendo? —Alargó un brazo hacia la puerta—. En un rato estará aquí su mujer. La legítima —enfatizó—. ¿Cómo vas a mantener la dignidad delante de ella?

—Del mismo modo que la mantuve cuando descubrí que Erich estaba casado —declaró Melisa—. Te recuerdo que aquella vez fue mucho peor.

—¿Por qué diantres me has mentido? Entiendo que no quieras que Fermina se entere de tu aventura, pero... —se señaló a sí misma con el dedo índice— ¿acaso no confías en mí? Soy como tu hermana.

—Por eso mismo no te lo dije. Sabía que tratarías de disuadirme.

—¡Lo habría hecho! Estás cometiendo una locura. Esto no puede acabar bien, te lo digo yo. Si pensaras con la cabeza, me darías la razón.

Melisa esbozó una sonrisa.

—Sé que la tienes, pero no puedo evitar mis sentimientos. Solo te ruego, por el cariño que nos tenemos, que no me juzgues.

Lucía se acercó a su amiga y la estrechó entre sus brazos.

—No lo haré, pero me preocupa que salgas dañada —le susurró al oído—. Por cierto, ¿qué querías decirme sobre ese canalla? —le

preguntó en cuanto deshicieron el abrazo—. Antes, cuando te he interrumpido para hablarte de la visita de la Patro, ibas a...

—Es una tontería —la interrumpió Melisa—. Anoche, que olvidé llenar la jarra de agua del dormitorio y me ha regañado —mintió.

—Bah, eso es más propio de doña Isabel —bufó Lucía.

Melisa maldijo a don Arturo para sus adentros.

Ojalá hallara la forma de librarse de aquel ser despreciable.

52

Mayo de 1941

Doña Isabel a duras penas disimuló su alegría cuando, a media tarde, Dagmar apareció sola. A decir verdad, se había visto obligada a invitar a Kristel Otterbauer cuando Dagmar le mencionó que ese mismo día habían quedado para almorzar juntas. No es que Kristel no le resultara agradable, pero en su presencia no se hubiera atrevido a tratar determinados temas. Al fin y al cabo, Kristel estaba casada con el socio de Arturo, y doña Isabel no quería ponerla al tanto de sus cuitas matrimoniales. Aun así, fingió estar decepcionada.

—¡Qué lástima! Tenía ganas de verla —dijo mientras rozaba la mejilla de su amiga con los labios.

—Ya sabes lo despistada que es. Olvidó una cita con el médico. —Dagmar se quitó los guantes y siguió a su anfitriona hasta el sofá. Echó una mirada a la mesa de centro dispuesta para tres—. En realidad, me alegro de que no haya venido.

Su anfitriona se acomodó a su lado ligeramente desconcertada. Como no sabía qué decir, dejó que Dagmar prosiguiera.

—No me malinterpretes, querida, adoro a Kristel, pero a veces resulta avasalladora. —Puso los ojos en blanco y cruzó las piernas dejando al descubierto las rodillas—. Además, estoy segura de que te sentirás más cómoda sin ella —añadió enigmática.

Doña Isabel hizo una seña a las criadas para que retirasen el servicio. Mientras Lucía depositaba en el centro de la mesa una bandeja con el surtido de dulces, Melisa sirvió el té en unas delicadas tazas de porcelana china que la señora tenía en gran estima y tan solo exhibía con invitados especiales. Procuró que la mano no le temblara cuando reparó en que la mujer de Erich no le quitaba el ojo de encima. La alemana echó un terrón de azúcar en el té, lo removió con una cucharilla de plata y se llevó la taza a la boca. Tras comprobar que la infusión estaba a su gusto, devolvió la taza al platillo.

—Cuando me llamaste por teléfono, tuve la impresión de que querías hablarme de algo importante. —Dagmar clavó sus fríos ojos grises en doña Isabel.

—No entiendo cómo llegaste a esa conclusión; tan solo quería que pasáramos un buen rato charlando de nuestras cosas.

Dagmar enarcó una ceja.

—¿Estás segura? Creí que querrías retomar la conversación que dejamos a medias en el Liceo —murmuró.

Miró a su amiga e hizo un gesto hacia las criadas apenas perceptible. Doña Isabel lo captó de inmediato y les ordenó que salieran y cerrasen la puerta.

En lugar de obedecer, Lucía se aseguró de dejar un resquicio. Hizo caso omiso a las protestas de Melisa y esperó, con la oreja pegada a la puerta, a que las mujeres reanudaran la conversación. Al cabo de un minuto le llegó la voz impostada de doña Isabel. A Lucía le maravillaba la capacidad de la señora para cambiar el tono en función de su interlocutora: cuando se dirigía al servicio, su voz resultaba áspera y seca; sin embargo, con amigas como Dagmar se tornaba casi melodiosa.

—Tienes razón, querida, hay algo que me tiene en vilo desde la otra noche en el Liceo. —El leve tintineo de cucharillas indicó a Lucía que doña Isabel estaba removiendo el té—. No he dejado de pensar en lo que dijiste. No me cabe en la cabeza que alguien como tú pudiera mentar la palabra *divorcio*.

Dagmar sonrió.

—¿Por qué te sorprende?

—¡Es una abominación! —exclamó doña Isabel—. San Mateo lo dice bien claro en el Evangelio: «Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre». Gracias a Dios y al Generalísimo, el divorcio está prohibido en España.

—Tengo entendido que no siempre ha sido así —dijo Dagmar. Doña Isabel ignoraba que la mujer de Erich se refería a la ley del divorcio de 1932, que reguló por primera vez en España el derecho a disolver el matrimonio.

—El divorcio siempre ha sido cosa de rojos y gente de mal vivir —bufó con desdén.

—Me temo que Erich no está de acuerdo con eso —musitó Dagmar con un suspiro. A continuación, para sorpresa de Lucía, añadió en voz alta—: Cada vez estoy más convencida de que tiene una aventura.

Con los ojos abiertos como platos, Lucía agarró a Melisa del brazo y la atrajo hacia la puerta. Era reacia a fisgonear, pero terminó sucumbiendo. Con el corazón en un puño, escuchó cómo Dagmar se quejaba ante doña Isabel de las largas ausencias de Erich y de las noches que aparecía de madrugada. Un escalofrío le recorrió el espinazo cuando mencionó que en ocasiones había acudido al consulado solo para cerciorarse de que su esposo tenía tantos compromisos de trabajo como aseguraba. Melisa apretó los labios, temía que Dagmar rompiera su promesa y le contara a doña Isabel

que aquella misma mañana se había encontrado en el consulado con una de sus criadas.

—Su secretaria asegura que está muy ocupado estos días, pero tengo la impresión de que me oculta algo —continuó Dagmar ante el asombro de su anfitriona.

—Me parece que estás exagerando, querida —trató de animarla doña Isabel—. Lo más probable es que la secretaria te haya dicho la verdad. No le des más vueltas.

Dagmar seguía en sus trece.

—Cuando estalló la guerra, Erich se empeñó en que me fuera a vivir al campo con su madre. Decía que allí estaría más segura que en Berlín, pero no sabes cómo me aburría. Se enfadó mucho cuando me presenté en Barcelona sin previo aviso.

—¡Bien que hiciste! —exclamó doña Isabel—. El lugar de una mujer está junto a su marido.

Dagmar soltó una risa amarga.

—En cualquier caso, al final terminó aceptando mi presencia. Pero de un tiempo a esta parte es como si no... —Se interrumpió unos instantes, dubitativa, y tomó aire antes de continuar—: Es como si no soportara vivir bajo el mismo techo que yo. Creo que si pudiera, me pediría el divorcio.

—¡Pero cómo va a hacerte eso! —exclamó doña Isabel—. Si parece un hombre muy serio.

Melisa contuvo la respiración mientras aguardaba la réplica de Dagmar.

—No dudes que lo hará. De hecho, me lo ha dejado caer —admitió con voz queda.

Doña Isabel parecía aturdida.

—Pero el Führer piensa como el Caudillo, ¿verdad? Tampoco ve con buenos ojos el divorcio.

—Es cierto que el Partido Nacionalsocialista alienta los valores familiares, aunque facilita el divorcio con el fin de mantener la pureza racial. —Dagmar emitió un suspiro audible—. Supongo que tienes razón, dado que ambos somos arios puros, a Erich le sería difícil romper el matrimonio —alegó ocultando el hecho de que el propio Hitler había prestado ochenta mil marcos alemanes a uno de sus generales para que se divorciara de su esposa.

—En ese caso, querida, no tienes de qué preocuparte. Por muchas fulanas que frecuente, siempre volverá a ti.

Las últimas palabras de doña Isabel sembraron en Melisa la semilla de la duda. Decidió que ya había oído suficiente. Se apartó de la puerta y se juró que, si lograba confirmar que las ausencias de Erich se debían a la existencia de otras mujeres en su vida, no tendría piedad.

Le serviría su cabeza a don Arturo en una bandeja de plata.

53

Mayo de 1941

Ante la expresión grave de su amiga, Lucía trató de quitar hierro al asunto. Le dijo que quizá habían malinterpretado las palabras de la mujer de Erich, pero Melisa le hizo ver lo absurdo de su razonamiento.

Dagmar no había dejado lugar a dudas.

La idea de que solo hubiese sido una más para Erich encendía por dentro a Melisa. De ser cierto, significaría que la había vuelto a engañar. Se alegraba de haberle dicho a la cara que era una mala persona. Tenía que hacer algo de una vez por todas. Decidió que utilizaría la conversación entre Dagmar y doña Isabel para acercarse a él, tal como le había ordenado don Arturo; haría lo que fuera necesario para conseguir información y contentar a don Arturo.

Se aclaró la garganta y se volvió hacia Lucía.

—Necesito hablar con Erich —murmuró en voz baja para que no la oyeran desde el salón—. Y tú me ayudarás.

Lucía la miró de hito en hito.

—¿Yo? ¿Qué quieres que haga?

—Organiza una salida al baile para este jueves. Volveremos al Salón Cibeles.

—Las chicas van a dar saltos de alegría cuando se lo diga, sobre todo la Patro, ya sabes que anda loca por encontrar novio, pero... —

Lucía entornó los párpados— no acabo de entender qué te propones.

—Quiero zanjar la historia con Erich en el lugar donde empezó —dijo Melisa con voz serena.

—Das por sentado que él también irá. Sería mucha casualidad. Los hombres de su calaña solo van a ese tipo de bailes en busca de una aventura que no les traiga complicaciones, no hace falta que te lo recuerde.

—Acudirá —declaró con firmeza.

Lucía no se atrevió a contradecirla.

—Has decidido romper con él después de escuchar a su mujer, ¿verdad?

Melisa asintió.

—Ya no puedo fiarme de él.

—Por fin has entrado en razón. Bien está lo que bien acaba. Ya has visto que ese hombre no te conviene. Se habría aprovechado para luego deshacerse de ti como de un trapo viejo. Tú vales mucho, no tienes que...

El tintineo de una campanilla cortó en seco a Lucía. Abrió la puerta y entró en el salón seguida de Melisa. Doña Isabel las esperaba de pie.

—Frau Dagmar se marcha —dijo mirando a Melisa, que hizo una leve inclinación de cabeza y se encaminó al recibidor.

A su espalda, oyó a la mujer de Erich despidiéndose de su amiga.

Cuando los tacones de Dagmar resonaron en el recibidor, Melisa irguió los hombros. «Aguanta unos minutos, no dejes que perciba tus nervios». La ayudó a ponerse la gabardina y le entregó el pañuelo. Constató que era el mismo que llevaba por la mañana, cuando la sorprendió en el consulado. Palideció al sentir sobre ella su mirada escrutadora.

—Tienes mala cara —dictaminó la alemana con una sonrisa lánguida—. ¿Acaso tu enamorado te roba el sueño? —añadió para turbación de Melisa.

—Solo estoy algo cansada —repuso.

—¿Tu relación va bien? —insistió Dagmar—. La otra vez que hablamos del tema parecías muy ilusionada.

—Yo no... —titubeó.

El empeño de la mujer de Erich la incomodaba. Ante su estupefacción, Dagmar extendió la mano hacia ella y le levantó el mentón con delicadeza.

—Tus labios lo niegan, pero lo veo en tus ojos: estás enamorada. Tal vez tu aflicción se deba a tu miedo a perderlo. En ese caso, acéptame un consejo: haz lo que debas hacer para mantener a ese hombre contigo. En esta vida, el amor es una guerra más que nos toca librar. Pero solo debes presentar batalla si estás segura de tu victoria. —Dagmar evocó el recuerdo de una tarde de verano largos años atrás y, por unos instantes, un velo de amargura ensombreció su mirada gris. Sacudió la cabeza para no pensar en aquella decisión desesperada que la había condenado. Emitió un profundo suspiro antes de añadir—: De lo contrario... Créeme, los fantasmas son insidiosos compañeros de viaje. Lo sé por experiencia.

Conmocionada por sus palabras, Melisa salió al rellano y llamó al ascensor. Aguardó a que llegara sin atreverse a mirar a Dagmar. Por fortuna, esta no parecía tener nada más que decir.

Melisa se preguntó hasta dónde llegaría aquella mujer con tal de retener a Erich.

54

Mayo de 1941

Las chicas emitieron un silbido de admiración cuando el jueves por la tarde Melisa apareció en el baile con su vestido nuevo. El día antes, en el mercado, había preguntado a Antoñita si podía prestarle algo de ropa. Ya estaban a finales de mayo y sus pocas prendas de entretiempo se veían ajadas por el uso. La criada la había mirado de arriba abajo y se había echado a reír ante la ocurrencia.

«Pero ¿tú me has visto bien? ¡Si soy un tapón comparada contigo! ¿Por qué no me lo has dicho con más tiempo? Ya sabes que yo en un par de ratos te avío un vestido, pero justo ahora no me queda un retal; el último lo gasté en una falda para la niñera».

«No quería darte trabajo, pero necesito un vestido y la ropa buena es muy cara. —Melisa suspiró resignada—. Bueno, no pasa nada, volveré a ponerme el conjunto que me hiciste».

«No, no —replicó Antoñita pensativa—. Déjalo de mi cuenta, a ver qué puedo hacer».

Ese mismo jueves, por la mañana, había sorprendido a Melisa con un precioso vestido de algodón color malva. Incluso Lucía se había quedado sin habla.

«¿Es obra tuya?», preguntó sin apartar los ojos del vestido que Antoñita mantenía alzado frente a Melisa.

La extremeña negó con la cabeza.

«Lo he cogido del armario de la señora. He tenido que hacerle unos arreglillos de nada».

«Es demasiado, no puedo aceptarlo —protestó Melisa—. ¿Y si tu señora lo echa en falta?».

La criada atajó sus objeciones con una carcajada.

«Ni se acuerda de este vestido. Pues anda que no tiene ropa y zapatos. Y hablando de eso... —Sacó de la bolsa un par de zapatos de gamuza negra casi nuevos y se los entregó—. Son de tu número. Los tuyos están muy gastados», añadió para convencerla.

Antoñita comprobó satisfecha que el vestido le sentaba a Melisa como si lo hubieran hecho para ella. De la cintura partía una falda plisada y su escote francés se adornaba, al igual que las mangas, con una franja de terciopelo lila. Una hilera de botones de nácar cerraba el vestido por delante.

—Pareces una artista de cine —comentó Antoñita entrelazando el brazo de Melisa con el suyo para entrar en el Salón Cibeles.

Así era como se sentía Melisa. Una comediante a punto de salir a escena. Solo que aquella tarde no representaría la función que sus amigas esperaban ver.

No serían testigos del final de su aventura con Erich porque planeaba hacer justo lo contrario: retomar su relación.

Cuando Lucía le había manifestado sus dudas acerca de que él asistiera al baile, Melisa había sonreído para sus adentros. Sabía que Erich acudiría porque no pensaba dejar la posibilidad al azar. Aquella mañana le había enviado un mensaje de su puño y letra al consulado a través de Matilde, la que mejor la comprendía y la había alentado desde el principio a escucharlo.

Se sentaron en el mismo lugar que habían ocupado la última vez. En el escenario, la orquesta desgranaba la primera pieza de la tarde. La Patro, entusiasmada, comentaba que se había puesto unos

zapatos cómodos para que las ampollas no le amargaran la fiesta. Mientras fingía escucharla, Melisa escudriñaba la sala con ojos anhelantes. «Aún es temprano», se recordó. Matilde percibió su preocupación.

—Cuando he dejado el sobre en recepción, le he dicho al oficial que era muy importante —susurró al oído de su amiga.

—¿Y si no se lo han entregado?

—Lo han hecho. He añadido que era de parte del señor alcalde. —Rio Matilde con un guiño cómplice.

Un hombre fornido de cabello rizado y nariz aplastada se acercó a las chicas y las observó de arriba abajo. Fue directo hacia Melisa. Cuando ella lo rechazó con un gesto cortés, probó suerte con Antoñita, quien, a falta de una opción mejor, accedió a bailar con él. Mientras ambos se dirigían a la pista, Melisa preguntó a Matilde por su hijo. Una amplia sonrisa iluminó el rostro de la joven.

—Está muy bien, gracias a Dios. Ha pasado un catarro, pero con el dinero que le mandé, mi tía le compró una medicina que ha sido mano de santo. —Cabizbaja, se miró las manos agrietadas por el duro trabajo—. Le envío casi todo lo que gano, pero siempre le parece poco. Si no fuera por la ayuda de la Patro... —continuó con un suspiro. Melisa recordó que las pesetas que la andaluza sisaba a su señora se las entregaba a Matilde—. Vivo con el miedo de que me ocurra algo. El día que mi tía no reciba dinero, mandará a mi niño al hospicio —añadió apesadumbrada.

—¡Cómo iba a hacerle eso a su propia sangre! —Melisa se escandalizó.

La Patro, que no había perdido ripio de la conversación, alzó la voz para hacerse oír por encima de la música:

—La familia te hace eso y cosas peores —renegó—. Ayer recibí carta de mi madre. Se la escribió la vecina. Mira lo que me dice.

Abrió el bolso y sacó una cuartilla. Melisa la cogió y la desplegó. En tres párrafos plagados de faltas de ortografía y tachones, su madre le comunicaba que su hermana había dado a luz y le pedía a la Patro que volviera al pueblo a echarle una mano.

—Como estoy soltera, mis hermanos dan por sentado que tengo que ser yo la que atienda a su prole. ¡Ni muerta me ven en el pueblo!

Las horas transcurrían sin rastro de Erich. Con la mirada fija en la puerta, Melisa empezó a arrepentirse de haber sido tan arisca con él en el Oro del Rhin. Desvió los ojos cuando Lucía le dio un codazo y señaló con el mentón al hombre que se acercaba a la fila de sillas donde varias chicas aguardaban a que alguien las invitara a bailar. El hombre se detuvo frente a Melisa, levantó el brazo izquierdo, se llevó el derecho al tórax y movió las caderas al tiempo que giraba sobre sí mismo. Melisa lo contempló atónita.

—¿Qué está haciendo? —preguntó a Lucía.

—Será su forma de invitarte a bailar —dijo tratando de contener la risa. Presintiendo que su amiga le daría calabazas, se apresuró a añadir—: Se le ve majo.

—¿Te has fijado en su pelo? —susurró Melisa—. ¿Cuánto hará que no se lo lava?

—Hija, no seas tan exigente, que no todos pueden tener tan buena planta como Erich. Baila con él aunque sea una vez, así se te hará más corta la espera.

—Si es que viene, el malnacido —refunfuñó la Patro, malhumorada porque nadie la sacaba a bailar.

—Ay, Patro, no eches más leña al fuego —la riñó Matilde.

Cuando el hombre tendió la mano a Melisa y la Patro vio que se disponía a rechazarlo, la empujó hacia delante.

—¡Sal a bailar, carajo!

Melisa se puso en pie con desgana y siguió al hombre a la pista. Guardó las distancias mientras se movía como una autómata al ritmo del swing. Cuando la orquesta empezó a tocar una pieza lenta, hizo ademán de abandonar la pista, pero él la agarró del brazo y la atrajo hacia sí. Melisa reprimió una mueca de asco al sentir su mano caliente y pegajosa bajo la suya. Apenas prestó atención a los intentos de conversación del hombre. En su cabeza solo había espacio para Erich y su desprecio. Estaba triste y enfadada consigo misma. ¡Qué tonta había sido creyendo que su nota lo atraería como la miel a las moscas! ¿Quién era ella, al fin y al cabo? Abatida, contempló el vestido y los zapatos que le había regalado Antoñita.

«La ropa buena no te convierte en una dama».

La arremetida la cogió desprevenida.

Aprovechando que el vigilante de la sala no andaba cerca, su pareja de baile la estrechó contra su cuerpo y bajó la mano hacia la parte inferior de su espalda. A ella se le revolvió el estómago cuando notó el bulto del pantalón. Se desasió de las garras del hombre y lo empujó con todas sus fuerzas. Lágrimas de rabia e impotencia resbalaron por las mejillas de Melisa.

Cuando se dio la vuelta para regresar junto a sus amigas, chocó contra un muro de piedra. Erich apenas la miró. Con los ojos inyectados en sangre, avanzó hacia el centro de la pista.

55

Mayo de 1941

Como si hubieran previsto la tormenta que se avecinaba, los músicos de la orquesta eligieron ese momento para tomarse un descanso. Tal circunstancia propició que las miradas de los que se hallaban en el centro de la pista convergieran en los dos hombres que parecían medir sus fuerzas en silencio. Temeroso de que aquel extranjero alto y robusto lo vapuleara, el tipo que se había propasado con Melisa retrocedió con tan mala pata que dio un traspié y cayó de espaldas. Apenas se puso en pie, abandonó el local como alma que lleva el diablo.

Un torrente de emociones inundó a Melisa cuando Erich le cogió la mano. Consciente de que sus amigas, y en especial Lucía, no perdían detalle de sus gestos, se soltó. «Ahora no puedo hablar con él. No delante de ellas», pensó mientras ideaba una forma de alejarse del escrutinio de las chicas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Erich tomándola del codo—. He estado a punto de matar a ese imbécil —gruñó irritado.

—Márchate, por favor —le pidió ella con el corazón desbocado.

—¿Cómo? —replicó Erich, el rostro crispado—. Tu nota decía que viniera, pensaba que querías hablar conmigo.

—Quiero hablar, pero no aquí. —Melisa observó a sus amigas de soslayo—. Espérame fuera, te lo ruego. Yo... fingiré que hemos discutido y saldré enseguida.

Pese a no entender lo que se proponía, Erich obedeció. Melisa lo siguió con la mirada hasta que desapareció, respiró hondo y fue al encuentro de sus amigas. Las chicas, deseosas de conocer los detalles de su conversación, la acribillaron a preguntas.

—¿Habéis roto?

—¿Qué le has dicho?

—¿Se ha enfadado?

—Ese malnacido no te merece.

Reacia a decirles la verdad, Melisa eludió el tema. Les contó que el hombre que la había sacado a bailar había resultado ser un sinvergüenza y que su comportamiento la había alterado. Sus explicaciones no aplacaron el interés de las chicas.

—A nosotras, el fresco ese tanto nos da. Lo que nos interesa saber es si has hablado con Erich —insistió Lucía.

Melisa negó con la cabeza.

—No me encontraba con ánimos para discutir y es lo que iba a ocurrir.

—¿Tanto te ha disgustado el granuja? —se extrañó Antoñita.

—La culpa la tiene el nazi. No estará acostumbrado a que una mujer lo ponga en su sitio —aseveró Lucía—. ¿Te encuentras mal? —preguntó a Melisa al percatarse de su palidez.

—Me duele un poco la cabeza. Creo que me iré a casa. —Cazó la ocasión al vuelo.

—¿Te acompañamos? —se ofreció Matilde, que tampoco tenía ganas de bailes.

Melisa le tocó el brazo con suavidad y la miró a los ojos. Ella la entendería.

—No, por favor. No quiero fastidiaros la única tarde libre que tenéis. Además, estoy bien, no te preocupes.

Matilde se inclinó hacia su amiga. Tras darle un abrazo, le susurró al oído:

—Ve con él y haz lo que te dicte el corazón.

Melisa miró arriba y abajo de la acera. Temió que Erich, harto de su actitud, se hubiera marchado. Caminó hacia la calle Bruch y se disponía a doblar una esquina cuando se dio de bruces con él.

—Caray, me has asustado —dijo sobresaltada.

—Lo siento. He decidido alejarme un poco, por si tus amigas salían contigo del baile.

—Han estado a punto. Lo mío me ha costado convencerlas de que se quedaran, aunque no tardarán en marcharse. Ya es tarde.

—Falta un buen rato para que anochezca. —Erich miró al cielo. El sol todavía estaba alto—. ¿Damos un paseo? —sugirió clavando en ella sus ojos azules.

Melisa, azorada, apartó los suyos.

—No sé si es buena idea. Podrían vernos —dijo con rigidez.

Erich apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea. Tras la tensa conversación que habían mantenido en el Oro del Rhin, había perdido la esperanza de recuperar a Melisa, pero cuando aquella mañana leyó la nota que le había hecho llegar al consulado le embargó una profunda emoción. Creyó que lo había perdonado. Sin embargo, la indiferencia que ahora destilaba su voz lo tenía confundido.

—Me hiciste creer que eras soltero —continuó ella con los ojos fijos en la calzada—. Mentiste.

«Así que se trata de eso». Erich maldijo el compromiso de vida que lo ataba a otra mujer. Una mujer a la que no amaba.

—Reconozco que actué mal y lo siento —dijo—. Espero que me perdones. —Hizo una pausa y miró de reojo a Melisa antes de preguntarle—: ¿Habrías seguido conmigo si te hubiera dicho la verdad desde el principio?

—¡Naturalmente que no! —exclamó ella.

Tragó saliva para deshacer el nudo de su garganta. Enterarse de que Erich tenía una esposa le había desgarrado el alma, pero no le había dolido tanto como descubrir que menospreciaba a los judíos. Porque, a ojos de Melisa, eso lo convertía en un criminal, alguien de quien jamás se podría enamorar. Y sin embargo, día tras día luchaba por sofocar el fuego que la abrasaba por dentro.

«Esa es mi tragedia»; suspiró.

Erich extendió la mano hasta su pelo y acarició un mechón.

—Dagmar y yo hace tiempo que estamos separados —dijo en un tono teñido de amargura.

Melisa se resistía a creerlo.

—Pero convivís en la misma casa. Dormís en la misma cama —le recordó cabizbaja.

Él desvió la mano de su pelo, le puso el dedo índice bajo el mentón y la obligó a mirarlo.

—Dos personas pueden vivir bajo el mismo techo y no compartir nada. Me casé con Dagmar porque todo me daba igual. Durante mucho tiempo anduve desorientado, pero entonces te conocí y me devolviste el rumbo y la capacidad de amar.

Melisa parpadeó perpleja. Erich parecía sincero, aunque ¿cómo podía amarla a ella y no a sus semejantes? Cuando se disponía a sacar el tema, una voz en su interior le aconsejó que no era el momento. Confusa, echó a andar hacia el paseo de Gracia. Sus amigas no tardarían en salir del Salón Cibeles y no quería que la

encontraran en compañía de Erich. La única que lo sabía era Matilde, pero ella le guardaría el secreto.

Abordó el asunto que la reconcomía.

—Tu mujer..., Dagmar..., estuvo en casa hace unos días. —Lo miró de soslayo para ver su reacción, pero su rostro se mantuvo impertérrito—. Mientras mi señora y ella tomaban el té, hablaron de ti. —Esta vez advirtió que Erich tensaba la mandíbula.

—¿Hablaron de mí? ¿Contigo delante? —preguntó escéptico.

Melisa negó con la cabeza.

—Doña Isabel nos hizo salir a Lucía y a mí, pero escuchamos a través de la puerta.

Erich esbozó una mueca. Convencida de que reprobaba su conducta, Melisa se apresuró a disculparse.

—Ya sé que no deberíamos haber fisgoneado —reconoció avergonzada.

—¿Era interesante lo que oísteis? —preguntó él con sorna.

Melisa le refirió las sospechas de Dagmar. Para su sorpresa, Erich estalló en carcajadas.

—Francamente, no le veo la gracia. —Enojada, Melisa se paró en mitad de la calle—. A mí me parece un asunto muy serio. —Lo cogió del brazo y lo taladró con sus ojos oscuros—. ¿Es cierto? ¿Estás viendo a otras mujeres? Aparte de mí, quiero decir.

Se arrepintió al instante de su arrebato. No quería parecer celosa. Erich le sostuvo la mirada.

—No hay ninguna otra mujer. Tú eres la única en la que pienso día y noche.

—Entonces..., tus continuas ausencias ¿a qué se deben?

Erich suspiró.

—Mi trabajo es complicado, a veces me obliga a viajar a Madrid y... —vaciló antes de proseguir— reconozco que no me gusta dar

explicaciones. —Cogió las manos de Melisa y las envolvió con las suyas—. Debes confiar en mí.

Sumergida en el océano de sus ojos, Melisa no reparó en el Hispano-Suiza detenido a pocos metros hasta que el resplandor intermitente de sus faros captó su atención. Tuvo la impresión de que alguien intentaba enviarle un mensaje.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Liberó las manos.

—Yo... necesito tiempo —balbuceó sin dejar de mirar hacia el automóvil, cuyo conductor continuaba jugando con los faros.

—¿Cuándo volveré a verte? —Erich se inclinó hacia ella—. No creo que pueda esperar hasta el próximo jueves —le susurró.

Melisa pensó que don Arturo aprobaría que se vieran lo antes posible. Doña Isabel era harina de otro costal; si volvía a pedirle permiso para ir a misa, empezaría a sospechar.

—Mañana por la tarde intentaré escaparme un rato, pero no puedo prometerte nada. Tengo obligaciones que cumplir.

—Podemos ir al Oro del Rhin —propuso él con una sonrisa pícara.

—Mejor en el claustro de la catedral, es un sitio discreto. A las cuatro y media. Ahora tengo que irme. Si Lucía llega antes que yo, se preguntará dónde me he metido.

—Está bien. Yo también me voy a casa —dijo Erich.

Antes de marcharse, acarició la mejilla de Melisa con las yemas de los dedos. Apenas fue un leve roce, pero mientras caminaba hacia el Hispano-Suiza, sentía el rostro en llamas.

56

Mayo de 1941

Al principio, al chófer de don Arturo le costó reconocer a Melisa en aquella hermosa mujer que vestía ropa elegante y se movía con ademanes de señora. Solo cuando ella volvió la cabeza y miró en su dirección, advirtió que se trataba de la criada. Chascó la lengua decepcionado. Lástima que una chica como ella hubiera caído en las garras de un miserable. Se apeó del vehículo y esperó a que Melisa llegara a su altura.

—Buenas tardes, Julián, qué sorpresa verlo aquí —dijo ella mientras atisbaba el interior del coche a través del parabrisas. Exhaló un suspiro de alivio al ver el asiento trasero desocupado.

El chófer se quitó la gorra y se rascó la cabeza.

—Buenas tardes, Melisa. Iba a aparcar cuando te he visto —dijo al tiempo que le abría la puerta del coche y la invitaba a entrar con un gesto de la mano.

Ella sonrió. Estaban solo a dos calles del domicilio de los Llebrera.

—Es usted muy amable, pero no es necesario. Además, con la escasez de gasolina, seguro que a don Arturo no le parecería bien que la gaste en acompañarme a casa.

—Ha sido él quien me ha enviado por si necesitas que te lleve a alguna parte, que no sea a casa, claro —añadió ante el desconcierto de Melisa.

—¿Cómo dice? —Se preguntó si el chófer estaría al corriente de que su jefe la estaba chantajeando. Por la forma en que miraba a su alrededor, parecía nervioso.

—Pues eso, que estoy a tu servicio —repitió el hombre.

Melisa entornó los ojos, suspicaz.

—¿Cómo me ha encontrado? —le preguntó sin ambages.

—Fermina me ha dicho que Lucía y tú habíais ido a bailar al Salón Cibeles. —Julián aspiró hondo—. Ten mucho cuidado, si el señor se entera de que andas con otros hombres..., no sé de lo que sería capaz.

Melisa se estremeció. «Cree que soy la querida de don Arturo». Le fue imposible articular palabra, y lo dejó proseguir.

—Me ha parecido que ese individuo con aspecto de extranjero intentaba besarte. Por eso he dado las luces, para avisarte; nunca se sabe si don Arturo puede estar al acecho.

Si Julián no hubiera emitido un silbido de admiración, Melisa no se habría fijado en el Mercedes Benz que en ese instante cruzaba la avenida del Generalísimo. Reconoció a Erich al volante. ¿No le había dicho que se marchaba a casa? Entonces, ¿por qué conducía hacia las afueras de la ciudad? Sin detenerse a reflexionar, instó a Julián a entrar a toda prisa en el vehículo mientras ella se sentaba a su lado. El chófer mostró su asombro al conocer sus intenciones.

—¿Quieres que lo siga?

—¿No le ha dicho don Arturo que se ponga a mi servicio? —le dijo Melisa—. Pues aligere, que lo vamos a perder —lo apremió nerviosa.

Sin rechistar, Julián puso el motor en marcha y enfiló la avenida asegurándose de mantener la distancia con el coche de Erich. No quería que se percatara de que lo estaban siguiendo, lo cual no era muy difícil, dado el escaso tráfico.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —preguntó a Melisa al cabo de unos minutos. Ella asintió sin dejar de mirar hacia delante. El chófer le soltó a bocajarro—: ¿Estás enamorada de ese hombre?

Se puso en alerta. No le cabía duda que don Arturo se valía de Julián para conseguir información sobre ella. Despegó los labios para responder con una vaguedad, pero el chófer se lo impidió.

—Si de verdad amas a ese hombre, márchate de casa de los Llebrera. Llevo dos años trabajando para ellos y los conozco bien. Son mala gente, sobre todo don Arturo. Ese hijo de Satanás se aprovecha de Lucía y no tiene reparos en decirlo, le he oído referirse a ella con comentarios groseros aquí mismo, en el asiento de atrás. —Movió la cabeza asqueado y desvió la mirada de la carretera para observar a Melisa. Sabía que eran amigas y no quería ofenderla. Al ver que ella apretaba los puños presa de la rabia, continuó—: Cuando esa sanguijuela se canse de Lucía, la echará de su casa sin contemplaciones. Pero ella no es como tú. Don Arturo debe de estar muy interesado en ti cuando me ha ordenado que te vigile.

—No diga tonterías. Lo único que pretende el señor es tenerme controlada, como a todos —bufó Melisa incómoda por la conversación.

El chófer se dio cuenta de que había hablado demasiado y optó por dejar el tema.

—¿Sabes cómo se llama esta calle?

—¿Avenida del Generalísimo?

—Eso dice el letrero. Pero todos la conocemos como Diagonal. Ya se puede empeñar Franco en hacerla suya. —Al comprobar que se había relajado, Julián decidió darle un último consejo—: No pretendo decirte lo que tienes que hacer, pero una mujer como tú no debería involucrarse con un ser tan mezquino.

Melisa tragó saliva. Deseó poder contarle la verdad.

—Gracias por su preocupación. Es usted un buen hombre.

Julián chascó la lengua y volvió a centrarse en la conducción.

—Si no fuera porque tengo hijos pequeños, ya habría dejado el trabajo, pero don Arturo me paga bien y son tiempos difíciles —dijo mientras se alejaban del casco urbano. En un momento dado, señaló a su izquierda—. Detrás de ese muro está la Prisión Provincial de Mujeres. La hermana de un amigo mío cumple condena ahí por comunista. Hace unos años la prisión estaba en la calle Reina Amalia. Decían que estaba infestada de ratas —explicó. Ante el interés de Melisa por un edificio que parecía un palacio salido de un cuento de hadas, la informó de que era el cuartel del Bruch, sin entrar en detalles—. Se está haciendo tarde. Fermina debe de estar que trina. ¿Estás segura de querer continuar con esto? —le preguntó cuando el Mercedes enfiló la avenida de la Victoria.

—Lo estoy —afirmó obstinada.

Ante la testarudez de la chica, el chófer suspiró resignado.

—¿Qué vas a decirles cuando te pregunten dónde has estado? La señora es muy capaz de despedirte sin referencias.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo para tranquilizarlo.

En aquel momento, doña Isabel era la menor de sus preocupaciones.

Tras dejar atrás la plaza de Pedralbes y el monasterio anexo, siguieron al coche de Erich en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. En un instante de vacilación, Melisa se preguntó si no estaría cometiendo un error al empeñarse en ir tras él. El chófer no andaba falto de razón cuando decía que Fermina y Lucía se inquietarían al no verla en casa. Aún estaba a tiempo de regresar a la ciudad. Ponderó pedirle a Julián que diera media vuelta, pero su deseo de averiguar la verdad sobre Erich acabó imponiéndose. Cuando el hombre reclamó su atención hacia la vía oscura y

empinada que acababa de tragarse el coche de Erich, se le puso la piel de gallina. ¿Hacia dónde se dirigía?

57

Mayo de 1941

Melisa asomó la cabeza por la ventanilla y oteó el paisaje que se extendía ante sus ojos. La falta de luz eléctrica le impedía apreciar bien el entorno, y cuando pidió al chófer que encendiera los faros, este se negó por miedo a delatar su presencia. No quería tener que vérselas con algún guardia rural.

—Tu amigo tampoco lleva luces. Por algo será.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella.

—Pasando el barranco, ya es Esplugas. Y cuesta arriba, la montaña. —Señaló a su derecha con el brazo—. No sé adónde se dirigirá tu amigo, puede que a las cuevas...

Lo miró inquisitiva. Julián siempre tenía una historia que contar. El hombre se aclaró la garganta y procedió a satisfacer su curiosidad.

—Hace años, en la zona más próxima al pueblo vecino de San Justo, algunas familias emigrantes vivían en cuevas. Las habían excavado en la parte de la montaña donde la tierra era arcillosa, o eso dicen, pero, vamos, de eso hace mucho tiempo, así que...

—Pare el coche, por favor —dijo ella de pronto. Algo en su interior le decía que a partir de allí debía continuar sola.

El chófer se mostró reticente.

—¡No pensarás ir hasta allí! —exclamó con el semblante serio al ver que Melisa abría la puerta y se disponía a bajar—. ¡Ni hablar! —

Cuando hizo ademán de acompañarla, ella levantó la palma de la mano para detenerlo.

—Espéreme aquí. No tardaré.

—Está bien —claudicó el hombre—. Si no vuelves en media hora, iré a buscarte —le advirtió.

Echó a andar atenta a cada paso que daba. Como no estaba acostumbrada a llevar zapatos de salón, los tacones se le clavaban en la tierra y en más de una ocasión perdió el equilibrio. Habían salido del casco urbano con luz diurna, pero el sol se había puesto hacía rato y la noche en la montaña imponía respeto. Siguió un camino pedregoso que ascendía hacia el monte cruzando una extensión de cultivos de secano, en su mayoría viñedos a los que la luna confería matices plateados. Un velo de tristeza empañó su mirada al recordar que su padre había cultivado uvas antes de que las tierras le fueran requisadas por los nacionales. Parpadeó para recomponerse. No podía permitirse bajar la guardia. Puede que allí no hubiera manadas de lobos, como en su pueblo, pero sí jabalíes, animales que podían resultar igual de peligrosos si tenían hambre. El miedo la espoleó a apretar el paso y le devolvió un recuerdo de su niñez.

Era una mañana de finales de verano. Había decidido sorprender a su madre con las primeras moras de temporada. Deseosa de llenar la cesta, se adentró tanto en el monte que, cuando quiso darse cuenta, no supo regresar a casa. Dio vueltas y más vueltas hasta que tropezó con unos matorrales y cayó en una zanja. Gritó pidiendo auxilio, pero nadie acudió en su ayuda. Envuelta en la más completa oscuridad, con el ulular de los búhos y el aullido de los lobos como única compañía, pasó la noche aterrorizada, temiendo ser pasto de alguna alimaña. A la mañana siguiente, un pastor dio la voz de alarma. El alivio de sus padres no la libró de la reprimenda. Todo

hubiera quedado en un susto de no ser porque Melisa comenzó a sentir pavor a los espacios cerrados. «Sentir miedo no te convierte en cobarde, solo lo serás si te rindes y no te enfrentas a tus temores», solía decirle su padre.

Un escalofrío le recorrió la espalda y empezó a temblar. Sacudió la cabeza para alejar aquel pensamiento que la debilitaba y volvió a centrarse en Erich. «¿Qué harás si lo sorprendes en brazos de otra mujer?». Para bien o para mal, sus dudas encontrarían pronto respuesta. Si Erich había vuelto a engañarla, no le temblaría el pulso a la hora de vengarse. Lo destruiría, aunque para ello tuviera que aliarse con el mismísimo diablo.

Llevaba caminando un rato cuando, a unos metros de donde se hallaba, divisó una casa. Se cubrió el pecho con los brazos para protegerse de la humedad de la noche y miró a su alrededor en busca de señales de vida.

Presentía que Erich andaba cerca.

Decidió echar un vistazo, consciente de que se adentraba en una propiedad privada. Avanzó por un sendero en cuyos márgenes crecían flores silvestres sin orden ni concierto. En un extremo divisó un árbol cuyas ramas desnudas se inclinaban hacia la tierra. Dos grandes macetas de arcilla desprovistas de plantas adornaban las jambas de la puerta principal. Llegó a la conclusión de que a su dueño no le preocupaba el estado del jardín.

Un débil centelleo procedente del piso inferior interrumpió sus cavilaciones. Apenas duró el tiempo suficiente para despertar su curiosidad. Se aproximó a hurtadillas a una ventana, pero no logró ver nada. Las cortinas eran demasiado tupidas. Probó suerte con el ventanal contiguo.

Sintió que se le aceleraba el pulso.

Había esperado ver a Erich retozando con otra mujer, pero la imagen desplegada ante sus ojos era muy distinta.

A la tenue luz de un quinqué, vislumbró a un grupo de seis adultos y un niño pequeño sentados en torno a una mesa. Le pareció que el cansancio y el miedo se reflejaban en sus rostros. Se preguntó quiénes serían y si estarían retenidos en contra de su voluntad. Junto a los pensamientos más terribles, asaltó su mente la sombra de una sospecha.

No oyó el crujido de los pasos hasta que fue demasiado tarde. Con el corazón en un puño, volvió la cabeza.

Y entonces, un grito de terror brotó de su garganta.

58

Mayo de 1941

Al ver que una barra de hierro descendía sobre ella, Melisa levantó los brazos en un vano intento de protegerse del golpe. Por unos instantes, el tiempo se congeló, hasta que su grito de pánico hizo reaccionar a Erich. Horrorizado por la atrocidad que había estado a punto de cometer, dejó caer la barra y la sujetó por los hombros.

—¡Por Dios, casi te mato! —barbotó.

Melisa se desasió con brusquedad y señaló con el brazo el interior de la casa. Todo su cuerpo temblaba, pero hizo acopio de coraje para enfrentarse a él.

—¿Quién es esa gente? —jadeó con los ojos arrasados en lágrimas.

—¿Cómo me has encontrado? ¿Me has seguido? —preguntó él a su vez.

—¡Contéstame! ¿Quiénes son esas personas? —repitió con la voz entrecortada.

Cabizbajo, Erich guardó silencio. Consciente de que se hallaba en un punto sin retorno, Melisa se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—Esa gente está muerta de miedo. ¿Qué les has hecho? —gritó fulminándolo con la mirada.

Él se pasó las manos por el pelo y esbozó una sonrisa amarga.

—Diga lo que diga, no conseguiré cambiar tu opinión sobre mí, ¿verdad? —Alzó la cabeza—. Seguirás creyendo que soy un monstruo.

—¿Y qué quieres que piense? —farfulló ella—. ¡Casi me atacas!

—¡No esperaba que fueras tú! —se defendió Erich en tono áspero.

Melisa sintió que el corazón le martilleaba en el pecho. Respiró hondo.

—Si se hubiera tratado de otra persona, ¿la habrías... matado? —preguntó sin atreverse a mirarlo.

Erich no respondió. Abatida, hundió los hombros. Él la sujetó de nuevo por los brazos y la zarandeó con suavidad.

—Hay cosas que desconoces y que...

No le dejó terminar la frase.

—Júrame que no has hecho daño a esas personas.

—¿Daño? —Erich resopló—. Les estoy dando una nueva vida —declaró.

Al mirarlo, Melisa advirtió en sus ojos el brillo de una emoción contenida.

—¿Una nueva vida? —repitió suspicaz.

—Esas personas son víctimas del horror que nosotros, los nazis, hemos provocado con esta maldita guerra —respondió él con voz queda—. Te prometo que te lo contaré todo... —le cogió la mano—, pero antes necesito saber quién te ha traído hasta aquí.

—El chófer de don Arturo. Yo... le he pedido que te siguiera.

Erich tensó la mandíbula.

—¿Dónde está ahora?

—Se ha quedado en el coche, al pie de la montaña.

—¡Escúchame! —Su tono imperativo la sobresaltó—. Es vital que Arturo Llebrera no conozca jamás este lugar. ¿Entiendes?

—Julián no dirá nada porque no sabe nada. Además, detesta a don Arturo tanto o más que yo.

—¿Eso te ha dicho? —Sonrió sin dar crédito.

—Sí, y confío en él. Es buena persona.

—¿Cómo has conseguido que te trajera hasta aquí?

—Le he dicho que quería saber adónde te dirigías. Julián ha pensado... —titubeó—. Piensa que estoy celosa —dijo al cabo.

—Creías que iba a verme con otra mujer —murmuró Erich con voz ronca.

—Sí. Eso mismo —reconoció ella avergonzada.

—Sigues sin confiar en mí.

Melisa recordó el consejo de Dagmar. En el amor solo hay que presentar batalla si merece la pena.

—Lo siento. No volveré a desconfiar de ti —dijo convencida.

—Deshazte del chófer —le ordenó él en tono perentorio.

—No se irá aunque se lo pida. Está preocupado por mí.

—¿Y si ha decidido seguirte? —Erich miró a su alrededor. No vio a nadie, aunque, amparado por la oscuridad, al hombre le resultaría fácil ocultarse.

—No lo creo —replicó Melisa. Recordó que Julián iría a buscarla si no regresaba pronto. ¿Cuánto tiempo habría pasado?

—No puedo arriesgarme. Por favor, ve a decirle que se marche —insistió Erich—. Luego vuelve aquí. Te lo contaré todo sobre las personas que has visto ahí dentro —añadió mirando hacia la casa.

Regresó a toda prisa al lugar donde Julián la esperaba. Cuando llegó, sin apenas resuello, respiró aliviada de encontrarlo apoyado en el capó.

—Menos mal que apareces sana y salva —señaló el hombre, ahora más tranquilo—. Estaba a punto de ir en tu busca. Sube al coche, anda.

Cuando hizo ademán de abrirle la puerta, Melisa le sujetó el antebrazo.

—Julián, márchese. Yo volveré más tarde.

—Pero ¿cómo me voy a ir dejándote aquí? —protestó—. Mi mujer me echará de casa si se entera de que te he dejado sola en medio de la montaña.

—Estoy con mi amigo y confío en él. Por favor, vuelva con su familia —le suplicó.

—De acuerdo, lo que tú digas —transigió Julián a regañadientes —. No sé yo cómo vas a salir de esta —masculló negando con la cabeza.

Melisa ya no lo escuchaba. Corría montaña arriba como una gacela perseguida por una jauría. Tan solo aminoró el paso cuando vio a Erich esperándola junto a un árbol. Le tendió la mano y, juntos, caminaron hasta la casa.

59

2001

La verja entreabierta y una luz en el piso inferior alerta a Mario de que algo va mal. Asustado ante la posibilidad de que alguien haya entrado en su casa, recorre a toda prisa el sendero de adoquines y sube los escalones que conducen a la puerta principal. «Al menos me acompaña la Policía», piensa mientras introduce la llave en la cerradura, que cede sin oponer resistencia. La inspectora Vega observa el jardín con curiosidad. Ya no hay hoyos, ni montículos de tierra, ni precintos policiales, pero está lejos de ofrecer buen aspecto.

—No hay nadie, ¡menos mal! —exclama Mario sin poder evitar una oleada de alivio—. Me había puesto en lo peor.

—Habrás olvidado cerrar la puerta de fuera.

—No creo.

—Yo iría con más cuidado o te encontrarás una bonita factura a final de mes. —La inspectora señala con el dedo índice la lámpara encendida del recibidor.

Mario suelta un bufido.

—Hablaré con el jefe de obra. Ya es bastante malo que los obreros no apaguen las luces cuando se van, pero dejarse la puerta abierta... Eso sí que no.

Invita a la inspectora a pasar al interior, donde se aprecian los avances de la reforma. Pese a que el encargado sugirió sustituir los

cerramientos de madera por unos de PVC, Mario insistió en restaurar los originales. La escalera modernista que conduce al piso superior está recién pintada, y la araña del techo, bruñida y abrillantada, luce en todo su esplendor. La inspectora lanza un silbido de admiración al ver las molduras y las pinturas que decoran el techo.

—Es una casa preciosa.

—No es demasiado grande, pero me vale.

Ella abre los ojos como platos.

—¿Estás de broma? Mi piso cabe en este recibidor.

—Todavía no han traído los muebles. Podemos usar la vieja mesa de la cocina. Iba a tirarla, pero a los obreros les viene bien para dejar las herramientas.

—Imagino que los anteriores inquilinos dejarían muchos trastos cuando se mudaron. La gente suele hacerlo. En mi caso, fue un armario viejo que pesaba una tonelada. Tuve que pagar a unos chavales del barrio para que lo desmontaran.

—Lo que encontré fue mucha carcoma. —Ríe Mario depositando sobre la vieja mesa de pino una carpeta de cartón—. Hace un poco de frío, lo siento.

—No importa.

Mientras la inspectora examina la estancia a medio terminar, él saca de la carpeta una pila de papeles sujetos con clips y los extiende sobre la superficie. Alicia Vega sigue dando vueltas por la cocina.

—Parece muy luminosa —afirma con mirada apreciativa.

—Durante el día, sí. Ahora tendremos que apañarnos con esto. —Señala la bombilla enroscada a un casquillo oxidado que cuelga del techo.

Ella se aproxima a la mesa y observa los documentos recopilados por Mario cuando inició sus investigaciones en el Registro de la

Propiedad de Esplugues y, más recientemente, en el Archivo de Barcelona. Hay varias notas manuscritas sobre la colonia nazi en Barcelona tras finalizar la Guerra Civil, un registro de antiguos propietarios de la casa, que no son tantos como cabría suponer, y fotocopias de libros que hablan sobre la persecución que sufrió la población de ideología contraria al Régimen. Un batiburrillo de información que intenta organizar sin conseguirlo.

—¿Tienes una cuerda? —pregunta de improviso.

—¿Una cuerda? —repite Mario extrañado.

—Sí, un cordel, una soga, bramante...

Mario mira a su alrededor. En un rincón de la cocina hay un cesto. Hurga en su interior y alza un rollo de cordel de cáñamo.

—¿Te sirve?

—Es perfecto.

Desenrolla el cordel y sujeta el extremo a una punta que sobresale de una pared. Luego se acerca a la pared de enfrente y, sin dejar de estirar la cuerda, busca otro clavo. Cuando lo encuentra, corta el cordel con un cúter, lo pasa por el clavo y lo tensa. Tras asegurarlo con un nudo, se vuelve hacia Mario.

—Mira a ver si hay cinta aislante en el cesto.

Aunque no entiende qué se propone hacer la inspectora, Mario la obedece sin hacer preguntas. Solo cuando empieza a organizar los folios en la cuerda sujetando cada hoja con clips o tiras de cinta aislante, comienza a ver la luz.

—A falta de una pizarra, esto servirá —dice ella tras colgar la última hoja.

—Parece un sistema muy práctico.

—No lo dudes. Si los dejamos encima de la mesa, por mucho que los ordenemos, terminarán mezclándose. De esta manera podremos localizar cada documento de inmediato. —Ante la mirada dubitativa

de Mario, se apresura a añadir—: Tranquilo, luego lo recogemos todo. Ya me imagino que mañana vendrán los obreros. Si hace falta, lo vuelvo a montar otro día.

Mario la observa mientras ella examina los papeles con interés. Parece tanto o más decidida que él a desentrañar el misterio que oculta la casa. Cuando algo le llama la atención, enarca una ceja, se toca el lóbulo de las orejas o carraspea. Mario está convencido de que si hay alguien que puede ayudarlo a averiguar quién fue el infeliz que acabó enterrado bajo la mimosa, es ella. En un momento dado, la inspectora se gira y hace un comentario, pero él, absorto en sus pensamientos, no la escucha.

—¡Mario!

—¡Eh! Disculpa, estaba distraído.

—Te preguntaba si pedimos una pizza. Tengo hambre. Me encanta la de cuatro quesos. ¿O prefieres una hamburguesa?

Lo que de verdad le apetece es ir a un bar y comerse un pincho de tortilla de patatas con cebolla o un bocadillo de lomo con pimientos asados, pero la ve tan entusiasmada con la idea de la pizza que no se atreve a proponérselo. Y, al fin y al cabo, están allí para trabajar.

—De acuerdo, sí, pizza está bien.

60

Mayo de 1941

Pese a la penumbra que envolvía el interior de la casa, a Melisa no le fue difícil reconocer al hombre que los recibió en la puerta. Era el mismo que días atrás había visto en el Oro del Rhin. Su semblante preocupado y la mirada inquisitiva que dirigió a Erich mostraban a las claras su desconcierto. Era comprensible, dado que la intención de ambos era preservar el secreto de la ubicación de aquella casa. Avergonzada de que el hombre hubiese oído su trifulca, agradeció que la penumbra ocultara el rubor de sus mejillas. Se quedó en el umbral mientras esperaba a que Erich los presentara. Para su sorpresa, el hombre avanzó hacia ella y le tendió una mano.

—Simón Izarra. Un placer conocerla, señorita.

Su afabilidad hizo desaparecer los recelos de Melisa. Le estrechó la mano y esbozó una tímida sonrisa.

—Lo mismo digo.

La débil luz de la luna que se filtraba por la ventana le permitió vislumbrar el exquisito forjado de la escalera que conducía al primer piso. Entremezclaba motivos vegetales y pequeños animales, quizá aves o ranas. No había más decoración que un paragüero de latón junto a la puerta y un banco de madera con respaldo alto situado bajo la escalera. No obstante, lo que la dejó boquiabierta fueron los querubines y las ninfas que ornamentaban el techo. El pintor los había dotado de tal realismo que tuvo la sensación de que de un

momento a otro estirarían las manos hacia ella para invitarla a unirse a sus juegos. Aunque sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y podía distinguir los contornos de las figuras, lamentó que no fuese de día para apreciarlas mejor. Embelesada por lo que contemplaba, solo desvió la mirada cuando la voz de Erich la devolvió a la realidad.

—Lo siento, no hay luz eléctrica. Nos arreglamos con quinqués, velas y linternas —dijo señalando el techo.

Tras dejar atrás el recibidor, enfilaron un pasillo con puertas a ambos lados. Cuando Erich abrió una de ellas, la luz del quinqué de queroseno que reposaba sobre una mesa confirió nitidez a las caras que Melisa había visto a través de la ventana. Sus miradas ausentes conjuraron el recuerdo de otras miradas: la expresión derrotada de su padre cuando se lo llevaron preso, los ojos vidriosos de su madre cuando el hambre arañaba las entrañas. La mujer había enseñado a Melisa a vivir sin rencor, a despojar de maldad las ofensas de los vecinos del pueblo. «Les falta educación para pensar por sí mismos, por eso actúan como títeres del poder», solía decirle cuando alguien las insultaba. Melisa había tratado de olvidar, pero bastaba una imagen como la que tenía frente a ella para que los recuerdos afluyeran como un torrente. Contuvo las lágrimas, pero no el escalofrío que le recorrió la espalda. Creyendo que tenía frío, un chico que no pasaría de los dieciocho años se quitó la chaqueta y se la ofreció con una pequeña sonrisa.

—Por favor, señorita.

Melisa quiso rechazarla, pero Erich se le adelantó. Cogió la prenda y se la colocó sobre los hombros.

—Acéptala. Es su forma de agradecer lo que estamos haciendo por ellos.

—Pero yo no he hecho nada —objetó Melisa.

—Al verte conmigo, Isaac ha deducido que los estás ayudando —atajó él—. Igual que Leah. —Señaló con la cabeza a una mujer menuda de grandes ojos castaños que acogía en su regazo a un niño de unos cinco años.

Leah dedicó a Melisa una mirada cauta.

—¿Es la madre del pequeño?

—No. Es huérfano de padre y madre.

Frente a ellos se sentaba otra pareja de mediana edad y a los extremos de la mesa, otros dos hombres.

—Todos son judíos —le explicó Erich.

—¿Vienen de Alemania? —preguntó ella.

—No todos.

Le explicó que Isaac vivía en Toulouse, donde, en apariencia, la persecución era menos intensa que en el norte, ya que la zona estaba bajo gobierno francés. Allí había aprendido español. Cuando le denegaron el visado para salir del país, miembros de la Resistencia lo ayudaron a cruzar a España.

—El resto fueron deportados hace unos meses del sudoeste de Alemania —prosiguió—. Su destino era el campo de concentración de Gurs, en Francia, pero consiguieron huir en una de las paradas que hizo el tren. ¿Has oído hablar de Gurs? —Melisa permaneció callada mientras él continuaba—: Allí las condiciones son pésimas. Separan a las familias, a los hombres los envían a un pabellón y a las mujeres a otro, duermen en el suelo, sobre sacos de paja, y apenas les dan alimento.

Añadió que el grupo de refugiados había atravesado la frontera pirenaica a pie por el tramo de Lérida. Le parecía un milagro que hubieran superado la dificultad del camino y el frío sin tener preparación física y con un niño de corta edad.

—El miedo puede paralizarnos o sacar de nuestro interior una fuerza sobrehumana —apuntó—. Años atrás los judíos entraban en España de forma legal a través de Puigcerdá, La Junquera, Puente del Rey, Portbou... Lo hacían con el pasaporte en regla, un visado de salida francés y uno de entrada español. Ahora resulta casi imposible. La presión nazi ha conseguido que las embajadas y los consulados españoles les nieguen el visado de entrada. Incluso Portugal, que hasta hace poco facilitaba los trámites, ha empezado a poner trabas. Afortunadamente, quedan cónsules que hacen caso omiso a sus Gobiernos y continúan emitiendo visados.

—¿Como tú? —preguntó ella mirándolo a los ojos.

—Yo no los emito. Los falsifico —precisó.

La madre del niño le dirigió unas palabras en alemán. Erich respondió a la mujer en su idioma:

—*Nein, Sie ist nur eine Freundin*. —Ante la curiosidad de Melisa, se apresuró a traducir—: Leah quería saber si eres mi esposa. Le he dicho que eres una amiga.

Una oleada de calor inundó a Melisa, que no supo determinar si era debido al abrigo de la chaqueta o a las palabras de la mujer. Bajó la cabeza mientras él retomaba su explicación en el punto donde la había dejado.

—Cuando su guía los dejó en Bosost, un sacerdote los acogió en su iglesia hasta que los recogió Simón y los trajo a Barcelona. —Cogió un par de sillas y la invitó a sentarse—. Al principio les proporcionaba cobijo en su piso; si alguien preguntaba, decía que eran familiares, pero un tráfico excesivo de personas por un domicilio acaba por llamar la atención. El riesgo de que algún vecino falangista llamara a la Guardia Civil era demasiado alto, y en tal caso intervendría la Gestapo —declaró con una sonrisa triste.

Añadió que uno de los colaboradores más peligrosos era un sargento de la Guardia Civil que recibía un sobresueldo a cambio de información.

Melisa inclinó la cabeza.

—Ahora que he visto lo que haces por estas personas, lamento haberte juzgado tan mal.

—Es un deber moral ayudar a quien lo necesita. Es algo que me enseñó Simón hace muchos años. No podría hacer esto sin él.

—Lo he reconocido de aquel día en el Oro del Rhin. ¿De qué os conocéis?

La aparición del aludido dejó la pregunta en el aire. Se dirigió a Erich y le comentó algo al oído.

—Enseguida vuelvo —dijo Erich antes de marcharse.

Izarra se sentó en la silla vacía y le sonrió.

—Erich me ha contado lo que hacen aquí —dijo ella.

—Tratamos de que se sientan protegidos. Tiempo atrás alguien se jugó su carrera por mí. Sabiendo que se exponía a cinco años de cárcel y a ser expulsado de su puesto si lo descubrían ayudando a un judío, me concedió una identidad nueva y un pasaporte español.

—Por su apellido, lo había creído descendiente de españoles.

Él movió la cabeza de un lado a otro.

—Mi apellido auténtico es Rosenbaum —le aclaró—. Elegí Izarra porque lo leí en una botella de licor y me gustó. ¡Aunque me cueste pronunciar la doble erre! —exclamó con una carcajada—. ¿Le cuento un secreto? A pesar de lo que decía mi pasaporte, cuando llegué a este país no hablaba ni una palabra de español. Por fortuna, tengo buen oído y contaba con la ayuda de Erich. Es como un hijo para mí.

La mirada de Simón Izarra se veló durante unos instantes. Parpadeó y la desvió al grupo de judíos que conversaban entre sí en voz baja.

—Ponen sus vidas en manos de un guía con la confianza ciega de que los acompañará hasta la frontera o los dejará a salvo en los consulados aliados de Barcelona. Por desgracia, a menudo se cruzan con personas corruptas que los extorsionan o los abandonan a su suerte una vez que han cobrado lo convenido. —Hizo una pausa y aspiró aire, como si el simple gesto de llenarse los pulmones le infundiera la fuerza necesaria para continuar—: Algunas de las historias que cuentan parten el alma —añadió con tristeza.

Calló al oír los pasos de Erich, que llegaba con dos bolsas colmadas de víveres. Izarra se levantó para llevarlas a la cocina. Apenas se alejó, el niño saltó de las faldas de su madre y se acercó a Erich expectante. Al observar el ansia con que el pequeño le arrancaba la chocolatina de la mano, como si temiera que fuera a desaparecer del mismo modo que había aparecido, a Melisa se le encogió el corazón.

—Se te dan bien los niños —comentó cuando regresó a su lado.

—No ha sido fácil ganarme su confianza. —Se encogió de hombros—. Es comprensible. Lo han perdido todo por nuestra culpa, excepto su dignidad. Es lo único que no han podido arrebatarles. Por lo demás, los han reducido a ciudadanos de tercera clase, sin derechos y sometidos a todo tipo de restricciones. Tienen razones para desconfiar.

—Pero no lo hacen. Saben que están a salvo gracias a ti y al señor Izarra. —Melisa miró a su alrededor. Observó que, al igual que en el recibidor, en aquella estancia había pocos muebles—. ¿De quién es esta casa?

—Se la compré a un pintor poco afín al régimen franquista. Apoyó la dictadura por interés, pero terminó por ahogarlo y emigró a Estados Unidos.

—La vida aquí puede resultar complicada si no comulgas con Franco —adujo ella—. Ese pintor ¿era amigo tuyo?

—No, pero en el consulado pagamos bien a quienes nos pasan ese tipo de información. Cuando me enteré de que la casa estaba en venta, la compré.

—¿No te preocupa que alguien los descubra? —preguntó ella señalando al grupo.

—¿Quién iba a aventurarse hasta aquí?

—Yo lo he hecho —aseveró Melisa.

—Tú tenías un motivo. —La mirada de Erich desprendía tal ardor que, turbada, apartó los ojos.

—Antes has dicho que dentro de poco los judíos ya no podrán entrar en España.

—La represión ya es oficial —declaró él en un tono amargo—. Hace unos días la Dirección General de Seguridad envió una circular a los gobernadores civiles solicitando informes de los «israelitas» que viven en sus provincias. —Resopló con hastío—. Cuando reciba esa documentación, Berlín la incorporará a sus censos de las SS. A partir de ahora, el consulado puede solicitar a los ciudadanos judíos residentes en Barcelona que se presenten con cualquier excusa que se le ocurra.

—¿Y qué salida tienen?

Erich encogió los hombros.

—Fingir que no han recibido la carta. Si se presentan en el consulado, corren el riesgo de ser deportados a la frontera, lo que en el peor de los casos significaría la muerte.

—¿Fuiste tú quien le proporcionó el pasaporte español al señor Izarra?

—No. Fue alguien de un consulado español en Francia. Nunca he querido saber su nombre. Lo que importa es la acción, no quién la

lleva a cabo. Basta decir que a Simón lo perseguía la Gestapo y aquel hombre le salvó la vida. —Un velo de tristeza empañó su mirada. Tragó saliva antes de proseguir—: En esta montaña, por el momento, pasamos desapercibidos. Apenas hay cuatro casas construidas, tan alejadas de esta que no creo que sus propietarios sientan la tentación de visitarnos. En cualquier caso, tengo previsto levantar un muro. Lástima que no lo hiciera el anterior propietario. Ya he hablado con un par de albañiles del pueblo.

—¿Cuánto tiempo se quedarán aquí? —preguntó Melisa mirando a los judíos.

—Hasta que les consiga la documentación para moverse sin levantar sospechas. Los visados de tránsito con el timbrado de las aduanas españolas y los de entrada a otros países no suponen problema, me basta con añadir sus nombres y estampar el sello. Otra cosa son los pasaportes con las nuevas identidades. Para que nadie los ponga en duda se requiere tiempo. Por fortuna, cuento con un falsificador excelente.

—¿Y después? ¿Adónde irán?

Erich se inclinó hacia delante y cruzó las manos.

—Algunos a Portugal; la mayoría pretende embarcar a Sudamérica, pero no todos los países se muestran receptivos.

Simón reapareció con la cena del grupo. Invitó a Erich y a Melisa a unirse a ellos, pero ninguno tenía apetito. Ella decidió que había llegado la hora de sincerarse.

—Arturo Llebrera está obsesionado contigo —soltó de repente.

—Soy consciente de que no le caigo bien.

—Es algo más grave que eso —insistió ella—. Quiere conocer todos tus pasos. Me ha... —titubeó— obligado a seguirte.

Erich mudó la expresión. Se puso en pie, tomó a Melisa del brazo y la condujo a la cocina.

—¿Por eso has venido hasta aquí? No es solo que dudaras de mí y quisieras encontrarme con otra mujer.

—En parte —admitió.

—¿Con qué te está chantajeando? —la interpeló Erich.

Se lo contó todo, incluidos los abusos sexuales que sufría Lucía. A medio relato, él apretó los puños; sin poder contenerse, soltó una serie de exabruptos en alemán.

—Tienes que marcharte de esa casa.

Melisa negó con la cabeza.

—¡No puedo! En cuanto saliera por la puerta, don Arturo se vengaría en mis compañeras. Sabe que no haré nada que pueda perjudicarlas. Me tiene atada de pies y manos.

—¡Maldito bastardo!

Esperó a que recuperara la calma para continuar.

—Hay una cosa más. Creo que sospecha que estás metido en un negocio relacionado con el arte. Algo turbio —dijo para desconcierto de Erich, que entornó los ojos invitándola a que fuera más explícita —. Está convencido de que el señor Otterbauer y tú os estáis haciendo ricos.

Erich sopesó lo que implicaba esa revelación. Arturo Llebrera debía de tener fundadas sospechas de que Franz traficaba con obras de arte. En Berlín se rumoreaba que Hermann Göring, el segundo hombre más poderoso del Reich, disponía de agentes que localizaban cuadros por todo el territorio ocupado para su colección privada. Un saqueo organizado que la propaganda nazi justificaba. Aun así, Erich dudaba de que un patán como Llebrera hubiera llegado a la conclusión de que se trataba de obras de arte expoliadas a los judíos de los territorios ocupados.

—¿Te lo ha dicho el propio Llebrera?

—No de forma directa. —Al darse cuenta de que no la entendía, Melisa se apresuró a explicarse—: Don Arturo no ve más allá de mi uniforme de criada. Como me considera estúpida y analfabeta, no se preocupa por acallar sus pensamientos.

—¿Qué le has contado sobre mí?

Cuando vio que ella se arrebujaba en la chaqueta, tuvo que esforzarse para no atraerla hacia sí. Le había costado mucho que volviera a confiar en él.

—Le hablé de tu encuentro con un hombre —dijo refiriéndose a Simón Izarra. Aunque apenas había escuchado su conversación, decidió confesar la verdad—. Ahora don Arturo piensa que el señor Otterbauer y tú ocultáis obras de arte en una casa. —Le temblaron los labios—. Lo siento mucho. No tuve alternativa.

A Erich le traía sin cuidado que Llebrera pudiera delatar una supuesta implicación en el tráfico de arte; el Gobierno franquista no se arriesgaría a indisponerse con los nazis. Se limitaría a mirar hacia otro lado, si no lo estaba haciendo ya. Lo que sí le preocupaba era que aquel malnacido descubriera su implicación con los refugiados judíos.

—Hay que detener a Arturo Llebrera antes de que dé con este lugar —declaró Erich mirando a Melisa a los ojos.

—Ojalá pudiera ayudarte de algún modo.

—En realidad, puedes. Es más, tu ayuda podría ser crucial.

—¿A qué te refieres?

—Se me ha ocurrido una idea para que ese demonio regrese al infierno de donde nunca debería haber salido.

61

Mayo de 1941

El plan de Erich le pareció una locura y así se lo hizo saber.

—Tú has perdido la cabeza.

—Piénsalo. Tienen acceso a los despachos de sus casas y...

Melisa alzó la mano para acallarlo, se acercó a él y lo apuntó con el índice.

—Son sirvientas. Entran en los despachos para limpiarlos.

—Por eso pasarán desapercibidas. Nadie se fija en la criada. No se me ocurre nadie mejor.

—Nadie se fija hasta que falta algo de valor, entonces se convierte en la principal sospechosa —resopló ella.

Erich acababa de pedirle que involucrara a sus amigas en un plan tan disparatado como peligroso. Pretendía que espiaran a sus señores aprovechando que todos se movían en el entorno de Arturo Llebrera. En mal momento se le había ocurrido hablarle de sus amigas y decirle para quiénes trabajaban. Y aunque era cierto que si el plan de Erich daba resultado podrían acabar con don Arturo, también era probable que saliera mal y sus amigas dieran con sus huesos en la cárcel. Excepto Matilde, que nunca hablaba mal del alcalde —Melisa sospechaba que por prudencia—, la Patro y Antoñita despotricaban de sus respectivos empleadores, Franz Otterbauer e Hilario Muñoz, así como de sus cónyuges. No obstante, mediaba un abismo entre su inquina a los señores y arriesgarse a terminar en el

calabozo. Se le puso la piel de gallina solo de pensarlo. «Tendría que convencerlas de que lo hacen por una buena causa». La voz de Erich la sacó de sus reflexiones.

—Conozco a esos tipos. Muñoz tiene montado un complejo entramado empresarial basado en el estraperlo y la especulación, con la connivencia, no me cabe duda, del régimen franquista. En cuanto a Otterbauer, su empresa de electrodomésticos es solo una tapadera. El consulado tiene vigilada a toda la colonia alemana de la ciudad. Si trafica con arte, es porque cuenta con el respaldo de alguien poderoso que, con toda probabilidad, saca tajada del asunto. No me sorprende que Arturo Llebrera esté rabioso por haberse quedado al margen del negocio.

Melisa claudicó.

—Está bien. Hablaré con las chicas, aunque no puedo asegurarte que se avengan a colaborar. ¿Qué clase de información tienen que buscar?

—Me basta con que agucen los oídos, sobre todo la chica que sirve en casa de Franz Otterbauer. De un tiempo a esta parte se ha estrechado la vigilancia en las fronteras, cada vez nos cuesta más traer a los refugiados a Barcelona. Quiero saber si la Gestapo sospecha de mí y mi conexión con los judíos. Si Otterbauer intuye algo, lo hablará con alguno de los muchos nazis y falangistas que recibe en su casa.

—Si hablan en alemán, la Patro no los entenderá —le recordó Melisa con un mohín de disgusto.

Erich esbozó una sonrisa.

—Entonces, esperemos que lo hagan en castellano.

—El jueves les propondré ir a merendar al parque de la Ciudadela. A primera hora de la tarde, con este calor, no habrá gente y estaremos a salvo de miradas indiscretas. En este país más de tres

personas reunidas resultan sospechosas. —Se mordió los labios antes de preguntarle—: ¿Por qué no vienes también? Juntos tendríamos más posibilidades de persuadirlas.

—No las conozco. Además, no confían en mí.

—Puedes explicarles mejor que yo lo que está en juego —arguyó ella.

—De acuerdo —aceptó viendo la lógica del razonamiento de Melisa.

—Estaremos en los alrededores del estanque —le indicó satisfecha.

—Asegúrate de que Lucía no esté presente.

Melisa lo miró inquisitiva.

—Debes mantenerla al margen —insistió él.

—Pero Lucía es mi mejor amiga. Además, si se entera de que maquino algo a sus espaldas, se ofenderá.

—No lo hará si actúas con cautela. —Erich dio unos pasos hacia ella y le cogió las manos—. Acabas de decirme que Arturo Llebrera abusa de Lucía. Podría creer que ella sabe algo sobre mí e intentar sonsacarla. Dada su estrecha amistad contigo, sería factible que le hubieras hablado de mí. Si Lucía estuviera al corriente de mi plan, sin pretenderlo, podría decir algo que nos pusiera a todos en peligro.

Melisa no estaba conforme, pero asintió.

—Por ahora, dejemos que don Arturo siga pensando que me estoy haciendo de oro con el tráfico de arte —dijo al cabo. Miró su reloj y arrugó la frente en un gesto de preocupación—. Son casi las once. ¿Qué explicación vas a darles a los Llebrera?

Los acontecimientos de la noche habían impedido a Melisa pensar en ello. Sin embargo, ahora que se acercaba el temido momento, no pudo evitar angustiarse.

—No lo sé. Fermina estará subiéndose por las paredes, igual que Lucía. Al ver que yo no he aparecido en el comedor, doña Isabel le habrá preguntado por mí.

—Quizá su marido haya intercedido por ti, sobre todo si piensa que estás conmigo, sonsacándome información.

Melisa negó con la cabeza.

—Don Arturo no hablará en mi favor. Dejará que su mujer me ponga de vuelta y media y secundará todo lo que diga. Solo se opondrá a que me despida, por la cuenta que le trae. Me espera una buena regañina.

—No si yo puedo evitarlo.

Ambos volvieron la cabeza al unísono. Ninguno de los dos se había percatado de que Simón Izarra llevaba un rato en el umbral escuchando su conversación.

62

Mayo de 1941

Era cerca de medianoche cuando Melisa llegó al domicilio de los Llebrera acompañada de los dos hombres. Por temor a que Lucía estuviera asomada a alguna ventana, pidió a Erich que se quedara en el coche y se apeó con Simón. Respiró aliviada al ver que algún vecino había dejado el portal abierto, así no tendrían que recurrir al sereno; el hombre les abriría con su llave, pero era muy probable que se lo comentara a Rogelio. Mientras se dirigía a la escalera de servicio, Melisa confió en que el plan de Izarra diera resultado. En el último instante deshizo sus pasos y se encaminó hacia la escalinata principal. Aquel desafío a las normas establecidas la hizo sentirse bien. Simón mantenía la puerta abierta del ascensor.

—¿No va a subir conmigo?

—Le espero arriba —dijo resuelta.

Lucía no ocultó su perplejidad cuando abrió la puerta y vio a Melisa en compañía de un elegante desconocido. Había pasado la noche lidiando con una atribulada Fermina que, al ver que daban las nueve y la criada no había regresado, insistió en dar aviso a los señores. Mientras a la cocinera la asaltaban todo tipo de nefastos presagios, a ella no se le iba de la mente la sospecha de que Melisa estaba con Erich. Lamentaba no haberla seguido cuando la vio salir del Salón Cibeles a toda prisa esgrimiendo excusas peregrinas. De haberlo hecho, no habría tenido que aguantar la diatriba de doña

Isabel, que no había dudado en hacerla responsable. Don Arturo se había negado a llamar a alguno de sus conocidos de la Policía, tal como le pidió su mujer, tan solo afirmó que estaban sacando las cosas de quicio ya que la criada no tardaría en aparecer.

Lucía taladró a Melisa con los ojos.

No veía el momento de que se quedaran a solas para pedirle explicaciones. Parpadeó cuando el hombre se quitó el sombrero y le dedicó una media sonrisa.

—Buenas noches, señorita.

Su mal humor se atemperó. No estaba habituada a aquellas cortesías. Apenas abrió la boca para corresponder al saludo, Fermina se materializó a su espalda. Aunque llevaba puestos el camisón y la bata, no había querido acostarse hasta tener noticias de Melisa. Entornó los ojos y examinó al desconocido antes de dar rienda suelta a su enfado.

—¿Estas son horas de llegar? —preguntó con los brazos en jarra.

Simón Izarra se apresuró a intervenir. Tras presentarse, requirió hablar con los señores de la casa.

—Si es tan amable de avisarlos, me gustaría presentarles mis respetos.

Fermina lo miró desconfiada.

—¿Qué tiene usted que ver con la chica?

—Los señores Llebrera se han acostado hace un rato —lo informó Lucía.

—En ese caso, no los moleste. —Convencido de que la mujer mayor tenía más predicamento en la casa, se dirigió a ella—: Le ruego disculpe a la señorita Melisa. Me temo que, por mi culpa, se ha visto involucrada en un accidente.

—¿Accidente? ¿Qué ha pasado? —Se alteró Fermina.

—Oh, nada grave, tranquila.

Izarra le refirió la excusa que habían acordado con Erich. Había estado a punto de atropellar a la joven cuando cruzaba una calle y, movido por su preocupación y para asegurarse de que se encontraba bien, había insistido en llevarla al hospital de la Cruz Roja, en la calle Mallorca, para que la reconocieran.

—Ha sido culpa mía. He sufrido un mareo al cruzar la calle y no he visto el coche —añadió Melisa para acabar de adornar el relato.

—Si es que comes como un pajarito, cómo no te iban a fallar las fuerzas —rezongó la cocinera.

Melisa estrechó la mano de Simón.

—Muchas gracias por todo.

Él le envolvió la mano entre las suyas.

—Me alegro de que esté bien. Ha sido un placer conocerla. —Desvió la mirada hacia la cocinera y se inclinó ligeramente—. Le reitero mis disculpas, señora. Que pase buena noche —le deseó antes de dirigirse al ascensor.

Nada más cerrar la puerta del piso, Fermina se encaró con Melisa.

—¿Por qué no has llamado por teléfono? —le recriminó en voz baja.

—Con lo mal que me sentía, como para acordarme del número —resopló.

—Pues agradece a Dios que haya puesto en tu camino a un caballero, que hay mucho desaprensivo suelto. Cuando Lucía me ha dicho que te habías marchado del baile antes que ella, se me ha pasado de todo por la cabeza. Mañana tendrás que hablar con los señores, que menudo disgusto se han llevado, sobre todo doña Isabel. ¡Hala! A dormir, que es tarde y hay que madrugar.

Lucía esperó a que Fermina se alejara.

—Nos has tenido en vilo. Al no encontrarte en casa pensaba que...

Melisa terminó la frase por ella.

—Pensabas que me había ido con Erich —susurró.

Lucía suspiró.

—Menos mal que aún queda gente decente en el mundo como ese señor. Voy a decirle a don Arturo que estás aquí. Ha insistido en que lo avisara en cuanto llegaras. Querrá regañarte.

—¿No has dicho que estaba acostado? —protestó Melisa contrariada. Sabía que tendría que rendirle cuentas, pero en aquel momento no se veía con ánimo de soportar su interrogatorio.

Lucía se rascó la nariz.

—Me refería a doña Isabel. Él se ha quedado a esperarte leyendo el periódico. Como si le importara un comino lo que nos pase.

Se detuvieron frente a la puerta del salón.

—Espero que no sea muy duro contigo. Te advierto que no está de buen humor.

—Menuda novedad. Vete a la cama. Y..., Lucía... —dijo. La aludida se volvió—. Siento mucho haberos preocupado.

—Lo importante es que no te ha pasado nada —contestó antes de desaparecer por el pasillo.

Melisa tragó saliva y golpeó la puerta con los nudillos.

—¡Adelante!

Don Arturo tiró el periódico sobre el sofá y se levantó envuelto en una nube de humo. Se quitó el cigarro habano de la boca y lo sostuvo entre los dedos.

—Entra y cierra la puerta. No quiero que mi mujer se despierte y venga a incordiar.

Avanzó unos pasos hacia él. Sobre el pijama llevaba una bata corta de seda burdeos con un dragón bordado en el pecho. Ella

entrecruzó las manos y esperó a que tomara la palabra. Como esperaba, fue directo al grano.

—Cuéntame, palomita, ¿has averiguado algo interesante sobre Von Lechner?

Melisa carraspeó y se dispuso a contarle la historia que Erich había pergeñado durante el trayecto en coche.

—Cuando volvía a casa, he visto a Julián esperándome —empezó con tiento—. Me ha dicho que tenía instrucciones de acompañarme adonde quisiera...

—Sí, sí, ¡y qué! ¡Continúa! —la exhortó.

—Hemos seguido al señor Von Lechner por la avenida del Generalísimo hasta un restaurante llamado California que está junto al palacio de Pedralbes. Julián me ha dejado en la puerta y se ha marchado.

Don Arturo abrió mucho los ojos, sorprendido de que el nazi hubiera elegido aquel restaurante. Inaugurado hacía un par de años, se había convertido en uno de los favoritos de la alta burguesía. En verano resultaba muy agradable. Se podía cenar en la terraza mientras la Orquesta Montoliu amenizaba la velada.

—Cuando he entrado estaba reunido con dos hombres —continuó Melisa—. En cuanto me ha visto, me ha invitado a sentarme a su mesa. He tenido que fingir que mi cita me había dejado plantada.

—Hay que ser lerdo para tragarse ese cuento. Un pobretón no puede permitirse cenar en el California y un hombre pudiente nunca llevaría allí a una criada.

El comentario molestó a Melisa, que no pudo resistirse.

—Le puedo asegurar que muchos de los que allí se encontraban tal vez no cenaban con sus criadas, pero tampoco con sus esposas.

Si don Arturo captó la pulla, no lo dio a entender.

—¿Quiénes eran esos hombres? ¿Te los ha presentado? —la apremió él.

Ella asintió.

—Sí. Uno era el señor Otterbauer. El otro era el del Oro del Rhin. Lo siento, no recuerdo su nombre.

—Espero que Otterbauer no te reconociera —dijo él con el entrecejo fruncido.

—No lo ha hecho, puede estar tranquilo. Cuando estuvo en esta casa, para la cena en homenaje a Hitler, ni siquiera me miró. El caso es que, aunque el señor Otterbauer solo se ha quedado un rato, he podido entender todo lo que le ha dicho a Von Lechner.

Don Arturo la miró con fijeza.

—¿Hablaban español? —Le extrañaba que dos nazis hablaran en cristiano.

—Supongo que lo han hecho en deferencia al otro caballero —improvisó.

—¿Qué han dicho?

Melisa tomó aire.

—El señor Otterbauer les ha comentado que en breve llegaría un cargamento, esta vez por carretera. Me ha parecido entender que tienen comprado a un aduanero de Irún.

Don Arturo estalló en cólera. En las últimas semanas había notado que su socio evitaba sus preguntas, incluso la secretaria había dejado de presentarle papeles para su firma. Se preguntó cuántos millones de pesetas se le estarían escapando de las manos. «Además de dejarme al margen del negocio, quiere dejarme sin la comisión que me pertenece por hacer la vista gorda en la aduana».

—¡Maldita rata! —bramó—. Bueno, ¿y qué contendrá ese cargamento? ¿Se lo has preguntado o no?

Melisa respondió sin apenas un parpadeo:

—Objetos de decoración, según ha dicho Erich.

Don Arturo arrugó la frente y la miró incrédulo. «Al final es una completa estúpida. Como todas». El que no tenía un pelo de tonto era Erich von Lechner. Puede que se hubiera encoñado con una criada, pero no soltaría prenda con facilidad.

—Me huele a patraña.

—Le juro que es cierto —dijo ella fingiéndose dolida.

—Te creo, solo digo que tu amiguito el vicecónsul te ha mentido a la cara. Vas a tener que trabajártelo a fondo para que suelte la lengua. De momento, pégate a él como una lapa.

—¿Qué le digo a doña Isabel cuando mañana me pregunte dónde he estado?

Los labios del hombre se ensancharon en una sonrisa aviesa que dejó al descubierto sus dientes amarillentos.

—Cuéntale la milonga que has endosado a tus compañeras. Si has conseguido convencerlas a ellas, no veo por qué no vas a lograrlo con mi mujer. A propósito, ¿cómo has venido hasta aquí? ¿Te ha traído Von Lechner?

—Sí, señor. Me ha dejado cerca del portal. —Decidió no ser más explícita.

—Bien. Muy bien.

Cuando don Arturo abandonó el salón, Melisa se quedó de espaldas a la puerta, con la mirada fija en la vitrina que atesoraba las figuras de porcelana que doña Isabel había heredado de su madre. Una fina capa de polvo mancillaba las repisas de cristal, pese a que las había limpiado hacía poco.

—El polvo es como un mal recuerdo. Por mucho que intentes eliminarlo, siempre regresa —dijo en voz alta.

Abrió la vitrina y cogió la figura de una pareja ataviada con ropa del siglo XVIII. Cuando advirtió en el hombrecillo cierto parecido con

don Arturo, sintió la tentación de dejarla caer.

«Pronto recibirás lo que mereces», pensó mientras la devolvía al estante. Salió del salón y cerró la puerta tras de sí.

De camino al dormitorio, sus labios se curvaron en una sonrisa.

La partida había comenzado.

63

Junio de 1941

El primer jueves de junio Lucía se levantó alicaída. Alegó que no estaba en condiciones de acompañarlas esa tarde al cine; no quería que su ánimo turbara su salida. Habían hecho planes para ir al Vergara, donde proyectaban una comedia de Vittorio De Sica que estaba teniendo mucho éxito. Cuando Melisa se cruzó en el mercado con Antoñita y la Patro y las informó de la indisposición de Lucía, la Patro hizo un mohín de desilusión.

—Con las ganas que tenía yo de ver al Vittorio.

—Pues como todas. Ya iremos la semana que viene —dijo Antoñita.

—¿Y si la quitan?

Antoñita puso los ojos en blanco.

—Acaban de estrenarla, estará meses en cartelera —le aseguró —. Yo propongo ir a bailar.

La Patro se sumó entusiasmada. El desconcierto se reflejó en los ojos de ambas cuando Melisa sugirió ir al parque de la Ciudadela. Añadió que no quedaba lejos del centro y podrían merendar disfrutando de la naturaleza. Antoñita la miró con la mosca detrás de la oreja.

—¿Al parque? Si allí no se nos ha perdido nada.

—La verdad es que... —Se interrumpió para saludar a Matilde, que acababa de unirse a ellas.

—¿Tú qué dices? ¿Prefieres ir de merienda o al Cibeles? —le preguntó Antoñita.

—Yo lo que vosotras queráis.

—¡Pues anda que ayudas!

La Patro atisbó la bolsa de la compra que colgaba del antebrazo de Matilde y olisqueó el contenido.

—¿Llevas sardinas? ¡Si se habían terminado! —exclamó levantando la voz—. He tenido que comprar chicharros para el servicio. Con la de espinas que tienen.

—La culpa es tuya por no ir antes a la pescadería —zanjó Antoñita. A renglón seguido volvió a dirigirse a Matilde, quien por precaución había apartado la bolsa del alcance de la Patro; la veía capaz de coger el envoltorio de las sardinas y endilgarle los jureles —. Hacíamos planes para esta tarde. Lucía se ha puesto mala y hemos pensado dejar el cine para otro día. A mí y a la Patro nos gustaría ir a bailar, pero Melisa quiere merendar en el parque de la Ciudadela.

—No me parece mal. Podemos llevar cada una algo de comer. Lo pasaríamos bien.

Antoñita torció el gesto.

—¿Hablas en serio?

—Mujer, por hacer algo diferente.

—¿Y si vamos al Cibeles y la próxima semana de merienda? —insistió un poco molesta con Matilde por no contar con su apoyo.

La Patro levantó la mano.

—Eso sí que no. El jueves, al cine, que al final me voy a quedar sin ver la película.

Consciente de que no iba a convencerlas aludiendo a los beneficios de respirar aire puro, Melisa decidió despertar su curiosidad.

—Por favor, chicas, necesito que vayamos hoy. Tengo que deciros algo muy importante.

—¿Y no puedes decirlo en el baile? —preguntó Antoñita.

Ante la falta de respuesta, Matilde terció convencida de que Melisa debía de tener buenas razones para querer pasar su tarde libre en un parque.

—¿Qué os cuesta ceder? Ella siempre se aviene a todo.

—De acuerdo —claudicó Antoñita. De pronto se le hizo la luz—. ¿Tiene que ver con el alemán? ¿Acaso vuelves a verte con él? Adelántanos algo, anda.

—¡Eso!, no nos dejes ahora con la miel en los labios —presionó la Patro.

Melisa se zafó del interrogatorio diciéndoles que tenía mucho que hacer. Con Lucía en aquel estado, todo el trabajo recaía sobre ella.

Pese a sus quejas iniciales, allí estaban, en medio del parque, bajo el implacable sol de la tarde. La Patro era la única a la que no parecía afectarle.

—Vete a mi pueblo, que te vas a enterar tú de lo que es pasar calor. —Rio al ver que Antoñita se abanicaba con desespero.

Tras buscar un lugar umbrío donde acomodarse, Melisa señaló la copa de un roble entre la cascada y el estanque.

—Ahí nos van a acribillar los mosquitos —protestó Antoñita mientras la Patro corría a extender una manta de pícnic sobre la hierba.

—Pues yo estoy más a gusto que un cochino en un charco.

—Tú es que eres más de campo que los olivos.

—¡Mira quién fue a hablar!

—Haya paz, chicas —medió Matilde—. Siempre andáis a la que salta. A mí me parece bien hacer algo diferente. Con el tiempo que llevo en Barcelona y no había venido nunca a este parque. Mirad, si hasta se puede pasear en barca, como en El Retiro.

Melisa sentía que debía sincerarse con ellas si quería que la ayudaran. Desde la tarde del baile, cuando les prometió que rompería con Erich para luego salir corriendo con la excusa de que le dolía la cabeza, las chicas se habían mostrado discretas. No le habían preguntado si había vuelto a verlo. Suponía que Matilde se habría encargado de frenar su curiosidad. Deseaba acabar con las reticencias que Erich les despertaba. Fiel a la promesa que le hizo, no revelaría la existencia de la casa, si bien les contaría lo que había descubierto sobre él.

—Luego nos podríamos acercar al zoo —comentó Antoñita—. Me gustaría ver a la Dama del Paraguas.

—¿Esa quién es? —se interesó la Patro.

—Una estatua. Me ha dicho la niñera que si venía por aquí, no podía dejar de verla.

—¿Y para qué quieres ver una estatua?

—Es una escultura muy bonita, Patro —repuso Melisa—. Se creó para la Exposición Universal de 1888. Representa a una dama vestida de época con un parasol, y de las varillas sale agua.

—O sea, una fuente.

Cuando Matilde sacó de su bolso un paquete de cacahuetes, la Patro hizo una mueca de desdén.

—Eso para los monos —replicó vaciando sobre el mantel el contenido de su bolsa de rejilla: una ristra de chorizos, salchichas alemanas, media barra de pan y dos botellas de cerveza.

—¿Has cogido todo eso de la despensa de tu frau? Un día te va a pillar —la amonestó Matilde—. Yo he traído mantecadas de Astorga.

—Dejó la caja abierta encima del mantel—. Se las regalaron al señor para Navidad.

—Tienen que estar más rancias que el aceite que usaba mi madre para hacer jabón —masculló Antoñita inclinándose para olisquear las pastas.

La Patro le propinó un cariñoso empujón.

—Tú sí que estás rancia. —Extendió la mano para coger una, pero Antoñita se lo impidió retirando la caja de su alcance.

—Que te conocemos, Patro. Eres una tragaldabas. En cuanto nos despistemos, no has dejado ni una mantecada. Luego te quejas de que se te revientan las costuras.

—¿Me estás llamando gorda?

—Lo has dicho tú, no yo.

Melisa interrumpió la discusión:

—No discutáis, por favor. Me duele veros enfurruñadas por una tontería. Creo que es el resentimiento que albergáis en vuestro interior lo que os mueve a comportaros así. Y os comprendo. También yo lo siento cada vez que don Arturo me humilla. Pero no es justo descargar nuestro odio en los demás. Mi familia lo perdió todo a causa del odio. —Cuando notó escozor en los ojos, sacudió la cabeza para frenar las lágrimas—. Por negarse a tomar partido en un bando, mi padre se convirtió en un traidor a la patria. Dicen que muerto el perro se acabó la rabia, pero no es verdad. Los nacionales no se conformaron con asesinar a mi padre, nos quitaron las tierras dejándonos en la miseria. La mayoría de los vecinos nos dio la espalda, y si mi madre y yo sobrevivimos fue gracias a la caridad de algunas buenas personas como los padres de Lucía y a lo que yo robaba en los huertos. Pese a todos los desprecios sufridos, no lograron despojarnos de nuestra humanidad. —Melisa hizo una pausa para asegurarse de que contaba con toda su atención—. Y

ahora, decidme, si estuviera en vuestra mano ayudar a personas que lo necesitan y de paso dar una lección a quienes os menosprecian, ¿lo haríais?

Las chicas asintieron.

—Esta mañana os he dicho que tenía que hablar con vosotras. —Melisa miró a Antoñita—. Ibas bien encaminada, se trata de algo relacionado con Erich, pero no es lo que imaginas.

La seriedad de su semblante las convenció de que se trataba de algo importante.

—Esa guerra devastadora que se libra en Europa está dejando miles de víctimas fuera de los campos de batalla. Los nazis se lo han arrebatado todo y se han visto obligadas a huir de su país para salvar sus vidas y...

Matilde le apretó el brazo obligándola a callar. Cuando volvió la cabeza vio que Erich se aproximaba hacia ellas. Las chicas intercambiaron miradas de extrañeza hasta que la Patro verbalizó lo que todas pensaban:

—¿Qué puñetas hace este aquí?

—Le he pedido yo que venga. Dadle un voto de confianza, por favor —les rogó Melisa—. Hacedlo por mí. —Se puso en pie y salvó la distancia entre ellos—. Erich, ven, te presentaré a mis amigas —murmuró consciente de que no le quitaban el ojo de encima.

—Buenas tardes, señoritas —las saludó sentándose sobre la hierba.

Desconcertadas, las chicas no atinaban a pronunciar palabra.

—Justo ahora iba a contarles tu plan —dijo Melisa—, pero, ya que estás aquí, será mejor que lo hagas tú.

Retomó el hilo de lo que les había contado Melisa desde la perspectiva de un alemán avergonzado de su país. Les habló de los judíos que huían dejándolo todo atrás, de cómo muchos de ellos perdían la vida en el camino a la libertad sin llegar siquiera a rozarla. Cada palabra pronunciada era una daga que se clavaba en el corazón de las chicas. A Matilde se le anegaron los ojos de lágrimas cuando escuchó que un niño se había quedado huérfano porque sus padres, sordos los dos, no habían oído el alto de un oficial de las SS. Cuando terminó su relato, Matilde seguía sollozando con una mano en el pecho, Antoñita había palidecido y la Patro boqueaba como un pez fuera del agua. Entonces Erich les explicó lo que pretendía de ellas. Antoñita fue la primera en salir de su estupor.

—Si no he entendido mal, ¿nos está pidiendo que espiemos a los señores?

—Entiendo que os parezca una locura.

—¡Eso es quedarse corto! —exclamó airada—. Si me descubren, acabo en la prisión provincial. Y allí a muchas les toca dormir en el suelo, se lo oí decir a una pescadera del mercado que tiene a una vecina presa por pilingui.

—No des mal fario, niña —masculló la Patro.

—Erich solo os está pidiendo que prestéis atención a lo que se habla en vuestras casas. Nada más —intervino Melisa.

—Le he entendido, pero herr Otterbauer me da mucho miedo. Tiene un pronto muy malo. Si me pilla escuchando tras la puerta, es capaz de apalearme.

Matilde se sumó a las dudas de sus amigas:

—Yo tampoco me atrevo. Es muy peligroso. Tengo un niño pequeño al que mantener y necesito el trabajo. Y, como dice Antoñita, si me metieran en la cárcel... No quiero ni pensarlo.

A Melisa no le sorprendían sus reticencias. Se jugaban demasiado. Ella misma le había expresado a Erich sus dudas. Aun así, jugó una última baza:

—¿Cuántas veces me habéis dicho que si pudierais os vengaríais de vuestros jefes? Os estamos dando la oportunidad de hacerlo.

—Pues menuda oportunidad —protestó la andaluza.

—¡Venga, Patro! Anda que no habrás escuchado a tus señores detrás de las puertas.

Melisa notó que su amiga vacilaba.

—En casa de los Otterbauer hablan alemán, pero también castellano cuando reciben a invitados españoles. Igual podría poner la oreja como el que no quiere la cosa. Y, a lo mejor, mientras limpio el despacho del señor miro dentro de los cajones por si hay polvo —comentó la Patro con ironía—. Eso sí, no prometo nada.

—Don Hilario tiene una caja fuerte en el despacho de casa. Me sé la combinación —dijo Antoñita para perplejidad de todos—. Un día me pidió un coñac y cuando se lo llevé estaba guardando unos papeles, así que me fijé. Tengo buena memoria. Es su fecha de nacimiento. Ese hombre tiene muy mala sangre. Me trata con un desprecio... No creo que sepa ni cómo me llamo. Siempre que se dirige a mí me dice «¡Eh, chica!», como quien le habla a un burro.

—Pues razón de más para que nos ayudes —se apresuró a decir Melisa.

—¡Como si fuera tan fácil! Para abrir la caja hay que descolgar un cuadro que debe de pesar lo suyo. Con los nervios, seguro que se me cae.

Desarmada ante la mirada de Erich, Antoñita terminó por sumarse al plan asegurando que haría lo que estuviera en su mano. La única que no transigió fue Matilde.

—Lo siento, yo no puedo. No me lo tengas en cuenta, por favor —suplicó a Melisa.

—No te preocupes. Lo entiendo. —Le pasó la mano por el brazo para confortarla.

—Pues es una lástima —resopló Antoñita—. Por casa de tu jefe seguro que pasa la alta burguesía de la ciudad, empresarios y artistas. ¿No me contaste que el verano pasado estuvo Xavier Cugat en su masía?

—Sí, pero aunque lo espiara, no descubriría nada malo porque el señor es buena persona y muy honesto.

—¡No lo será tanto cuando es íntimo del Paquito y compañía! —barboteó la Patro.

—¡Pero qué dices!, si ya era rico mucho antes de la guerra. ¿No sabes que su padre era banquero? Lo que pasa es que en este país tienes que estar a bien con Franco para no tener problemas. ¿Verdad, don Erich?

Asintió agradecido. Sabía que no era santo de la devoción de aquellas chicas, y aun así estaban dispuestas a ayudarlo.

—Recordad: no os expongáis demasiado. Bastará con que toméis nota mental de las conversaciones de vuestros jefes con altos cargos fascistas o nazis —las instruyó.

A continuación les refirió de forma breve lo mismo que Simón Izarra le había contado a Melisa. El Gobierno de Franco estaba cediendo a las presiones del antisemitismo nazi, lo que había derivado en un aumento de la vigilancia en los puestos fronterizos. Todo aquel que diera asilo a los refugiados corría un grave peligro. Por ese motivo, les aseguró Erich, cualquier comentario de los jerarcas fascistas con relación a la presencia de judíos en la ciudad le serviría para adelantarse a los fascistas.

—¿Es que sospechan de usted? —se interesó Antoñita.

Erich se rascó la frente. No quería preocupar a Melisa, pero le parecía deshonesto mentir a unas chicas que iban a arriesgar sus vidas por él. Contestó con una evasiva:

—Por el momento estoy a salvo, aunque todo podría cambiar.

Melisa se mordió los labios. Deseó poder contar a sus amigas la verdad sin poner a Erich y a Simón en peligro.

—Os prometo que algún día os lo contaremos todo. Por ahora, es mejor que no sepáis más.

—De corazón os digo que no tenéis nada que envidiar a la Resistencia —añadió Erich con la mano en el pecho.

—No sé qué ha querido decir con eso, pero me ha emocionado —comentó la Patro.

Antoñita miró a Melisa.

—¿Lucía sabe algo de esto?

—No. Y no debe saberlo.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo que no sepamos? —preguntó Matilde intrigada—. Si se entera de que tramamos algo a sus espaldas, armará la de San Quintín.

Melisa comprendió que tenía que darles una explicación. Le dolía tener que revelar que don Arturo abusaba de Lucía.

—¡Será mala bestia! —bramó la Patro—. El señor Otterbauer no me ha puesto la mano encima en la vida.

—Pobre chica —murmuró Matilde.

—Erich ha estimado oportuno no contarle nada —dijo Melisa—. Y estoy de acuerdo con él. Sin querer, podría irse de la lengua si en algún momento él la presionara.

—A todas estas, don Erich, ¿para cuándo quiere la información?

—Cuando tengáis algo, avisad a Melisa. Buscaremos la manera de encontrarnos en un lugar discreto.

La Patro levantó la mano entusiasmada.

—¡El baile! No se me ocurre sitio mejor. Con el gentío que hay siempre, pasaremos desapercibidas. ¿Le parece bien, don Erich?

—Buena idea. Y, por favor, llámame Erich.

La Patro enrojeció.

—Huy, no sé, es que usted impone mucho. Bueno, y ahora que está todo aclarado, vamos a merendar, que tengo un *bujero* en el estómago. —Cogió una salchicha y se la acercó a Erich—. Pruébela, don Erich, es de su tierra. —Luego dio un codazo a Antoñita—. Tú, abre una cerveza.

—A ver si vas a llegar a casa piripi.

—Dos cervezas para cinco bocas, ya ves tú qué fiesta.

Pasaron el resto de la tarde entre risas y cháchara. Sin embargo, aunque no volvieron a mencionarlo en voz alta, ninguna podía alejar de su cabeza el miedo a lo que podía ocurrirles si sus señores las sorprendían espiándolos.

64

Junio de 1941

Conchita encendió el fogón y puso agua a hervir para preparar el té. Mientras esperaba, se llevó la mano a la dolorida mejilla. La noche anterior frau Dagmar le había propinado una bofetada porque olvidó entregarle una invitación que había llegado por la mañana. La criada había tenido la intención de dársela de inmediato, pero se le fue el santo al cielo. Cuando el agua empezó a borbotear, la retiró, echó un chorro en la tetera para templarla, colocó el colador encima con las hojas de té y vertió el resto del agua sobre ellas. Dejó que infusionaran cuatro minutos exactos, como le había enseñado la señora. Qué distintas eran las cosas en casa antes de su llegada. Herr Erich nunca le había pegado. Era la única persona que no la había tratado como si fuera un desecho humano. Le ofrecía el respeto que le había sido negado desde la cuna.

Natural de Belchite, la madre de Conchita falleció al dar a luz, y de su padre solo sabía que había sido un temporero. Para desgracia de su abuela, Conchita era el vivo retrato de aquel sinvergüenza que había engatusado a su hija y había puesto tierra por medio después de preñarla. Sus hombros, anchos y fuertes como los de un leñador, y su tendencia a llevar el pelo tapándole la cara para disimular el vello de las mejillas la convirtieron en blanco de las burlas desde la adolescencia. Conchita respondía a las mofas de los chavales lanzándoles piedras. Apenas cumplió los quince, su abuela la mandó

a servir a la casa del cura. Sus tareas incluían limpiar, cocinar, hacer la colada y fregar la iglesia de arriba abajo. Allí se dirigía una mañana cuando los hermanos de un chico al que Conchita había dado una buena tunda días antes la arrinconaron. Se defendió como pudo. Contra todo pronóstico, el cura no solo no salió en su defensa, sino que la acusó de haberlos provocado. Volvió a casa esperando comprensión, pero lo único que consiguió fue que su abuela le recordara que quien siembra vientos recoge tempestades. El inicio de la guerra la pilló en Barcelona, limpiando en un burdel de la calle Conde del Asalto. Le pagaban con techo y comida, y como las putas no veían en ella una amenaza, la trataban bien. Cuando tuvo noticia de que una ofensiva del Ejército republicano había derivado en una cruenta batalla en Belchite, ni siquiera se cuestionó si su abuela se hallaría entre las cinco mil víctimas que dejaron ambos bandos. La había enterrado hacía tiempo en su memoria.

No tardó en descubrir que, entre los clientes que frecuentaban el burdel, los alemanes eran los más generosos. Se planteó si pagarían igual de bien a sus criadas. Cuando descubrió que una de las prostitutas se sacaba un sobresueldo trabajando por cuenta propia, le ofreció un trato: le guardaría el secreto si ella hablaba con herr Kurt, uno de sus habituales, para que le consiguiera trabajo en casa de algún amigo. La prostituta cumplió su palabra, y un mes después Conchita entraba a servir en casa del vicecónsul Erich von Lechner. Todo había ido como la seda hasta ahora.

El tintineo de una campanilla la devolvió a la realidad. Frau Dagmar reclamaba su desayuno. Antes de ir a atenderla, Conchita escupió en el interior de la tetera.

En los ojos de Erich se reflejó una expresión de sorpresa al ver a Dagmar en el comedor vestida y arreglada. Por lo general, nunca se levantaba antes de las diez de la mañana. Recordó entonces la invitación para la inauguración del Hogar Alemán.

—Buenos días —la saludó mientras abría el periódico.

—Buenos días —respondió ella.

Pese a que se había esmerado con el maquillaje, saltaba a la vista que había dormido mal. La pastilla que se tomaba cada noche no lograba sumirla en un sueño profundo y se despertaba cada pocas horas envuelta en un sudor frío, sin recordar si la causa era una pesadilla o aquel miedo que parecía adherido a su piel como una garrapata. Qué ilusa había sido al pensar que podía dejar atrás el pasado. Siempre había algo que se lo evocaba, un gesto, una palabra, una mirada... En su obsesión por hallar la paz, había llegado a considerar la idea de confesarse con un sacerdote. No podría repetir nada de lo que le contara y tal vez, solo tal vez, su absolución sosegaría su espíritu y ahuyentaría al espectro.

—Anoche llegaste tarde —comentó con voz suave. Quería evitar que se lo tomara como un reproche—. ¿Mucho trabajo?

Erich asintió con la cabeza y se concentró en los partes de guerra. Todo eran buenas noticias para Alemania. En el Atlántico, un submarino alemán había hundido un transatlántico británico. En África continuaba la ofensiva a Tobruk, y las fuerzas aéreas habían bombardeado instalaciones portuarias en la desembocadura del Támesis. Esos reveses, tras los que se habían producido en mayo en la región industrial de las Midlands, suponían un duro golpe para Inglaterra. Dejó a un lado el diario sintiéndose culpable de la manipulación a la que estaban sometiendo a los medios. La tarde anterior Hans Lazar, agregado de prensa del Reich en la embajada alemana, lo había felicitado por su encomiable labor.

La criada entró con el desayuno de Dagmar.

—No te has dado mucha prisa —la reprendió. Conchita bajó la mirada y le sirvió el té—. El café del señor se ha quedado frío. Prepara otra cafetera —le ordenó con aspereza.

—No es necesario —se apresuró a decir Erich en tono amable.

Conchita se quedó a un lado de la mesa hasta que Dagmar le mandó retirarse. Obedeció con una inclinación de cabeza, pero en vez de regresar a la cocina, pegó la oreja a la puerta. Durante el tiempo que había trabajado en el burdel, y ahora con Von Lechner, había aprendido suficiente alemán para hacerse una idea de los derroteros de las conversaciones.

—¿Por qué te muestras tan desagradable con Conchita? —le recriminó Erich a su mujer.

La criada dio un respingo al oír su nombre.

—Esa chica me crispa los nervios. No entiendo por qué te niegas a que la despida.

La palabra *kündigung* restalló en sus oídos con la fuerza de un látigo. Por un instante, tuvo miedo. ¿Adónde iría si la echaban de la casa? No habría una familia pudiente que la admitiera después de ser despedida por un alemán influyente. La respuesta de herr Erich eliminó su ansiedad como un bálsamo milagroso.

—Te pido, por favor, que no vuelvas a mencionar ese tema.

—No lo haré, tranquilo. ¿A qué hora salimos hacia San Feliu? —preguntó dando por sentado que Erich la acompañaría.

Cuando este le respondió que tenía trabajo pendiente, tuvo que hacer un esfuerzo para que su voz sonase calmada.

—¿Y cómo se supone que voy a ir?

—Pídele a alguien que te lleve. Tengo entendido que media colonia alemana acudirá al acto —dijo poniéndose en pie.

Al dejar la servilleta en la mesa, Dagmar reparó en su dedo anular.

—¿Por qué no llevas la alianza? —le preguntó tan de sopetón que lo pilló desprevenido.

—Debo de haberla perdido —repuso él con indiferencia—. Que tengas un buen día.

Al oír el chirrido de las patas de la silla arrastrándose, Conchita se apartó rauda de la puerta y corrió a refugiarse en la cocina. Más tarde o más temprano aquella bruja tendría su merecido. La reconfortó descubrir que la relación entre el matrimonio era peor de lo que imaginaba.

Quien tampoco acompañaría a su marido a la localidad de San Feliu de Guixols, en la Costa Brava, era doña Isabel. Un fuerte resfriado la mantenía en cama aquel domingo de junio. Don Arturo le prometió que a su vuelta le haría un relato pormenorizado mientras pensaba para sus adentros que no hay mal que por bien no venga. Si iba solo, podría centrarse en ver y escuchar, que, al fin y al cabo, para eso había aceptado la invitación a la inauguración del Hogar Alemán.

Cuando se apeó del coche, se entretuvo unos instantes en contemplar la residencia que en adelante acogería a la colonia alemana y a los altos mandos nazis que desearan tomarse unos días de descanso en la Costa Brava. Por lo que sabía, había pertenecido a un industrial que la había cedido al exiliarse a Suiza durante la Guerra Civil. La fachada, pintada en amarillo pálido, le recordó a un templo clásico. Sobre el frontón con cubierta a dos aguas ondeaba la esvástica mecida por una suave brisa. Arturo sacó el pañuelo del bolsillo y se secó el sudor de la frente. Maldijo al que se le había

ocurrido organizar el sarao a pleno sol. Estuvo tentado de despojarse de la chaqueta, pero al desviar la mirada hacia la concurrencia congregada en los jardines, reparó en que los únicos en mangas de camisa eran los chavales de las Juventudes Hitlerianas. Mientras se unía a los invitados, se fijó en un par de clérigos con sotana y en algunos locales ataviados con sus mejores galas; supuso que habrían acudido atraídos por la perspectiva de llenar el estómago. Se le descompuso el gesto cuando vio a Franz Otterbauer en animada charla con el cónsul general Jaeger. Iba a acercarse a ellos, pero estaban demasiado lejos y justo en ese momento un repique de tambores anunció el comienzo de los parlamentos.

La residencia, gestionada por el Auxilio Social Alemán, sustituía a la de Comillas, que al parecer había sido arrasada por los recientes temporales en el norte del país. Arturo frunció el entrecejo cuando la gente rompió a aplaudir a Hans Thomsen, jefe del partido nazi. Todavía le escocía su desplante de meses atrás, cuando se negó a dirigirle la palabra en el cine Coliseum el día del cumpleaños de Hitler. A pesar de ello, aplaudió como el que más. Lamentó que el gobernador Correa Veglison hubiera preferido asistir a la procesión de Santa María del Mar. Se lo había comentado a Arturo la víspera, cuando se acercó al Gobierno Civil para felicitarlo por su onomástica. Respiró aliviado cuando terminaron los discursos y los camareros empezaron a pasar bandejas con copas de champán. Con suerte servirían también vinos del país.

Dagmar disimuló su contrariedad. Arturo Llebrera se dirigía hacia ella y era demasiado tarde para fingir que no lo había visto. Cogió una copa al azar y bebió la mitad de su contenido.

—Tan elegante y hermosa como siempre —la halagó él con una ligera inclinación de cabeza.

Ella forzó una sonrisa.

—Gracias, Arturo, eres muy galante. —Miró por encima del hombro—. ¿Isabel no ha venido contigo?

—Está resfriada. Ha sentido perderse la fiesta, pero qué se le va a hacer, la salud es lo primero. ¿Y nuestro querido vicecónsul? Me gustaría saludarlo.

Dagmar apretó los dientes y apuró su copa.

—Tenía trabajo pendiente.

—Haberme avisado, mujer, te habría traído en mi coche con sumo gusto.

—Gracias. He venido con un amigo.

—¿Dónde se ha metido Franz? Lo he visto antes, pero justo cuando iba a saludarlo han comenzado los discursos —dijo don Arturo estirando el cuello. La altura de Dagmar siempre lo incomodaba.

—Acabo de verlo hablando por teléfono en un despacho.

Don Arturo sonrió. En aquel momento desearía ser una mosca para colarse en la estancia y escuchar la conversación. A buen seguro, Franz estaría ultimando los detalles de aquella remesa de «objetos de decoración» que estaba a punto de recibir. No se explicaba cómo había podido Melisa ser tan ingenua, nadie en su sano juicio se tragaría ese embuste. Arturo no se fiaba de ella, por eso había ordenado a su chófer que no la perdiera de vista en sus días libres. Que Julián pensara que la chica era una de sus amantes no le preocupaba. El sueldo que le pagaba compraba su silencio. Casi se atragantó con el vino cuando alguien le palmeó la espalda.

—Amigo Llebrera, ¿cómo le va?

Don Arturo tosió un par de veces y volvió la cabeza. Le tendió la mano al jefe de la Gestapo, quien le dio un fuerte apretón.

—Encantado de verle, herr Helmann. ¿Ha visitado ya la casa? —le preguntó deseoso de entablar conversación.

—Todavía no he tenido ocasión.

—El paisaje es idílico —reconoció don Arturo. Si la casa iba a convertirse en punto de encuentro de los altos mandos nazis, quizá se planteara invertir en la zona—. Puede que adquiera una propiedad en los alrededores. Para pasar el verano.

—Hará usted bien. Con el tiempo, los terrenos en la costa se revalorizarán. ¿Le gusta pescar?

—A mí, como buen español, me van los toros. —Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un par de entradas. Se las entregó al nazi, que las miró por encima mientras él proseguía—: Son para la corrida del domingo en Las Arenas. El cartel es de relumbrón. Seis ases del toreo: Barrera, Marcial Lalanda, Belmonte, Pepe Luis Vázquez, Rafael Ortega «Gallito» y Manolete. ¡Ahí es nada!

Ernst Helmann hizo una mueca de desagrado y le devolvió las entradas.

—Comparto con Heinrich Himmler la aversión a las corridas de toros. Me parecen una atrocidad.

Don Arturo abrió los ojos como platos. El año anterior, gracias a su amistad con el alcalde, había podido saludar al líder de las SS durante una cena de gala en el hotel Ritz. Allí se enteró de que la corrida que organizaron en su honor en Madrid le había parecido un espectáculo cruel. El jefe de la Gestapo barcelonesa acababa de secundar sus palabras. Don Arturo no daba crédito al cinismo de aquellos nazis que en su propia casa habían hablado sobre acabar con el pueblo judío con el ardor de quien discute una final de fútbol.

Por supuesto, no osó verbalizar sus opiniones. Decidido a sacar un tema que fuera del agrado de Helmann, le preguntó qué opinaba Hitler de los rumores acerca de que Rusia preparaba un ataque contra Alemania.

—Los soviéticos lo desmienten, pero ¿quién se fía de los rojos? El Führer demuestra su inteligencia al ordenar el despliegue de tropas en las fronteras orientales del Reich —comentó don Arturo.

Estar al tanto de la evolución del Ejército alemán en los distintos frentes siempre le proporcionaba temas de conversación con sus amigos nazis.

—Como usted sin duda sabrá, mi país y la Unión Soviética firmaron hace dos años un pacto de no agresión. Alemania tiene intención de cumplirlo escrupulosamente —declaró Helmann, a quien no le había pasado desapercibida la expresión de hastío que mostraba Dagmar—. Y ahora, si nos disculpa, me gustaría dar un paseo con esta bella dama.

—Claro, claro, faltaría más.

El jefe de la Gestapo tomó a Dagmar del codo y la condujo hacia la piscina. De camino, cogió un par de copas de champán de una bandeja. Con el sol en lo más alto, el calor empezaba a resultar molesto. Ella sacó del bolso las gafas de sol y se sentó en una de las tumbonas. Helmann tomó asiento frente a ella.

—He pensado que agradecerías librarte de Arturo.

—Creí que era amigo tuyo —respondió cauta. Siempre medía sus palabras cuando hablaba con él. En una ocasión, Erich había definido a Ernst Helmann como un tigre agazapado tras un árbol a la espera de hincar el diente a su presa.

—¿Lo dices porque cené en su casa? —Rio socarrón—. A Arturo le deslumbra el poder nazi. De haber podido, habría invitado al mismísimo Hitler.

Dagmar enarcó una ceja.

—¿Quién dice que no lo intentó?

—En cualquier caso, fue una velada agradable. Y reveladora, me atrevo a añadir. Es sorprendente lo que uno puede descubrir si presta atención a los detalles.

—Me temo que no te sigo.

—No importa, querida —repuso él enigmático—. Una pena que el vicecónsul se haya perdido la fiesta. Quizá estimó que no habría nada de su interés.

Las pupilas grises de Dagmar se volvieron transparentes como el hielo. Ante la negativa de Erich a acompañarla, había llamado a su amiga Kristel Otterbauer, pero no la había encontrado, por lo que tuvo que recurrir a Ernst Helmann. El jefe de la Gestapo había accedido encantado. Durante el camino no había mencionado a su marido, por eso le sorprendía que se expresara ahora en esos términos. ¿Tan obvia resultaba la indiferencia de Erich por ella? De ser así, no tardarían en ser la comidilla de la colonia alemana. Demasiado orgullosa para aceptar la realidad, trató de justificar a su esposo:

—Está bajo mucha presión. Lo reclaman constantemente de la embajada.

—Por supuesto —asintió Helmann—. Su trabajo lo obliga a ausentarse a menudo. Eso explicaría que a estas alturas no tengáis hijos. ¿A qué esperas para engendrar?

Sorprendida, abrió la boca para responder, pero él no había terminado.

—Como buena alemana, tu deber es proporcionar hijos sanos para Alemania. ¿No decías que Erich quiere ser padre? Si de mí dependiera... —susurró atrayéndola hacia sí.

Ella lo apartó con suavidad.

—Por favor, Ernst. No quiero ser pasto de rumores.

—¿Estás segura de que Erich te es fiel?

Dagmar enrojeció.

—¿Qué has querido decir con eso? ¿Acaso has oído algo? —inquirió ansiosa.

—Claro que no. Además, Erich es demasiado honesto para engañarte, no obstante... —hizo una pausa deliberada para captar su atención—, si alguna vez ese marido tuyo se descarría y me necesitas, no dudes en recurrir a mí. Por ti haría cualquier cosa. Te lo demostré en Berlín.

Ella apretó la copa con tanta fuerza que estuvo a punto de quebrarla.

—¿Por qué te empeñas en remover el pasado? —siseó.

—Solo quería recordarte que estoy dispuesto a todo por ti, querida. ¿Sabes lo que nos diferencia de estas personas? —Señaló con la cabeza a los invitados que departían en grupos—. Que ellos confían en alguien. Nosotros no. Confiar significa que tarde o temprano te traicionarán, como tú hiciste con aquella judía.

A Dagmar le dio un vuelco el corazón.

—Me prometiste que nunca hablarías de ello.

—Tienes razón. No es el momento ni el lugar.

Dagmar conocía al jefe de la Gestapo desde que era un simple policía en Berlín con ambición de prosperar. El ascenso de Hitler al poder convirtió a Helmann en un nazi exaltado y muy peligroso. Tanto que incluso el padre de Dagmar, que había sido amigo suyo, acabó por tenerle miedo. Pero no era miedo lo que ella sentía por

Helmann, sino resentimiento. Detestaba verse obligada a aceptar que el secreto que compartían la mantendría atada a él de por vida. Bebió un sorbo de su copa.

—No hay nada peor que el champán tibio —dijo con una mueca de desagrado. Vació la copa en la piscina y añadió jovial—: De repente, me ha entrado apetito.

—En ese caso, vamos a probar las gambas antes de que los del pueblo acaben con todo.

Dagmar enlazó el brazo del hombre con el suyo. Puede que el jefe de la Gestapo le inspirase aversión, pero la había ayudado en el pasado. ¿Quién sabe? Quizá algún día volviera a necesitarlo. Lo más inteligente era tenerlo de su lado.

65

Junio de 1941

El malestar de Lucía persistió. Amanecía todas las mañanas ojerosa, como si no hubiera conciliado el sueño. Durante las comidas apenas probaba bocado, siempre que podía evitaba ir al mercado y se pasaba el día deambulando por la casa incapaz de concentrarse en su trabajo. La cocinera no cejaba en el empeño de que fuera al médico, pero ella argumentaba que todo era cosa de los nervios y que las molestias remitirían en unos días. Se esforzaba en servir el desayuno, pero, en cuanto la señora salía de casa, se escabullía al dormitorio y se tumbaba en la cama. Melisa estaba preocupada. Sabía que Lucía no fingía; sin embargo, el estado de apatía y el cansancio constante que mostraba la obligaban a realizar las tareas de su amiga, además de las suyas.

Don Arturo llevaba unos días sin presionarla, una tregua que Melisa agradecía puesto que no podía permitirse salir de casa a su antojo ni descuidar sus obligaciones para conseguir la información que le exigía aquel miserable. Su escaso tiempo libre lo repartía entre sus amigas y Erich. En el fondo, el malestar de Lucía le proporcionaba cierta libertad para verse con él sin tener que escuchar recriminaciones.

Nunca olvidaba preguntar a Erich por Simón. Aunque solo lo había visto una vez desde la noche que descubrió lo que escondía la casa de la montaña, sentía aprecio por aquel judío de carácter afable

que tanto le recordaba a su padre y en cuyos ojos advertía una profunda melancolía. Erich se limitaba a ensalzar la encomiable labor que Simón realizaba con los refugiados. Si ella se interesaba por su familia, remiso a revelar intimidades de su amigo, respondía de forma vaga o cambiaba de tema. Melisa tenía la impresión de que se resistía a reabrir una herida que continuaba sangrando.

Puesto que esa mañana no había necesidad de bajar al mercado, mientras desayunaba decidió que se acercaría a primera hora a la casa donde servía Antoñita. Con suerte, como sus señores estaban de viaje, podrían hablar con tranquilidad. Quería preguntarle si había conseguido alguna información. No contaba con que Fermina tenía otros planes para ella.

—Antes de hacer tus tareas, acércate a la Boquería —le dijo mientras recogía los platos.

Melisa la miró por encima de su taza de café aguado. Bebió un sorbo y la dejó sobre el platillo.

—Que yo sepa, no hace falta nada —replicó.

—Me he quedado sin ajos y los necesito para el cocido. Por el desayuno de los señores no te preocupes, ya se lo servirá Lucía. Ahora mismo la saco de la cama, que ya es hora.

—Pero yo tengo que hacer un recado para don Arturo —mintió—. ¿No puede ir Remei?

—Bastante tiene con la plancha. Y ojito con lo que te cobran, no pagues más de dos pesetas con cincuenta por una ristra. ¡Ah!, y de paso trae una botella de Agua del Carmen, que, con eso de la indisposición de Lucía, se ha terminado y solo falta que la señora sufra una de sus jaquecas y la reclame.

Habida cuenta de que no lograría escaquearse, Melisa se levantó y fue a su cuarto a cambiarse de ropa. Puesto que no pensaba tardar mucho, había pocas posibilidades de que doña Isabel la

sorprendiera sin el uniforme. Decidió que ya buscaría a Antoñita en el mercado.

Salía por la puerta de servicio cuando casi se dio de bruces con el portero.

—¡Rogelio! ¡Qué susto me ha dado! —El rostro compungido del hombre la alertó—. ¿Le sucede algo?

El hombre se rascó la cabeza.

—Pues... el caso es que sí. Antes de decirles nada a los señores, prefiero preguntarte a ti primero.

—Usted dirá.

—He revisado el cuadro de llaves que tengo en la garita y me faltan las de este piso. No entiendo qué ha podido pasar, con lo cuidadoso que soy. Las he estado buscando por todas partes y no aparecen. Como don Arturo se entere de que se han perdido, que Dios me pille confesado. Pensando, pensando, se me ha ocurrido que a lo mejor las tiene doña Isabel. Más de una vez me las ha pedido porque había olvidado las suyas, pero siempre me las devuelve.

Melisa dio un respingo.

Días antes, aprovechando que Rogelio no andaba cerca, había vuelto a coger las llaves de la garita. Ojalá se le hubiera ocurrido hacer una copia. Ahora no le quedaba más remedio que devolvérselas. Metió la mano en el bolso y sacó el juego.

—Ay, cuánto lo siento. Las cogió el otro día, tenía prisa y como usted no estaba... —La expresión de alivio del conserje casi le enterneció—. Me las dio para que se las devolviera, pero se me olvidó. Menos mal que las ha reclamado.

—Bueno, no pasa nada. Mecachis, solo abandono mi puesto para ir al aseo; tuvo que ser justo en ese momento. Tendré que pedirle disculpas.

Melisa, alarmada, trató de disuadirlo.

—¿Para qué decirle nada si ya se habrá olvidado? Solo conseguirá que me regañe por olvidar que debía devolvérselas.

—Pues también es verdad. Gracias, guapa. ¿Vas a alguna parte?

—A la Boquería, pero ya bajo por la escalera —respondió al tiempo que pensaba que también era mala suerte que el portero hubiera echado en falta las llaves.

Con la ristra de ajos en la bolsa, se disponía a salir del mercado cuando vio a Matilde en la cola de la carnicería. Una mujer discutía con la carnicera a propósito de un corte de carne de caballo. Melisa se acercó a saludar a su amiga y le preguntó por Antoñita.

—Todavía no ha venido. Al menos, yo no la he visto.

—Quería saber si ha averiguado algo.

—No tiene nada todavía. Justo ayer hablamos del tema —dijo Matilde en voz baja. Tras pedirle a una mujer que le guardara el sitio en la cola, se llevó a Melisa a un extremo del puesto—. Os dije que no me atrevía a espiar al señor, pero lo he pensado mejor. Tengo miedo, pero también quiero aportar mi granito de arena. Esto es para Erich.

Sacó de la bolsa de la compra un paquete envuelto en papel de estraza y se lo entregó. Un olor a arenque asaltó la nariz de Melisa. Interpeló a su amiga con la mirada mientras lo desenvolvía. Sobre el pescado había un papel doblado.

—Pensé que ahí no miraría nadie. Me pareció un lugar seguro —le explicó.

Melisa desdobló la nota. Contenía una lista de nombres y direcciones.

—Pues menos mal que a vuestra cocinera no se le ha ocurrido servir arenques. Si llega a ser Fermina, ya te digo yo que encuentra la nota —dijo Melisa devolviéndole el pescado—. Para otra vez, mejor la guardas en tu bolso o en algún bolsillo; no creo que tus compañeras hurguen en tus cosas.

Matilde resopló.

—No sé yo. Son muy dadas a meter la nariz donde no deben. Prefiero no arriesgarme.

—¿Dónde la encontraste? —preguntó Melisa guardando la lista en el bolsillo de su falda.

—En la papelera. Creo que al señor todo este asunto de la persecución a los judíos le molesta tanto como a nosotras.

—No te confundas. Hará lo mismo que Franco y sus secuaces. Empezaron por mirar hacia otro lado y acabaron accediendo a lo que dicen desde Berlín. Gracias, Matilde. Le daré la nota a Erich, quizá sea importante, ahora me tengo que ir. Y, por favor, no corras riesgos innecesarios.

Matilde la detuvo cogiéndola del brazo.

—Espera, hay una cosa más. —Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la oía—. La otra noche oí al alcalde hablar por teléfono. No sé con quién hablaba, pero, por lo que pude entender, los nazis están muy nerviosos y lo están presionando. Sospechan que en la ciudad hay una organización que da asilo a refugiados judíos.

Melisa intuyó que su amiga no había terminado de contárselo todo. La animó a seguir.

—Creo que —bajó aún más la voz— tienen previsto hacer una redada. No sé cuándo, pero no tardarán mucho. Parece ser que el jefe de la Gestapo se ha tomado el asunto como algo personal.

Melisa sacó la lista del bolsillo y la volvió a repasar con disimulo, como si fuera la de la compra. Comprendió entonces de qué se trataba.

—Espero que Erich pueda hacer algo con la información —dijo Matilde señalando la nota con el mentón.

—Seguro que sí. Procuraré que la tenga esta misma tarde. —Cayó en la cuenta de que era jueves—. Lo siento, hoy no podré...

—Tranquila, Antoñita y la Patro entenderán que no vengas con nosotras. Por cierto, ¿cómo se encuentra Lucía?

—Sigue igual.

—Dale recuerdos.

Se despidió de su amiga y caminó presurosa hacia la salida. La lista le quemaba en el bolsillo. Pensó en ir al consulado, pero corría el riesgo de encontrarse con Dagmar y ni siquiera sabía si Erich estaría allí. Tampoco se atrevía a llamarlo por teléfono. Decidió que después de comer iría a la casa de la montaña. Desde plaza España partía un autobús que hacía el trayecto hasta San Justo, el problema era que salía muy temprano por las mañanas y tenía una frecuencia de paso tan limitada que perdería la tarde esperándolo. Coger un taxi estaba fuera de sus posibilidades. No le quedaba más remedio que recurrir al chófer de don Arturo. Quizá Julián pudiera llevarla mientras el señor se encontraba en su despacho. De un modo u otro, le haría llegar a Erich la lista. Pero antes debía llevarle a Fermina los ajos y la botella de Agua del Carmen.

66

Junio de 1941

—Aquí tiene lo que me ha pedido, Fermina. —Melisa dejó la bolsa sobre la mesa de la cocina—. ¿Lucía sigue acostada?

La cocinera afirmó con la cabeza.

—Se ha levantado y les ha servido el desayuno a los señores, pero no se encuentra bien. Hace un rato he ido a ver cómo estaba. Esa chica me preocupa; tendrá sus cosas, pero siempre ha sido cumplidora en el trabajo y lleva unos días mohína. Estas manzanas están cocosas. —Señaló una pieza por la que asomaba un gusano—. ¿Ves a lo que me refiero? Las compró Lucía mismamente ayer, pero como no está atenta, le endilgaron esta porquería.

—Bueno, yo voy a salir un momento si no le importa. Como le he dicho antes, don Arturo me encargó un recado y con eso de traerle los ajos no he podido hacerlo.

La cocinera la miró suspicaz.

—¿Y qué es ese recado que te tiene tan nerviosa?

—¿Nerviosa? —Melisa se puso en guardia. Si Fermina se había dado cuenta, también podía hacerlo doña Isabel—. Qué va. Es que he venido deprisa y aún no he recuperado el aliento.

—Anda, vete, pero no vuelvas tarde.

Nada más salir de la cocina, se encontró con Lucía. Mostraba un aspecto visiblemente desmejorado pese a haber descansado varias horas. La miró con los ojos entornados.

—¿Adónde vas con tanta prisa?

—A un mandado para el señor.

Lucía frunció el ceño. Agarró a Melisa del brazo y la arrastró al pasillo, lejos del radio de escucha de la cocinera.

—¿Qué mandado? —quiso saber—. ¿Acaso te ha encargado comprarle dulces? —añadió en un tono irónico que no lograba enmascarar su irritación.

—Ya veo que te encuentras mejor. —Melisa se soltó de su agarre —. ¿A qué viene tanto interés? Don Arturo compró unas camisas en Furest y me ha ordenado recogerlas. ¿Contenta?

Lucía aspiró hondo y una arruga se le formó en el entrecejo. Parecía dispuesta a seguir discutiendo, pero lo dejó estar. La apuntó al pecho con el dedo índice.

—Sé que me ocultas algo —le recriminó—. Hace tiempo que estás rara.

—Mira quién fue a hablar —masculló Melisa.

—Sea lo que sea, lo descubriré.

—¿Qué podría ocultarte yo? Lo que pasa es que todavía no he superado lo de Erich, por eso puedo parecer un poco distraída, pero te aseguro que no estoy haciendo nada a tus espaldas. Además, ¿no te parece que Antoñita, Matilde y la Patro se habrían dado cuenta? No se les escapa nada, ya las conoces.

—Lo que tú digas —murmuró Lucía dando media vuelta para dirigirse a la cocina.

Melisa suspiró.

Las sospechas de Lucía le preocupaban. No sabía durante cuánto tiempo podría contenerla.

Lo que sí sabía era dónde localizar a Julián. Aquella misma mañana había oído a don Arturo comentarle a doña Isabel que tenía una cita para desayunar en el hotel Ritz.

Un camarero condujo a don Arturo a una mesa alejada de la ventana. Su cita todavía no había llegado. La había conocido semanas atrás en el Liceo, durante uno de los descansos de aquel interminable tostón que había resultado ser *Tristán e Isolda.* Desde entonces se habían visto varias veces. Muchos hombres preferían encontrarse con sus amantes en lugares discretos, pero a él le daba igual. Cuanto más se empeñaba uno en ocultarse, más cancha daba a las habladurías. La clave estaba en comportarse con naturalidad, como si estuviera departiendo con una amiga de la familia. Hasta la fecha habían dado rienda suelta a la pasión en el piso que la chica compartía con dos amigas, pero había empezado a darle la lata con que le pusiera un piso para ella sola, y eso era algo que don Arturo no estaba dispuesto a hacer. Faltaría más.

La había citado en aquel hotel tan lujoso en compensación por el disgusto que sin duda iba a darle, porque planeaba romper la relación esa misma mañana. Su resolución se tambaleó cuando la vio aparecer contoneándose sobre sus tacones, con un vestido estampado que se ceñía a su generoso busto y el pelo ondulado teñido de rojo. La chica se llamaba Carmen Broto, era prostituta, y unos años después sería noticia tras ser hallada con el cráneo machacado en un huerto de la calle Legalidad. En torno a su asesinato se creó una leyenda negra que incluía su implicación en una trama de extorsión a altos mandos franquistas, prostitución y drogas. Pero aquella soleada mañana de junio la joven se disponía a desayunar con don Arturo Llebrera.

—Empezaba a pensar que me habías plantado —le dijo él tratando de que su tono no sonara recriminatorio—. ¿Qué te has hecho en el pelo? —La recordaba rubia platino.

—¿A que me da un aire a Rita Hayworth? —Movió la melena con coquetería.

—Si tú estás contenta...

Don Arturo sacó un puro del bolsillo interior de su chaqueta mientras miraba a su alrededor con la esperanza de no ver un rostro conocido. Tal vez ese hotel no era la mejor elección para almorzar con su amante, pero le gustaba el lujo y el glamur que se respiraba en sus salones. Suponía un agradable contraste con la penosa realidad de la calle.

Deseoso de terminar cuanto antes, hizo una seña a Emiliano, el jefe de camareros, que se acercó solícito. Tras los saludos de rigor, les recomendó los huevos al plato con beicon. Se rumoreaba que pasaba información al jefe de la Gestapo a cambio de dinero, un acuerdo beneficioso que satisfacía a ambas partes.

Estaban terminando el desayuno cuando ella sacó a relucir el tema del piso, y algo en su mirada le dijo a don Arturo que no estaba dispuesta a aceptar un no por respuesta. «Es lo que tienen las putas caras, que nunca se dan por satisfechas», pensó para sus adentros.

—Me temo que no va a poder ser, querida. Es más, lo hemos pasado bien, pero mi esposa ha descubierto lo nuestro y tengo encima la espada de Damocles, no sé si sabes lo que significa eso. En fin, será mejor que lo dejemos.

Confiaba en que la chica no le montara un escándalo. Para su sorpresa, se inclinó hacia delante y sonrió.

—Pues que te vaya bien, Arturo. Ya nos veremos por ahí.

Aliviado de que se hubiera tomado bien la ruptura, admiró su elegante contoneo mientras abandonaba el comedor. Un camarero se acercó a su mesa.

—Don Arturo, una señorita pregunta por usted.

—¿Quién? —se extrañó. Esperaba que no fuera su mujer, pero enseguida recordó que a esas horas Isabel estaría con aquellas pesadas de la Sección Femenina.

—Únicamente ha dicho que trabaja para usted. Le espera en el vestíbulo.

Solo había una persona capaz de presentarse en el hotel Ritz sin ser convocada por él. Al menos había tenido la discreción de no entrar en el comedor.

—Está bien, dile que enseguida salgo. Tráeme la cuenta.

Tal como esperaba, Melisa encontró a Julián junto al coche, aguardando paciente a que saliera su jefe. Cuando le preguntó si podía llevarla aquella tarde al mismo sitio que la vez anterior, le respondió que por él no había problema, pero mejor se lo preguntaba a don Arturo. Dos uniformados pasaron junto a ellos y se metieron en un reluciente automóvil. Nazis. Su presencia subrayó la urgencia de llevarle la lista a Erich. Con pasos firmes y decididos, se encaminó a la entrada. Era la primera vez que franqueaba las puertas del Ritz, el hotel de lujo más antiguo de la ciudad. Saludó al portero y preguntó a un camarero por don Arturo. Mientras este iba a avisarlo, entretuvo la espera admirando la decoración del vestíbulo.

—¡Qué diantres haces aquí! —exclamó don Arturo a su espalda.

Melisa no se amilanó.

—Disculpe que le moleste, pero necesito pedirle un favor.

El hombre enarcó una ceja divertido por el aplomo de la criada. Se retiró el puro de la boca y lo sostuvo entre los dedos.

—Un favor. ¿Yo tengo que hacerte un favor a ti?

Melisa enderezó los hombros.

—Necesito que su chófer me lleve esta tarde a un sitio.

—¿Adónde? —preguntó interesado a su pesar.

Tomó aire antes de responder:

—Voy a encontrarme con Erich en un piso que tiene alquilado.

Para su desconcierto, don Arturo estalló en carcajadas.

—Vaya, vaya, así que ya te ha puesto un piso, ¿eh? Y su mujer ¿está al corriente?

Melisa hizo caso omiso a la pregunta.

—Creo que en un entorno más propicio podría sonsacarle esa información que usted necesita. El caso es que el piso está bastante lejos, podría coger un taxi, pero ya sabe que circulan pocos y son caros. Si me acerca Julián, llegaré antes.

—Sí, sí, me parece bien, pero no me lo entretengas.

—A propósito, señor, le he dicho a Lucía que iba a recoger unas camisas para usted. Le aviso por si se lo comenta.

—Por eso no te apures. Y no tengas prisa en volver a casa. Cuanto más intimes con Von Lechner, mejor.

67

Junio de 1941

Ese mediodía, durante el almuerzo, ocurrió un incidente que despertó las alarmas de Melisa. Acababa de servir el segundo plato a don Arturo cuando Lucía, tras volcar unas gotas de salsa sobre el mantel, abandonó el comedor a la carrera. Doña Isabel había hecho una mueca de desagrado al ver las manchas; sin embargo, lo que la irritó fue que la sirvienta se retirase sin su permiso. Además, corriendo.

—Voy a tener que hablar con ella y ponerle los puntos sobre las íes —dijo mientras indicaba a Melisa que le rellenara la copa de agua —. No sé qué le pasa, cada vez está más dispersa.

Don Arturo levantó la mirada del diario.

—¿De quién hablas?

—De Lucía, la criada. Que no está donde tenía que estar.

Miró a su mujer perplejo.

—Habrá ido a por el postre.

—Lo que tiene es mucha prisa por librar, que hoy es jueves.

Don Arturo ya no la escuchaba.

—A propósito, Melisa llegará hoy más tarde —dijo mirándola de reojo.

—¿Qué quieres decir?

—Tiene que hacerme un recado.

—¡Pero si es su tarde libre!

—Cuando se lo he pedido no ha puesto objeciones. —Se dirigió a la criada—. ¿Verdad que no?

—No, señor —respondió ella. Confiaba en que doña Isabel no siguiera indagando, pero su marido había despertado su curiosidad.

—¿De qué recado se trata?

—Hay que ver cómo sois las mujeres, ¡todo lo queréis saber! —Don Arturo se estrujó la cabeza. O le daba una explicación o no callaría—. ¿No es tu cumpleaños un día de estos?

—En octubre. Faltan meses.

—No preguntes más o me fastidias la sorpresa.

Doña Isabel no parecía convencida.

—¿Y cómo no me has dicho nada? Me refiero a lo de enviar a la chica a ese recado.

—Se me olvidó. Te he avisado para que no la regañes si se retrasa. Tiene que ir bastante lejos.

—Está bien, Arturo, me has dejado intrigada, pero tú mandas. ¿Trae algo interesante el diario?

—Bah, las pamplinas de siempre. —Barrió las noticias con los ojos hasta que un anuncio atrajo su atención. Tras leerlo, soltó un bufido—. Escucha esto: «¿Quiere crecer ocho centímetros?».

—¿Yo? ¿Para qué?

—Tú no, mujer. Te leo, tal cual: «Con el Crecedor Racional, se puede aumentar de talla a cualquier edad. El tratamiento cuesta treinta pesetas. El profesor Albert remite las explicaciones gratis».

—¡No me digas que te crees esas bobadas! —exclamó ella.

—¿Por quién me tomas? No ha nacido el que me la pegue a mí. Ese tipejo es un cantamañanas, un engañabobos. Pero seguro que a más de uno le saca los cuartos.

Melisa suspiró. Don Arturo había logrado calmar a su mujer con la mentira del regalo de cumpleaños. Esperaba que doña Isabel no

se empeñara en sonsacarle a ella.

En cuanto los señores se levantaron de la mesa, recogió los platos y, tras dejarlos en el fregadero, se dirigió al dormitorio. La actitud de Lucía en el comedor le había preocupado y quería hablar con ella antes de marcharse. La encontró guardando una muda en un cajón.

—¿Se puede saber qué te ha pasado? Doña Isabel se ha enfadado, menos mal que su marido no le ha dado importancia.

—No me hables de ese cerdo —dijo con un hilo de voz.

—Sigue molestándote, ¿verdad?

Lucía cerró el cajón con más fuerza de la necesaria y se volvió hacia su amiga.

—Anda, cámbiate y vete a bailar. Yo me quedo aquí, no me encuentro bien.

Melisa no le dijo que esa tarde no iría al Salón Cibeles.

—Últimamente siempre estás cansada o indispuesta.

—Lo siento si por mi culpa cargas con más trabajo de la cuenta —respondió a la defensiva.

—El trabajo me da igual. Lo que me preocupa es tu salud. Fermina tiene razón, debería verte un médico.

—Ya se me pasará.

Mientras se ponía un sencillo vestido que se había comprado en los almacenes Jorba, Melisa miró a su amiga de soslayo. Estaba convencida de que su malestar tenía que ver con don Arturo.

—Si ese miserable hubiera hecho algo más que manosearte..., tú me lo contarías, ¿verdad?

Lo ojos de Lucía se ensombrecieron. Por un instante, Melisa creyó que se iba a confiar a ella, pero se limitó a negar con la cabeza y esbozar una triste sonrisa.

—No pierdas más el tiempo, que las chicas te estarán esperando.

—De acuerdo, me voy, pero no creas que te vas a librar tan fácilmente de mí.

Melisa salió de la habitación triste e inquieta. Si no fuera tan crucial entregarle la lista a Erich, habría presionado a Lucía hasta descubrir qué le sucedía.

La sonrisa de Simón Izarra se borró de sus labios cuando vio el semblante grave de Melisa. Nada más bajarse del coche, había echado a correr hacia la casa. En esta ocasión, Julián no se ofreció a acompañarla, tampoco le preguntó si tenía que regresar a por ella. Melisa agradeció la discreción del chófer, aunque antes de despedirse le rogó que le guardara el secreto. El hombre la había tranquilizado. Si el señor lo interrogaba, le diría que la había dejado en Vallvidrera, una zona donde residían muchos nazis.

—Melisa, ¿ocurre algo? —le preguntó Simón.

—Sí, señor Izarra. ¿Está Erich?

Él negó con la cabeza al tiempo que la invitaba a entrar en la casa.

—Ha ido a buscar a un médico que colabora con nosotros. Anoche llegaron unos refugiados en muy mal estado.

Melisa sacó el papel doblado del bolsillo y se lo entregó.

—Creo que es una lista de sospechosos de prestar ayuda. No aparece su nombre ni el de Erich. Lo he comprobado. Tampoco esta dirección.

—¿De dónde la has sacado?

—Tengo una amiga que trabaja en casa del alcalde. La cogió de la papelera. También lo oyó hablar por teléfono. Después de lo que me explicó, no me costó atar cabos.

Simón desdobló el papel y leyó los nombres. Cuando alzó la vista hacia ella tenía el rostro demudado. Perdió el equilibrio y tuvo que apoyarse en el marco de la puerta para no caer.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Melisa asustada—. ¿Qué sucede?

Izarra estrujó el papel, lívido.

—En esta lista... —Le llevó un largo minuto recuperar la compostura. Se masajeó las sienes como si acabara de ser presa de un terrible dolor de cabeza antes de proseguir—: En esta lista aparece el nombre del doctor.

Melisa lo miró con atención.

—¿Se refiere al médico que ha ido a buscar Erich?

Simón asintió.

—¡Tenemos que ponerlo sobre aviso! Mi amiga ha oído que la Gestapo planea hacer una redada.

—Si encuentran a Erich, será el fin. Llegarán hasta esta casa.

El miedo a perder a Erich aceleró el corazón de Melisa. A toda prisa, ambos subieron al coche de Simón y emprendieron el camino a Barcelona. Mientras él pisaba a fondo el acelerador para llegar lo antes posible al domicilio del médico, ella no dejó de rezar y retorcerse las manos.

Al entrar en la ciudad, Simón enfiló hacia la avenida del Generalísimo, rodeó la plaza Calvo Sotelo y siguió por Villarroel hasta la calle París. Aparcó y bajó del coche seguido de Melisa. La presencia de una pareja de guardias civiles en el chaflán con Casanova los obligó a ralentizar el paso para no llamar la atención. Melisa percibió que Simón se tensaba. También él estaba al corriente de las buenas relaciones de la Gestapo con los cuerpos policiales españoles.

Esforzándose por contener la ansiedad que los consumía, entraron en el portal de un edificio. La portera, aferrada al palo de una escoba, los detuvo cuando vio que pasaban de largo el ascensor y se dirigían a la escalera.

—¿A qué piso van?

Melisa tragó saliva. Le temblaban las rodillas. Simón, por el contrario, dedicó una sonrisa a la mujer y le respondió fingiendo una tranquilidad que no sentía:

—Al consultorio del doctor Ferrer.

La mujer chascó la lengua.

—Al doctor se lo acaba de llevar la Policía. Todavía tengo el susto metido en el cuerpo —declaró mientras reanudaba la tarea negando con la cabeza.

A Melisa se le encogió el corazón y temió que las piernas le fallaran de un momento a otro. Le asombró que Simón fuera capaz de actuar con calma.

—¿Sabe por qué se lo han llevado?

La mujer lo miró molesta. Otro que daba por hecho que las porteras se enteraban de todo.

—¡Yo qué voy a saber! —resopló—. A mí no me han dado explicaciones, pero una cosa le digo: algo habrá hecho, porque a uno no se lo llevan en volandas así como así. No, señor.

—¿Se lo han llevado solo a él?

—Yo no he visto a nadie más.

El suspiro de alivio de Melisa fue tan audible que la portera la miró suspicaz.

—Ha sido usted muy amable —le agradeció Simón—. De todos modos, ya que estamos aquí, subiremos a ver a su esposa.

—Suban si quieren. Yo he llamado al timbre hace un rato, pero no me ha abierto.

Desde el interior de la casa les llegó una voz femenina:

—¡Márchese, Aurelia! Haga el favor.

—Teresa, soy Simón.

Oyeron unos pasos apresurados, luego un pestillo que se descorría. La mujer que apareció frente a ellos tenía los ojos enrojecidos. Se echó a los brazos de Simón y rompió a llorar. Era tan menuda que apenas le llegaba al pecho. A través de la puerta entreabierta, Melisa atisbó el desorden que reinaba en el piso.

—Perdona, creí que era la portera.

—Nos ha contado lo sucedido. ¿Cómo estás?

—Muerta de miedo.

La mujer deshizo el abrazo y los invitó a pasar al comedor. En un alarde de violencia innecesaria, habían volcado el aparador con todo lo que contenía y una amalgama de vidrios rotos alfombraba el suelo. Melisa recogió un marco de fotos; la mujer alegre de la imagen era muy distinta a la que tenía delante, el vivo reflejo de la desesperación.

—La Brigada Político-Social se ha presentado aquí cuando mi marido estaba con un paciente, han empezado a registrar la consulta de arriba abajo, y luego el resto del piso. Lo han destrozado todo.

—Buscaban información. ¿Han encontrado algo? —le preguntó, pero ella negó con la cabeza.

—Ramón es demasiado cauto. Puedes estar tranquilo, no pone por escrito nada que pueda comprometerlo.

—¿Estás segura de que no era la Gestapo?

La mujer asintió.

—Completamente. Estos no tenían acento.

Simón no quiso asustarla más diciéndole que lo más probable era que, una vez en comisaría, lo interrogara la temida Policía nazi.

—Confiemos en que lo suelten pronto.

Ella lo miró con los ojos empañados. Sacó un pañuelo del bolsillo y se los secó.

—Ha sido horrible. Cuando he preguntado adónde lo llevaban, me han respondido que al matadero. ¿Me lo van a matar?

Simón le cogió las manos.

—No quiero que te asustes, pero su nombre ha aparecido en una lista.

—¿Qué tipo de lista? —se alarmó ella.

—Una de personas que colaboran con los refugiados. Lo tenían vigilado.

Ella se soltó y apretó los puños.

—Mira que se lo advertí. Le dije que era peligroso ayudar a los judíos en una ciudad donde los nazis campan a sus anchas, pero no quiso escucharme. Decía que no podría dormir tranquilo si no hacía algo por ellos. —Abatida, levantó una silla del suelo y se dejó caer en ella—. Era cuestión de tiempo que pasara esto. —Alzó la mirada hacia Simón—. Antes no me has respondido. ¿Crees que lo matarán?

—No tienen ninguna prueba para incriminarlo.

—¡Como si las necesitaran! Con esa gente no hace falta ser un criminal, basta con que ellos decidan que lo eres. No podrá resistirlo, Simón. Si lo torturan, se derrumbará. Está enfermo del corazón.

—No te pongas en lo peor.

Melisa sentía lástima por aquella mujer, pero necesitaba saber qué había sido de Erich.

—Señora Teresa.

Por primera vez, la mujer desvió la mirada de Simón para centrarla en la joven. Izarra cayó en la cuenta de que no había

llegado a presentarlas.

—Es Melisa, una amiga de Erich.

Encogida en la silla y con las manos entrelazadas en su regazo, la esposa del doctor parecía aún más menuda. Melisa no quiso que su altura la intimidara. Se acuclilló junto a ella, apoyó una mano sobre las suyas y la miró con fijeza.

—Lamento mucho lo de su marido, pero necesito que me diga si Erich ha estado aquí.

—No —murmuró Teresa—. Aparte del paciente del que os he hablado, Ramón no ha tenido más visitas.

Melisa y Simón se miraron angustiados. ¿Y si lo habían detenido antes de entrar en el edificio? Solo había una forma de averiguarlo.

68

Junio de 1941

Mientras regresaban a la casa de la montaña, Melisa pensó en la conversación que había tenido con Lucía. Decidió que en cuanto supiera lo que había sido de Erich, volvería al domicilio de los Llebrera para hablar seriamente con ella. Al llegar, Isaac les dijo que Erich no estaba. Sin embargo, un problema inesperado impidió a Melisa darle vueltas a la cabeza imaginándose lo peor. Uno de los refugiados se había dislocado el hombro al resbalar en la escalera del sótano.

En la casa disponían de un botiquín con alcohol, antisépticos, hilo de sutura y otros medicamentos, pero ni Simón ni Melisa sabían cómo arreglar un hombro dislocado. Más allá de aplicarle un ungüento para reducir la inflamación, poco podían hacer.

—Ya le ha pasado antes —explicó Simón—, pero la otra vez lo atendió el doctor Ferrer. Al médico del pueblo no podemos recurrir, no lo conocemos y podría delatarnos.

—Pero este hombre no puede continuar así. El dolor debe de ser insoportable —dictaminó Melisa. Recordó entonces que a un vecino de su pueblo le había pasado lo mismo tras caerse de un tejado y el practicante le hizo morder un palo para recolocarle el brazo—. Yo podría intentarlo —añadió sin pensárselo dos veces.

—¿Lo has hecho alguna vez? —preguntó Simón.

—No, pero he visto cómo se hace. —Miró a su alrededor—. Me temo que no hay nadie aquí que pueda ayudar a este hombre, de lo contrario ya lo hubiera hecho, ¿no cree?

—Adelante, entonces.

Isaac y otro hombre corpulento sujetaron al herido mientras Melisa le metía un paño en la boca. Tomó aire para coger fuerzas.

—¿Cómo se llama?

—Samuel —respondió Isaac.

—Explícale que debo colocar la bola del brazo superior en la cavidad del hombro. Una vez que la articulación esté en su lugar, el dolor remitirá.

Cuando lo consiguió, después de varios intentos fallidos que hicieron enloquecer de dolor al herido, se quitó el pañuelo que llevaba al cuello e improvisó un cabestrillo con él. El refugiado le sonrió agradecido.

Con el paso de las horas, la ansiedad de Melisa fue en aumento. En un intento de tranquilizarla, Simón le dijo que Erich era un hombre de recursos y, en caso de que la Policía lo hubiera interceptado, habría sabido improvisar una excusa convincente. Para animarla, le aseguró que no se atreverían a pedir cuentas a un miembro del consulado. Melisa era consciente de que la aparente calma que mostraba Simón era la máscara con la que trataba de ocultar su angustia. Era un día caluroso y, sin embargo, sentía frío. La ansiedad le oprimía el pecho y le costaba respirar.

—Siéntate. Necesitas serenarte —le dijo Simón al reparar en la forma en que se retorcía las manos. Señaló el pequeño sofá bajo la ventana abierta. Las cortinas corridas vetaban la entrada del sol de media tarde.

—Si algo le ocurriera a Erich... —Un nudo en la garganta le impidió continuar.

—Tranquila, seguro que está bien.

—Se arriesga mucho. Cuando descubrí lo que estaba haciendo en esta casa, me costó creerlo.

—Te extrañó que un nazi ayude a los judíos ¿verdad? —dijo Izarra.

Melisa asintió. Él puso la mano sobre la suya y sonrió.

—¿Conoces el Talmud?

Negó con la cabeza.

—Es un código civil y religioso escrito por sabios hebreos. Según el Talmud, quien salva una vida salva al mundo entero. Una hermosa frase que también aparece en el Corán y que nos enseña a no perder la fe en los seres humanos. Por desgracia, el mundo en el que se mueve Erich lo obliga a decir y hacer cosas con las que no está de acuerdo. —Hizo una pausa para observar los ojos oscuros de Melisa y le preguntó—: ¿Alguna vez has tenido que fingir ser alguien que no eres?

Ruborizada, desvió la mirada. Los Llebrera le habían dado trabajo porque la consideraban una de los suyos. Haber nacido en un pueblo de Burgos, capital de la España franquista, la convertía a sus ojos en falangista de pura cepa. Y ella no había hecho nada por sacarlos de su error, aun siendo consciente de que con ello traicionaba la memoria de su difunto padre. Incluso accedió a cortarse el pelo cuando doña Isabel dejó entrever que llevarlo largo era cosa de rojas. En la nueva España, formar parte del bando de los vencidos se pagaba con la cárcel, el exilio... o la muerte.

—Lo hago a diario. Fingir y mentir —reconoció finalmente.

—Seguro que tienes motivos para hacerlo.

—Sí, aunque no me siento orgullosa de ello.

—El ser humano no es un lienzo blanco o negro. Se mueve en una escala de grises. La mejor de las personas puede cometer una

atrocidad en un momento dado.

Melisa movió la cabeza de un lado a otro.

—No le veo a usted capaz de hacer daño.

—Llegado el caso, lo haría. Todos lo haríamos. Incluso tú. —La candidez de la joven le hizo sonreír—. Volviendo a Erich, en estos tiempos ningún ciudadano alemán está seguro. Para el Tercer Reich, todo aquel que no secunde los postulados de Hitler o no colabore con el esfuerzo de guerra es acusado de traición. Si el jefe de la Gestapo en esta ciudad supiera que Erich colabora con los judíos, le cortaría la cabeza. Ernst Helmann no se anda con chiquitas.

Ella abrió la boca para responder, pero unos golpes en la puerta atoraron las palabras en su garganta. Ambos se miraron expectantes, temerosos de que el médico los hubiera delatado. Simón se levantó, pidió a los refugiados que bajaran al sótano y, una vez que se aseguró de que no quedaba nadie a la vista, fue hacia la puerta principal con Melisa a la zaga.

Los golpes sonaron más fuertes.

—¿Quién va? —preguntó Simón con cautela.

—Soy yo. He olvidado las llaves. Por suerte, la cancela estaba abierta.

El alivio se reflejó en sus rostros cuando Erich apareció ante ellos con una maleta en la mano. La dejó en el suelo y Melisa, sin poder contenerse, se lanzó a sus brazos. Él la estrechó con fuerza hasta que ella se apartó, ruborizada por la marea de emociones que inundó su cuerpo. Simón palmeó la espalda de su amigo.

—Nos has tenido en vilo, muchacho.

—Lo siento, no he podido traer al doctor —repuso desviando la mirada de Melisa a Simón—. Cuando estaba a punto de entrar en el edificio, he visto a unos esbirros de la Brigada Político-Social

encaminarse hacia allí y he esperado a cierta distancia, por precaución. Al rato han bajado con él a rastras.

Simón se estremeció. La BPS había empezado a actuar de manera oficial en el mes de marzo y se vanagloriaba de sus técnicas para conseguir información de los detenidos.

—Has hecho bien en no intervenir —afirmó—. Con esos tipos no se puede razonar.

—No comprendo qué ha podido pasar.

Le mostró la lista.

—La ha traído Melisa. En cuanto he visto el nombre del doctor, hemos ido a avisarlo. Por desgracia, hemos llegado tarde. Lo primero que hemos pensado ha sido que te habían detenido a ti también. Estábamos muy angustiados. ¿Crees que hablará?

Erich frunció el ceño.

—Pocos resisten un interrogatorio de la Político-Social. Están aprendiendo los métodos de la Gestapo. Aunque no me extrañaría que se encargase Helmann en persona. En cualquier caso, esto acelera las cosas. Hay que sacar a esta gente de aquí.

—¿Cuándo tendrás sus documentos?

—Mañana por la tarde.

Simón asintió.

—Entonces los llevaré a mi piso.

—Eso ya lo hemos hablado. Llamarían demasiado la atención. —Erich metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó la cartera—. Hace un tiempo Kurt me dio una llave de su casa de la avenida del Tibidabo. Cree que tengo una amante. —Miró a Melisa de soslayo—. Estará en Madrid toda la semana y la sirvienta no irá hasta el sábado. En cuanto anochezca, llévalos a esta dirección. —Le entregó a Simón un papel y la llave—. Tendrás que hacer dos viajes.

—No hará falta. Isaac puede conducir tu coche.

—De acuerdo. Mañana a última hora los llevaremos a la estación. Cuando lleguen a Lisboa, serán libres de ir adonde les plazca.

Apoyada en el quicio de la puerta, Melisa escuchaba la conversación. Estaba tan cerca de Erich que solo tenía que estirar la mano para tocarlo. Ni siquiera se dio cuenta de que se habían quedado solos.

—Así que has estado preocupada por mí —murmuró Erich sin quitarle los ojos de encima.

Melisa asintió. Había pasado tanto miedo que se le antojaba un milagro verlo frente a ella. Reparó entonces en la maleta.

—He dejado a Dagmar —dijo advirtiendo su mirada interrogativa.

Demasiado turbada para reaccionar, ella guardó silencio. Temía que si abría la boca, reventaría la compuerta de sus emociones y estallaría en llanto.

—Te acompañaré a casa —se ofreció él—. No quiero que tengas problemas con los Llebrera.

—Don Arturo sabe que estoy contigo. Se ha encargado de que su mujer no me regañe si me retraso un poco. Eso sí, estará deseando que lo ponga al día de mis avances... Siendo sincera, ahora mismo no tengo ánimos de enfrentarme a él. Además, aún es temprano. —Quiso confirmar que no había soñado las palabras de Erich. Tomó aire antes de hacerle la pregunta—: ¿De verdad has dejado a Dagmar?

—No podía continuar en esa casa. —Le cogió la mano y se la llevó a los labios. Con los ojos fijos en ella, depositó suaves besos en cada uno de sus dedos al tiempo que la atraía hacia sí.

La intensidad de su mirada despertó en Melisa una sensación cálida en el pecho. Cerró los ojos cuando él rozó su boca con los labios y, de manera instintiva, entreabrió los suyos y se abandonó a aquel beso, sensual y excitante, que le provocó un agradable

cosquilleo en el estómago. Con los latidos de su corazón acelerados, se preguntó si aquellas serían las mariposas que mencionaban las novelas y si aquel instante sublime no sería fruto de su imaginación. Cuando él apartó los labios, Melisa abrió los ojos despacio temiendo que la magia se desvaneciera, pero la mirada que él le dirigió fue tan profunda que se estremeció como si le hubiera acariciado el rostro con los dedos. Supo entonces que no estaba viviendo un sueño. Lo que sentía era muy real.

—Vamos arriba —le susurró al oído tomándola de la mano para guiarla hacia la escalera.

Con el sabor del beso aún en los labios, Melisa subió tras él los peldaños hasta un descansillo. Observó que a ambos lados había puertas cerradas. Dedujo que conducían a las habitaciones donde dormían los refugiados.

—Hemos habilitado el sótano con catres —le explicó Erich en respuesta a su pregunta no formulada—. Por su seguridad, pasan el día arriba y la noche abajo. Como te he dicho, no esperamos visitantes inesperados, pero tampoco podemos descartarlos, sobre todo ahora, tras la detención del doctor.

—Por eso has insistido tanto en sacarlos de aquí.

Erich abrió una de las puertas y Melisa entró tras él. Le pareció la habitación más bonita que había visto en su vida. A la luz del ocaso, las paredes refulgían con suntuosos gráficos que imitaban motivos vegetales. Una colcha de seda con bordados orientales vestía la cama. Aunque ajada y con los flecos deshilachados, resultaba evidente que se trataba de una antigüedad.

Su madre nunca le había hablado de lo que ocurría entre un hombre y una mujer en la intimidad del dormitorio. Todo lo que sabía, que no era mucho, lo había aprendido en los libros. Pero las novelas tenían poco que ver con la realidad. Se sentía insegura, sin

saber qué hacer a continuación. Consciente de su inexperiencia, Erich se acercó a ella y le acarició la mejilla con el dorso de la mano para tranquilizarla.

—Si tienes miedo, podemos...

—No lo tengo —musitó. Y era verdad. El deseo de estar entre sus brazos superaba con creces la ansiedad por lo que estaba a punto de suceder.

Erich se quitó la chaqueta y la arrojó sobre una banqueta. Con un movimiento pausado, se desabotonó la camisa y dejó al descubierto su torso cubierto por un vello rubio apenas visible. Melisa alzó la mano, posó la palma en aquel pecho fuerte y musculoso y lo acarició. Sintió el calor que emanaba de su piel y un anhelo desconocido se apoderó de ella. Retiró la mano y se quitó el vestido despacio, dejándolo caer al suelo, sin apartar ni un instante los ojos de los de él, que brillaban como ascuas. Luego deslizó los tirantes de la enagua por los hombros y se deshizo de ella quedándose en ropa interior. Siempre había supuesto que, llegado el momento, se avergonzaría de su desnudez. Sin embargo, se sentía cómoda. Tanto que fue ella quien asumió la iniciativa y, tomando a Erich de la nuca, buscó de nuevo sus labios. La respuesta de él no se hizo esperar. Esta vez no fue un beso dulce, sino exigente, que se prolongó hasta que ambos sintieron que les faltaba el aire. Tras despojarse de la camisa, la atrajo hacia sí, deslizó las manos por su espalda y, con dedos ágiles, le desabrochó el sujetador. Los brazos de Melisa lo rodearon con fuerza. No pudo evitar ruborizarse cuando, abrazada a él, percibió su erección y notó que los pezones se le endurecían. Con los labios curvados en una media sonrisa, él inclinó la cabeza y se aplicó sobre ellos lamiéndolos con delicadeza, una deliciosa tortura que culminó con un escalofrío de placer que la recorrió de arriba abajo. Hambrienta de sus besos, giró entonces la

cabeza en busca de su boca. Sin despegar los labios de los suyos, Erich la cogió en brazos y la tendió en la cama. Tan solo se apartó de ella para quitarse el resto de la ropa. Libre de obstáculos, se tumbó junto a ella y admiró su cuerpo esbelto. Ambos permanecían en silencio, no había necesidad de hablar. Volvió a besarla con suavidad y deslizó el dedo índice entre sus pechos, luego recorrió el contorno de su cintura hasta detenerse en el ombligo. Hipnotizada por la pasión que reflejaba su mirada, Melisa contuvo la respiración cuando él le separó los muslos y le acarició la delicada carne de su entrepierna, con suavidad al principio, después aumentando la presión. La explosión que la abrasó por dentro la pilló desprevenida. Se le nubló la visión y por un instante pensó que iba a perder la consciencia. Cuando la oleada de placer remitió dejando tras de sí un reguero de fuego y su respiración entrecortada, extendió los brazos hacia él implorando más.

Creyó que estaba preparada para entregarle su cuerpo, pero aun así dio un respingo cuando él introdujo el dedo índice en su parte más íntima antes de penetrarla. El dolor lacerante le arrancó un grito que lo hizo detenerse, hasta que Melisa disipó sus temores atrayéndolo de nuevo hacia sí. Poco a poco vació de su mente cualquier pensamiento que no fuera Erich y, guiándose por la intuición, arqueó las caderas para acompasar sus movimientos a los de él en una danza que los amantes llevan milenios ejecutando pero que ella bailaba por primera vez. Lo envolvió con las piernas y enterró la cabeza en su cuello para alimentarse de su aroma. Atesoraría en su memoria cada segundo de aquella tarde, sin importarle lo que ocurriese después.

69

2001

La capa de grasa que barniza los champiñones de la pizza no le parece nada apetitosa, pero se las compone para esbozar una sonrisa apreciativa en cuanto observa el entusiasmo con que la inspectora coge una porción. Las pizzas van acompañadas de una ensalada de brotes verdes con diminutas bolas que despiden un penetrante olor a queso; que lo sea o no, es otro cantar.

Durante un buen rato, animados por la botella de vino que han encargado con la comida, y que los ha ayudado a entrar en calor, se olvidan de la investigación para entregarse a una animada charla.

—¿Por qué te hiciste profesor de Historia? —le pregunta ella.

—Siempre me ha gustado la enseñanza. —Esboza una sonrisa burlona—. Vocación, supongo. Eso, y porque estudiar el pasado debería ayudarnos a no repetir los mismos errores, aunque no tengo claro que lo estemos consiguiendo.

—Yo tampoco.

—¿Y qué hay de ti? ¿Siempre supiste que querías ser *mossa d'esquadra*?

Ella echa la cabeza hacia atrás y rompe a reír.

—No exactamente. En casa querían que estudiara Derecho. Empecé la carrera, pero me atraía más la Criminología. Cuando terminé los estudios, mientras valoraba las posibles salidas laborales,

un vecino de mis padres, *mosso* también, me vendió muy bien las oportunidades de carrera y todo eso de la vocación de servicio.

—Y ahora eres inspectora.

—No ha sido fácil.

—Nada lo es.

Mario se limpia las comisuras de la boca con una servilleta de papel y la estruja. En ese instante suena su móvil. Tras comprobar en la pantallita quién lo llama, hace un gesto de contrariedad. No responde, pero minutos después recibe un mensaje de texto. Lo lee por encima y teclea una respuesta rápida.

—Mi madre quería saber si me esperan para cenar. Dejé el piso donde vivía de alquiler y he vuelto a casa de mis padres hasta que terminen la reforma. Confío en que en un par de meses pueda mudarme. De momento, han terminado la habitación principal, que ya es mucho.

—Te va a quedar una casa espectacular. Al entrar me he fijado en las molduras y las pinturas del techo del recibidor. Son una maravilla.

Mario le cuenta que salieron a la luz por casualidad, cuando los obreros destruyeron el falso techo que las ocultaba.

—A alguno de los inquilinos anteriores no debían de gustarle los techos tan altos. Hay que ser cafre para ocultar una obra de arte así. Claro que peor habría sido que le hubiera dado por pintar encima.

La inspectora sonríe y vuelve a fijar la atención en los papeles que penden de una cuerda atada a ambos extremos de la pared.

—Entre las notas que has ido recopilando y los documentos que conseguiste en los registros oficiales tiene que haber algún indicio que arroje luz a la historia de ese pobre diablo —comenta con relación al cadáver que apareció enterrado bajo el árbol.

Él se levanta y se acerca a la cuerda. Al moverla, un par de papeles se desprenden y van a parar al suelo.

—Yo sigo empeñado en que fue una víctima de su época. La historia reciente de este país está escrita con sangre. La dictadura franquista represalió con torturas, encarcelamientos y ejecuciones masivas. Los historiadores no han logrado hacer un cálculo exacto, pero se estima que puede estar en torno a las ciento cuarenta mil. Por fortuna, hay personas que se niegan a olvidar y han empezado a recuperar los cuerpos de desaparecidos durante la dictadura.

La inspectora traga saliva. Su abuelo combatió con los sublevados, en su casa siempre ha oído un discurso diferente y nunca se ha parado a pensar.

—En fin, no quiero darte la paliza, que bastante se la doy a mis alumnos —prosigue él—, pero algunos aún pensamos que durante la Transición se olvidaron demasiadas cosas. En cualquier caso, volviendo a nuestra víctima, igual estamos perdiendo el tiempo.

—No lo creo. Estoy segura de que la respuesta se halla en esos papeles. —Señala una hoja emborronada con la letra de Mario—. Según esto, a principios de los cuarenta no vivía nadie por esta zona.

—Empezó a urbanizarse en esos años.

—A urbanizarse —repite lentamente ella—, pero no del modo que lo entendemos ahora. Con toda probabilidad, habría algunas casas diseminadas a lo largo de la montaña, lo bastante separadas unas de otras para que a ningún vecino se le ocurriera pasarse a pedir azúcar. Por no mencionar que esto es una montaña. Si hoy en día es difícil el acceso, imagínate entonces. Resultaría un escondite perfecto para cualquiera que se dedicara a actividades al margen de la ley. Por ejemplo, el estraperlo, actividad que hizo millonario a más de uno. —Calla unos segundos y acaricia el borde del vaso. Se le acaba de ocurrir una idea—. ¿Y si se trató de un crimen pasional?

Mario no parece convencido.

—Según el informe forense, la víctima falleció de forma violenta. Ya conoces mi opinión. Me inclino por un asesinato político. Si fue un objetivo de la Brigada Político-Social, no tendría mucho que hacer. A esos no les tosía nadie. Aunque eran más de llevar a los detenidos a comisaría y allí molerlos a palos.

—Piénsalo, Mario —insiste ella retomando su idea—. Una pareja es sorprendida in fraganti por el marido de ella. El hombre, fuera de sí, intenta golpear a la mujer, pero el amante sale en su defensa y acaba recibiendo un disparo en el pecho. Para ocultar el crimen, lo entierra bajo el árbol.

—Si el amante llevaba un arma encima, sería una buena pieza.

—No me parece descabellado. Eran tiempos difíciles. Quizá fuera policía.

—Pero habría tenido que matar también a la mujer para asegurarse su silencio.

—¿Quién nos dice que no lo hizo? Puede que la enterrara en otro sitio.

—En mi jardín seguro que no. La habríais encontrado —apunta Mario riendo—. De todas formas, es una idea muy novelesca.

La inspectora descuelga un papel escrito a mano y lo deposita frente a él.

—Aquí hay un hilo del que tirar. O una madeja, si tenemos suerte.

Mario repasa las notas. Confía en que Alicia no pretenda ir puerta por puerta. La estrategia quizá funcionara en los años cuarenta, pero lo que es ahora... Cuando ella verbaliza el plan que tiene en mente, el escepticismo ensombrece su expresión.

—¿Esperas encontrarlo vivo? Muy optimista te veo. Desconocemos la edad que tenía por aquel entonces; o el tipo está

muerto y enterrado o tendrá la cabeza en otro mundo. Para el caso, lo mismo da.

—No perdemos nada por intentarlo. Por algún sitio hay que empezar.

Mario piensa en el nombre que desenterró en un libro sobre la ciudad de Esplugues. Lo anotó porque le pareció un dato curioso, no porque creyera que le fuera a ser de ayuda. Además, como bien apunta la inspectora, por algún sitio hay que empezar.

70

Junio de 1941

Aún no había amanecido cuando Melisa despertó. Una secuencia de imágenes de la noche anterior desfiló por su cabeza, recuerdos nítidos que no obedecían a un sueño y que le inundaron el pecho de una cálida placidez. Esbozó una tenue sonrisa y se dio la vuelta en la cama para encontrarse con los ojos de Erich. Él alargó un brazo y le retiró un mechón de la frente.

—Buenos días, preciosa, ¿has dormido bien? —le preguntó mientras acariciaba con los dedos los contornos de sus mejillas.

El roce sobre su piel le provocó un hormigueo en el estómago.

—Igual que un recién nacido —repuso ella. Se sentía pletórica de energía, como si hubiese dormido diez horas—. ¿Y tú?

—Apenas. Prefiero mirarte. —La atrajo hacia sí y depositó un suave beso en sus labios. Melisa se dejó envolver entre sus brazos y apoyó la cabeza en su pecho—. Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo —le susurró.

Ella pensó en Dagmar y en la devastación que sufriría tras el abandono de Erich. Se había mostrado siempre tan agradable con ella que no podía evitar sentirse culpable. Se mordió los labios.

—¿Ha sido difícil marcharte de casa? —le preguntó cauta.

Erich suspiró.

—No se ha tomado bien mi decisión, si te refieres a eso. Tampoco esperaba que fuera a aceptarla de buen grado —afirmó

con una sonrisa amarga—. Eh, no quiero que te consideres responsable —añadió como si le hubiera leído el pensamiento—. Aunque no nos hubiéramos conocido, me habría separado de Dagmar igualmente. No estoy enamorado de ella. Nunca lo he estado.

—Algo debías de sentir cuando te casaste. El matrimonio no es una decisión que se tome a la ligera.

Erich le besó la sien. Le explicó que, en su día, casarse con Dagmar le había parecido el paso correcto. Acababa de aterrizar en Berlín tras licenciarse en la Escuela de Ciencias Políticas de París. Se encontró con una población manipulada por un partido único cuyos integrantes culpaban a los judíos y a los comunistas de todos los males que aquejaban al país. Él mismo se afilió al partido nazi, aunque en su fuero interno no comulgaba con su credo, porque era lo que se esperaba de los alemanes arios como él. También se casó con Dagmar porque no tuvo el valor de romper un compromiso alentado por su madre, que la creía idónea para él. «La conocemos desde siempre, un factor que evita desagradables sorpresas».

—Seguro que lo hizo por tu bien —dijo Melisa—. Aquí muchos matrimonios se gestan así. Algunos incluso salen bien.

—Dagmar me prestó apoyo moral en el peor momento de mi vida —prosiguió Erich—. Creo que confundí agradecimiento con amor. Resulta fácil manipular los sentimientos de una persona vulnerable, a la que nada importa, como era mi caso. No quiero insinuar que me sintiera obligado a casarme con ella; la elección fue mía. Me pareció una buena compañera de vida. Al poco de contraer matrimonio, comprendí mi error. Tuve que aprender a fingir en mi propia casa, ante una esposa convertida en defensora ferviente de la doctrina de Hitler.

Guardó silencio unos instantes. Evocar el pasado resultaba doloroso.

—Cuando empezó a hacerse evidente que nada podría impedir el estallido de la guerra, mi madre escribió a Eberhard von Stohrer, amigo de mi padre y embajador en Madrid. Sabía que me negaría a luchar en una guerra en la que no creía. En septiembre de 1939, cinco días después de la invasión de Polonia, puse rumbo a Barcelona. Me encontré una ciudad vencida y cansada. Como yo.

—¿Qué te sucedió para que nada te importase?

Erich dudó. Hablarle de Hannah implicaba abrir una puerta que llevaba años cerrada, pero tampoco quería ocultarle aquella parte de su vida. No cuando había jurado que no habría más secretos entre ellos.

—El día que cumplí dieciocho años fuimos a celebrarlo a un restaurante. Había una camarera que se encargaba de servir nuestra mesa. Al principio ni siquiera me fijé en ella. No era el tipo de chica que hace que no puedas dejar de mirarla. En un momento dado me levanté para ir al aseo sin darme cuenta de que estaba detrás de mí. Como no esperaba tropezar conmigo, se le cayeron los platos al suelo. Armó un buen estropicio. Lejos de amilanarse ante la presencia de mi familia, me reprochó mi falta de atención. Durante el resto de la comida me lanzó miradas furibundas, asegurándose de que mis platos eran los últimos en llegar. Su enfado me divirtió y hubo algo que me atrapó. Al marcharnos vi que buscaban friegaplatos para los fines de semana. No había fregado un plato en mi vida, pero me ofrecí para el puesto. —Hizo una pausa antes de continuar—. Se llamaba Hannah. Me robó el corazón.

Melisa advirtió la nostalgia agridulce que destilaba su voz y guardó silencio mientras él retomaba su historia.

A ojos de Hannah, Erich era un niño rico malcriado que le había quitado el trabajo a alguien que lo necesitaba de verdad. Él le replicaba que no había visto a nadie haciendo cola para el puesto. Harto de sus disputas, el padre de Hannah, propietario del restaurante, los obligó a limpiarlo de arriba abajo el día que libraba el personal. Empezaron tirándose los trastos a la cabeza, pero al final del día, agotados, se dieron una tregua. Mientras bebían un refresco, ella le contó que estudiaba Enfermería. Esa misma tarde Erich la invitó al cine y ella aceptó.

Vivieron su amor en secreto, o eso creían.

Hasta que todo se torció.

Una noche Hannah no regresó a casa a la hora acostumbrada. Una amiga de la Escuela de Enfermería donde estudiaba afirmó haberse despedido de ella a dos manzanas de su calle. Al día siguiente un jardinero halló su cuerpo en uno de los estanques del Tiergarten, un antiguo coto de caza reconvertido en un extenso parque.

Había sido violada y estrangulada.

Melisa ahogó un gemido.

—Pobres padres, perder a su hija de manera tan cruel.

—Sufrieron mucho —murmuró Erich—. Se volcaron en el hijo que les quedaba, Daniel, un chico con discapacidad. La poliomielitis que había sufrido de pequeño le provocó la parálisis de las piernas. Era muy inteligente.

Melisa se incorporó.

—¿Era?

—Fue víctima de la ira antisemita. Una noche los grupos paramilitares del partido nazi, esto es, las SS, las SA y las Juventudes Hitlerianas, desataron una ola de violencia contra los judíos. Incendiaron sinagogas y causaron estragos en los negocios.

El restaurante del padre de Hannah fue incendiado, pero antes sacaron a Daniel y a su madre a rastras y los mataron a golpes. Su padre se libró porque ese día había ido a visitar a un proveedor.

Horrorizada, Melisa se cubrió la boca con la mano.

—Como diplomático, quiero hacer del mundo un lugar mejor. No pude salvarla a ella, pero... —Se interrumpió—. Nunca le había hablado a nadie de Hannah.

—Gracias por confiar en mí —dijo ella acariciándole el pelo.

Apenas fue un suave roce, pero Erich se inclinó para sellar sus labios con un beso.

El portero, que se encontraba barriendo el portal, miró a Melisa extrañado cuando la vio llegar.

—¿De dónde sales tú tan temprano? —le preguntó a modo de saludo.

Melisa se alegró de haber insistido en apearse del coche de Erich dos calles más abajo.

—He ido a poner una vela al Santo Cristo de Lepanto —mintió sin saber si la catedral estaba abierta o no.

La curiosidad de Rogelio le hizo pensar que Lucía tenía razón y el hombre se dedicaba a algo más que a bruñir los apliques y repartir la correspondencia. Subió a toda prisa la escalera y llamó con los nudillos a la puerta de servicio, inquieta ante la perspectiva de afrontar el enfado de Fermina. Esta vez no tenía excusa que disculpara haber pasado la noche fuera. Contuvo el aliento cuando, al cabo de unos minutos, la cocinera le abrió la puerta.

—¿Por qué no has llamado al timbre?

Que no la acribillara a preguntas hizo sospechar a Melisa que don Arturo se había encargado de justificar su ausencia. «A saber lo que

les ha contado para que Fermina no diga ni pío».

—No quería despertar a los señores.

A Fermina no se le pasó por alto su rostro arrebolado.

—Anda, ve a lavarte la cara, que parece que no hayas dormido. Y cámbiate de ropa. Los señores no tardarán en levantarse y hay que servirles el desayuno.

—¿Y Lucía?

—Por ahí anda —dijo antes de regresar a la cocina.

Melisa se encaminó al dormitorio. Desde que había despertado aquella mañana se sentía como si flotara en una nube. Abrió el armario y descolgó el uniforme de trabajo. Todavía olía en su piel la fragancia de Erich, una mezcla a madera, musgo y limón. El recuerdo de sus manos sobre su piel le sonrojó las mejillas provocándole una oleada de calor en el vientre. «Más vale que te centres», se regañó mientras se dirigía al baño a asearse.

En el interior encontró a Lucía con la cabeza inclinada sobre el inodoro.

—¿Otra vez estás mala? —le preguntó preocupada.

—No me pasa nada —la atajó con aspereza—. Me he mareado, pero ya se me está pasando —añadió en un tono más suave.

—Voy a decirle a Fermina que te prepare una manzanilla.

Hizo ademán de salir, pero Lucía la detuvo agarrándola del brazo.

—Lo mío no se soluciona con manzanillas —farfulló.

—Está claro que te ocurre algo.

Lucía tomó aire y lo expulsó lentamente.

—Si te lo digo, ¿prometes guardarme el secreto? Mira que no puedes decírselo a nadie, y menos a Fermina. Enseguida le iría con el cuento a doña Isabel.

—No te preocupes.

—Estoy preñada —susurró con un hilo de voz antes de romper a llorar.

71

Junio de 1941

Melisa se sintió estúpida por no haber caído en la cuenta, pero había estado tan centrada en su relación con Erich y en sortear las presiones de don Arturo que no había prestado suficiente atención a su amiga.

—¿Estás segura? ¿Te ha examinado un médico? A lo mejor es un simple retraso.

—Tengo una falta y estamos a finales de junio y aún no me ha bajado la regla. Yo soy un reloj. No me hace falta ir al médico para saber que estoy embarazada. Maldita sea mi suerte —rezongó mientras se enjuagaba la boca.

—El padre es...

—¿Tú qué crees? —se revolvió—. Ya no se conforma con sobarme por todo el cuerpo, ahora... ahora me fuerza.

—¿Por qué no me lo contaste?

Lucía cerró el grifo y la miró de frente.

—Me daba vergüenza. Me resistí, Melisa, intenté gritar, pero él me amenazó con hacerme daño. No puedes imaginar el asco que sentí mientras... —El recuerdo de la violación hizo que se estremeciera.

—No te tortures más, pero no permitas que vuelva a ponerte la mano encima. ¿Has pensado en lo que vas a hacer?

—Al pueblo no puedo volver —dijo compungida—. Si me presento allí soltera y con barriga, mato a mis padres del disgusto; eso si no me echan de casa. Recuerda lo que le pasó a mi prima Trini. Se quedó preñada de aquel chico de Lerma y mis tíos no quisieron saber nada. Acabó más sola que la una. A saber dónde andará.

—Tu prima tuvo al crío porque estaba enamorada, pero en tu caso... ¿Vas a traer al mundo una criatura fruto de una violación?

Lucía negó con la cabeza.

—No lo sé. Tendré... tendré que decírselo al padre.

—Ni se te ocurra —la disuadió Melisa—. Se desentenderá del crío, y con tal de que no se entere su mujer, es capaz de cometer cualquier maldad. Mira, aún es pronto. Decidas lo que decidas, te ayudaré.

Lucía la estrechó entre sus brazos.

—Gracias. Perdóname si alguna vez me enfado contigo y te digo cosas que no siento. Eres la única persona por la que pondría la mano en el fuego.

Melisa se separó y le cogió las manos.

—Ahora ve a desayunar, que Fermina se estará preguntando dónde te has metido. Yo voy enseguida —dijo abriendo la puerta del baño para que saliera su compañera.

Ella llegó a la cocina minutos más tarde, justo a tiempo de oír refunfuñar a la cocinera.

—Yo no sé qué le pasa a esta chica. ¡Ni que fuera la primera vez que pongo coliflor a hervir! —bramaba secándose las manos en el delantal.

Melisa abrió el grifo y llenó un vaso de agua.

—¿De qué habla, Fermina?

—Lucía, que en cuanto ha olido la verdura ha salido corriendo. —Sacó de la alacena unos arenques envueltos en papel de estraza y los golpeó con un mazo para retirarles la piel—. Está muy quisquillosa últimamente. Por nada monta un cirio.

Melisa se quedó callada. Lucía se mostraba hosca con todas, incluso con Remei. Se había puesto hecha una fiera con la planchadora cuando pilló a su hija curioseando en el salón. Ahora comprendía sus razones para estar nerviosa.

—¿Tú sabes si tiene algún problema? —le preguntó la cocinera.

Melisa fingió no saber a qué se refería. Tras lavar el vaso y dejarlo en el escurreplatos, salió de la cocina y se dirigió al dormitorio en busca de su amiga. La encontró tumbada en la cama.

—¿Se te ha pasado el malestar? —se interesó desde el umbral.

Lucía alzó la mirada hacia ella y sonrió.

—Va remitiendo.

Melisa cerró la puerta para asegurarse de que su voz no se oía desde el pasillo.

—Tendrás que ser más discreta si pretendes que Fermina no se entere de tu embarazo. Aunque mire hacia otro lado, seguro que sabe lo que te está haciendo su idolatrado don Arturo. Hace un rato me ha intentado sonsacar qué te pasa.

—Me andaré con cuidado. —Cruzó los brazos sobre el vientre, todavía liso, y la invitó a sentarse a su lado—. Bueno, cuéntame. ¿Has dejado a Erich o sigues mareando la perdiz?

El silencio de su amiga le dio la respuesta.

—Ay, Dios. ¡No me digas que has pasado la noche con él! Cuántas veces tengo que decirte que ese hombre no te conviene y que...

—No es como creíamos —la atajó Melisa—. Es un buen hombre.

—Es un nazi —le espetó la otra—. Son como los falangistas. No hay ninguno bueno.

—Eso no es verdad. A Erich lo juzgamos mal. Y me quiere. —Tragó saliva—. Tanto que ha abandonado a su mujer por mí —añadió con un nudo de emoción en la garganta.

Lucía abrió mucho los ojos.

—¿De verdad ha dejado a la señora Dagmar? —preguntó sin dar crédito—. Pues como descubra que has sido la causante, te arrancará la piel a tiras.

Preocupaciones más apremiantes rondaban la cabeza de Melisa. Confiaba en que Lucía encontrara una solución antes de que su embarazo empezara a notarse. Se había quitado un peso de encima al sincerarse con ella, al menos en parte, ya que no le había hablado de la casa de la montaña ni de la ayuda que Erich prestaba a los refugiados judíos. También había omitido que Antoñita, Matilde y la Patro se habían implicado en un peligroso juego de espías. La voz de Lucía interrumpió sus reflexiones.

—En el fondo te envidio. No daba una perra gorda por tu relación con ese, y, mira, al final lo has conseguido. Ojalá hubiera tenido yo tanta suerte, pero la vida no ha sido amable conmigo. Si me hubiera puesto firme la primera vez que don Arturo se me insinuó dándome dinero... —Bajó la cabeza avergonzada—. Me decía que era para que a mis padres no les faltase de nada, y yo, tonta de mí, me lo creí. Y después ya no pude hacer nada. Alguna vez se me pasó por la cabeza decírselo a doña Isabel, bien lo sabes, pero habría salido perdiendo yo, como siempre.

—Por desgracia, no eres la única que se ha visto y se ve en estas circunstancias.

—A ti no te ha pasado. Y quiera Dios que no te pase.

—Creo que mi altura intimida a don Arturo.

El comentario logró arrancar una sonrisa triste a Lucía.

—Cuando llegaste a esta casa y vi cómo te miraba, se me pusieron los pelos de punta. Pensé que no tardaría en ponerte las garras encima y me arrepentí de haberte ofrecido el puesto. Estos últimos días, con tantas idas y venidas por tu parte, se me ha pasado por la cabeza lo peor.

—Quédate tranquila. A don Arturo le ha dado por enviarme a hacer recados que podría hacer su chófer. —Se puso en pie y se alisó la falda del uniforme—. Vamos a desayunar, que luego hay que poner la mesa para los señores. Y te lo repito, no le digas nada a ese miserable, no necesitas su ayuda. Si decides tener al crío, estaré a tu lado. No le faltará de nada.

Lucía se incorporó y abrazó a su amiga.

—Gracias. Te mereces todo lo bueno que te pase.

Melisa le dio unas palmaditas en el brazo.

—Date prisa. Te espero en la cocina.

—Enseguida.

Cuando se quedó sola, Lucía dio rienda suelta a sus emociones. Ojalá las cosas fueran tan sencillas como las pintaba Melisa. No dudaba de su buena fe, pero hacía falta algo más que amables intenciones para sacar adelante a un niño. Se cubrió el rostro con las manos, ahogada en un mar de lágrimas.

72

Julio de 1941

Los días siguientes transcurrieron en una tensa calma en el domicilio de los Llebrera. Don Arturo salía de casa a primera hora y no regresaba hasta bien entrada la tarde. Melisa llegó a temer que sus informaciones le resultaran tan irrelevantes que hubiera decidido actuar por su cuenta. En ese caso, el plan que Erich había urdido no llegaría a buen puerto. Pero un caluroso martes de julio por la mañana se produjo un giro inesperado. Melisa acababa de servir el desayuno cuando doña Isabel la informó de que aquel día tendría una invitada.

—Frau Von Lechner viene a almorzar. Quiero que todo luzca impecable. Dile a la planchadora que saque la mantelería de hilo bordado y le dé un repaso.

—Sí, señora.

Don Arturo levantó la cabeza del periódico y atacó su plato de huevos con tocino.

—Con el buen tiempo que hace, ya son ganas de encerraros en casa. ¿Por qué no salís a comer fuera?

—Otro día, Arturo. Hoy me parece más oportuno quedarnos aquí —repuso ella mientras cogía de la bandeja una magdalena recién horneada—. Por teléfono, Dagmar parecía muy alterada, ha insistido en que nos viéramos; francamente, me ha dejado algo inquieta. Creo que tiene algo importante que decirme.

A Melisa le dio un vuelco el corazón. ¿Y si Dagmar había averiguado que Erich la había abandonado por ella? ¿Y si se lo contaba a doña Isabel?

—Lástima que no pueda acompañaros —dijo don Arturo sin apartar la vista de las noticias.

Aplaudió la cruzada del Régimen contra el bolchevismo. El día 13 habían salido de la capital, entre el entusiasmo de una muchedumbre, las primeras expediciones de voluntarios falangistas de la División Azul. El artículo se refería a ellos como paladines del honor de España, y a don Arturo no se le ocurría halago más acertado. Qué gran estratega había sido Hitler al invadir por sorpresa la Unión Soviética.

—A propósito, querida. Hoy necesito que la criada me haga un recado —comentó mirando a Melisa de soslayo.

—¿Otro? —se extrañó su esposa.

—Sí, otro —dijo mirándola de un modo que disuadió a doña Isabel de formular en voz alta sus quejas. Don Arturo desvió los ojos hacia Melisa y le dio instrucciones—: A media mañana te acercas a la sastrería a recoger mi traje nuevo y me lo llevas al despacho de la aduana. Tengo una comida importante y quiero estrenarlo.

—Muy bien, señor —respondió ella.

Don Arturo apuró el café y se puso en pie.

—Me marcho, que tengo que pasar por la cava de Mollet —dijo arrastrando la silla—. Ese negocio solo me da quebraderos de cabeza.

—¿A qué te refieres? —preguntó doña Isabel.

—Los tapones de corcho para el cava se deshacen.

—Pues es tan fácil como devolverlos a la fábrica, o no pagarlos.

Su marido frunció el entrecejo.

—El majadero de tu hermano firmó un contrato por diez años. ¡A quién se le ocurre! Desde luego, no heredó la inteligencia de tu padre para los negocios.

—No te quejes, le compraste la fábrica por cuatro duros.

—Sí, y lo mío me cuesta sacarla adelante.

Melisa y Lucía salieron del mercado dejando atrás las protestas de quienes, por llegar demasiado tarde, se habían quedado sin algún producto de primera necesidad. Acababan de enfilar la Rambla de los Capuchinos cuando Matilde las alcanzó.

—¡Hay que ver qué caro está todo! —se lamentó—. El pollo, a veinte pesetas la pieza.

—¡Y qué más te da! Tus señores se lo pueden permitir.

—Pero ¿qué pasa con los pobres? ¿Cómo van a pagar el aceite a cuatro pesetas el litro?

—Los pobres cocinan con manteca, como mi madre. Las patatas que guisaba se podían comer en caliente, pero a la que se quedaban frías, puaj, menudo engrudo —recordó Lucía—. Oye, no hemos visto a la Patro. Es raro, siempre nos la encontramos discutiendo en un puesto o en otro.

Melisa rio. La andaluza era conocida en el mercado por su vehemencia. Matilde se encogió de hombros.

—La habrán mandado a otros recados. A Antoñita la he dejado en la cola de la frutería. Está de un humor de perros.

—¿Y eso?

—Le ha caído una bronca de su señora. Se conoce que en Santa Eulalia le hicieron un vestido para la boda de la hija de unos marqueses, pero estos días ha estado en la Cerdaña y se ha puesto morada de butifarra. De resultas, el traje le queda estrecho. Le ha

pedido a Antoñita que le saque un poco de las costuras, pero cuando ha intentado explicarle que no tenía tela de donde sacar, la señora ha montado en cólera.

—Ni que fuera culpa suya —barbotó Lucía.

—Pues eso decía Antoñita. En fin, ya nos contará cómo ha acabado la cosa. ¿Me acompañáis al mercadillo de la calle del Cid? Nos queda cerca. Antoñita me ha encargado una pastilla de jabón. De paso, quiere que pregunte si tienen polvos dentífricos japoneses. Ha leído en un anuncio que dejan los dientes más blancos que la nieve.

Como Lucía se encontraba mejor y Melisa disponía de tiempo hasta la hora de rendir cuentas a don Arturo, ambas estuvieron de acuerdo.

Se abrieron paso a empujones entre el gentío que pululaba por la doble hilera de tenderetes en los que se vendía de todo, desde harina, pan, azúcar o aceite hasta productos de limpieza que los dueños de los puestos promocionaban a voz en grito. No faltaba tampoco el comercio ilícito de cartillas de racionamiento falsas, al que muchas familias recurrían para completar la exigua cantidad de alimentos que otorgaba la cartilla oficial. Un negocio lucrativo para quien las vendía y al que la Guardia Civil trataba de poner coto. Lucía apretó el monedero contra el pecho al tiempo que advertía a Melisa:

—Aquí te roban hasta el alma si te descuidas.

Melisa extremó las precauciones mientras se esforzaba en ignorar el olor a orines y otros detritus que inundaba el aire. Matilde se acercó a un puesto que vendía jabón Lagarto. Cuando le pidieron tres pesetas por una pastilla, Lucía puso el grito en el cielo.

—¡Si Antoñita pudiera pagar eso, se compraba uno de La Toja! —exclamó indignada—. Con cincuenta céntimos va aviado.

Mientras Matilde regateaba con el vendedor, Melisa observó a su alrededor. A ambos lados de la calle proliferaban casas de comidas y tabernas a cuyas puertas asomaban las mujeres de mal vivir, como las llamaban las «personas de bien». Ella había aprendido a no juzgar a aquellas mujeres que se lanzaban a la calle para poner un plato de comida en la mesa.

Entretanto, don Arturo cavilaba. Y mientras lo hacía, no dejaba de dar vueltas por el despacho de la aduana. La visita a la cava lo había puesto de mal humor. Al final, el problema de los tapones era una minucia. El encargado de la bodega lo había informado de que habían devuelto una partida de brut por su mala calidad. Tiempo atrás, el enólogo le había advertido de las consecuencias si el cava no reposaba más de seis meses. Por toda respuesta, Arturo había alegado que mantener en funcionamiento la bodega le costaba dinero, por lo que era necesario producir y vender más, aun a costa de sacrificar la calidad del producto. Los clientes que se podían permitir beber cava se habían vuelto muy exigentes, sobre todo los del País Vasco, donde su brut era muy apreciado.

—Si no les enviamos unas cajas en condiciones, amenazan con reclamarnos el dinero —había dicho el encargado a modo de conclusión.

Arturo lo fulminó con la mirada.

—Ya me has fastidiado la mañana, Gaspar.

—No por gusto, don Arturo, bien lo sabe usted.

—¿Alguna otra cosa?

Gaspar titubeó. Don Arturo, que no veía el momento de marcharse, lo apremió sin miramientos:

—¡Di lo que tengas que decir, coño, que no tengo todo el día!

El encargado se aclaró la garganta antes de soltar la bomba: las trabajadoras querían librar los sábados por la tarde. Trabajaban doce horas diarias, de lunes a sábado, y el cansancio y la presión aumentaban el riesgo de accidentes, como el que había sufrido una chica durante la vendimia del año anterior. Ante la mirada inquisitiva de don Arturo, el hombre le recordó que se había intoxicado con anhídrido carbónico al caer en el interior de una cuba.

—La culpa fue suya por no tener cuidado —refunfuñó. Iba a desestimar la petición cuando el encargado le sugirió que una pequeña concesión por su parte revertiría en su beneficio.

—Los trabajadores contentos siempre producen más y mejor —añadió para convencerlo.

Don Arturo sopesó su propuesta.

—Si libran los sábados por la tarde, tendrán que recuperar el tiempo perdido durante la semana. ¡Y si se niegan, a la puta calle! —bramó arrugando la nariz. El único lenguaje que entendían los trabajadores eran las amenazas—. Y ahora, si no hay nada más...

Lo había. En los túneles subterráneos había filtraciones de agua que si no se reparaban podrían provocar derrumbamientos dañando las hileras de botellas en reposo. Eso sin contar con las posibles víctimas. Arturo, que nunca bajaba a los túneles, desconocía la gravedad del asunto, pero hizo un rápido cálculo mental de las pérdidas que tal incidente le supondría. Maldita la hora en que se había quedado la cava. Cierto que le había reportado buenos beneficios, pero en los últimos tiempos los gastos habían aumentado y la población no gastaba en burbujas con la alegría de antaño. Como mucho, en Navidad descorchaban un espumoso barato. Y para su consternación, los nazis preferían el champán francés.

Cuando el empleado retomó la cantinela de la partida de cava defectuosa, don Arturo le ordenó que compensara a los clientes

insatisfechos como le pareciera, pero que no devolviera ni una peseta. Alegando que lo esperaban en otra parte, abandonó la bodega a toda prisa.

Miró su reloj ansioso por la llegada de Melisa. Por lo general, solía encargarse Lucía de recoger sus trajes, pero en aquella ocasión le había parecido la excusa perfecta para hablar con la chica a solas. Su esposa andaba muy preguntona últimamente y un encuentro con la criada en su estudio de casa podía hacerle sospechar. Dio un respingo cuando llamaron a la puerta.

—Adelante.

Melisa entró con el portatrajes. Al ver el perchero junto a la puerta, lo colgó para que no se arrugase. No se había creído ni por un instante que don Arturo lo necesitara. Solo quería información. Unos días antes Erich le había explicado lo que tenía que decir llegado el caso.

—Cuéntame, palomita. ¿Qué tienes para mí?

Melisa apretó los labios y desvió los ojos hacia la mesa. Junto al periódico había un abrecartas de plata. Fantaseó con la idea de clavárselo en el corazón, pero se obligó a mantener la calma mientras él sacaba un puro del bolsillo interior de su chaqueta y aspiraba su aroma antes de encenderlo.

—Al final resulta que el cargamento no contiene objetos de decoración. Es decir, sí, pero no son jarrones.

Don Arturo dio una calada al puro. La chica había logrado captar su atención. Esperó ansioso a que continuase.

—Se trata de obras de arte expoliadas a los judíos de los territorios ocupados. —Melisa reconoció el brillo de la codicia en su mirada—. La mayoría son cuadros, algunos muy valiosos. Hay uno del Greco, me pareció entender —añadió como guinda del pastel.

A don Arturo se le salieron los ojos de las órbitas.

—Sin duda, tendrán ya colocada la mercancía con coleccionistas españoles —masculló.

—No, señor. Quieren venderla en el extranjero. Pagan mejor.

La cabeza de don Arturo trabajaba a toda velocidad.

—¿Y si algún aduanero intercepta el envío y lo bloquea?

Melisa negó con la cabeza.

—Imposible. Llegarán como valija diplomática y permanecerán solo una noche en el almacén de esta aduana.

Casi se le resbaló el habano de los labios. No había caído en que la condición de vicecónsul de Erich von Lechner le otorgaba ese privilegio. Le mortificó que la criada se lo hubiera recordado.

—¿Todo esto te lo ha contado después de follar?

Melisa tomó aire y lanzó una mirada al abrecartas. Cruzó las manos en el regazo y procuró que su voz no delatase el asco que sentía.

—No exactamente. La otra tarde, cuando me encontraba en el piso que Erich tiene alquilado, el señor Otterbauer se presentó de improviso. Aunque me escondí en el dormitorio, pude escuchar la conversación. —Pensó que a don Arturo podía parecerle extraño que dos nazis no utilizaran su propio idioma en privado—. Por suerte, hablaron en español —añadió con rapidez.

—Ahora solo tienes que averiguar cuándo llegan esos cajones y comunicármelo.

—Eso también lo sé.

Más tarde, en el coche, don Arturo se arrellanó en el asiento de atrás e indicó al chófer que se dirigiera al Gobierno Civil, donde había quedado para comer con su amigo el gobernador. La criada lo había informado de que los cuadros llegarían en dos semanas,

aunque todavía no podía precisar el día exacto. En cuanto los tuviera en su poder, contactaría con un marchante y se los vendería al mejor postor. Puede que el Caudillo no llegara a nombrarlo caballero de la Orden Imperial del Yugo y las Flechas como había hecho meses atrás con Rolf Jaeger, el cónsul general de Barcelona, pero gracias a los nazis, él, Arturo Llebrera, iba a convertirse en un hombre muy rico.

73

Julio de 1941

Melisa regresó a casa a tiempo de poner la mesa para el almuerzo. Esta vez doña Isabel se guardó de recriminarle el retraso. Le dijo que, como Lucía seguía enferma, tendría que ocuparse ella de todo.

—No quiero que se acerque al comedor hasta que no esté recuperada, no sea que haya pillado un virus estomacal.

Melisa la observó de soslayo sin ocultar su desconcierto. Ni que fuera la primera vez que las molestias de Lucía le impedían desempeñar su trabajo. Llevaba semanas indispuesta. Resultaba extraño que doña Isabel no hubiera atado cabos. Claro que Fermina tampoco lo había hecho y tenía un trato más cercano con la criada.

El corazón empezó a palpitarle con fuerza ante la inminente llegada de Dagmar. Confiaba en que no tuviera idea de lo que sucedía entre ella y el que todavía era su marido.

Doña Isabel se hallaba revisando que todo estuviera a su gusto cuando llamaron a la puerta.

—Ve a abrir —le ordenó.

Contuvo el aliento cuando la alemana hizo su entrada.

Aunque vestía de forma impecable, con un vestido estampado sin mangas en tonos rosados y ocres que le sentaba como un guante, reparó en que su pelo no lucía tan brillante como de costumbre, se diría que llevaba días sin lavárselo. Se fijó también en las profundas ojeras que enmarcaban sus ojos grises. Presa de los nervios, Melisa

apenas atinó a darle los buenos días. El aspecto atribulado de Dagmar tampoco pasó inadvertido a doña Isabel.

—Te veo pálida, querida —dijo besándole las mejillas—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy cansada. Estos últimos días no he podido conciliar el sueño.

—¿Te apetece un aperitivo?

—Tomaré una copa de vino, gracias.

Melisa intentó que no le temblaran las manos mientras se la servía. Cuando vio que su amiga apuraba la copa de un trago, doña Isabel la invitó a sentarse. La alemana negó con la cabeza.

—Tengo algo que decirte. Es... importante.

Con un leve gesto del mentón, doña Isabel indicó a Melisa que se retirase. Iba a obedecer, pero Dagmar se lo impidió.

—¡Quédate! Lo que tengo que decir te interesa —dijo en un tono imperativo.

Melisa permaneció quieta, a la espera de que la señalara como la causante de sus males. Tragó saliva, expectante, hasta que las cuatro palabras salieron de sus labios:

—Erich me ha abandonado.

Doña Isabel y Melisa guardaron silencio mientras Dagmar rememoraba la tensa conversación que había mantenido con su marido el día que este se marchó de casa.

Se encontraba en el salón pintándose las uñas cuando entró la criada.

—Prepárame una taza de té —le ordenó sin levantar la vista. Al darse cuenta de que Conchita permanecía impertérrita, la apremió —: ¿A qué esperas?

—El señor está haciendo la maleta.

Dagmar se sopló las uñas para secar el esmalte.

—¿Y qué tiene de particular? Se irá de viaje por trabajo.

—Pues debe de ser un viaje largo porque lleva una maleta grande.

La criada había logrado llamar su atención. Cuando requerían a Erich en la embajada, solo metía un par de mudas en una bolsa. Se puso en pie y entrecerró los ojos.

—¿Qué has dicho?

—Que el señor está vaciando el armario.

Dagmar corrió al dormitorio.

—¡Erich! ¿Qué estás haciendo? —le preguntó desconcertada.

—El equipaje. No debería sorprenderte. No veo el sentido de continuar con esta farsa de matrimonio.

Aterrada, lo tomó por el brazo. Necesitaba ganar tiempo.

—¿Por qué no lo hablamos con calma?

Él cerró la maleta y la dejó en el suelo.

—Lo hemos hablado muchas veces. Sabes que lo nuestro no tiene arreglo. Nunca deberíamos habernos casado. En cuanto termine la guerra, pediré el divorcio.

—El Führer nunca permitirá...

—Hitler no es eterno. Ningún hombre lo es.

Dagmar lo miró recelosa. Una sospecha empezó a arraigar en su cabeza como una planta venenosa.

—Tú nunca te marcharías sin una buena razón.

—Ya no compartimos nada. ¿No te parece una razón de peso?

—¡Pero si nunca estás en casa! —gritó. Consciente de que a Erich no le gustaban las discusiones a voces, se obligó a tranquilizarse—. Si creías que no debíamos casarnos, ¿por qué me lo pediste? —le preguntó con suavidad.

Erich tomó aire y lo expulsó despacio.

—Te quería y pensé que podríamos ser felices.

—¡Y lo hemos sido! —exclamó ella—. Al menos hasta que viniste a esta ciudad.

—Siento no haber estado a la altura de tus expectativas. Pero no estarás sola, cuentas con Ernst Helmann. Siempre he pensado que hacéis buena pareja. Y él siempre ha estado enamorado de ti.

—No deberías tener celos de Ernst. —Resopló.

—No los tengo.

—¿Por qué no nos damos otra oportunidad? Si tuviéramos un hijo... —sugirió decidida a quemar sus últimas naves—. Siempre has querido ser padre.

—Es demasiado tarde.

—¡No puedes abandonarme! ¿Qué les diré a nuestros amigos? Además, piensa en el disgusto que se llevará tu madre.

—Mi madre solo quiere nuestra felicidad, aunque no sea juntos.

Estaba tan cerca de Erich que podía aspirar su aroma a jabón y crema de afeitar. Por unos instantes se sintió vulnerable. Quiso acariciar aquel cuello amado, besarlo. Presa de una oleada de deseo, le echó los brazos al cuello y buscó su boca con avidez.

—¡Basta! —Se desasió del abrazo con un movimiento brusco que hizo que Dagmar se desestabilizara y cayera al suelo—. Lo siento, no era mi intención lastimarte. —Le tendió una mano para ayudarla a incorporarse, pero ella la rechazó.

—Hay otra mujer, ¿verdad? Vas a reunirte con ella.

El silencio de Erich se lo confirmó.

Dagmar apretó los puños hasta hacerse daño con las uñas. Un nudo de ansiedad se le formó en la garganta y las lágrimas afloraron. Le dio la espalda para que no la viera llorar. Furiosa consigo misma por haber sucumbido a la debilidad, se secó los ojos

y se volvió hacia su marido. Sus ojos habían adquirido el color del hielo.

—Te arrepentirás de esto. Ojalá os pudráis en el infierno tú y esa zorra —dijo con desdén.

Salió de la habitación dejando tras de sí una estela de odio.

Cuando Dagmar terminó de narrar su versión de los hechos, doña Isabel se llevó las manos a la boca para reprimir un gemido. A Melisa le flaquearon las piernas, pero hizo un esfuerzo por mantenerse serena. Después de todo, Dagmar no la había mencionado; si reparaba en su nerviosismo lo achacaría al impacto de su revelación.

—Erich me ha humillado —reconoció.

—Quizá sea mejor que hablemos a solas —sugirió doña Isabel.

—No. Quiero que tu criada me escuche. ¿Acaso no te has dado cuenta de que está enamorada? —Doña Isabel miró a Melisa sin dar crédito. Nunca se le había pasado por la cabeza que pudiera tener novio—. Mi experiencia le servirá de lección. —Se acercó a Melisa y la observó con los ojos empañados por las lágrimas—. ¿Recuerdas lo que te dije en cierta ocasión? Una mujer debe estar dispuesta a todo para retener al hombre que ama. —Esbozó una sonrisa amarga—. El amor es una guerra más que nos toca librar. Pero solo debes presentar batalla si estás segura de tu victoria. Y esto es una lección para ambas. —Desvió la mirada hacia doña Isabel, que entornó los ojos sin entender muy bien adónde quería llegar su amiga.

—¿A qué te refieres, querida?

Melisa contuvo la respiración. Se sentía como si Dagmar la estuviera apuntando con una pistola en la sien y fuera a apretar el gatillo en cualquier instante. Su respuesta la dejó perpleja:

—Me refiero a que esta vez no me temblará el pulso.

—Sigo sin comprenderte —dijo doña Isabel—. Como no te expliques mejor...

Dagmar cogió la botella que reposaba sobre la mesa del comedor y llenó la copa hasta el borde. Unas gotas de rojo rubí tiñeron el blanco impoluto del mantel. La bebió de un trago y volvió a llenarla. Dio un sorbo antes de satisfacer la curiosidad de su anfitriona.

—Yo... una vez hice algo muy malo. —Terminó la copa y la rellenó por tercera vez.

Doña Isabel la reconvino:

—Querida, ¿no crees que estás bebiendo demasiado? Quizá deberías comer algo.

—Hannah era tan dulce... —musitó Dagmar ignorando sus palabras.

—¿Quién es Hannah? —Doña Isabel frunció el ceño.

Melisa se estremeció. Hannah fue el primer amor de Erich. Le había hablado de ella en la casa de la montaña.

—Me deshice de ella. No la maté con mis propias manos, claro —prosiguió Dagmar—. De eso se encargó Ernst Helmann. Solo tuve que hacerle creer que podía tener una oportunidad conmigo. Es increíble hasta dónde puede llegar un hombre por amor, aunque... —chascó la lengua— ¿quién puede culparlo? También yo estoy dispuesta a todo por Erich.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó doña Isabel dejándose caer en una silla. Se llevó una mano al pecho.

Melisa escuchó petrificada. Puede que Dagmar no se hubiera ensuciado las manos, pero era tan culpable como el autor material del crimen.

—Creí que había vencido, pero fue Hannah quien lo hizo —continuó impasible—. Desde entonces, su espíritu no deja de

atormentarme. Pero esta vez será diferente. No me quedaré de brazos cruzados. Averiguaré quién es la amante de Erich, y juro por lo más sagrado que los destruiré a ambos.

74

Julio de 1941

Tras proferir su amenaza, Dagmar abandonó la casa dejando a doña Isabel sumida en un estado de confusión. Incapaz de asimilar lo que su amiga les había contado sobre la tal Hannah, quiso pensar que sus palabras obedecían a su estado de ebriedad. Aun así, no podía olvidarlas y volvían a sus pensamientos una y otra vez.

El lenguado con salsa bearnesa que Fermina se había esforzado en preparar siguiendo las instrucciones de la señora no llegó a salir de los fogones ante el asombro de la cocinera, que no entendía qué habría podido suceder.

—¿Acaso han reñido? —preguntó a Melisa cuando esta apareció en la cocina con el rostro descompuesto para informarla de que Dagmar von Lechner se había marchado y la señora sufría una fuerte jaqueca—. ¿Y a ti qué te pasa, niña? Ni que hubieras visto al mismísimo Lucifer.

Melisa bajó la cabeza para evitar su escrutinio y se escabulló al dormitorio. Lucía, que había recuperado el color y se disponía a comer algo, se topó con ella en el pasillo.

—¿Te encuentras bien?

Al no recibir respuesta, la siguió hasta la habitación.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Te ha dicho algo la alemana esa?

Aturdida, Melisa no paraba de moverse y retorcerse las manos mientras mascullaba:

—Vendrá a por mí. Yo soy la siguiente. Tengo que hablar con Erich...

—¿Qué dices? Ay, deja de dar vueltas, que pareces la rueda de un molino y me estás poniendo de los nervios.

—La mujer de Erich...

—Sí. ¿Qué pasa con ella? ¿Acaso se ha enterado de lo tuyo con su marido? —le preguntó Lucía agarrándole el brazo para frenarla.

—Es cuestión de tiempo que lo haga. Entonces acabará conmigo como hizo con...

—Pero qué tonterías dices —la cortó.

Melisa se soltó.

—Tú no has oído lo que nos ha dicho a doña Isabel y a mí. Estaba fuera de sí. Pronto dará con la casa y... —Se mordió los labios, pero Lucía siguió presionándola.

—¿De qué casa hablas? ¿Qué os ha dicho?

Melisa fue consciente del error que había cometido al bajar la guardia.

—Nada. Olvídalo. Me he puesto nerviosa, ya no sé ni lo que digo.

Lucía entornó los ojos.

—Está claro que ha sucedido algo grave. ¿Acaso no confías en mí?

Melisa forzó una sonrisa. Tenía que convencerla de que lo que había dicho no eran más que bobadas.

—Claro que confío. Estoy bien, de verdad. Es solo que frau Dagmar y doña Isabel han tenido un par de palabras y me he alterado. Ya sabes cómo me afectan las discusiones.

—¿Esas dos han discutido? Qué raro, si eran tan amigas —se extrañó Lucía.

—Pues ya ves.

—En fin, ya se arreglarán. A nosotras ni nos va ni nos viene. Voy a comer algo, ¿me acompañas?

—No. Se me ha cerrado el estómago. Además, doña Isabel no se encuentra bien y me ha mandado a la farmacia.

Antes de salir del cuarto, Lucía le dedicó una última mirada cargada de suspicacia.

Melisa sentía que la amenaza de Dagmar von Lechner pendía sobre su cabeza como la afilada hoja de una guillotina.

Estaba deseando que llegara el jueves para reunirse con sus amigas en el Salón Cibeles. Había pasado más de un mes desde que Melisa y Erich les pidieron que espiasen a sus jefes, y hasta el momento solo Matilde había conseguido una información relevante. Las demás, nada. Ese mismo martes por la mañana, en el mercado, se lo había recordado.

—¡Como si fuera fácil! —protestó Antoñita—. Además, desde que volvieron de viaje, al señor le ha dado por trabajar en casa.

—Podrías haber aprovechado su ausencia —le reprochó.

—Lo intenté, pero cerró el despacho con llave.

—¿Y tú, Patro? Que el tiempo apremia.

La andaluza se mordió el labio inferior ligeramente azorada.

—A mí casi me pilla la frau con unos papeles en la mano. La Antoñita tiene razón, esto de espiar es muy difícil.

Melisa empezaba a pensar que ninguna de la dos sería de ayuda cuando Matilde intervino:

—Nos comprometimos a ayudar a Erich, así que dejaos de excusas. Este jueves os quiero ver a las dos con algo útil para la causa.

Erich había sido demasiado optimista al creer que las chicas podrían ayudar. En el fondo, Melisa entendía sus temores. Espiar a los señores era un juego peligroso que podía costarles no solo el trabajo sino también la vida. Decidió que si el jueves no le llevaban nada, no se enfadaría. Esperaba que Lucía no las acompañase al baile. Tras haber hablado más de la cuenta delante de ella, ahora tendría que andarse con pies de plomo para que no sospechara nada.

Dos días después los hados de la fortuna se conjuraron a su favor.

A punto de salir de casa, Lucía sufrió un vahído. Melisa no dejaba de insistir en que debía ir al médico, pero la otra persistía en su tozudez. Pese a todo, esa tarde su malestar fue una bendición para Melisa, que respiró aliviada cuando su amiga decidió quedarse a descansar.

Para Antoñita, Matilde y la Patro, robar los secretos de los señores fue la forma de vengar las afrentas que soportaban a diario: las horas de trabajo agotador, el desprecio mal disimulado bajo una pátina de conmiseración y el miedo a sufrir un percance que las dejara inútiles para trabajar y a merced de la beneficencia.

Avergonzadas por haber fallado a Melisa y espoleadas por la reprimenda de Matilde, las chicas se afanaron en la limpieza de los despachos de sus jefes sin tener la más remota idea de lo que encontrarían. Antoñita, diestra con las agujas de todo tipo, forzó un par de cerraduras del escritorio, y una noche, mientras la casa dormía, copió todo lo que pudo a la luz de una vela, con el sudor humedeciéndole la espalda por el miedo a ser sorprendida con las manos en la masa. La caja fuerte no le ofreció resistencia ya que

conocía la combinación, aunque contuvo la respiración aterrada cuando un agudo chasquido rompió el silencio de la noche. Esperó unos minutos convencida de que de un momento a otro don Hilario aparecería por la puerta dispuesto a llamar a la Policía. Junto a las joyas de la señora y algunos fajos de billetes, que no osó tocar porque Antoñita cumplía a rajatabla el séptimo mandamiento y robar era cosa de maleantes, encontró varias carpetas. Las abrió y hojeó los papeles. La mayoría eran recibos, pagarés y documentos que le resultaron incomprensibles. Aunque estuvo tentada, no se atrevió a cogerlos por miedo a que el señor los echara en falta y preguntase a su secretario, un tipo pedante y malcarado que miraba a Antoñita por encima del hombro y que no dudaría a señalarla a ella como culpable.

A priori, la Patro lo tuvo más sencillo ya que su patrón, herr Otterbauer, nunca cerraba con llave los cajones de su escritorio. Eso la llevó a suponer que no contenían nada importante. Aun así, cogió unos documentos al azar. Como apenas sabía leer, lo mismo le dio que estuvieran en castellano o alemán, ya que todas las frases se le antojaban un rompecabezas. En ocasiones como aquella, lamentaba que su padre la hubiera sacado de la escuela para ponerla a recoger aceitunas y para que ayudara a su madre a cuidar de la prole.

Los despachos de Hilario Muñoz y de Franz Otterbauer nunca volverían a lucir tan impolutos como aquellos dos días en que sus criadas jugaron a ser espías.

El jueves por la tarde la Patro fue la última en llegar al Salón Cibeles. Esta vez se acomodaron en la parte de arriba, donde solo había un par de parejas, más interesadas en burlar al censor que en prestar atención a la conversación de las criadas.

—Cuando estaba a punto de salir, me ha dicho la señora que venían a merendar los amigos del señorito y he tenido que ir a la

confitería a por unas pastas —se excusó. Sacó de su bolso un fajo de papeles y los puso en manos de Melisa—. Ah, también te he traído esto.

Antoñita puso los ojos en blanco al ver la agenda.

—Pero qué burra eres, Patro. ¿No ves que así te pillan seguro?

La andaluza se señaló a sí misma con el índice.

—¿A servidora? Ni se le pasará por la cabeza que he sido yo. Creerá que la ha perdido. En esa casa, el único que me presta atención es el señorito. ¡Para reírse de mí! El muy malaje está emperrado en enseñarme a saludar como don Paquito cuando pasa revista a los soldados. —Levantó el brazo derecho con la palma extendida y gritó *Jei Jitler*, y las hizo reír a todas.

—Ay, ni se te ocurra burlarte de eso, que te buscas la ruina —le advirtió Matilde mientras miraba preocupada a su alrededor por si alguien la había oído.

La Patro le dio unas palmaditas cariñosas en el brazo y urgió a Antoñita:

—Venga, saca lo tuyo, que ya estás tardando.

—¡Tendrás cara!, no callas ni aunque te pongan un bozal —la reprendió esta mientras sacaba del bolso un revoltijo de papeles—. No me atreví a coger los originales, pero he copiado todos los que he podido. Tengo muy mala letra, espero que Erich la entienda. ¿Va a venir?

—No lo creo. Está muy ocupado —lo disculpó Melisa.

Matilde no había visto ningún documento que les pudiera servir de utilidad, pero había escuchado una conversación que la tenía inquieta.

—Anteayer se reunieron con el alcalde un grupo de nazis y fascistas. Cuando entré en el salón para servirles café, los oí comentar que habían hecho algunas detenciones, supongo que se

referían a la lista que te di. —Miró a Melisa con complicidad—. Un tal Carlavilla aseguró que tenían planeado ampliar el territorio de búsqueda.

—¿Quién es ese? —preguntó la Patro.

—Un policía, entre otras cosas. Está al frente de una brigada que controla a los judíos —respondió Matilde.

Melisa se estremeció. «Eso significa que el peligro es inminente», pensó mientras guardaba los papeles en el bolso. Antoñita formuló la pregunta que todas se hacían:

—¿Qué le pasa a Lucía? Ya casi no la vemos por el mercado.

—El martes estuvimos con ella —dijo Matilde—. Melisa y ella me acompañaron al mercadillo a comprarte el jabón que me pediste. La encontré un poco desmejorada.

—Anda mal del estómago. Nada de lo que preocuparse —repuso Melisa.

No le correspondía a ella desvelar su secreto. Desde que Lucía le había revelado que estaba embarazada, experimentaba la peligrosa sensación de caminar sobre arenas movedizas. Sentía que una frase a destiempo o un gesto malinterpretado podrían quebrar su relación. Miró a sus amigas. No hacía ni medio año que las conocía, pero se habían convertido en su familia. Abrió los brazos y se fundió en un abrazo con ellas.

—Agradezco de corazón lo que habéis hecho por nosotros. Os habéis arriesgado sin pedir nada a cambio. Eso solo lo hacen las amigas de verdad, las hermanas. Por eso creo que merecéis saber toda la verdad.

Las chicas se inclinaron hacia delante para no perder palabra.

Melisa les contó cómo don Arturo la había chantajeado con la amenaza de inventar delitos que enviaran a Fermina y a Lucía a la

cárcel, y les reveló la trama que Erich había urdido para acabar con aquel miserable. A Dagmar la dejó para el final.

Antoñita se llevó las manos a las mejillas tras escuchar lo que le había hecho a Hannah.

—¡Menuda sabandija!

—Hará lo mismo conmigo en cuanto averigüe que Erich y yo estamos juntos. Si fue capaz de matar una vez, lo hará de nuevo sin parpadear.

La Patro negó con la cabeza.

—Por encima de nuestro cadáver. ¿Verdad, chicas?

Todas asintieron. Melisa le pidió a Antoñita el lápiz que siempre llevaba en el bolso, rasgó un pedazo de papel de uno de los documentos y escribió unas letras apresuradas. Luego se lo entregó a Matilde.

—Mételo en un sobre y llévaselo a Erich al consulado, por favor. Lo haría yo, pero no me atrevo. —Quizá estaba sacando las cosas de quicio, pero le preocupaba que alertaran a Dagmar si volvía por allí —. No te harán preguntas, saben que eres la criada del alcalde.

—Se lo entregaré mañana a primera hora, descuida.

En la nota, Melisa le pedía que se vieran con urgencia. Lo esperaría al día siguiente, a las tres de la tarde, donde la dejó la última vez.

75

Julio de 1941

Arturo Llebrera carecía de formación artística. A decir verdad, el arte le interesaba poco o nada hasta que su amigo Hilario Muñoz le hizo entender su importancia para escalar en sociedad. Gracias a su habilidad para los negocios y la especulación, Muñoz había acumulado en pocos años una fortuna, parte de la cual había invertido en una colección que superaba las doscientas piezas. Don Arturo decidió seguir su ejemplo. Sus criterios de compra se regían por el precio de la obra y la crítica de los supuestos entendidos. Todo cuadro que costara más de diez mil pesetas por fuerza tenía que ser bueno. Y más si lo avalaba una crítica pródiga en alabanzas y circunloquios. Así, don Arturo se había hecho con una amplia muestra de paisajes marinos, bodegones, retratos de caballeros que hacía pasar por antepasados suyos y pinturas religiosas, sus favoritas. Por algunos óleos había llegado a pagar veinticinco mil pesetas.

Días atrás su amigo le había mostrado muy ufano la última joya que acababa de incorporar a su colección; un retrato firmado por el Greco que despertó sus alarmas. Fracasó en su intento de sonsacarle, aunque el hombre acabó reconociendo su adquisición a través de una «venta exclusiva». Esa tarde, mientras leía en el periódico que las Galerías Syra inauguraban en su nuevo local de los bajos de la Casa Batlló una importante exposición de pintura

contemporánea, don Arturo empezó a elucubrar. Había obras del Greco en el Museo del Prado y puede que alguna en manos de algún coleccionista privado, pero esos cuadros no se podían conseguir en una galería como si se tratara de una acuarela cualquiera. La reticencia a revelarle su origen y el precio escamó a don Arturo. ¿Y si la galería que le había vendido el lienzo estaba conchabada con Otterbauer y Von Lechner? El día anterior había registrado la mesa de la secretaria de su socio aprovechando que se hallaba ausente; descubrió que Otterbauer había hecho recientemente un viaje en coche a Marsella. No había constancia de que hubiera introducido nada en el país. Si el susodicho viaje tenía como objetivo el contrabando de arte, su socio no se habría arriesgado a pasarlo por carretera, donde cualquier aduanero meticuloso podía interceptar la carga. No, para eso estaba Von Lechner. Lo que le había contado Melisa tenía sentido. Por su condición de vicecónsul, podía hacer que la carga saliera desde cualquier ciudad europea bajo ocupación nazi en valija diplomática.

La aparición de su esposa a la mesa del desayuno lo distrajo de sus reflexiones. La noche anterior Lucía lo había informado de que la señora se había retirado al dormitorio a media tarde y no había vuelto a salir. Cuando la criada fue a avisarla para la cena, la encontró dormida. Don Arturo alzó la mirada.

—Buenos días, querida. ¿Has descansado?

Antes de sentarse, doña Isabel se estiró la falda e hizo sonar la campanilla.

—No demasiado.

—¿Sabes qué día es hoy, además de viernes? Es 18 de julio. No quiero perderme el desfile.

—¿Qué desfile?

Don Arturo torció el gesto contrariado.

—El que se celebra cada año para conmemorar el aniversario del Alzamiento. Quiero llegar pronto para tomar posiciones, que el paseo de Gracia y la plaza de la Victoria estarán a reventar. Creo que los cónsules de Alemania e Italia han anunciado su presencia en la tribuna de las autoridades.

—Arturo..., no estoy yo para desfiles, tengo que contarte algo importante.

—¡Qué!

—Pues... —empezó dubitativa.

No podía quitarse de la cabeza las palabras de Dagmar. Le costaba creer que fuera cómplice de asesinato. Si les había revelado el secreto ofuscada por el abandono de Erich, era muy probable que ya se hubiera arrepentido. Una voz en su interior le advertía que le convenía mantener la boca cerrada. Tendría que hablar con Melisa para que hiciera lo mismo. Ante la mirada expectante de su marido, movió la mano en el aire para restarle importancia.

—No es nada. Una tontería.

—Llevas un par de días muy rara —dijo don Arturo abriendo el periódico de la mañana—. Por cierto, di a las chicas que cuelguen la bandera nacional en el balcón.

De la marcha de la guerra lo único que le interesaba era comprobar que los vientos eran favorables a Alemania. Sonrió al constatar el avance del Ejército nazi por territorio bolchevique. El 22 de junio, rompiendo el pacto de no agresión firmado con Stalin en agosto de 1939, Hitler había invadido la Unión Soviética. En su arrogancia, eligió el mismo mes en que Napoleón había ocupado Rusia en 1812. Don Arturo sonrió al recordar que el jefe de la Gestapo le había negado que tal ataque fuera a producirse. «Debió de pensar que soy tonto». Interrumpió su lectura cuando Melisa entró en el comedor con los platos del desayuno.

—Entonces, ¿vienes o no al desfile?

—Prefiero quedarme, no me encuentro bien.

—Como quieras —dijo masticando un torrezno—, pero lo más seguro es que tu amiga Dagmar esté allí con su marido. Si la veo, le daré recuerdos de tu parte.

Doña Isabel decidió que si no volvía a ver a Dagmar von Lechner en lo que le restaba de vida, se daría por satisfecha. A su pesar, reconoció que tenía miedo.

A una calle del chaflán donde había citado a Erich en su nota, Melisa se detuvo sorprendida al ver el coche de Simón Izarra. Con el corazón en un puño, corrió hacia él temerosa de que a Erich le hubiera sucedido algo. Se tranquilizó cuando lo vio tras el volante. Abrió la puerta del copiloto y se deslizó en el asiento. Sin decir palabra, se lanzó a sus brazos. A través de la tela del uniforme, él percibió el temblor de su cuerpo. Cuando deshicieron el abrazo, una arruga de preocupación se le formó en el entrecejo al observar su palidez.

—¿Qué ocurre? He recibido tu nota. ¿A qué viene tanta urgencia? —dijo acariciándole la mejilla.

Melisa abrió la boca para contarle lo que había hecho Dagmar, pero el miedo la frenó. Hannah había sido el primer amor de Erich y temía su reacción cuando descubriera la verdad. Se inclinó hacia él, le envolvió el rostro con las manos y lo besó con pasión.

—Ardía en deseos de volver a verte. Además, quería darte esto. —Sacó de una bolsa de rejilla un fajo de papeles y se lo entregó—. De parte de las chicas.

Mientras él ojeaba los documentos, le contó lo que Matilde había escuchado en el domicilio del alcalde. El rostro de Erich se tensó.

—Aunque el verdadero poder lo ostentan el gobernador civil y el capitán general, el alcalde cuenta con la confianza de Franco. Además, es empresario. Sus opiniones son valoradas. Por cierto, el Reich le ha concedido la Cruz de la Orden del Águila Alemana.

—Eso irritará a don Arturo —resopló ella.

—Hilario Muñoz es una alimaña, poco inteligente pero astuto. Un especulador con buenos contactos políticos e influencias. En este aspecto, es parecido a tu jefe —dijo Erich estudiando los papeles que había copiado Antoñita—. También le interesa el arte. Por lo que leo aquí, hace poco llegó a sus manos un Greco.

—Casi lo olvido. —Melisa sacó la agenda del bolso y se la entregó —. Cortesía de la Patro —añadió con una media sonrisa.

Erich la abrió y leyó una página al azar.

—¿Te das cuenta de lo que esto significa? —Agitó la agenda en el aire—. Están todas las citas de Franz Otterbauer durante las próximas semanas. Espero que tu amiga no tenga problemas —se preocupó.

—La Patro actúa sin pensar en las consecuencias, pero es lista e ingeniosa, sabrá arreglárselas. Esa agenda te servirá para tenerlo controlado a él y, de paso, a don Arturo, ya que son socios. Desde que puso a Franz Otterbauer en su punto de mira, mi jefe ha ordenado a su chófer que lo siga a todas partes. Pobre Julián, solo espero que no lo descubra.

Erich no le había explicado qué tipo de trampa había planeado tenderle a don Arturo. Ella solo sabía que estaba relacionada con los cuadros.

—Quiere saber qué día llegará la mercancía.

—A su debido tiempo. Da las gracias a tus amigas de mi parte. Han sido muy valientes.

—Ni te imaginas de lo que es capaz una mujer humillada. —Tragó saliva. Tenía que encontrar el momento de contarle lo que Dagmar le había hecho a Hannah.

—¿Puedes venir conmigo a la casa refugio? —le preguntó Erich de pronto—. Anoche llegó un nuevo grupo. Algunos están enfermos, y a Isaac y a Simón les vendría bien un poco de ayuda.

Melisa pensó en el joven que había decidido quedarse en la ciudad para ayudar a sus compatriotas. Había simpatizado con él desde la noche que le ofreció su chaqueta. Apoyó la mano en el hombro de Erich. Esa vez puede que doña Isabel ni siquiera se percatara de su ausencia. La revelación de Dagmar la había conmocionado tanto como a ella y apenas prestaba atención a lo que sucedía a su alrededor, pero Fermina y Lucía sí se darían cuenta.

—Ojalá pudiera, pero tengo que volver al trabajo —respondió. Deseosa de colaborar, se le ocurrió una idea—. Mañana por la noche los Llebrera han quedado con unos amigos para ir al teatro y a cenar. Le pediré permiso a la señora para salir. Diré que ha venido una tía del pueblo a operarse aquí. No creo que se acuerde de que no tengo familia. Si se lo digo delante de don Arturo, él me apoyará, creerá que voy a verte a ti.

—Y estará en lo cierto. —Rio Erich—. De acuerdo. Vendré a buscarte a la misma hora.

Melisa se disponía a salir del vehículo cuando cayó en la cuenta de algo.

—¿Por qué conduces el coche de Simón?

—El mío llama la atención. Tras la detención del médico, toda precaución es poca.

—¿Habéis sabido algo de él?

—No. Seguirá en los calabozos hasta que encuentren pruebas que lo incriminen. Al menos estamos seguros de que no nos ha

delatado.

El sábado Melisa se concentró en realizar sus tareas, y parte de las de Lucía, de forma intachable para que doña Isabel no tuviera ninguna queja. Durante toda la mañana estuvo dando forma en su cabeza a una excusa verosímil que le permitiera salir de casa por la tarde. La de una tía en el hospital le parecía la más creíble, pero le inquietaba que doña Isabel preguntara a Lucía y esta, sin querer, metiera la pata. Al final decidió que se trataría de una prima lejana de su madre. Esperó a la sobremesa, el momento del día en que doña Isabel tendría la guardia baja. Los fines de semana, tras el almuerzo, solía degustar con su marido una copa de coñac y, dado que tenía poca tolerancia al alcohol, a poco que bebía se adormecía en el sofá. En cuanto Melisa sacó el tema, don Arturo captó el mensaje. No así doña Isabel, que expresó sus dudas de inmediato:

—¿Una prima de tu madre, dices? —Trató de recordar lo que la criada les había contado de su familia.

—Bueno, en segundo grado, pero tenían una relación muy cercana. El caso es que está sola en el hospital y me gustaría ir a verla.

Se sintió aliviada cuando don Arturo intercedió por ella.

—Claro que puedes ir, mujer. A la familia hay que cuidarla. —Un brillo perverso iluminó sus ojos.

A regañadientes, y temiendo crear un precedente, doña Isabel le concedió el permiso. Tan solo impuso una condición: tendría que recuperar la tarde el jueves siguiente.

Simón Izarra suturaba una herida cuando Erich y Melisa llegaron a la casa. La detención del doctor los había privado de la atención médica que requerían unos refugiados que solían llegar exhaustos y, a menudo, con heridas que demandaban puntos. Izarra hacía por ellos lo que estaba en su mano. Erich le devolvió las llaves del coche y lo dejó seguir con su tarea. Melisa decidió no demorar más la conversación que tenía pendiente con Erich. Lo cogió de la mano y se lo llevó a la cocina. Él la interpeló con la mirada.

—Mientras veníamos hacia aquí apenas has abierto la boca.

—Tienes razón —asintió ella—. Siéntate, por favor. Lo que voy a contarte es... —Se retorció las manos—. No sé por dónde empezar.

—¿Guarda relación con don Arturo? Por lo que me has dicho, estaba encantado de que nos viéramos hoy —dijo con ironía.

Melisa negó con la cabeza.

—Esta vez no. Se trata de Dagmar.

El rostro de Erich era una máscara pétrea. Se dejó caer en una silla, los hombros hundidos, y escondió la cabeza entre las manos. Lloró en silencio. Melisa respetó su dolor hasta que, al cabo de un rato, alzó los ojos vidriosos.

—Por eso nunca encontraron a los culpables, porque el propio asesino se encargó de la investigación —dijo con la voz quebrada.

—Para Ernst Helmann sería fácil cerrar el caso.

—La violaron. Se cebaron en ella antes de asesinarla —musitó Erich.

Melisa se acuclilló y le cubrió las manos con las suyas. Aunque no había conocido a Hannah, como mujer podía identificarse con el sufrimiento de una chica inocente cuyo único delito había sido enamorarse de Erich. Igual que ella.

—Lo siento mucho.

Erich la miró con fijeza.

—Dagmar es egoísta e insensible al sufrimiento ajeno, pero nunca imaginé... En todos estos años... —negó con la cabeza consternado por la certeza de no conocer a su mujer—, jamás sospeché que pudiera estar involucrada en algo tan abyecto.

—A mí también me engañó. Al principio siempre era amable conmigo. Incluso demasiado. —Recordó el dinero que le había dado a los pocos días de conocerla, pero se abstuvo de mencionarlo.

—Estuvo a mi lado cuando ocurrió todo —prosiguió él—. Fingió que compartía mi dolor cuando había sido la responsable. ¿Cómo puede alguien ser tan vil? —Respiró hondo en un intento de mantener la calma.

—Hannah se interponía en su camino. Ahora siente que otra persona quiere quitarle lo que considera suyo y está dispuesta a hacer lo que sea para eliminarla.

—¿Sabe que estamos juntos?

Melisa negó con la cabeza.

—Pero lo averiguará. Tengo miedo, Erich. Dagmar me miró a los ojos y dijo que acabaría con tu amante...

De pronto un estrépito los sobresaltó. Volvieron la cabeza hacia el ruido y vieron la caja metálica con los útiles de sutura en el suelo. Desde el umbral de la cocina, Simón los miraba con los ojos relampagueantes de ira. Erich se puso en pie de un brinco y salvó en dos zancadas la distancia entre ambos. Su amigo lo ignoró y avanzó hacia Melisa. Cuando la sujetó del brazo con fuerza, Erich lo reconvino:

—¡Simón!

—No te metas en esto, Erich. —Fijó la atención en ella—. Repite lo que acabas de decir. —La gelidez de su voz y el tono susurrante la

asustaron más que si le hubiera hablado a gritos. Simón Izarra nunca se había dirigido a ella de aquel modo. Siempre era atento y respetuoso. Al cabo de un instante la soltó y apretó los puños junto a los costados—. Repítelo —insistió apremiante.

Melisa miró de soslayo a Erich. Cada línea de su rostro reflejaba el dolor que sentía.

—Dagmar ordenó que... —titubeó indecisa— asesinaran a una chica. Hannah.

La mirada del hombre se ensombreció y las aletas de su nariz se dilataron.

—Se llamaba Hannah —repitió Melisa en voz baja.

De la garganta de Izarra brotó un grito ahogado. Miró una última vez a ambos antes de dar media vuelta y salir de la cocina, la cabeza vencida sobre el pecho.

—¿Por qué se ha alterado tanto? —preguntó a Erich cuando se quedaron solos.

Él le pasó el brazo por el hombro y la atrajo hacia sí.

—Hannah era su hija.

De pronto todo encajó. La entrañable amistad de Erich y Simón, su contención cada vez que ella se interesaba por su familia...

—¡¿Qué he hecho?!

—No es culpa tuya.

Él se pasó las manos por el pelo.

—No puedo imaginar su sufrimiento. Ve con él —lo animó—. Necesitará todo tu apoyo.

Erich la besó en la frente y salió en busca de Simón. Cuando la puerta principal se cerró con un fuerte portazo, lo asaltó un mal presentimiento. Corrió escaleras arriba, con Melisa a la zaga, y entró en el dormitorio que utilizaba cuando se quedaba a pasar la noche. El cajón de la mesilla estaba abierto de par en par.

—¡Maldita sea! —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó ella a su espalda.

—Ha ido a por Dagmar.

—¿Crees que...? —No se atrevía a dar voz a la posibilidad de que se tomara la justicia por la mano, pero la expresión de Erich le dio a entender que era justo lo que temía.

—Un padre es capaz de todo por vengar la muerte de una hija.

—¿No puedes hacer nada para evitarlo?

Erich se asomó a la ventana a tiempo de ver cómo el coche desaparecía de su vista. En el horizonte vislumbró un crepúsculo teñido de rojos y violetas.

—No lo alcanzaríamos. Se ha llevado el único vehículo que había en la casa.

—Entonces, solo cabe esperar que no cometa una locura —dijo ella con voz queda.

76

Julio de 1941

Reclinado en el cómodo sofá del salón de Dagmar, el jefe de la Gestapo sostuvo en la mano la copa de coñac francés que la criada acababa de servirle e inhaló sus vapores. «Alabo el buen gusto de Von Lechner», pensó mientras se deleitaba con las notas especiadas del brandy. Se llevó la copa a los labios y dio un sorbo cerrando los ojos para apreciar todos sus matices. Se sentía cansado tras haber pasado el día en la Jefatura Superior de Policía supervisando los interrogatorios a los sospechosos de prestar ayuda a refugiados judíos. Hasta el momento no habían obtenido resultados que condujeran a más detenciones. Ernst Helmann estaba convencido de que los colaboradores contaban con pisos francos donde los alojaban hasta sacarlos del país. Estimaba que Franco era demasiado benévolo. Menos mal que contaban con el director general de Seguridad, un filonazi antisemita decidido a controlarlos. Desde que anunció que todos los extranjeros debían presentarse en las oficinas de Inmigración de la Jefatura Superior de Policía, caían como ratas.

Vio cómo Dagmar cruzaba las piernas dejando al descubierto las rodillas y lo inundó una oleada de deseo. Aunque era casi veinte años mayor, estaba enamorado de ella desde que la conoció en Berlín siendo apenas una adolescente que no veía en aquel amigo de su padre más que alguien a quien recurrir cuando necesitaba que le sacaran las castañas del fuego. Como aquella vez que el dueño de

una cafetería las echó a la calle, a ella y a sus amigas, por burlarse de la cojera de su mujer. Con la ayuda de Ernst, Dagmar había logrado que le clausurasen el local durante tres meses tras una inspección que desveló la presencia de roedores. Aquello fue una chiquillada comparado con lo que vino después.

Aunque se guardaba de expresarlo en voz alta, la noticia de que Erich había abandonado a Dagmar lo había complacido en grado sumo. Detestaba a aquel presuntuoso, pero le agradecía que le hubiera dejado el camino libre.

—Nunca debería haberme casado con Erich —gimoteaba Dagmar al tiempo que balanceaba la pierna—. Durante todos estos años le he sido fiel y ya ves cómo me lo ha pagado. Tenías razón al decirme que no era un hombre para mí. En cambio, tú... —Se movió ligeramente en el sofá para acercarse a Ernst y le quitó una pelusa inexistente de la chaqueta—. Cometí un error al no elegirte a ti.

—Aún estamos a tiempo —se apresuró a decir él. Hizo ademán de besarla, pero ella apartó el rostro.

—No quiero que nadie se entere de que me ha abandonado. Sería la comidilla de todos.

—Se hará público en cuanto Erich lo cuente en el consulado.

—No lo hará —le aseguró ella—. No querrá que nadie sepa que tiene una amante. Eso lo dejaría en mal lugar —apostilló.

—Me resulta inconcebible que te haya dejado por una fulana de tres al cuarto. ¿Es alguien de nuestro entorno?

Dagmar hizo un mohín.

—Lo desconozco, de momento. Pero quizá...

Sabedora de que el alcohol desata la lengua y quiebra las voluntades más férreas, cogió la botella y le llenó de nuevo la copa. El hombre dio un sorbo mientras ella tejía su telaraña en torno a él.

—Quizá haya una forma de que tú y yo podamos estar juntos.

Él la miró expectante, dispuesto a todo para hacerla suya.

—Claro que antes tendrías que hacer algo por mí —le advirtió.

—Solo tienes que pedirlo.

—Lo sé, querido. —Le palmeó la pierna con la mano y observó fascinada cómo aquel hombre, capaz de presenciar impertérrito las peores torturas humanas, se enardecía ante su contacto. Esperó unos instantes regocijándose de su poder sobre él. Nunca dejaría de sorprenderle la debilidad masculina—. Todos los hombres de mi vida me han abandonado, incluso mi padre, que no pudo superar la muerte de mi madre y se suicidó... Tú eres el único que permanece a mi lado.

—Yo jamás te dejaré, Dagmar. Siempre seré tu fiel escudero. —Le cogió la mano y le besó los dedos uno a uno—. Dime, ¿qué quieres que haga por ti?

Ella retiró la mano con suavidad disimulando el asco que sentía.

—Algo que no te resultará difícil. Lo hiciste en Berlín y lo has seguido haciendo desde entonces.

—¿Quieres que me encargue de tu rival? —preguntó él alzando una ceja.

Dagmar ladeó la cabeza y se paseó la lengua por el labio superior.

—Primero acaba con Erich. —Hizo una pausa para asegurarse de que sus palabras calaban en Helmann—. Luego ve a por ella. Quiero que sufra. Eres un hombre de recursos. No te costará averiguar quién es esa mujer. Ahora será mejor que te vayas, es tarde y estoy cansada.

—Pensé que podríamos cenar juntos.

—Otro día, querido.

Él se puso en pie de mala gana.

—De acuerdo. Te llamaré cuando tenga noticias.

—Las esperaré ansiosa. —Cogió la campanilla de la mesa de centro y llamó a la criada, que acudió presurosa—. Conchita, acompaña a herr Helmann.

Dagmar tendió la mano a su amigo; sin embargo, en el último instante, lo besó en la mejilla. La fidelidad merecía un premio.

Ahora que Erich no estaba en casa para impedírselo, podría deshacerse de Conchita, pero Dagmar tenía demasiadas preocupaciones en la cabeza como para añadir una nueva. Encontrar una sirvienta que reuniese todos los requisitos que exigía llevaría demasiado tiempo. Abrió un cajón del aparador y sacó las invitaciones que aguardaban respuesta. Por el momento, había logrado que sus amistades se tragaran las banales excusas que esgrimía para justificar la ausencia de Erich en los eventos, pero era consciente de que las más cercanas, como Kristel Otterbauer, empezaban a desconfiar. Y si había algo que a Dagmar le sacaba de quicio eran las murmuraciones. Se arrepentía del arrebato que la había impulsado a confesarse con Isabel y su criada. Desde entonces había intentado hablar con su amiga, pero esta no se ponía al teléfono. «Maldita estúpida». Devolvió las invitaciones al cajón y se acercó a la mesa de centro. Un cigarrillo y un coñac la ayudarían a relajarse.

Qué ganas tenía de que acabara la guerra para volver a su adorada Alemania.

Abismada en sus pensamientos, no oyó el timbre de la puerta principal, pero unas pisadas la hicieron reaccionar. Al alzar la cabeza, vio a Conchita acompañada de un hombre.

—Señora, este caballero ha venido de visita —dijo antes de desaparecer.

Dagmar entornó los ojos irritada. Más tarde tendría unas palabras con ella por haber hecho pasar a un desconocido al salón.

—No la tomes con tu sirvienta. Le he dicho que soy un viejo amigo —dijo el recién llegado como si le hubiera leído el pensamiento.

Dagmar arrugó la frente. Le disgustaba que aquel extraño se tomara la confianza de tutearla. Trató de hacer memoria. Había algo en él que le resultaba familiar, aunque no logró ubicarlo por mucho que se esforzó.

—Disculpe, ¿nos conocemos?

—¿No te acuerdas de mí?

Ella negó con la cabeza.

—Una chica violada, asesinada y abandonada... Asististe con Erich a su funeral —empezó él con voz serena—. Te acercaste a dar el pésame a un hombre destrozado. Era yo. Simón Rosenbaum. Acababa de enterrar a mi hija. Se llamaba Hannah.

La niebla que nublaba la mente de Dagmar se disipó y un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Tragó saliva y enderezó la espalda para recobrar la compostura. ¿Qué hacía aquel judío amigo de Erich en Barcelona?

—¿He logrado refrescarte la memoria? —insistió Simón.

—Sí... sí. Erich no me ha dicho que estaba usted en la ciudad. —Ante el silencio del hombre, prosiguió—: Lo que le sucedió a su hija fue una tragedia. Su muerte nos conmovió a todos. —Carraspeó nerviosa—. ¿A qué... a qué se debe su visita? Si desea ver a Erich, lamento decirle que no se encuentra en casa.

—No he venido por él. —Fijó en ella sus ojos oscuros—. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Hacer... qué? —Trató de parecer perpleja.

—Lo sé todo. Tú la mataste.

—No..., yo no... —titubeó—. Ni siquiera conocía a su hija.

Simón avanzó unos pasos hacia ella. Asustada, Dagmar retrocedió hasta que sus piernas rozaron la mesa de centro y estuvo a punto de caer.

—Eso no es cierto. Sabías que era la novia de Erich.

—¡Pero yo no la maté!

—No te ensuciaste las manos. Para eso contabas con tu amigo Helmann. Él se ocupó de todo, ¿verdad? ¿Fue él quien la violó? —inquirió con la voz entrecortada.

Dagmar palideció. ¿Cómo se habría enterado de su implicación? Aparte de Ernst, las únicas que sabían la verdad eran Isabel y su criada, Melisa, pero ninguna conocía a Rosenbaum. Descartó que el judío se hubiera enterado a través de ellas. Y tampoco creía posible que Ernst la hubiera delatado. Abrió la boca para replicar, pero en ese instante Simón metió la mano en el bolsillo y sacó una pistola. Conchita, que se acercaba a preguntar si querían tomar algo, lanzó un grito.

Dagmar decidió que, si salía de aquella, no se conformaría con echarla a la calle, se aseguraría de que Ernst Helmann le diera una lección. Desvió los ojos hacia Simón Rosenbaum y la determinación que leyó en ellos la aterró. Era una cruel broma del destino que su vida fuera a acabar a manos del padre de Hannah.

—Conchita, pide ayuda —le rogó sin perder de vista el arma que la apuntaba—. ¿No me has oído? Llama a la Policía —repitió al ver que la criada parecía petrificada.

—Hannah era la luz de mi vida. Necesito saber qué motivo tenías para asesinarla —insistió Simón. El tono de su voz se había endurecido—. ¿Fue por Erich?

Dagmar decidió jugar su última baza.

—Usted no va a disparar porque es un hombre religioso, y la Torá, la Biblia hebrea, o comoquiera que se llame, lo prohíbe. Si me matara, condenaría su alma. ¿Quiere la verdad? —Comprendió que de nada serviría negar la realidad—. Sí, fue por él. Erich me amaba hasta que su hija me lo arrebató.

Simón Izarra efectuó un único y certero disparo.

—Esto es por Hannah —murmuró con voz temblorosa.

Dagmar se llevó la mano al estómago. Se tambaleó y cayó al suelo consciente de que la vida se le escapaba entre los dedos.

Él bajó la pistola y abandonó la estancia.

Cuando se dio cuenta de que se había quedado sola, Conchita salió de su estado de impavidez y se acercó a su señora.

—Simón Rosenbaum..., díselo a Helmann. Él... se ocupará... —gimió Dagmar con un hilo de voz.

Su lamento le recordó a Conchita al aullido de un lobo moribundo.

77

Julio de 1941

A la cálida luz de la tarde, Melisa no pudo dejar de advertir que en aquella casa la belleza se expresaba en todas sus formas, como si fuera un revulsivo contra la maldad que reinaba más allá de sus muros. Mientras esperaban a que Simón diera señales de vida, Erich y ella se centraron en ayudar a los judíos. El grupo que habían trasladado días antes a una casa de la avenida del Tibidabo, propiedad de un amigo de Erich, ante el temor de una inminente redada, había salido del país provisto de documentación falsa y una pequeña suma de dinero. En Lisboa contarían con la ayuda de un contacto que los ayudaría a embarcarse hacia Sudamérica. La noche anterior había llegado un nuevo grupo, menos numeroso y sin niños. Al pasar frente al salón, Melisa vio a Isaac y a una mujer joven sentada a su lado. Retorcía entre las manos un amasijo de tela, ajena a todo. Cuando se acercó, se dio cuenta de que era un muñeco. Percibió en su mirada una tristeza profunda. Isaac se levantó e hizo un gesto a Melisa para que lo siguiera al comedor. Ella comprendió que no quería que la mujer lo oyera.

—Su hijo falleció durante la travesía —le explicó el joven judío—. Si ya es dura para los adultos, imagínate para un crío de corta edad.

—¿Qué le ocurrió?

—Lo llevaba en brazos, resbaló y ambos cayeron. El niño se golpeó la cabeza con una piedra. Murió en el acto.

Isaac se pasó la mano por la frente para limpiarse unas gotas de sudor.

—Pobre mujer, no hay palabras que la consuelen. Se culpa a sí misma de lo que pasó. —Movió la cabeza para ahuyentar el dolor.

«Todos cargamos a la espalda el peso de una triste historia», pensó Melisa. Aunque Erich le había advertido que no era conveniente estrechar lazos con personas que nunca volvería a ver, sintió curiosidad.

—¿Cuál es tu historia?

—¿De verdad te interesa?

Ella asintió.

Isaac Hazan había nacido con un don. Algunos dirían que su arte estribaba en que sabía plasmar con el pincel los más recónditos rincones del alma humana. Él prefería jactarse de que hacía aflorar a la superficie lo que las personas preferían ocultar. Su sueño era entrar en la École Nationale Supérieure des Beaux-Arts de París. Mientras tanto, se colaba en el Louvre cuando podía, sacaba un carboncillo y su cuaderno y esbozaba juegos de luces y sombras. Aunque los visitantes del museo siempre se detenían frente a la enigmática *Gioconda*, él prefería *La libertad guiando al pueblo*, de Delacroix, en el que la Libertad se encarna en una mujer y el pueblo se levanta en armas contra Carlos X, el último Borbón de Francia.

El día que cumplió quince años, Isaac fue a buscar a su padre a la tienda de antigüedades de la rue de Rivoli donde trabajaba como dependiente. Nada de lo que allí se vendía estaba a la altura de las obras del Louvre, pero siempre había algún lienzo interesante. El cuadro de unas ninfas retozando atrajo su atención. Le pareció que los cuerpos eran demasiado largos para ser perfectos y sus cabezas

se giraban hacia los lados en ángulos imposibles. Aun así, sus rostros mostraban una sensualidad que lo atrapó. Sacó el lápiz y el cuaderno que siempre llevaba consigo y empezó a dibujarlas. Al cabo de un rato, el dueño de la tienda le puso la mano en el hombro.

—Déjame ver eso, chico.

Isaac le tendió el cuaderno.

—Es solo un esbozo. Para entretenerme —dijo rascándose la cabeza.

El anticuario examinó el dibujo con atención.

—Un esbozo —repitió mientras alzaba la vista hacia el lienzo y lo comparaba con los trazos de la lámina—. ¿Quién te ha enseñado a dibujar?

—Nadie, señor.

El hombre le devolvió el cuaderno, desapareció en la trastienda y volvió al cabo de unos minutos con un cuadro en las manos.

—¿Sabes de quién es?

Contempló la pintura. Representaba a una mujer columpiándose. Su detallismo le pareció exquisito.

—Lo pintó Fragonard. ¿Tienes idea de lo que vale? El auténtico, quiero decir.

El chico se encogió de hombros.

—¿Mucho?

—¿Qué tal se te da el óleo? —le preguntó de pronto.

—No he tenido la oportunidad de probarlo, señor.

—Mañana es sábado. Ven a verme. A primera hora.

Al día siguiente acudió puntual. Encontró un maletín bien surtido de óleos, pinceles de cerdas duras y de pelo fino, lienzos y una paleta de mezclas. El anticuario dejó que se deleitara con el obsequio antes de explicarle lo que esperaba de él. Isaac empezó

por plasmar sobre la tela una naturaleza muerta. No le entusiasmaban las escenas de caza, pero el anticuario insistió en que debía mejorar su técnica. Pronto quedó patente la fuerza expresiva de sus composiciones, el magistral realismo con el que captaba los animales, objetos y frutas. Isaac desconocía el destino de los cuadros que reproducía. Su trabajo consistía en copiarlos tan pronto llegaban a la tienda, a menudo basándose en fotografías. A cambio recibía una cantidad de dinero que guardaba a buen recaudo. Tenía la impresión de que su padre no aprobaría lo que estaba haciendo.

La realidad es amable hasta que se torna cruda.

Un sábado dejó atrás las Tullerías y cruzaba hacia la rue de Rivoli para dirigirse a la tienda cuando vio salir al anticuario custodiado por dos policías de la Prefectura. Se ocultó tras una arcada y esperó a que el vehículo se perdiera de vista antes de sumarse a los curiosos congregados frente a la puerta.

—Por lo visto, alguien ha denunciado a monsieur por estafa —oyó a una mujer que regentaba una tienda de perfumes cercana.

—Dicen que vendía falsificaciones —concretó un hombre.

Isaac se marchó a toda prisa a su casa del barrio de Le Marais, consciente de que el anticuario lo delataría para salvar el cuello. Tras contarle a su padre lo sucedido, cogió la mitad de sus ahorros y se subió al primer tren hacia Lyon. Dos días después de que Hitler invadiera Polonia, Francia y el Reino Unido declararon la guerra a Alemania. Más tarde, cuando se intensificó la persecución a los judíos, se mudó a Toulouse, donde vivió tranquilo un tiempo. Temeroso de que los nazis ocuparan toda Francia, decidió huir a España. Tanto en Lyon como en Toulouse había muchos republicanos que huyeron de España durante la Guerra Civil; Isaac se relacionaba con ellos y había aprendido lo suficiente del idioma como para

confiar en que sabría salir adelante al otro lado de los Pirineos. Un empleado del consulado, miembro de la Resistencia, lo puso en contacto con un guía que lo ayudaría a pasar la frontera. No resultaba barato, pero ofrecía garantías.

—Ya conoces mi historia —dijo Isaac dando por concluido el relato.

—¿No has vuelto a saber nada de tu padre?

—Las cartas que le escribí me fueron devueltas —murmuró apesadumbrado.

Cuando ella apoyó la mano en su brazo para infundirle ánimo, el chico le sonrió. Luego se dio la vuelta y volvió junto a la madre que ya nunca recuperaría a su hijo.

Erich se cruzó con el joven cuando salía del comedor. No había querido interrumpir su conversación con Melisa. Sabía que la falta de noticias de Simón le preocupaba tanto como a él y agradecía cualquier distracción que mitigara su ansiedad. Entró en la cocina y miró por la ventana.

—Simón es un buen hombre —le dijo ella abrazándolo por detrás —. No hará nada de lo que pueda arrepentirse.

—Ojalá tengas razón —repuso cogiéndola de las manos. No quiso decirle que Simón se había llevado el arma que guardaba en la mesilla por si las cosas se ponían feas. Se dio la vuelta y cambió de tema—: ¿Se han enfadado tus compañeras al verte salir esta tarde?

—Fermina no. Nunca discute las decisiones de los señores. Y Lucía no me ha visto. Me preocupa cómo reaccionará cuando llegue a casa esta noche. En cuanto la cocinera saque a relucir la salud de mi prima, que lo hará, Lucía sabrá que he mentido. El otro día, cuando llegué poco después de amanecer, se tragó mi explicación,

pero esta vez... —se mordió el labio inferior— me la va a liar. Creerá que me traigo algo entre manos con don Arturo.

—O tal vez piense que estás con tu novio.

Ella esbozó una débil sonrisa.

—Tampoco es que doña Isabel me haya regalado la tarde. Me ha dejado bien claro que el jueves no podré librar, aunque es posible que se le acabe olvidando. Desde que Dagmar nos confesó lo que le había hecho a Hannah, anda algo trastornada. Jamás pensé que lo diría, pero en el fondo siento lástima por ella...

Se interrumpió cuando advirtió que el semblante de Erich se ensombrecía. Volvió la cabeza y vio a Simón bajo el dintel, con salpicaduras de sangre en la camisa y el gesto abatido. Erich dio unos pasos hacia él.

—*Mein Gott!* ¿Qué has...?

Levantó la mano para atajarlo.

—He hecho lo que tenía que hacer —dijo con voz trémula.

Avanzó unos pasos y dejó caer el peso de su cuerpo en una silla. Sacó el arma del bolsillo de la chaqueta y la depositó sobre la mesa.

—¿Está muerta? —preguntó temiendo la respuesta.

—No lo sé. No me he quedado a comprobarlo —reconoció el judío.

—¿Estaba sola?

—Con la criada.

—¿Te ha visto?

Simón no respondió a su pregunta.

—He ido allí para hablar con ella, preguntarle por qué lo hizo. Ni siquiera me ha reconocido, Erich. A lo largo de todos estos años no ha pensado en mi hija ni un solo instante. Me hervía la sangre y he sacado la pistola. No pretendía... —Se derrumbó y empezó a sollozar.

—Comprendo tus ansias de venganza —dijo Erich—, pero no eras tú quien debía castigar a Dagmar. Dame las llaves de tu coche, me acercaré a ver cómo está la situación. Lo más probable es que Conchita haya llamado a una ambulancia y a la Policía en cuanto te has ido. Haz memoria, ¿la chica ha llegado a oír tu nombre?

Simón se limpió los ojos y respiró hondo para recomponerse.

—Creo que no. Cuando he disparado, ella parecía incapaz de reaccionar.

—Hablaré con ella. —Miró a Melisa—. ¿Puedes quedarte con él? No lo dejes solo —le susurró—. Volveré lo antes posible.

Iba a marcharse cuando Simón Izarra se levantó.

—Perdóname, Erich.

—No soy yo quien debe preocuparte, sino las personas a las que acogemos. Cuando la noticia del asesinato de Dagmar llegue a oídos de Ernst Helmann, removerá cielo y tierra hasta dar con el culpable. Están muy unidos.

Mientras ambos hombres se fundían en un abrazo, Melisa tuvo la certeza de que Hannah Rosenbaum había vencido.

78

Julio de 1941

Erich entró a toda prisa en el edificio de la plaza Urquinaona donde había residido hasta hacía unos días. El portero atendía la queja de un vecino. Acostumbrado a las idas y venidas de aquel nazi a horas intempestivas, le dio las buenas noches y continuó escuchando a su interlocutor, que en ese momento decía:

—Va a tener que hablar seriamente con don Federico. Esta tarde mi mujer se ha llevado un susto de muerte. Otra vez se le ha disparado el arma.

Erich, que había empezado a subir los peldaños, se detuvo en seco.

—¡Y qué quiere usted que le diga! —exclamó el portero—. ¿Su señora esposa está segura de que ha sido un disparo? Es que yo no he oído nada, y servidor tiene el oído más fino que el de un conejo, que dicen que es capaz de oír a quince kilómetros de distancia.

Erich no se quedó a escuchar más. Salvó los últimos peldaños hasta su piso y abrió la puerta con su llave. Conchita acudió a su encuentro.

—Ay, señor Erich, qué bien que haya venido.

—¿Dónde está?

Al comprender que estaba al tanto de lo ocurrido, la criada extendió el brazo y apuntó con el dedo índice hacia el salón.

Dagmar yacía inerte en el suelo, sobre un charco de sangre. Sus ojos abiertos reflejaban estupor y miedo. Erich tragó saliva para deshacer el nudo de la garganta. Ver cubierta de sangre a la mujer que había sido su esposa le provocó sentimientos encontrados. Pese a que nunca la había amado, no pudo evitar compadecerse. Se acuclilló y le tomó el pulso. Tras comprobar que no latía, le cerró los ojos. Conchita se acercó despacio.

—Ha sido un hombre mayor. Nunca lo había visto por aquí. Ha llegado al poco de marcharse don Ernesto.

Erich, intrigado, alzó los ojos hacia ella.

—¿Ernst Helmann ha estado aquí?

—Sí, señor. Ese hombre me da muy mal fario. La señora y él han estado hablando largo rato. No he podido entender toda la conversación, pero... —Se quedó callada, avergonzada de reconocer que había estado escuchando tras la puerta, hasta que Erich la instó a continuar—: Nunca se lo he dicho, pero yo sé algo de alemán y me ha parecido oír que la señora quiere que don Ernesto acabe con usted y con su... —Conchita se resistía a pronunciar la palabra *amante*—, bueno, con su amiga. No quiero hablar mal de los muertos, pero frau Dagmar era una mala mujer.

La expresión de Erich se endureció.

—¿Ha llegado Dagmar a mencionar el nombre de mi amiga?

Conchita negó con la cabeza.

—Creo que no.

Erich se incorporó y apoyó las manos en los hombros de Conchita.

—Ahora escúchame con atención. Cuando subía, he oído a un vecino quejarse del general.

No sería la primera vez que al general jubilado del tercero primera se le disparaba el arma mientras la limpiaba. Erich había

pensaba en más de una ocasión que era un milagro que aún no se hubiese saltado la tapa de los sesos. Conchita lo miró con los ojos muy abiertos.

—Eso ha jugado hoy a nuestro favor —continuó Erich—, ya que ningún vecino ha llamado a la Policía. Sin embargo...

Ella lo interrumpió:

—Yo iba a hacerlo, pero me ha entrado miedo. ¿Y si piensan que la he matado yo? La señora hablaba pestes de mí. Me tenía por una tontalaba. Que Dios me perdone, pero su muerte no me ha afectado. Esa mujer no era buena —repitió.

—Tranquila, nadie te culpará. Cuando llegue la Policía, dirás que no has visto nada. Estabas en la cocina cuando han llamado al timbre, has ido a abrir, pero la señora te ha dicho que ella se encargaba, así que has vuelto a tus quehaceres. Tampoco has oído el disparo porque estabas en la terraza recogiendo la colada.

—¿Y luego qué?

Erich se pasó la mano por el pelo.

—Cuando has vuelto, te extrañaba el silencio que reinaba en el piso. Has llamado a la señora, pero no ha contestado, así que te has dirigido al salón y la has encontrado tendida en el suelo.

—La Policía me preguntará por qué no he llamado a una ambulancia enseguida.

—Estabas petrificada. No has reaccionado hasta que he llegado yo. Sobre todo, recuerda que no has visto la cara de su asesino.

—Descuide, señor, ya he olvidado hasta su nombre.

Erich dio un respingo. Aquella criada era astuta. Sin embargo, estaba convencido de que no lo delataría. Había sufrido demasiadas humillaciones como para brindarle a Dagmar un último acto de lealtad.

Alzó el auricular y marcó el número de Ernst Helmann.

Había oscurecido cuando Melisa decidió salir al porche a despejarse. Alzó los ojos para disfrutar de la magia que le regalaba el cielo en aquella noche sin luna. Ojalá supiera reconocer las estrellas, los astros y las constelaciones. Había leído sobre la Vía Láctea en un libro, pero no era capaz de distinguirla entre aquella miríada de estrellas. Cuando notó la tensión del cuello, bajó la cabeza. De forma instintiva, como si su simple deseo bastara para conjurar la presencia de Erich, miró hacia la verja. Esperaba que no tardara en volver. A través de los barrotes vislumbró la silueta de una mujer. Le preocupaba que se tratase de una vecina del pueblo que se había acercado a curiosear. En ese caso tendrían un serio problema. Recorrió el sendero hasta la verja para interceptarla, pero al abrir la cancela no vio a nadie. Arrugó la frente, extrañada, y miró al horizonte.

Alcanzó a ver la estela de un vehículo que se alejaba a toda velocidad.

79

2001

Con ayuda de la inspectora Vega, Mario ha explorado todas las vías posibles para identificar los restos óseos. Está convencido de que en algún lugar hay un descendiente a quien le gustaría escribir el nombre de su ancestro en una lápida. La última vez que revisaron la documentación reunida a través del Registro de la Propiedad, y tras consultar artículos periodísticos y libros, la inspectora hizo hincapié en un nombre. Mario había leído en una guía histórica de Esplugues un párrafo sobre el médico que ejercía en el municipio durante los años cuarenta. Lo anotó porque su historia le pareció interesante. Al finalizar la Guerra Civil le requisaron el coche, así que se desplazaba en bicicleta a visitar a sus pacientes, cuyas familias pagaban un abono mensual de cuatro pesetas para sufragar los gastos médicos.

Si bien la inspectora intuía que era un hilo del que tirar, Mario le expresó sus dudas de que ese médico, de seguir vivo, estuviera en condiciones de recordar si en algún momento atendió una herida de bala en una casa llamada La Mimosa. Sin nada que perder, Mario decidió seguir el instinto policial de Alicia Vega. En las semanas que llevan colaborando ha llegado a apreciarla. Poco dada a hablar de su vida privada, solo le ha contado que vive con una amiga en el distrito de Gràcia.

El hilo se quebró en cuanto hablaron con el autor de la guía. Les explicó que no llegó a conocer al médico, fallecido en los años

setenta sin descendencia, y que toda la información la había sacado del archivo del municipio y de los recuerdos de un par de ancianos que también habían pasado a mejor vida. Lo que lleva a Mario a pensar que quizá ha llegado el momento de asumir que los restos acabarán en una fosa común, caídos en el olvido, como tantas otras veces. Pero eso cambia unas horas después, acomodado en su despacho de la facultad, cuando lo llaman por teléfono.

—Le llamo del Registro de la Propiedad de Esplugues. Estuvo aquí hace unas semanas para solicitar información sobre una casa del barrio de La Miranda.

—Eh, sí, sí. Quería saber los nombres de los antiguos propietarios e inquilinos.

—Sí, fui yo quien le atendió. Me dio su teléfono por si encontraba más documentos.

Mario casi salta de la silla mientras la mujer sigue hablando:

—No ha habido suerte, pero el otro día vinieron de una notaría a registrar el cambio de titularidad de una finca en la misma zona y me acordé de usted. —Tras una pausa que se le antoja interminable, ella suelta la bomba—: Puede que haya una forma de localizar a quien busca.

Una descarga de adrenalina recorre la espalda de Mario.

Nada más colgar, marca el número de la inspectora. Cuando le salta el buzón de voz, deja un mensaje en el contestador para que le devuelva la llamada lo antes posible. Intenta concentrarse en los apuntes que tiene delante. Si por él fuera, ya estaría subido en su moto, pero le quedan un par de clases antes de dar por concluida la jornada.

Siempre pide a sus alumnos que pongan el móvil en silencio para evitar distracciones; sin embargo, esta vez es él quien transgrede la norma. Al poco de iniciar la clase, recibe una llamada de Alicia.

Mario se disculpa y sale del aula para contestar la llamada, entre los cuchicheos de los alumnos.

—No te vas a creer quién me ha llamado. —Le explica brevemente la conversación.

—¡Cómo no se nos ocurrió esa posibilidad! —exclama Alicia sorprendida y molesta consigo misma.

—Lástima que no atiendan sin cita previa, a saber para cuándo nos dan hora.

—Nos atenderán esta tarde, te lo garantizo.

—¿Con el trabajo que tienen los notarios? —pregunta escéptico.

—Bastará con que les muestre mi placa.

80

Julio de 1941

La noticia del asesinato de Dagmar von Lechner conmocionó a la colonia alemana y a buena parte de la alta burguesía barcelonesa. Transcurrida una semana, la Policía seguía sin pistas sobre el asesino, para desesperación de Ernst Helmann, que investigaba el caso con un particular interés. Puesto que la víctima era una súbdita alemana, el jefe de la Gestapo en la Ciudad Condal insistió en estar presente en los interrogatorios.

Desde el principio dio por sentado que el asesino pertenecía al entorno de Dagmar, teoría reforzada por el testimonio de su criada. Conchita Gascón aseguró a la Policía que «la señora debía de conocer a su asesino, dado que lo había recibido en su salón». También afirmó que ella estaba en la terraza cuando este llamó al timbre.

Para Helmann, Erich von Lechner era el principal sospechoso. Mientras se llevaban el cadáver de su adorada Dagmar, fantaseó con la idea de encerrar al vicecónsul en una celda y torturarlo hasta que admitiera haber perpetrado el crimen. A sus ojos, era quien salía más beneficiado con la muerte de su esposa. Una vez viudo, quedaba libre de ataduras para disfrutar de su amante.

—¿Y dices que no oíste el disparo? —le había preguntado el alemán a la criada.

—No, señor. Estaba recogiendo la ropa.

—¿De noche?

—Sí, señor. Se me olvidó que la tenía tendida. —A Helmann no se le escapó la fugaz mirada que intercambió con Von Lechner—. Cuando bajé de la terraza, vi a la señora en el suelo, muerta.

—¿Le tomaste el pulso para comprobarlo?

—No, señor, pero estaba blanca como la cera y no respiraba. —En un arranque de osadía, Conchita sostuvo la mirada recelosa del nazi sin parpadear—. Los muertos no respiran, que yo sepa.

Helmann había oído a Dagmar en infinidad de ocasiones referirse a su criada como una necia con un tronco hueco por cerebro, por lo que la estimó incapaz de pergeñar una mentira que salvase el pellejo al vicecónsul. Además, el portero del edificio refrendó la declaración de la chica al constatar que el señor Von Lechner había entrado en el portal horas después de que se efectuase el disparo mortal. Añadió que los vecinos habían creído que procedía del arma de un militar, si bien lamentó no poder aportar una descripción del presunto asesino.

—Andaría yo en ese momento piso por piso, recogiendo las basuras. O en el baño —precisó al ser interrogado.

Al sepelio de Dagmar en el cementerio de Montjuich asistió el cuerpo consular al completo, así como una nutrida representación de la colonia alemana residente en la ciudad. Eberhard von Stohrer, embajador de Alemania en Madrid, acudió acompañado de su esposa, Maria Ursula. No faltaron tampoco miembros destacados de la sociedad barcelonesa y de la política, como el alcalde y el

gobernador civil. Don Arturo se aseguró de ocupar un lugar próximo a ambos. Durante las exequias Helmann mantuvo una actitud estoica, convencido de que nadie de los presentes había lamentado la muerte de su querida Dagmar tanto como él, a excepción, quizá, de Kristel Otterbauer, que parecía realmente conmovida.

En deferencia a la condición de vicecónsul de Erich von Lechner, la Policía le había tomado declaración en su propio domicilio. Este trato de privilegio contrarió sobremanera al jefe de la Gestapo, que hubiera preferido hacerlo en la comisaría de Vía Layetana. Tampoco le pareció oportuno citar allí a Arturo Llebrera y a su esposa, consciente de que el falangista, amigo personal del alcalde y del gobernador civil, pondría el grito en el cielo. Puesto que no podía amedrentar a aquel fanfarrón en su terreno, se daría el gusto de hacerlo en su casa.

Lucía abrió la puerta y vio a los dos hombres altos y trajeados. Apretó los labios irritada. Si eran vendedores a domicilio, tendría unas palabras con Rogelio por haberles permitido subir al piso.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó en tono desabrido.

El más joven sacó una placa y se la mostró. Los agentes de la ley, ya fueran policías o guardias civiles, siempre alteraban a Lucía. Si iba caminando por la calle y veía a una pareja de picoletos, cruzaba de acera como alma que lleva el diablo e instaba a quien fuera con ella, por lo general Melisa, a hacer lo mismo. En ese momento se consideró una tonta por no haberse dado cuenta de que aquellos hombres estirados de rostro impenetrable no podían ser vendedores. Muda por la sorpresa, permaneció paralizada hasta que Fermina apareció a su espalda y la regañó:

—No te quedes ahí como un pasmarote. Acompaña a estos caballeros al salón y avisa a don Arturo.

El policía de más edad, que ocultaba tras sus gafas metálicas unos ojos fríos y redondos como los de un ave rapaz, encendió un cigarrillo mientras barría la estancia con la mirada. Minutos después apareció don Arturo en batín. No le extrañó la presencia de Ernst Helmann en su salón. Desde el asesinato de Dagmar, había interrogado a todos los conocidos del matrimonio Von Lechner. Pero sí lo incomodaba que se hubiese presentado en compañía de un agente del Cuerpo General de Policía, dando con ello pábulo a las habladurías de todo tipo.

—Me alegra volver a verlo, herr Helmann, aunque sea en estas circunstancias. —Le estrechó la mano—. ¿La criada les ha ofrecido algo de beber? ¿Un café?

—No queremos nada. Gracias.

—La muerte de Dagmar nos ha sobrecogido —prosiguió don Arturo—. Dígame, ¿tienen ya algún sospechoso? Espero que sí, su asesinato no puede quedar impune.

—Tenemos entendido que su mujer era muy amiga de la difunta —dijo el policía.

—Íntimas —precisó dirigiendo la mirada hacia él.

Doña Isabel, que se había despertado con las voces, asomó la cabeza. Al ver a los dos hombres, interpeló a su marido:

—¿Qué sucede?

—El señor Helmann, recordarás que estuvo en la cena por el aniversario del Führer, y este agente de la Policía quieren hacernos unas preguntas sobre Dagmar.

A doña Isabel se le aceleró el corazón al sentir sobre ella el escrutinio del nazi. Aquel hombre había matado a una chica a sangre fría a instancias de Dagmar. Desvió los ojos hacia el otro. La Gestapo

siempre le producía desazón. En cambio, compartía con su marido la opinión de que la Policía salvaguardaba al país de los delincuentes y los enemigos del Régimen.

—Dagmar me hablaba a menudo de usted —comentó el jefe de la Gestapo reclamando su atención.

—¿Ah, sí?

—La tenía en gran estima. Sin embargo, últimamente había intentado contactar con usted sin conseguirlo. Estaba preocupada.

—Mi esposa se ha encontrado algo indispuesta estas semanas —terció don Arturo—. Cosas de la sensibilidad femenina, ya sabe. Algunos días al mes les cambia el carácter. A mi mujer le da por deprimirse.

—Por lo que sabemos, su matrimonio no marchaba bien. ¿Sabe si el señor Von Lechner se veía con alguien? —preguntó el agente.

—No le entiendo.

El policía chascó la lengua contrariado. Detestaba que le hicieran perder tiempo. Se obligó a mantener un tono neutro.

—Si eran tan amigas, la señora Von Lechner le contaría si creía que su marido la engañaba con otra mujer.

—¿Sospechan que fue un crimen pasional? —volvió a intervenir don Arturo con los ojos abiertos como platos.

Su mujer carraspeó.

—Nos... nos llevábamos bien —balbuceó—, pero Dagmar era muy celosa de su intimidad. Nunca me hubiera contado algo así —mintió.

—Como acaba de decirles mi esposa, no sabíamos que el matrimonio atravesara un mal momento —corroboró don Arturo.

Doña Isabel agradeció su apoyo dedicándole una leve sonrisa.

—¿Seguro que la difunta no le mencionó nada? —insistió el policía.

—Bueno..., estaba disgustada con su esposo porque dedicaba demasiado tiempo al trabajo.

Ernst Helmann dio un paso adelante.

—Señora Llebrera, no quiero tener que recordarle que es un delito mentir a la Policía —dijo clavándole sus aceradas pupilas.

Amedrentada, doña Isabel respondió con titubeantes frases al resto de las preguntas, pero no reveló lo que Dagmar les había confesado a ella y a Melisa antes de ser asesinada. Se preguntó si guardaría relación con el crimen. ¿Y si la habían matado por venganza?

Muy a su pesar, Lucía no había podido enterarse de lo que la Policía había hablado con los Llebrera, aunque suponía que les habrían tomado declaración. Tras acompañar a los agentes al ascensor, acudió al salón para informar a los señores de que el desayuno estaba servido. Se disponía a dar unos golpecitos en la puerta entreabierta para anunciar su presencia cuando unas palabras de doña Isabel la hicieron cambiar de idea. Acercó la oreja a la madera y aguzó el oído.

—Sí, ya he notado que estabas un poco inquieta. —Cogió el periódico y lo abrió por las páginas de información taurina—. ¡Anda! Mario Cabré debuta el 10 de agosto en Las Ventas. Y con Pepe Alcántara. No está nada mal.

—A mí qué me importa Mario Cabré —bufó doña Isabel—. Arturo, ¿por qué no nos vamos de vacaciones?

Su marido la miró sorprendido por encima del diario.

—¿Ahora?

—¿Cuándo si no? Estamos casi en agosto y aquí hace mucho calor. Vámonos unos días a Comillas, a la finca de mi hermano.

Necesito alejarme de aquí.

—¿Y tiene que ser a Comillas precisamente? Por estas fechas estará allí toda tu familia con su respectiva prole. Siempre que vamos te quejas de lo ruidosos que son los críos y de que no te dejan dormir la siesta. No sé a qué viene ese repentino interés por ir a Comillas, la verdad.

—Tengo miedo —reconoció ella—. Hay un asesino suelto. ¿Y si viene a por mí?

—¡No digas sandeces! ¿A santo de qué iba a ir a por ti?

—Sé cosas, Arturo. Cosas horribles —murmuró doña Isabel llevándose las manos al pecho.

Su esposo resopló. Solo le faltaba que enfermara.

—Lo que te pasa es que estás mal de los nervios —le dijo—. Entiendo que lo de tu amiga te haya afectado, pero no tiene nada que ver contigo. Mira, en cuanto arregle un asunto que tengo entre manos, te prometo que nos vamos a Comillas —añadió en tono conciliador.

—¿Tardarás mucho en resolver ese asunto?

—No, querida.

«En unos días me convertiré en un hombre tan rico que podría comprarle la finca al lechuguino de tu hermano».

—Si te apetece, alquilamos una casa para instalarnos una temporada larga nosotros solos —dijo para desconcierto de su mujer.

—No te veo descuidando tus negocios.

—¿Quién habla de descuidar? La chatarrería va viento en popa, si hay algún problema lo puede resolver el encargado. En la cava, tengo al jefe de bodega. Y para controlar que esos dos no se me desmanden, está el administrador. En cuanto a la aduana, ya veré lo que hago. Ese negocio me está empezando a aburrir.

Doña Isabel se inclinó hacia delante.

—A la vuelta tengo pensado hacer cambios en el servicio. —Ante la mirada inquisitiva de su marido prosiguió—: Nos quedamos con Fermina, por supuesto, es fiel como un perrillo y muy buena cocinera, pero las otras... —Compuso una mueca de disgusto—. De un tiempo a esta parte, Lucía está siempre indispuesta. Y en cuanto a Melisa..., no sé qué te traes con ella, pero pasa más tiempo haciéndote recados que...

—¿Otra vez estamos a vueltas con eso? —la atajó él—. ¿Acaso no cumple con sus obligaciones?

—Lo digo porque, hasta ahora, era Julián quien se ocupaba de tus cosas.

Molesto, don Arturo se guardó el periódico bajo el brazo y se puso en pie.

—Al chófer lo necesito para otros menesteres. No sé a qué viene tanta pregunta, Isabel. Eres peor que la Gestapo.

Mortificada, su esposa apretó los labios en un mohín de disgusto.

—Dios me libre de cuestionar tus decisiones, y espero que tú no te opongas a la mía de contratar nuevas chicas.

—Haz lo que te plazca. Me voy, que entre la Policía y tú me habéis torcido el día.

—Arturo...

—¡Qué!

—Edelmira me ha invitado un par de días a Llavaneras. ¿Te importa si acepto?

—Excelente idea. Te vendrá bien respirar el aire del mar.

Lucía se llevó las manos a la tripa. Todavía no se apreciaba el embarazo, pero en unas semanas le sería imposible ocultarlo.

Los señores planeaban despedirlas. Melisa contaba con Erich; ahora que Dagmar no se interponía en su camino, en cuanto

pasaran unos meses podrían casarse. Pero ¿qué sería de ella? ¿Adónde iría?

81

Agosto de 1941

Leopoldo Gómez cogió una lupa y contempló su obra con satisfacción. Ni el más mínimo error empañaba la perfección de aquellos documentos falsificados. Con gusto los habría expuesto en un museo para que el público los admirase. Era una lástima que debiera limitar los alardes de vanidad a los clientes dispuestos a pagar un buen precio por ellos. Miró el reloj. Faltaban apenas unos minutos para que llegara su cliente. Abrió el cajón de la mesa y sacó una botella de anís y un vaso. Se sirvió dos dedos de licor y rellenó el vaso con agua. Nunca abusaba del alcohol. Para su trabajo era básico mantener el pulso y los sentidos alerta. Dio un trago largo y volvió a analizar su obra. Puesto que el papel escaseaba y ni pagando una fortuna le era sencillo conseguir una resma de pliegos de papel fino, a menudo tenía que recurrir a arrancar las hojas en blanco de los libros. La Librería Alemana, en la Rambla de Cataluña, era uno de sus proveedores favoritos. Cada vez que mancillaba uno de sus volúmenes sentía que estaba dándole una patada a Hitler. Leopoldo empezó a practicar su arte falsificando salvoconductos para amigos republicanos que necesitaban huir; más tarde, cuando se hizo patente que nadie ponía en duda sus identidades falsas, amplió el negocio a visados, pasaportes, partidas de bautismo e incluso cartillas de racionamiento. No lo hacía gratis, ya que cualquier paso en falso podía conducirlo a prisión. Por eso ponía

precio a sus servicios en función del riesgo que asumía. Apuró el anís aguado y volvió a mirar el reloj.

Sonó el timbre de la puerta.

—Buenas tardes, caballero, puntual como siempre —dijo al tiempo que lo invitaba a entrar. Antes de cerrar la puerta, echó un vistazo a la escalera para cerciorarse de que ningún vecino entrometido lo hubiera visto llegar—. ¿Le apetece un anís?

Erich declinó la invitación mientras miraba a su alrededor. Observó la pequeña imprenta junto a una estantería repleta de productos químicos, cuchillas y sellos.

—¿Tiene lo mío? —preguntó.

Leopoldo alargó el brazo hacia la mesa. Solo tenía veintiocho años, pero el pelo ralo y las arrugas que surcaban su frente lo hacían parecer mayor.

—¿Ha traído lo acordado?

—Dos mil quinientas pesetas por documento.

Abrió la cartera y sacó un sobre. El falsificador lo cogió y lo dejó sobre la mesa sin contar los billetes.

—Con usted hago un mal negocio. Podría pedirle tres mil. —Rio Leopoldo—. ¿Necesita algo más? —le preguntó entregándole la documentación falsificada.

—Esto es todo, por ahora. ¿Ha sabido algo del doctor?

—Lo soltaron hace dos días. Esos cerdos le destrozaron las manos. La Secreta aprendió bien las técnicas de la Gestapo. No podrá ejercer la medicina, al menos no como lo hacía antes.

—Lo siento.

—Ya. De haber sabido que acabaría así, no les habría puesto en contacto con él. —Movió la cabeza de un lado a otro para dejar claro que la cosa ya no tenía remedio—. A diferencia de mí, Ramón

siempre ha sido un altruista. Por cierto, me enteré de la muerte de su esposa. Le acompaño en el sentimiento. ¿Saben ya quién lo hizo?

—No.

—Vuelva pronto. Siempre es un placer colaborar con usted.

Con la desaparición de Dagmar, Melisa se había liberado de parte de su carga. No es que se alegrara de su muerte, pero ya no podría hacerle daño. La única amenaza que seguía cerniéndose sobre ella era don Arturo. Confiaba en que el plan de Erich funcionase y Arturo Llebrera recibiera al fin su merecido.

Además de él, le preocupaba la pasividad de Lucía. Esa misma mañana, mientras la ayudaba a hacer la cama de los señores, había aprovechado para sacar el tema.

—¿Has tomado ya una decisión sobre el crío? Parece que no seas consciente, pero el tiempo corre en tu contra.

—¿Crees que no lo sé? —Melisa le indicó con un gesto que bajara la voz—. Pero ahora tengo un problema más importante en que pensar.

—¿Qué puede ser más importante que decidir si quieres tener a tu hijo? Te recuerdo que cuando se te empiece a notar la tripa, doña Isabel te pondrá en la calle.

—¡Doña Isabel me echará con embarazo o sin él! —exclamó rabiosa—. Y a ti también.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que está pensando en despedirnos cuando vuelvan de las vacaciones. Se lo he oído decir esta mañana.

—La habrás entendido mal.

—La he entendido perfectamente. Claro que a ti te da igual perder el trabajo. Como tienes la vida arreglada con el nazi... —le

espetó al tiempo que ahuecaba los almohadones con furia.

—Estás siendo injusta.

—No, la injusta eres tú, que te atreves a darme consejos y a decir que somos como hermanas cuando me estás ocultando cosas. Sí, no te hagas la inocente.

Antes de que Melisa pudiera reaccionar, la cocinera las había interrumpido conminándolas a hacer sus tareas y dejarse de tonterías. Achacó la actitud de su amiga a los nervios y decidió que cuando se tranquilizara hablaría con ella.

Echaba de menos las salidas con las chicas. Se habían ido con sus jefes a sus residencias de verano y ya no volverían hasta finales de septiembre. Quien más había lamentado irse era la Patro, que se había echado un novio de Jaén. Antoñita solía pincharla a cuenta de su oficio y de que se llamaba Paco, como el Caudillo.

—Siendo tu don Paquito camarero, los cafés y los refrescos nos saldrán gratis, digo yo —había comentado una mañana de jueves en el mercado.

—¡Y el chocolate con churros! —bufó la Patro—. ¿Qué queréis? ¿Que me lo despidan? Acordaos de lo que le pasó a mi paisano el Juanele de tanto invitar a las mozas. Nada, nada, si queréis algo, os rascáis el bolsillo. Y le dejáis propina, que tenemos que ahorrar para la boda. Y haz el favor de no llamarlo don Paquito, se me pone la carne de gallina.

—Pero si empezasteis a salir juntos hace cuatro días —le recordó Matilde entre risas—. ¿Ya piensas en casarte?

La Patro se plantó frente a ella, los brazos en jarra.

—¡Anda esta! ¿Y Melisa? ¿Cuánto tiempo lleva con don Erich?

—No hables como si no estuviera delante —la amonestó la aludida—. Es verdad que hace poco que estamos juntos, pero nosotros no hemos hablado de casarnos.

—Porque se ha muerto su mujer, y aunque fuera una mala pécora, tendrá que guardar luto un tiempo —ponderó la Patro—. Pero verás qué pronto te pone un pedrusco en el dedo.

Antoñita dio unas palmadas y propuso ir a bailar aquella tarde como despedida.

—Bueno, pero solo hasta que mi Paco acabe su turno en la cafetería. Hemos quedado en que me pasaría por allí para que me acompañe a casa.

—Ya no lo verás hasta finales de septiembre. ¿No tienes miedo de que se vaya con alguna lagarta?

La Patro fulminó a Antoñita con la mirada.

—¡Mira que eres jartible! Me ha prometido que subirá a verme a Gerona todas sus tardes libres.

—Claro que sí, Patro. Además, Gerona no está tan lejos —la animó Matilde.

La anécdota hizo aflorar una sonrisa en Melisa. Ojalá pudiera presentarles a Isaac, de quien se había hecho muy amiga. El temperamento inquieto del chico le impedía estar de brazos cruzados y siempre andaba ocupado en algo. Evocó la última vez que estuvo con él. Ella había entrado en la cocina en su busca, pero solo vio a Simón lavando los platos del almuerzo...

—Isaac ha subido al desván a reparar la ventana —dijo alzando la mirada hacia el techo. Llenó un vaso de agua de una jarra y se lo tendió—. Llévaselo. Estará sediento.

Lo encontró sentado en el suelo, lijando el marco. Melisa nunca había pisado el desván y lo imaginaba como todos, polvoriento y atestado de muebles viejos y trastos inservibles, pero le sorprendió verlo vacío y limpio. Junto a la ventana, en el suelo, vio un pequeño

esbozo al carboncillo de un niño espulgándose. Cuando sus pasos resonaron en la madera, Isaac volvió la cabeza.

—Es un encargo de Erich —explicó al percatarse del interés de Melisa.

—No sabía que habías vuelto a pintar. Es muy bonito.

—Gracias. Fue él quien me consiguió el material.

—Además de pintor, ¿eres carpintero? —Rio sentándose a su lado.

—Hago lo que puedo. La humedad ha hinchado la madera y no cerraba bien.

Melisa le ofreció el vaso de agua con una sonrisa. Él bebió un trago largo y se limpió la frente con un trapo.

—Uf, lo necesitaba.

Ella apoyó una mano en el suelo y contempló el paisaje que se extendía más allá de la verja. Desde allí arriba alcanzaba a ver las viñas, cuyos frutos ya estaban cambiando de color y afinando la piel. La invadió una oleada de nostalgia cuando su mente conjuró la imagen de las vendimias en su pueblo. Sacudió la cabeza para alejarla y dejó que fuera sustituida por otra imagen, la de la mujer que había visto días atrás junto a la cancela. Como no había vuelto a dar señales de vida, no estimó necesario decírselo a Erich. Tampoco le había contado que aquella mañana, cuando salía de casa, se había cruzado en el portal con dos hombres de aspecto siniestro. Uno de ellos la había examinado de arriba abajo a través de los cristales de unas gafas redondas. Un escalofrío la estremeció al reconocer aquella mirada torva. Aquel hombre no podía llevar consigo nada bueno.

—Bueno, esto ya está —murmuró Isaac.

La suavidad de su voz devolvió el sosiego a Melisa.

El chico abrió y cerró la ventana un par de veces.

—Creo que ha quedado bastante bien.

Melisa recogió el vaso y se puso en pie de un brinco.

—Pues vamos abajo. Aquí hace calor.

Isaac se levantó, se sacudió el polvo de los pantalones y siguió sus pasos.

82

Agosto de 1941

Doña Isabel nunca discutía las decisiones de su marido, pero desde hacía un par de meses su extraño comportamiento la tenía intrigada. En las raras ocasiones que se atrevía a preguntarle si algo le preocupaba, solía recibir respuestas evasivas que no hacían sino aumentar su ansiedad. Además, estaba desquiciada porque el asesino de Dagmar von Lechner continuara en libertad. No se quedaría tranquila hasta que lo atraparan. Doña Isabel no se atrevía a expresarlo en voz alta, pero la criada de Dagmar le daba mala espina. Cierto que tenía una buena coartada, pero ella no se fiaba. Dagmar le había comentado muchas veces que quería despedirla. ¿Y si para evitarlo la había matado? Tiempo atrás Arturo le había leído en el periódico una noticia sobre un suceso ocurrido en Valencia que les había puesto los pelos de punta. Para encubrir sus robos en la casa donde trabajaba y por miedo al despido, una criada había asesinado con raticida a dos compañeras y a un familiar de los señores. La habían detenido cuando estaba a punto de envenenar a la última sirvienta que podía delatarla. Sucesos como aquel, sumados al errático comportamiento de Lucía, ratificaban a doña Isabel en su decisión de sustituir al servicio, con excepción de Fermina y, quizá, la planchadora.

La aparición de la criada en el dormitorio la sobresaltó.

—Ya que estás aquí, cambia las sábanas y recoge la habitación —le ordenó—. Y dile a Remei que repase los visillos del salón. Me ha parecido ver un desgarrón en uno de ellos. —Se apartó del tocador y observó a Lucía con ojos críticos—. Tienes mejor aspecto. ¿Te has recuperado ya?

—Estoy mejor. Gracias por su interés.

—Deberías ir al médico. A ver si va a ser algo contagioso.

—No se preocupe, señora. Fermina y Melisa duermen conmigo y están como una rosa.

—Eso espero.

Don Arturo entró en la habitación mascullando. Su mujer enarcó las cejas al verlo.

—Creí que te habías marchado hacía un rato.

—Mi corbata tiene una mancha. He venido a cambiármela —dijo mientras se deshacía el nudo.

Lucía se apresuró a sacar otra corbata de la cómoda. Don Arturo la cogió sin apenas dirigirle una mirada y se fue. La criada se volvió hacia doña Isabel.

—Si no necesita nada más, me voy al mercado.

—Arregla primero el dormitorio, como te he dicho. Ah, y de camino a la Boquería cómprame otra botella de Agua del Carmen. Es lo único que me alivia las jaquecas.

—Sí, señora.

Reprimiendo la ira que ardía en su interior, Lucía hizo la cama, alisó la colcha para que no quedara ni una arruga y ordenó el tocador. En cuanto terminó, se encaminó a la cocina para buscar a Melisa. De camino al mercado tenía intención de hablar con ella sobre algo que había visto y no podía sacarse de la cabeza.

—La he mandado hace rato a la compra, así no la entretienes, que con eso de ir siempre juntas, tardáis lo vuestro en volver —

refunfuñó Fermina.

Lucía se escabulló por la puerta de servicio maldiciendo en voz baja a Melisa por no haberla esperado. En el portal se topó con Remei, que charlaba con el portero.

—Remei, la señora quiere que des un repaso a los visillos del salón. Dice que tienen un roto —le dijo con más brusquedad de la que pretendía.

Rogelio arrugó la nariz extrañado.

—Habrá sido el gato de los de arriba. A la que puede, se cuela en pisos ajenos. Ya se me ha quejado algún vecino.

—Pues como lo pille, le retuerzo el pescuezo —gruñó Remei.

—Tampoco es eso —protestó Lucía—. Pobre animal.

—Además, de poco te iba a servir. Con eso de que tienen siete vidas... Eso sí, el susodicho, más que gato, parece una lagartija. Hay que ver cómo trepa.

Lucía cruzó la plaza de Cataluña en dirección a las Ramblas. Sin embargo, justo antes de llegar cambió de parecer. Sorteó a los viandantes a paso ligero y se dirigió a la Puerta del Ángel. Al llegar al final de la calle giró a la izquierda y caminó unos metros hasta que divisó la imponente catedral gótica. Ella prefería Santa María del Mar, una basílica más austera sufragada con el dinero y el sudor de los fieles del puerto y del barrio de la Ribera. Cuando la había visitado al poco de llegar a la ciudad, le contaron que los *bastaixos*, como eran conocidos los estibadores del puerto, habían cargado a sus espaldas las enormes piedras para su construcción.

Entró en el templo y se santiguó antes de sentarse en un banco de las últimas filas, detrás de una anciana que rezaba arrodillada con la cabeza cubierta por un velo de encaje. Alzó los ojos hacia el presbiterio y divisó a un sacerdote que se dirigía a los confesionarios. Por un instante barajó la idea de confesarse, pero la

desestimó enseguida; en el mejor de los casos, la haría rezar un par de rosarios, y lo suyo no se arreglaba con rezos.

Le había costado mucho tomar una decisión. Y lo había hecho sin pedirle consejo a nadie. Fermina se habría echado las manos a la cabeza y le habría recomendado que volviera al pueblo, al amparo de sus padres. Sus amigas la habrían apoyado y a buen seguro ofrecido sus ahorros para que abortase, excepto Matilde, que lo consideraría un asesinato. En un primer momento, a Lucía se le había pasado por la cabeza deshacerse del crío, pero tenía miedo. El aborto se consideraba un crimen contra el Estado, y este castigaba con severidad a quienes lo practicaban. No le sería fácil encontrar a un médico que se aviniese a ello ni a un farmacéutico que le vendiera un medicamento abortivo. Se arriesgarían por una señorita de buena familia, pero no por una criada. Además, corría el riesgo de que la denunciaran. Había mujeres que los practicaban en sus casas de forma clandestina a cambio de dinero, pero ella no se atrevería a ponerse en sus manos.

Tras muchas noches de insomnio dándole vueltas a la cabeza, se había decidido. Si jugaba bien sus cartas, el bebé de don Arturo sería su pasaporte a una vida mejor.

Cuando quiso darse cuenta, estaba sola en la basílica.

Se arrodilló y pidió ayuda a ese Dios en el que ya no creía.

Aquella tarde Lucía esperó a que doña Isabel se marchara a la peluquería para ir a hablar con don Arturo. Dejó a Fermina dormitando en la cocina y se dirigió resuelta a su estudio. Llamó a la puerta con los nudillos y entró sin esperar a que le diera permiso. Don Arturo levantó la cabeza de los papeles y la observó con el ceño fruncido. Lucía se armó de valor y dio un paso adelante.

—Vengo a hablar.

—¿Hablar de qué? —preguntó él sacudiendo la ceniza del puro en el cenicero.

Lucía respiró hondo dejando que el aire viciado de la estancia le inundara los pulmones. Las rodillas le temblaban amenazando con doblarse, pero se obligó a seguir adelante. No había llegado hasta allí para agachar la cabeza.

—Estoy embarazada —declaró con voz firme y serena.

Don Arturo enrojeció presa de la ira.

—¡Estúpida! Se suponía que tomabas precauciones.

Lucía había oído decir que algunas mujeres se lavaban con mostaza y se introducían en la vagina tallos de perejil y esponjas empapadas en vinagre que empujaban hasta la matriz para evitar quedarse encintas. Ella no había hecho ninguna de esas cosas, simplemente no pensó que pudiera suceder. Don Arturo tenía razón, había sido una idiota, pero no permitiría que la amilanara. Se acercó a él y le apuntó con el índice.

—Si me veo en estas, es por su culpa, así que tendrá usted que hacerse cargo del crío.

—¿Le has contado esto a alguien más? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—No, señor —mintió.

—Has hecho bien.

Don Arturo buscó la cartera en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un fajo de billetes. Los dejó sobre la mesa.

—Haz lo que tengas que hacer, pero soluciónalo.

Lucía negó con la cabeza.

—No quiero abortar. Quiero que usted se responsabilice.

—Te has vuelto loca si piensas que voy a reconocer a tu bastardo. Además, ¿quién me asegura que es mío? Si te has abierto

de piernas conmigo, habrás hecho lo mismo con otros —le espetó en tono desabrido—. No seas imbécil, coge ese dinero y deshazte del problema. Si no conoces a nadie, ve al Barrio Chino, seguro que encuentras a una puta que te indique a quién recurrir. —La miró con fijeza apuntándola con el puro—. Una cosa te digo: si te obcecas en no abortar, te marchas de mi casa.

Lucía había supuesto que no aceptaría de buen grado la noticia del bebé, pero sus insultos la enfurecieron.

—¡Le contaré a su mujer que me violó! —soltó conteniendo apenas la ira—. Usted lo negará, pero habré sembrado la duda en doña Isabel. Además, ¿qué dirán sus amistades beatas cuando sepan que ha preñado a la criada? Se lo advierto, don Arturo: o me ayuda con el crío, o hablo con mis amigas y en lo que canta un gallo se lo largan a sus jefes.

Don Arturo la miró con los ojos inyectados en sangre. Si aquella furcia se iba de la lengua, su honorable imagen se vería seriamente dañada. Uno podía beneficiarse de sus criadas de puertas para adentro, «¿Qué hombre no lo hace?», pero ¡ay, como se hiciera público! A la anterior criada que dejó embarazada, su esposa la había despedido sin más, pero esta vez le haría pagar muy caro el desliz. Se propuso ganar tiempo hasta encontrar la forma de salir del aprieto.

—Está bien, Lucía —dijo conciliador—. Ya veré cómo arreglar esto.

—A mi entender solo hay un modo, don Arturo. Que usted...

—Sí, sí, ya lo sé —la interrumpió con acritud—. Te prometo que me haré cargo —añadió en un tono más amable—. Será mejor que dejes de trabajar aquí, te alquilaré un piso para que podáis vivir tranquilos tú y el niño. —Las palabras se le atragantaban, pero refrenó las ganas de estrangularla—. Te pasaré una mensualidad

para que no os falte de nada, pero tienes que prometerme que no le dirás a nadie que soy el padre. ¿Estamos?

Lucía respiró aliviada. Sintió que su cuerpo se relajaba.

—Sí, señor.

—Muy bien. Y ahora vuelve a tus quehaceres.

Tenía la mano en el picaporte cuando don Arturo le hizo una última recomendación:

—No le digas a nadie que te marchas de la casa, y mucho menos a la señora. Espera a que lo tenga todo arreglado. Me llevará unos días encontrar un piso en condiciones, que tampoco os voy a meter en una buhardilla apestosa.

—De acuerdo, don Arturo, pero no tarde mucho —se tocó el vientre—, que esto va creciendo.

En cuanto la criada salió, Arturo Llebrera apagó el habano en el cenicero. «Maldita ramera». No había contado con aquel imprevisto. Sacó la botella de coñac que guardaba en el cajón del escritorio y dio un largo trago. De pronto, una luz se encendió en su cerebro. Cogió la agenda de teléfonos y repasó sus páginas. Cuando halló el nombre que buscaba, levantó el auricular.

83

Agosto de 1941

Lucía estaba pletórica. El canalla no solo había aceptado su paternidad, sino que, en un alarde de inesperada generosidad, se había comprometido a ponerle un piso. Deseó que el bebé fuera niño. Tras una década de matrimonio, doña Isabel no había podido concebir, así que el que estaba por nacer sería su único heredero. Puede que nunca llevara el apellido de don Arturo, pero ella se aseguraría de que recibiera lo que era suyo.

Cómo se alegraba de no haber hecho caso a Melisa. Su amiga se había comprometido a ayudarla, pero ¿acaso podía confiar en ella después de sus mentiras? Por una indiscreción de Julián, había descubierto que Melisa le ocultaba un secreto.

Una mañana se había encontrado al chófer en el portal esperando a don Arturo. Tras saludarlo, le preguntó si a su mujer no le molestaba que trabajara hasta tan tarde. Cuando el hombre le dio a entender que no sabía de qué hablaba, le refrescó la memoria. Noches atrás Melisa había llegado a casa de madrugada y justificó su retraso diciendo que el señor los había enviado a ambos a un recado fuera de la ciudad. El chófer, cogido por sorpresa, afirmó que solo la había acompañado a visitar a su amigo que vivía a las afueras. Lucía lo miró suspicaz. Si se trataba de Erich, ¿por qué

había mentido Melisa? En cuanto Julián se percató de que había hablado de más quiso arreglarlo, pero lo único que consiguió fue aumentar la curiosidad de la criada. Lucía lo amenazó con contarle a don Arturo que utilizaba el automóvil para asuntos privados si no le mostraba el lugar donde había dejado a Melisa.

El hombre, temeroso de perder el trabajo, acabó claudicando y una tarde de sábado que los señores habían salido y Melisa tenía permiso para visitar a una prima de su madre en el hospital, la dejó al pie de la montaña, le indicó la dirección que había seguido la otra y se comprometió a recogerla antes del anochecer.

Lucía se ocultó tras un árbol y acechó. El trasiego de idas y venidas la hizo sospechar que aquella casa no era solo el nido de amor de Melisa y el nazi. Allí pasaba algo más. Melisa había estado a punto de descubrirla cuando salió al porche. Estuvo tentada de encararse con ella, preguntarle a santo de qué iba hasta aquella casa perdida en el monte. Y, sobre todo, ¿quién era aquella gente?, pero el miedo a que Erich la descubriera la disuadió.

Aquella noche se propuso esperar despierta a Melisa para pedirle explicaciones, pero sucumbió al sueño. Y al día siguiente estaba tan furiosa que supo que en cuanto abriera la boca perdería las formas. Decidió que esa misma tarde la abordaría para hacerle todas las preguntas que le rondaban la cabeza. Melisa tal vez se enfadaría con ella por haberla espiado, pero acabarían haciendo las paces.

Lucía se apeó del tranvía en la avenida de José Antonio y observó los edificios. El señor le había ordenado que entregara un sobre en un domicilio a las tres en punto. El sol a primera hora de la tarde caía a plomo sobre aquellas calles que la posguerra había teñido de gris y tuvo que hacer visera con la mano para protegerse los ojos.

Encontró el número que buscaba, pero allí solo había un edificio en ruinas. Extrañada, sacó del bolsillo el papel con las señas y volvió a comprobarlas por si se había confundido de inmueble. Pero el error no había sido suyo, sino de don Arturo, que le había apuntado mal la dirección.

«Y ahora, ¿qué hago?», se preguntó fastidiada. El sudor empezó a empaparle la espalda y el pecho haciendo que la áspera tela del uniforme se le pegara a la piel provocándole picor. Cuando se le secó la garganta, barajó entrar en un bar cercano a pedir un vaso de agua, pero una mujer sola siempre llamaba la atención y no quería que la tomaran por lo que no era. Decidió regresar a casa.

Mientras contemplaba el escaparate de una corsetería, observó reflejado en el cristal a un hombre con aspecto extranjero que se apeaba de un reluciente automóvil. Lucía torció el gesto. «Puercos nazis, todo es por su culpa», se dijo con inquina. Melisa había cambiado desde que uno le llenó la cabeza de ilusiones. Dio un respingo cuando el desconocido se aproximó a ella.

—¿Te llamas Lucía?

—Sí, ¿quién es usted?

—Hay alguien que quiere hablar contigo. Acompáñame.

La rudeza de su voz la asustó. Tampoco le dio ninguna confianza su mirada torva ni la esvástica que lucía en la solapa. Miró en derredor; a aquellas horas, bajo el sofocante calor estival, nadie se aventuraba a pisar las calles hasta que se ponía el sol. Vacilante, dio un paso atrás, pero el hombre la agarró del codo, la guio hasta el automóvil y la empujó con violencia al asiento trasero. Lucía sintió que un paño le oprimía la boca.

Después, la nada.

Ernst Helmann se consideraba a sí mismo un hombre paciente y razonable, aunque los infelices que padecían sus interrogatorios probablemente opinarían lo contrario. La perseverancia siempre tenía su recompensa. Por eso sabía que más pronto que tarde daría con el asesino de Dagmar. Había planeado una lenta y larga tortura antes de acabar con él con sus propias manos. Después se encargaría de hacerle justicia a Dagmar. Helmann había puesto a dos de sus agentes a seguir a Erich von Lechner pensando que así le sería fácil dar con su amante, pero el vicecónsul resultó ser más escurridizo que una anguila. Cuando Arturo Llebrera lo informó por teléfono de que conocía la identidad de la querida, no dio crédito. Que aquel tipo fanfarrón y rastrero hubiera descubierto lo que hombres entrenados en técnicas de seguimiento y espionaje no habían sido capaces de averiguar lo irritaba sobremanera. Aun así, lo citó en su piso de la calle Muntaner.

Aquella misma tarde vengaría a Dagmar. Lamentaba no poder culminar la venganza de la forma que ella había orquestado; con toda la colonia alemana pendiente del viudo Von Lechner resultaba demasiado arriesgado eliminarlo.

Decidió que el orden de los factores no alteraría el resultado.

Salió del automóvil y contempló el viaducto proyectado a principios del siglo xx para conectar el Coll y el Puchet, dos cerros separados por la riera de Vallcarca. Asimismo, mejoraba la comunicación de esa barriada con la ciudad. Se inclinó hacia el vacío para valorar la altura. Alguien había bautizado aquella estructura de hormigón armado como el Puente de los Suicidas. Le pareció una definición acertada. Se quitó la chaqueta para que el aire de la montaña lo refrescara y encendió un cigarro mientras esperaba a que le llevaran a la chica.

Helmann recordaba haber visto a una sirvienta muy guapa en la casa de don Arturo. Estaba seguro de que se trataba de ella.

A su espalda oyó el motor de un coche. El jefe de la Gestapo recorrió en unas zancadas la distancia que lo separaba de su objetivo. Una chica pálida y demacrada salió tambaleándose del asiento trasero. Sorprendido, los labios de Ernst Helmann se curvaron en una sonrisa aviesa. «Con qué poco se conforma Von Lechner», pensó examinándola de arriba abajo.

Lucía había despertado en el interior de una barraca del barrio del Somorrostro con las manos y las piernas atadas y la ropa interior mojada. Pasó unas horas aterrada, con el sonido del mar como única compañía, hasta que el hombre que la había secuestrado regresó a por ella.

—Buenas tardes, Lucía —la saludó.

Un gemido brotó de su garganta reseca cuando la luz de los faros le permitió reconocer a quien se cernía frente a ella.

—No... no entiendo nada —balbuceó presa de los nervios.

—¿Sabes quién soy?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Por qué... me ha traído aquí?

—Oh, no es nada personal. Verás, le debo un favor a una amiga que significaba mucho para mí. —Aspiró una última calada y tiró el cigarrillo—. Por desgracia, ha fallecido y a los muertos no se los puede defraudar, o vuelven para atormentarte.

Conforme se despejaba la bruma de su cabeza, Lucía empezó a comprender que había sido víctima de una trampa. Se había creído muy lista y había cometido el error de amenazar a don Arturo. La única forma que este tenía de librarse de ella era matándola, y para

ello había recurrido a aquel hombre. El pánico se apoderó de ella. Tenía que convencerlo de que le perdonara la vida, aunque no pudiera volver a casa de los Llebrera. Melisa la ayudaría, se lo había prometido.

—¿De qué me habla? ¿Qué... va a hacerme? —tartamudeó.

—No tengo nada contra ti, pero mi amiga lo pasó muy mal por tu culpa, y quien hace daño a un amigo me lo hace a mí.

—¿Su... amiga? Yo no...

—Dagmar. Su nombre era Dagmar von Lechner. ¿Entiendes ahora de quién te hablo? No deberías haberte enredado con su marido.

Comprendió que aquel nazi la había confundido con Melisa. Habría bastado con obedecer a su instinto de supervivencia y deshacer el equívoco, pero no podía traicionar a su amiga. Pese a sus últimos desencuentros, era su hermana y la quería.

—A su debido tiempo me ocuparé de Von Lechner —siguió diciendo el nazi.

Lucía pensó con rapidez. No le debía nada a Erich. De hecho, lo detestaba. Ojalá no hubiera aparecido nunca en sus vidas. Recordó entonces la casa de la montaña. Cuando Helmann hizo una señal a su hombre y este la agarró del brazo, gritó:

—¡Espere! Tengo una información que le interesa. Es sobre Erich.

Intrigado, enarcó una ceja y la exhortó a proseguir.

—Tiene una casa en las afueras de Barcelona. Lo descubrí por casualidad un día que lo seguí —mintió.

A Helmann le resultó extraño. ¿Tan poco se fiaba de su amante? De pronto, cayó en la cuenta de que don Arturo se la había jugado. Aquella no era la chica que buscaba. Por algún motivo, Llebrera quería deshacerse de la sirvienta y lo había utilizado a él. «Maldito bastardo. Al menos su artimaña no me ha hecho perder el tiempo».

Levantó el brazo conminando a su secuaz a aflojar la presión en el brazo de Lucía.

—Continúa.

—Aprovechando la oscuridad y que la verja estaba abierta me colé para atisbar la casa. Vi a un grupo de personas.

—¿Quiénes eran?

—No lo sé. Después apareció un hombre mayor. Tuve que esconderme para que no me descubriera, así que no pude fijarme. Además, estaba muy oscuro, porque se alumbraban con quinqués. Pero me pareció que estaba nervioso. Al cabo de un rato, Erich salió muy alterado y se marchó en el coche.

—¿Pudiste escuchar de qué hablaron?

Lucía titubeó, pero bastó otra mirada intimidante para que respondiera:

—A través de una ventana abierta me llegaron unas voces. Di la vuelta a la casa para ver de dónde procedían. Creo que era la cocina. Me agazapé para escuchar. El hombre dijo entre sollozos que había cometido una equivocación y que solo esperaba que no le pasara factura a la gente de la casa.

—¿Te pareció que podían ser judíos?

Lucía se mordió los labios.

—No lo sé. —Era su vida o la de unos desconocidos. «Que Dios me perdone»—. Es posible —musitó cabizbaja.

Helmann sintió que la ira se apoderaba de él. Evocó las veces que Von Lechner había alabado las medidas antisemitas del Führer. Se había mostrado partidario de acabar con los judíos... Entonces recordó que Hannah Rosenbaum era judía. «Todo era una maldita farsa. Ese traidor está dándoles refugio».

—¿Algo más? —le preguntó con brusquedad.

Lucía negó con la cabeza.

—No. Por favor, ¿puedo... irme?

Ernst Helmann encendió otro cigarrillo, aspiró una calada y le echó el humo a la cara.

—Pronto. Pero antes vas a decirme dónde se encuentra esa casa. Las afueras de Barcelona abarcan una extensión muy amplia.

Quizá fue el tono suave y a la vez amenazante con que le hablaba. Quizá fueron sus ojos vidriosos, que la miraban como si fuese un despojo humano. Lucía comprendió que no saldría viva de allí y que en un desesperado intento por salvarse había condenado a muerte a unos inocentes. Quizá aún pudiera hacer algo por enmendar su error.

—Le he mentido —dijo sin vacilar.

—¿Cómo has dicho? —Helmann le levantó la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Que esa casa no existe. Me lo he inventado todo.

El jefe de la Gestapo esbozó una sonrisa cruel.

—No te creo tan inteligente. Te lo repetiré una vez más. ¿Dónde está la casa?

Lucía guardó silencio.

—Pobre infeliz. Tarde o temprano lo averiguaré —dijo palmeándole la mejilla. Intercambió una mirada con el hombre que la sujetaba antes de marcharse.

Los gritos de Lucía cesaron cuando su cuerpo chocó contra el pavimento.

84

Agosto de 1941

Don Arturo colgó el auricular tras despedirse de Ernst Helmann. El jefe de la Gestapo le había reprochado su engaño con duras palabras, pero lo importante era que el problema de Lucía estaba resuelto y ni siquiera había tenido que ensuciarse las manos. «Hay que tener amigos hasta en el infierno. Sin duda, esos son los mejores», pensó eufórico. No sentía lástima por ella. Se lo había buscado con su codicia. Nadie que extorsionara a Arturo Llebrera salía impune. Y si además caía Erich von Lechner, tanto mejor.

Se acomodó en la butaca y encendió otro puro.

La ausencia de Lucía había puesto a su mujer de los nervios y él soportó estoico su cantinela de que hasta allí habían llegado. Cuando le aseguró que al día siguiente la despediría, rio entre dientes. Tuvo que contenerse para no decirle que no sería necesario puesto que no volverían a saber de ella. A última hora de la tarde alegó que tenía una cena de negocios y se marchó.

Había sido un gran día. Y la noche se presentaba aún más prometedora.

En unas horas tendría el botín en su poder.

Estrella se aburría en el cuarto de la plancha. Había ordenado los botones del costurero por tamaños y colores, también había leído un

rato. El cuento que le había regalado Melisa tenía los bordes rasgados de tantas veces como había pasado sus páginas. Se aburría y la tripa le rugía. Su madre nunca se quedaba a trabajar hasta tan tarde. Aprovechando que había subido a la terraza y aún tardaría en regresar porque siempre se paraba a charlar con alguien, decidió ir a la cocina a por algo de merendar. Fermina la regañaría por deambular por el piso, pero le daría una rosquilla de anís y un vaso de leche. Solo le daba miedo cruzarse con aquella señora tan antipática.

Se detuvo en el umbral de la cocina y asomó la cabeza. Le pareció raro que Fermina no anduviera por allí fregando cacharros o preparando la cena. Casi no podía creerse su suerte. Arrastró una silla hasta la alacena, se subió y estiró los brazos para alcanzar la caja de las rosquillas. Tras llenarse los bolsillos, devolvió la silla a su sitio y salió a toda prisa. Más tarde volvería a por la leche.

De camino al cuarto de la plancha, decidió ir a ver las figuritas del salón. Lucía le había echado una reprimenda el día que la pilló curioseando, pero ese día no estaba en casa. A decir verdad, parecía que no había nadie. Se metió una rosquilla en la boca y la mordisqueó mientras recorría el pasillo. Cuando llegó al salón, se acercó a la vitrina con ojos ávidos. Aquellas figuritas le fascinaban. Había angelotes, niñas con ramos de flores, cachorros, señoras de otra época tocando el arpa... Observó los cuidados detalles, el brillo satinado del esmaltado y los motivos pintados a mano. En su casa había una pastorcilla con una oveja que su madre había comprado en el mercadillo por unos céntimos, pero estaba desconchada y la pintura se había descolorido. Estrella engulló la rosquilla, se limpió las manos en el vestido, abrió el armarito y cogió un flautista recostado en el tronco de un árbol.

El alarido la pilló desprevenida. Asustada, la figurita se le escurrió de las manos, cayó al suelo y se rompió en varios pedazos.

—¡Serás desgraciada! —Doña Isabel salvó la distancia entre ellas y agarró a Estrella de la oreja. La zarandeó sin consideración—. ¡Muerta de hambre! ¡Zarrapastrosa! —le gritó.

Poseída por la rabia, alzó la mano. Se disponía a descargar toda su furia sobre aquel cuerpecito cuando una garra le aferró el brazo. Desconcertada, soltó a la pequeña, que corrió a refugiarse tras su madre.

—¡Malparida! Vuelva a ponerle a mi niña la mano encima y la arrastro a usted del pelo —gritó Remei.

Doña Isabel apretó los puños en los costados con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—¡¿Quién le manda a tu hija entrar en mi salón!? ¡Ni siquiera debería estar en esta casa! No tiene educación ni respeto por la propiedad ajena.

—¡Y usted no tiene derecho a castigarla! Si alguien tiene que hacerlo, soy yo.

—Fuera de esta casa, palurda —escupió doña Isabel.

—Ya nos vamos, descuide. ¡Ande y que le aguante otra sus humos!

Alertada por el intercambio de insultos, Fermina acudió a toda prisa. Desde el pasillo vio salir a la planchadora, que llevaba de la mano a su hija. Los sollozos de la pequeña se habían convertido en hipidos que a duras penas podía contener.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Mejor que se lo cuente la urraca esa. Nosotras nos vamos de esta casa.

—¿Cómo vas a mantener a tu hija si te quedas sin trabajo?

—Ya me las arreglaré. Me pondré a fregar escaleras hasta que encuentre algo mejor.

—Pero si eso se paga muy poco...

Remei abrazó a Fermina.

—Es usted una buena mujer. Le agradezco lo bien que se ha portado conmigo y con Estrella. Despídame de Melisa y de Lucía. No se merecen lo que tienen que aguantar. Hágame un favor, dé una voz por el barrio a ver si alguien necesita planchadora. La lagarta no me va a dar referencias, pero sabe usted que soy cumplidora como la que más.

—Quédate tranquila, hablaré con Benita. La mujer del portero seguro que sabe de alguna casa.

—Bueno, pues vaya usted con Dios.

Fermina negó con la cabeza y fue al encuentro de su señora. Encontró a doña Isabel arrodillada en el suelo, recogiendo los fragmentos de la porcelana.

Días después del golpe militar de 1936 salieron hacia Suiza y Francia varios centenares de obras de arte propiedad de Patrimonio Nacional y de coleccionistas particulares. Sobre el papel, el objetivo era salvarlas de los bombardeos y los robos. Acabada la Guerra Civil, los países que las custodiaban devolvieron las obras, aunque no todas, a sus legítimos propietarios. Ese mismo año 1941 sería también el del regreso de una obra expoliada un siglo antes, durante la guerra de la Independencia. Se trataba de la *Inmaculada Concepción de los Venerables*, un lienzo de Bartolomé Esteban Murillo, de suma importancia para el régimen franquista, que desde mediados del siglo XIX se había exhibido en el Louvre. El director del museo, Jacques Jaujard, recibió en París a tres delegados españoles

con los que había de negociar la entrega de las obras saqueadas. Se daba la circunstancia de que, tiempo atrás, en su afán por estrechar lazos con su homólogo alemán y conociendo la querencia de Hitler por la pintura realista del siglo XIX, el Caudillo había decidido regalarle un lienzo pintado por el Greco. Por las razones que fueran, el cuadro no llegó a salir de España, pero tampoco volvió al museo.

Don Arturo desconocía esta información. No así Erich.

Decidido a ultimar su plan, echó mano de sus contactos. Se reunió con el director del Museo del Prado y le propuso un trato: le revelaría el paradero del Greco supuestamente perdido a cambio de disponer durante unas horas de los lienzos que llegaban del Louvre. Para que el plan tuviera éxito, era esencial contar con las pinturas originales. Por eso había descartado la idea de que Isaac lo ayudase. Aunque el chico tenía talento, un ojo experto reconocería sus cuadros como meras reproducciones.

Eran cerca de las nueve cuando don Arturo subió al coche que Julián, siguiendo sus instrucciones, había aparcado esa tarde frente al portal. Poco habituado a conducir, puso el motor en marcha con torpeza y se dirigió a la chatarrería. Días atrás había adquirido en una galería cuatro lienzos de escaso valor y un peso que estimó sería similar al de los cuadros que permanecerían en el almacén de la aduana durante unas horas, según le había contado Melisa.

Cuando el vigilante del almacén inició su ronda por el edificio, don Arturo aprovechó para colarse. Tenía apenas diez minutos para localizar el contenedor, abrirlo y dar el cambiazo.

Se dio cuenta de que no podía sostener la linterna y al mismo tiempo transportar los cuadros, por lo que decidió apagarla y guiarse únicamente por la tenue luz que se filtraba a través de la única

ventana. Tras guardar la linterna en el bolsillo de la chaqueta, avanzó con su carga bajo el brazo mirando con cautela dónde pisaba. No quería arriesgarse a tropezar con alguna cuerda y armar un estropicio.

Enseguida localizó lo que buscaba.

Dejó los lienzos en el suelo y sacó del bolsillo unos alicates. Se arrepintió de no haber llevado una palanca. Miró a su alrededor, mas no vio nada cerca que le sirviera y no disponía de tiempo para ponerse a buscar. Por fortuna, la tapa del cajón se resistió menos de lo esperado. Apartó el embalaje y sacó uno de los lienzos. Aunque la falta de luz le impedía apreciarlo en toda su belleza, reconoció la silueta de una Virgen vestida de blanco con un manto azul rodeada de nubes y ángeles. Emitió un silbido de admiración. Al levantarlo, comprobó que el cuadro era un poco más grande y pesado de lo que imaginaba. Tendría que hacer dos viajes para transportarlos todos hasta el coche.

Acababa de sacar el último lienzo cuando se fijó en que en el fondo de la caja había unos papeles. Convencido de que sería una relación del contenido, encendió la linterna y los leyó por encima. «¡Qué demonios!», masculló desconcertado.

De repente, la luz del techo se encendió con un zumbido. Oyó pisadas de botas y gritos que lo conminaban a levantar las manos. Don Arturo dejó caer los documentos y volvió la cabeza alarmado.

Al ver las pistolas que le apuntaban, no opuso resistencia. Mortificado, solo fue capaz de pensar que había caído como un necio en la trampa de una criada.

Doña Isabel se miró en el espejo del tocador. Consternada, comprobó que la tensión de las últimas semanas le había pasado

factura. Tenía la piel macilenta y las patas de gallo eran más visibles. Además, se sentía muy cansada. Menos mal que no tendría que acudir a su trabajo en la Sección Femenina hasta el mes de septiembre. Se disponía a abrir el armario para elegir la ropa que se llevaría para su fin de semana en Llavaneras cuando Fermina entró en la habitación.

—¿Quiere que le prepare algo de cenar, señora? Se está haciendo tarde.

—No quiero nada. Lo ocurrido con la planchadora me ha disgustado. Qué mujer tan desagradable. ¿Han vuelto ya las chicas?

—No, señora.

—Ya pueden darse por despedidas las dos.

—Ay, señora. Tengo un mal presentimiento aquí —murmuró llevándose la mano al pecho. No llegó a expresarlo en voz alta porque en ese instante sonó el teléfono.

—Cógelo, si preguntan por mí, he salido. No tengo humor para hablar con nadie —dijo doña Isabel incorporándose—. ¿Qué pasa, Fermina? —preguntó al ver su rostro descompuesto.

La cocinera le tendió el auricular.

—Es de la Jefatura de Policía, señora. Preguntan por usted.

85

Agosto de 1941

A última hora de la tarde, densas nubes plomizas ennegrecieron el cielo y descargaron una tormenta de granizo. Melisa recorrió la casa para asegurarse de que ninguna ventana quedaba abierta antes de sentarse a la mesa para cenar con Erich, Simón e Isaac. Estaban solos. El último grupo de refugiados había partido aquella misma tarde.

—Por el momento mantendremos la casa vacía —comentó Erich mientras cenaban la tortilla que había preparado Melisa—. Es preferible no correr riesgos.

Simón dejó el tenedor en el plato y se limpió las comisuras con la servilleta. No dejaba de culparse a sí mismo por aquel arrebato de locura que había puesto a Erich en el punto de mira de la Gestapo. Las consecuencias estaban aún por ver.

—Helmann no ha podido hallar nada que me incrimine —siguió diciendo Erich—, pero ese malnacido se vengará de un modo u otro. Mientras tanto, muchos desgraciados sufrirán su ira.

Melisa apoyó una mano sobre la de Erich. Él la cubrió con la suya y le sonrió como si de ese modo pudiera infundirle una tranquilidad que no sentía.

—Nadie conoce la ubicación de esta casa. El único que podría habernos delatado era el doctor —señaló Simón—. Y no habló ni bajo tortura. Fue muy valiente —añadió contrito.

La granizada dejó paso a una lluvia persistente que repiqueteaba en los cristales. Melisa se levantó y abrió el ventanal. El aire húmedo entró acompañado del olor de la tierra mojada y de algo más: el eco de una voz ahogada por la lluvia. Volvió la cabeza hacia los hombres; la luz de la lámpara de queroseno arrojaba sus sombras contra las paredes.

—¿Lo habéis oído?

—Yo no he oído nada —dijo Simón.

—Yo tampoco —convino Isaac.

—Ahí fuera hay alguien —afirmó Melisa.

Erich los urgió a guardar silencio. Se puso en pie y se acercó al ventanal aguzando el oído. Sin decir palabra, cogió la pistola que ahora guardaba en un cajón del aparador y salió al jardín. Melisa fue tras él. La voz les llegó ahora con mayor nitidez:

—Melisaaa...

Al reconocer la voz, se aferró al brazo de Erich.

—¡Es el chófer de don Arturo! —exclamó mirándolo a través de la lluvia que se deslizaba por sus mejillas. Una sospecha cruzó su mente—. ¿Y si don Arturo no ha caído en la trampa?

—Enseguida lo sabremos. —Erich bajó la pistola y corrió hacia la verja. Cuando quitó la cadena de los barrotes, el portón cedió con un crujido.

—¡Julián! ¿Qué hace aquí? —le preguntó Melisa.

—Ha ocurrido algo terrible. —Ni siquiera la lluvia, que había arreciado, pudo acallar la angustia de su voz.

—Está empapado, vamos dentro —lo instó ella.

Mientras Erich volvía a colocar la cadena, guio al chófer al interior de la casa, le ofreció una silla y fue a buscar unas toallas. Erich dejó la pistola encima del aparador, no acababa de fiarse de aquel hombre.

—Y ahora cuéntenos lo que ha pasado —dijo tomando asiento frente a él.

Julián reparó en la presencia de otros dos hombres que lo observaban con recelo. Desvió la mirada hacia Erich y tragó saliva antes de hablar:

—Fermina me ha llamado hace un rato. Han detenido a don Arturo. —Le extrañó que Melisa no reaccionara a la noticia—. Se ve que lo han pillado intentando robar unos cuadros que pertenecen al Patrimonio Nacional. El sinvergüenza pretendía darles el cambiazo. Había falsificado la documentación a su nombre. Don Arturo es un hombre con muchos recursos, pero de esta no lo libra ningún santo.

—Pasará mucho tiempo en prisión —dijo Simón.

—Sí. Nadie roba al Estado y sale indemne —apostilló Julián mientras se secaba la cara y el cuello con la toalla.

—Se merece todo lo que le pase —murmuró Melisa.

—Pero antes se os llevará por delante —le advirtió el chófer—. Esta tarde he ido a su casa a entregarle las llaves del coche, me ha dicho que quería llevar a su mujer a cenar a un restaurante de la parte alta. Lo he oído hablando por teléfono con un tal Ernest sobre una orden de búsqueda y captura. Don Arturo ha dicho que Von Lechner por fin tendría su merecido. —Miró a Erich de soslayo y añadió—: Sabía que se refería a usted. Creo que quieren culparlo de algo grave.

Melisa agarró a Erich de la manga. Él la rodeó con los brazos para tranquilizarla.

—Pero usted no me conocía.

—Lucía mencionó su nombre de camino hacia aquí.

—¿Lucía ha estado aquí? ¿Cuándo?

—La traje hace unos días.

Melisa lo miró con la boca abierta. Se dejó caer en la silla contigua a la de Erich.

—¿Cómo sabía ella...?

—Creía que habíamos estado fuera de la ciudad por un asunto relacionado con don Arturo y cuando empezó a preguntarme, se me escapó que te había traído a casa de tu amigo. Lo siento, me pilló desprevenido. —Se apretó el puente de la nariz con los dedos—. No me dejó opción —continuó apesadumbrado—. Hace unas noches cometí un error: cogí el coche de don Arturo para llevar a mi mujer y a los chicos al pueblo. No sé cómo se enteró Lucía y me chantajeó. Dijo que si no la traía, le contaría al señor que utilizo su coche para asuntos personales.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará un par de semanas. No recuerdo el día exacto. Me pidió que al cabo de dos horas volviera a por ella, pero me retrasé y había anochecido cuando llegué.

De pronto, Melisa recordó la silueta que había visto junto a la verja. Estaba oscuro y no reconoció a Lucía. Se preguntó por qué su amiga no le había pedido explicaciones en aquel momento. A decir verdad, no había llegado a hacerlo tampoco en casa, aunque los últimos días se mostraba más agitada que de costumbre. Lamentó no haberle hecho partícipe de lo que sucedía en la casa-refugio. Antoñita, Matilde y la Patro lo sabían, su mejor amiga no. Pero Erich había insistido tanto en mantenerla al margen... Lucía tenía motivos para estar dolida.

—Le tengo aprecio a Melisa, por eso he venido a avisarle.

—Se lo agradezco —dijo Erich.

Simón intercambió una mirada preocupada con él.

—Pero aquí estás a salvo. Helmann desconoce la existencia de esta casa.

—Tarde o temprano me encontrará. Alguien ha debido de contarle lo que hacemos aquí o lo ha descubierto por sí mismo.

Julián se levantó y se dispuso a marcharse.

—Haga lo que crea conveniente, avisado está. Si alguien me pregunta, yo no sé nada. No quiero problemas.

—Le acompaño a la puerta —se ofreció Melisa—. ¿Cómo se ha tomado doña Isabel la detención de su marido? —le preguntó mientras salían.

Aunque había dejado de llover, el aire era húmedo.

—Está destrozada. Lo que es la vida. Con lo soberbia que ha sido siempre. Oye, Melisa, tendrías que volver a casa. Fermina está preocupada por ti.

—Esta noche la pasaré aquí. Dígale que estoy bien y que la veré mañana.

—Ten por seguro que doña Isabel no te despedirá. Con lo que le ha pasado a su marido, os necesita más que nunca.

—Que no espere compasión por mi parte.

El chófer asintió y emprendió el camino de regreso a Barcelona.

Ni Erich ni Melisa mencionaron la orden de búsqueda y captura mientras subían la escalera hacia el dormitorio. Ambos eran conscientes de que el tiempo se les escapaba entre los dedos.

Desnudos sobre la cama deshecha, Melisa se abrazó a él con todas sus fuerzas mientras trataba de alejar de su pensamiento el temor de que quizá no habría una próxima vez.

86

Agosto de 1941

En algún momento, Melisa se sumió en un estado de duermevela. Despertó cuando Erich la besó suavemente en el hombro. Al reparar en la maleta en una esquina de la habitación, se incorporó a toda prisa. Lo interpeló con la mirada.

—Tengo que irme.

—¿Adónde?

—A Lisboa.

—Voy contigo —dijo ella al tiempo que echaba mano de sus ropas.

Erich alargó el brazo para detenerla.

—No, Melisa. Es demasiado peligroso. Simón me acompañará. Su cabeza tiene un precio tan alto como el mío. —Rio con una confianza que no sentía—. En cuanto me instale, tendrás noticias mías. Además, Fermina y Lucía te estarán esperando.

—No quiero regresar a casa de los Llebrera. Iré solo para despedirme de Lucía, Fermina y Remei, y recoger mis cosas. No puedo perder el único recuerdo que me queda de mi padre.

Él le acarició la mejilla con los dedos.

—Te quiero, Melisa —dijo envolviéndola con la calidez de su mirada—. Te quiero —repitió—. Pase lo que pase, nunca lo olvides.

Ella le lanzó los brazos al cuello, reacia a dejarlo marchar.

—Si algo malo te ocurriera, no podría seguir adelante sin ti. No querría hacerlo.

—Puedes, y lo harás.

Tras romper el abrazo, Erich extendió la mano hacia la mesilla de noche y sacó unos documentos.

—Es un pasaporte falso a tu nombre y dos visados de viaje, para ti e Isaac. —Los agitó en el aire—. También son falsos, pero llevan el sello del consulado, así que nadie pondrá en duda su autenticidad. He incluido una autorización para viajar. Sé que las mujeres españolas no podéis desplazaros sin permiso del padre o del marido. En este caso, la firma de tu padre; nadie se molestará en comprobar si está vivo o muerto. —Le entregó la documentación—. Guárdala a buen recaudo.

—De acuerdo.

—Una cosa más. —Sacó tres sobres del cajón. Melisa vio que uno de ellos llevaba el nombre de una tal Conchita y unas señas. Fue el primero que le entregó—. Es la dirección del piso donde vivía antes. Dáselo a la criada de mi parte. No tardarán en desalojarla y no quiero que pase penurias. Es una buena chica.

—¿Y los otros sobres?

—Uno es para Isaac. Contiene dinero suficiente para comprar un billete a Lisboa y hacer frente a imprevistos. El otro es para ti. Además de dinero, encontrarás la dirección de un piso en la avenida de la Libertad. Si todo va bien, estaré esperándote allí.

—¿Si todo va bien? ¿Por qué hablas así? Eres diplomático, solo tienes que ir al aeropuerto y usar tus credenciales.

Le cogió las manos.

—Ojalá fuera tan sencillo. Recuerda lo que dijo el chófer de Llebrera: ya hay una orden que pesa sobre mí. Me detendrían en cuanto pusiera un pie allí. Viajaré en coche con un pasaporte falso.

—¿Y si llamas a Madrid? El embajador te ayudará. ¿No es amigo de tu familia?

—No quiero ponerlo en semejante brete. Ahora escúchame —dijo con una seriedad que la asustó—. Es importante. —Sacó una estilográfica del cajón y garabateó algo en el sobre—. Son las señas del piso de Simón aquí en Barcelona. Tiene pagado el alquiler de un año. Quédate allí hasta que contacte contigo. Si alguien te pregunta, di que eres una sobrina.

—No hablaré con nadie. La gente tiende a tomarse confianzas.

Simón dio unos golpecitos a la puerta.

—Lamento interrumpir. Erich, deberíamos marcharnos cuanto antes.

—Enseguida bajo.

Miró a Melisa con intensidad, dibujando en su mente todos los contornos de su rostro. Después la abrazó con fuerza y la besó una última vez, un beso amargo, con sabor a despedida. Cuando él se inclinó para coger la maleta, Melisa sintió que algo se le rompía por dentro. Bajó la escalera tras él, sufriendo con cada paso que daba porque lo alejaba un poco más. Simón e Isaac esperaban junto a la puerta. Los ojos se le llenaron de lágrimas nublándole la visión. Erich se las secó con el dorso de la mano y le brindó una sonrisa radiante. Hasta que volvieran a verse, quería que lo recordara alegre. Melisa volvió a abrazarlo. Luego se despidió de Simón con un beso en la mejilla.

—Cuídelo por mí —le susurró al oído.

Él asintió y salió para dejarlos unos minutos a solas. No quedaba nada por decir, tan solo repetir aquellas dos palabras que confortaban el alma. Esta vez no se besaron, conscientes de que, si lo hacían, no podrían separarse.

—Te quiero —murmuró ella.

Un dolor físico le atenazó el pecho cuando la verja se cerró tras los dos hombres. Se arrodilló en la tierra empapada por la lluvia, escondió la cabeza entre las manos y dejó que las lágrimas brotaran sin control.

Isaac se acercó despacio. Le rodeó los hombros y la ayudó a incorporarse. Regresaron en silencio a la casa. Una vez en el interior, Melisa se recompuso e instó al joven a prepararse mientras ella subía a toda prisa al dormitorio.

—¿A qué esperas para recoger tus cosas? —le preguntó cuando regresó al cabo de unos minutos—. Date prisa, nos vamos.

—¿Adónde?

—Tú, al piso de Simón. Mañana compraremos un billete para el próximo tren a Portugal. Desde allí podrás coger un barco hacia América del Sur o México.

—¿Vendrás conmigo?

Melisa negó con la cabeza.

—Entonces me quedaré contigo —dijo él.

—¡No! Es peligroso para ti —le recordó—. Yo soy española y católica, a mí nadie me cuestionará.

—Alemania está presionando a los países de Sudamérica para que no acojan a los judíos.

—Según Erich, no todos hacen caso. Además, no viajarás como refugiado judío. —Sacó un sobre del bolso y se lo entregó—. Aquí está tu nueva documentación y dinero. En Lisboa te será más fácil conseguir un visado de inmigración a México, Colombia o Brasil si tienes la nacionalidad española. Ahora debemos irnos. Subo al primer piso a cerrar las ventanas. Tú ocúpate de la planta baja.

—¿Cómo vamos a salir de aquí sin un vehículo?

Melisa se encogió de hombros.

—Caminando. Pronto amanecerá. Por el pueblo pasa un autobús que nos llevará a Barcelona. Esperaremos el tiempo que haga falta. Anda, date prisa, que... —Melisa se interrumpió—. ¿Qué ha sido eso?

Ambos aguzaron el oído. El ruido procedía del exterior.

87

2001

Durante todo aquel tiempo, desde que salieron a la luz los restos óseos, habían tenido la respuesta al alcance de la mano. La pista definitiva se la proporcionó a Mario la empleada del Registro de la Propiedad cuando por teléfono le sugirió que probara suerte en la notaría más veterana del municipio. Quizá conservaran en sus archivos alguna escritura antigua que, por algún motivo, no hubiera llegado a inscribirse. Nada perdía por intentarlo.

Nunca se le había pasado por la cabeza que la anciana de sonrisa afable y paso decidido, con la que había intercambiado saludos y comentarios triviales sobre el clima, y que se había interesado por lo que acontecía en su jardín, pudiera ser la persona que ha estado buscando.

La mujer de piel morena y cabello liso que les abre la puerta conoce a Mario de haberlo visto cuando acompaña a su señora en sus paseos. Antes de que él pueda abrir la boca, un gato de piel arrugada y cola larga y estrecha hace un intento de salir disparado hacia la calle. La presencia de los extraños lo desconcierta lo suficiente para que su fuga quede frustrada. Desde el interior les llega una voz femenina:

—¡Gladys! ¿Quién es?

—El señor de la casa de enfrente, señora.

—Hazlo pasar.

Mario y la inspectora siguen a la empleada hasta un espacioso salón decorado con gusto en el que se combinan muebles de líneas clásicas con tapicerías claras y livianas. Gladys se aproxima al sofá, da un empujoncito cariñoso al gato, que expresa con un maullido su disconformidad, y los invita a tomar asiento frente a la señora. Desde su cómoda butaca, esta los recibe con una cálida sonrisa sin dar muestras de sorpresa. Como si hubiera sabido que este momento tenía que llegar. Mario extiende la mano hacia ella.

—Hemos hablado alguna vez, pero no nos habíamos presentado. Soy Mario Rovira y ella es...

—Alicia Vega, una amiga de Mario —se adelanta la inspectora.

La anciana no intenta ocultar que la ha reconocido.

—Bienvenida. La he visto por el barrio. —Lanza a Mario una mirada de soslayo—. Deduzco que han descubierto los secretos que oculta La Mimosa.

—A decir verdad, esperamos que sea usted quien nos los desvele —responde la inspectora con cierta brusquedad.

Sin ser consciente, se ha dirigido a ella en el mismo tono que gasta en sus interrogatorios, pero la mujer, lejos de ofenderse, compone una sonrisa irónica. Está tentada de replicar que a los muertos hay que dejarlos en paz, hasta que repara en la expresión anhelante de Mario. Admira el tesón de ese joven que ha logrado llegar hasta ella y cambia de opinión.

—Señora, ¿por qué nunca me contó que la casa fue suya?

Sus cejas se elevan durante unos segundos, tiempo suficiente para que Mario advierta su perplejidad.

—Lo descubrimos por casualidad, tras la visita a una notaría. Preguntamos si en los años cuarenta se había redactado allí la escritura de alguna propiedad que hubiese quedado sin registrar —prosigue él con cautela—. El notario titular nos dijo que lamentaba

no poder ayudarnos, ya que los documentos con varias décadas de antigüedad se transfieren a los Archivos Notariales o al Archivo Histórico Provincial. Cuando nos íbamos, nos interceptó el padre del notario. Nos había estado escuchando y cuando mencionamos el nombre de la casa recordó que en los años cincuenta su bufete había llevado la reclamación de una propiedad confiscada: La Mimosa. El caso era peculiar, ya que fue una mujer quien se atrevió a enfrentarse al régimen franquista. Usted. Melisa Arranz.

—Era un buen abogado, valiente y honesto. Celebro que a estas alturas aún se acuerde de mí —apostilla ella impresionada.

—Fue una mujer audaz. En aquellos tiempos era muy difícil, por no decir imposible, recuperar una vivienda incautada. Las leyes estaban hechas para apropiarse de los bienes, no para devolverlos a su propietario.

Melisa se muestra de acuerdo con un leve movimiento de cabeza.

—A pesar de mi empeño, no conseguí nada. Las casas expoliadas se vendían con rapidez o se asignaban a una familia afín al Régimen.

Mario traga saliva. Según les contó el letrado jubilado, si la legítima dueña quisiera reclamarle la propiedad, podría hacerlo. Requeriría trámites complicados y costosos pero factibles. Ella lo tranquiliza al añadir que hace años perdió el interés en emprender un procedimiento legal.

—Los compradores eran personas de buena fe que desconocían los tejemanejes del franquismo. Solo quienes hemos sido sus víctimas sabemos de lo que fue capaz aquella gente. —Hace una pausa para recuperar el aliento—. No tenían derecho a arrebatarme La Mimosa. Era mi legado.

—Lo lamento.

Guardan silencio cuando Gladys se acerca con una bandeja y les ofrece café y té. Mario y la inspectora se inclinan por un café solo;

Melisa toma un té con media cucharada de azúcar, pero en cuanto la chica desaparece, añade dos cucharadas colmadas. Incapaz de esperar más, la inspectora aborda la cuestión que los ha llevado hasta allí. Se inclina hacia delante y deja la taza sobre la mesa de centro.

—¿Conocía usted a la persona que fue enterrada bajo el árbol?

Melisa ignora la pregunta y desvía la mirada hacia la ventana, desde donde se divisa parte del jardín de Mario.

—Es increíble la resistencia de esa mimosa. No es habitual. Por regla general, no viven más de treinta años, cincuenta como mucho. —Remueve la infusión con la cucharita antes de volverse hacia él—. Dicho sea de paso, me alegra ver que no ha derrumbado la casa para convertirla en uno de esos monstruos sin alma de acero y cristal.

—No se me ocurriría —asegura él levantando las manos.

—Mario quiere hacerle justicia moral a la víctima, devolverle su identidad —prosigue la inspectora para reconducir la conversación.

—Señora, necesito hacerle una pregunta importante: ¿esos restos pertenecen a Erich von Lechner? —pregunta él dejando a la mujer confundida y temblorosa.

Con esfuerzo, consigue sostener la taza sin derramar el contenido. Cierra los ojos mientras su mente vuela a otro tiempo, otro lugar.

88

Agosto de 1941

Los golpes sonaban cada vez más fuertes. Remisos a dar voz a sus pensamientos, miraron a través de la ventana y a Melisa le dio un vuelco el corazón. Había contado con disponer de un poco más de tiempo antes de que descubrieran la casa. De pronto, la verja se abrió de par en par y aparecieron dos coches de la Policía. Entre los hombres que se apearon, reconoció a Ernst Helmann. Isaac se palpó el bolsillo.

—Si encuentran los papeles falsos, estoy acabado —murmuró dirigiendo a Melisa una mirada nerviosa—. ¡Tenemos que escondernos! —la urgió.

—¿Dónde? ¡No tenemos tiempo!

Isaac la cogió de la mano.

—Le prometí a Erich que te cuidaría y es lo que voy a hacer —dijo al tiempo que la arrastraba hacia el sótano.

El aire húmedo se coló entre sus piernas provocándole un escalofrío. Era la primera vez que Melisa descendía a aquel sótano de techos bajos y paredes de piedra. La única fuente de luz era un ventanuco, pero aquella noche no había luna y se vieron obligados a avanzar a tientas. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, adivinó la silueta de una rudimentaria estantería repleta de botellas de cristal y latas de comida. En los últimos peldaños tropezó y tuvo que agarrarse a la barandilla para no caer de bruces. El lugar se le

antojó una ratonera. Allí no había donde ocultarse. En un movimiento ágil que la pilló por sorpresa, Isaac apartó los colchones apilados bajo la escalera y, ayudándose de una navaja, retiró un par de piedras dejando al descubierto en la pared una estrecha hendidura de poco más de metro y medio. Solo una observación minuciosa revelaría que aquellas piedras, en apariencia idénticas al resto, eran mucho más ligeras y manejables.

—Este escondite me lo enseñó Erich. Al parecer lo proyectó el primer propietario de la casa, por si se veía en apuros —le explicó Isaac señalando la pequeña cavidad—. Aunque pongan el sótano patas arriba, no te encontrarán.

Melisa contempló el agujero, presa del pánico. Apretó el bolso contra su pecho como haría un náufrago con un salvavidas.

—Yo... no puedo..., no puedo —balbuceó negando con la cabeza.

—¿Por qué no?

Isaac le puso una mano en el hombro e intentó calmarla.

—Melisa. No nos queda tiempo. Debes hacerlo. Por Erich —le rogó zarandeándola con suavidad para que entrara en razón. Miró tras él y señaló la estantería—. Justo detrás hay otro hueco, me esconderé ahí hasta que se vayan y vendré a por ti.

—Si entro ahí, moriré —musitó ella con un hilo de voz.

—Si no lo haces, nos matarán a los dos.

Haciendo un acopio de valor que no sentía, Melisa se agachó y se dejó conducir hasta el hueco. Era demasiado alta para aquel reducido espacio, por lo que tuvo que encoger las piernas y doblar la espalda.

—Muy bien, Melisa. Cierra los ojos, piensa en cosas bonitas y respira con calma. Te veo luego. —Isaac le dedicó un guiño cómplice, recolocó rápidamente las piedras y apiló los colchones contra la pared.

El ruido seco de las piedras al sellar el hueco impactó en su cabeza como la lápida de una sepultura. «Piensa en cosas bonitas», le había dicho Isaac. Melisa se esforzó en obedecerlo, pero el miedo es una emoción intensa que no atiende a razones. Sumida en la más completa oscuridad, sintió que le faltaba el aire y un fuego abrasador la quemaba por dentro. El corazón le latía tan deprisa que temió que de un momento a otro le estallara como un globo. Casi deseó que sucediera para terminar con aquella agonía. Quiso gritar, pero su garganta no producía sonido alguno. Su mente retrocedió a su niñez, a la mañana que fue a coger moras al monte y se cayó en una zanja. Tardaron un día entero en encontrarla. De aquella salió con vida, pero lo hizo cargando a su espalda una pesada losa: el terror a verse encerrada. «Piensa en cosas bonitas». Evocó el recuerdo de Erich, se visualizó recorriendo de su mano las calles lisboetas y aspiró el aroma de la libertad, cuya fragancia era más exquisita que el mejor de los perfumes.

Unas fuertes pisadas retumbaron en los peldaños de madera como truenos en una tormenta. Las voces la alertaron de que sus perseguidores habían llegado hasta el sótano. Pensó en Isaac y rezó para que hubiera tenido tiempo de esconderse. Las pisadas se hicieron más próximas, y contuvo el aliento convencida de que su respiración acelerada podía oírse a través de la piedra. Notó la acidez del sudor en la boca y se dio cuenta de que estaba empapada. Sentía las rodillas rígidas y doloridas, pero no podía hacer nada para aliviar el malestar. Clavó las uñas en la suave piel del bolso para no hacerlo en la suya propia. Cuando los ruidos cesaron a su alrededor, incapaz de soportar la angustia de estar sepultada por más tiempo, tanteó las piedras con las manos y empujó hasta dejarlas caer. Se arrastró por el suelo y aspiró aire con anhelo.

Cuando su respiración se sosegó, se masajeó las piernas hasta que la sangre volvió a circular. Al cabo de unos minutos logró ponerse en pie. Solo entonces advirtió que las botellas y las latas seguían en su sitio. Isaac le había mentido. Detrás de la estantería no había oquedad alguna en la que ocultarse. Trató de convencerse a sí misma de que habría encontrado un escondrijo mejor. Con ese pensamiento, agarró la barandilla con firmeza y subió los primeros peldaños. Cuando iba a girar el picaporte, le llegaron unas voces. Contuvo el aliento hasta que se alejaron. De pronto, oyó un disparo.

Cayó al suelo como una marioneta a la que han cortado los hilos.

89

Agosto de 1941

Resignada a su destino, Melisa esperó en la oscuridad a que la Gestapo la encontrara. La muerte no le daba miedo. Sería rápida. Acabarían con ella como habían hecho con Isaac. De un disparo certero. Solo le afligía la incertidumbre de no saber si Erich habría logrado escapar. Al cabo de unos minutos de tensa espera, sin percibir más ruidos que los latidos de su corazón, se puso en pie y giró el picaporte. Salió al pasillo, tenuemente iluminado por la luz brumosa del amanecer. Cuando llegó al recibidor, oyó los vehículos alejándose. Corrió al jardín. Isaac yacía junto al muro con un brazo extendido y el otro doblado sobre su pecho cubierto de sangre. Se arrodilló junto a él con la esperanza de que todavía respirase.

—Isaac, no me dejes tú también —susurró aun sabiendo que los únicos que podían oírla eran los mirlos y los gorriones que saludaban al nuevo día con sus trinos.

Le acarició el pelo encrespado y pensó, rota de dolor, que la maldad humana no conocía límites. Aquellos hombres habían dejado a Isaac abandonado para que fuera pasto de las alimañas, pero ella no lo permitiría. Le daría una sepultura digna, y ningún lugar le pareció mejor que aquel árbol del jardín que extendía su follaje verde y delicado hacia la tierra. Miró en derredor en busca de algo para cavar. Como no encontró nada, utilizó un cazo de la cocina. Durante horas cavó embriagada por el penetrante olor a tierra

mojada, hasta que la fosa fue lo bastante profunda para acoger el cuerpo. Melisa desconocía si Isaac era religioso. Nunca lo había visto orar como lo hacía Simón, pero creyó que debía rezar una plegaria por su alma.

Cruzó las manos y musitó un avemaría.

Le pareció que había transcurrido una eternidad cuando alcanzó la plaza de Cataluña. Temerosa de que Ernst Helmann regresara a la casa-refugio persiguiendo el rastro de Erich, apenas enterró a Isaac se marchó a toda prisa sin detenerse a limpiarse el barro de la ropa y del cuerpo. Tampoco intentó averiguar si había algún autobús que pudiera llevarla de vuelta a la ciudad. Sacó del bolso las señas del antiguo piso de Erich y se dirigió andando hacia allí.

Conchita observó de arriba abajo a la desconocida. Le extrañó que hubiera conseguido esquivar la férrea vigilancia del portero, más aún teniendo en cuenta su desastrado aspecto. Confiaba en que no tuviera intención de pedir limosna, porque, si se trataba de eso, había llamado a la puerta equivocada.

—¿Qué se te ofrece? —le preguntó recelosa.

—¿Te llamas Conchita? —preguntó a su vez Melisa. Cuando vio que asentía, prosiguió—: Vengo de parte de Erich von Lechner.

Como si hubiera oído las palabras mágicas, la criada se hizo a un lado para que entrara y cerró la puerta.

—¿Sabes algo del señor Erich? Hace días que no viene por aquí. El portero le ha dicho al administrador de la finca que ya no vive en el piso y me da que de un momento a otro me echará a la calle —dijo con una mueca de disgusto—. ¿Te ha dicho si va a regresar ahora que la bruja de su mujer ha pasado a mejor vida?

—No volverá —respondió Melisa sin entrar en detalles. Aunque Erich la consideraba buena chica, prefirió no confiarse.

Una arruga de preocupación se instaló en la frente de Conchita.

—¡Me cago en...! No me va a quedar otra que buscarme la vida, ¡otra vez! ¡Maldita nazi y maldito el día que pisó esta casa! —exclamó furiosa—. Todo se torció a partir de entonces. ¿Tú llegaste a conocerla?

—Vagamente.

—Pues mejor. Anda, acompáñame a la cocina, estaba haciendo la comida.

Melisa la siguió con pasos inseguros. Frente a la puerta había una consola de madera flanqueada por dos sillas tapizadas en rojo y un espejo barroco revestido de pan de oro. Al ver su reflejo en el cristal, entendió las miradas de curiosidad que le habían dirigido los transeúntes con los que se cruzó de camino al piso. Apartó los ojos del espejo.

—No puedo quedarme mucho. Solo he venido a traerte esto de parte de Erich. —Sacó el sobre del bolso y se lo entregó.

Conchita revisó su contenido. Los ojos le hicieron chiribitas.

—¡Ahí va! ¡No había visto tantos billetes juntos en mi vida! —exclamó. Miró a Melisa incrédula—. ¿Y dices que todo esto es para mí?

—Erich quería agradecerte lo que hiciste por él.

Conchita encogió sus anchos hombros.

—¡Bah! Si yo no hice nada.

—Salvaste la vida de un buen amigo suyo.

—Don Erich no se merecía a esa víbora —bufó—. ¿Tienes hambre?

—La verdad es que no —dijo pese a que no había comido nada desde la noche anterior.

—No tengo gran cosa. Desde que me quedé sola, he tenido que echar mano de mi cartilla de racionamiento y todo está muy caro, pero puedo ofrecerte patatas cocidas con tocino y pimentón. Es lo que iba a almorzar yo.

—Te lo agradezco, pero tengo que marcharme.

—Como decía mi difunta abuela, que espero esté haciéndole compañía a la Dagmar esa en el infierno, nunca rechaces un plato de comida. Además, no puedes ir por ahí con esa pinta. Parece que hayas estado revolcándote en un lodazal. Ven, que te enseño dónde está el baño.

Melisa la siguió por el pasillo mientras Conchita parloteaba:

—Yo me aseaba en una palangana, y el día que no estaba la mala pécora aprovechaba para ducharme. —Abrió una puerta y le indicó que pasara—. La toalla está limpia. Quítate la ropa y te la lavo. Con el sol que hace, en un rato se seca. Parece mentira, ¿eh?, con el diluvio que cayó ayer.

Melisa se metió en la ducha y dejó que el agua arrastrara el lodo de su piel y la sangre de Isaac. Deseó poder hacer lo mismo con los malos recuerdos.

El vestido que le prestó Conchita le quedaba holgado y dejaba al descubierto sus rodillas. Apenas logró probar bocado, la tristeza le había cerrado el estómago.

—¿Qué harás ahora? —le preguntó a Conchita para apartar de su mente el recuerdo de Isaac.

—Gracias al señor Erich tengo opciones, y no pienso volver a servir. Igual pongo una tienda de fiambres. Me gusta hablar con la gente.

—Me parece buena idea, así serás dueña de tu destino. ¿Crees que mi ropa estará seca?

No quería dilatar más el momento de volver a casa de los Llebrera para recoger sus cosas y despedirse de Fermina. Hablaría con Lucía y le propondría que se instalara con ella en el piso de Simón hasta que decidiera qué hacer con su embarazo. Mientras esperaba a que Conchita le llevara su ropa, se quedó traspuesta.

—¿Te puedo hacer una pregunta? Lo llevo pensando desde que has aparecido —le dijo Conchita arrancándola del ligero sueño en que se había sumido—. Eres la chica que está con don Erich, ¿verdad? Tienes que hacerle muy feliz porque él se lo merece. Es la única persona que me ha tratado con respeto en toda mi cochina vida.

Melisa sintió una punzada de nostalgia en el corazón. Apenas hacía unas horas que se había despedido de Erich y ya lo echaba de menos con toda su alma.

—Otra cosa más —prosiguió Conchita—. Si don Erich no piensa volver al piso, ¿qué va a pasar con todas las cosas de su mujer?

—No lo sé. Entrégaselas a alguien del consulado. Ellos sabrán qué hacer.

—Supongo que sí.

—Me ha alegrado conocerte, pero debo irme —advirtió Melisa.

—Lo mismo digo.

Ambas criadas se fundieron en un cálido abrazo de despedida.

Una hora después, cuando Melisa llamó a la puerta de los Llebrera, la recibió Fermina y el familiar olor de los habanos de don Arturo. Aunque él ya no estaba, parecía haber dejado una huella indeleble en el ambiente. El rostro descompuesto de la cocinera y las profundas bolsas bajo sus ojos evidenciaban que aquel no era un día normal.

—Fermina..., ¿qué le ocurre?

La mujer rompió a llorar.

—¿Es por lo de don Arturo?

Fermina negó con la cabeza y se lanzó a los brazos de Melisa.

—No... —titubeó—, es Lucía. Ay, Melisa, ¡qué desgracia! —atinó a decir entre sollozos.

—Pero ¿qué ha pasado? Fermina, no me asuste.

Y de pronto lo leyó en sus ojos, enrojecidos y hundidos. Jamás volvería a verla.

—Ha muerto.

Con voz entrecortada, le contó lo sucedido. Le habló de unos jóvenes, fueron ellos quienes encontraron el cuerpo que yacía, en un estado deplorable, bajo el puente de Vallcarca. Al parecer, según les explicó la Policía, se había lanzado al vacío.

—Lucía no pudo..., ella estaba... —Melisa negó con la cabeza. No podía descubrir su embarazo—. No importa —se corrigió—; ¿y cómo supieron a quién avisar?

—Esta es la dirección que constaba en su cédula.

Cada palabra, cada detalle, se hundía en su corazón ya maltrecho.

—Nos pidieron ir a la morgue, la del hospital de San Pablo, a reconocer el cadáver —prosiguió la cocinera—. Doña Isabel se negó, así que fui con la mujer de Rogelio. —Hizo una pausa y continuó con dolor—: Estaba destrozadita, Melisa. ¿Tan desesperada estaba? No tenía motivos...

—Sabe que eso no es cierto.

Fermina acusó el golpe. Tenía razón, pero ¿qué podría haber hecho ella? Nada, porque siempre eligió mirar hacia otro lado si eso garantizaba mantener su puesto.

Melisa, en cambio, cerró los ojos y se sumió en el recuerdo de una vida compartida. Oyó el eco lejano de su risa, sus confidencias al calor de la lumbre las tardes de invierno; momentos que la iban a acompañar mientras viviera. Y aunque no lo pronunció en voz alta, no creyó, ni por un instante, que Lucía se hubiera suicidado.

Si había un responsable de su muerte, era Arturo Llebrera.

90

Agosto-septiembre de 1941

Pocos días después del entierro de Lucía —costeado, para sorpresa de todos, por doña Isabel—, Melisa abandonó la casa de los Llebrera. Era incapaz de lidiar con la oscuridad que la envolvía, la maldad que emanaba de cada rincón. Fermina asumió con tristeza su marcha. Tras la muerte de Lucía y la detención de don Arturo, la cocinera se había convertido en una sombra de sí misma. Con la sensibilidad a flor de piel, rompía a llorar por cualquier nimiedad mientras lamentaba la mala suerte que se había cernido sobre ellas. En cuanto a doña Isabel, parecía haber envejecido diez años. Para no dar pábulo a los chismorreos, se encerró en sí misma y dejó de recibir a sus amistades, incluso a aquellas a quienes consideraba más íntimas.

Melisa se instaló en el piso de Simón. Evitaba a los vecinos cuanto podía, y a los pocos que se interesaron por ella les respondió que era una sobrina del señor Izarra de visita en la ciudad. Solo salía de casa para hacer la compra y dar largos paseos que la ayudaban a mitigar la inquietud ante la falta de noticias de Erich. Los primeros días no se preocupó; suponía que, tras su llegada a la capital portuguesa, necesitaría un tiempo para instalarse. Transcurridas dos semanas sin recibir ni una carta ni un telegrama, empezó a temer que se hubieran extraviado. Cada mañana se levantaba con la esperanza de que ese día el portero llamaría a su puerta para

entregarle el ansiado correo, pero sus expectativas se truncaban en cuanto el hombre pasaba de largo. Entonces bajaba ella misma a la portería a preguntar. Dejó de hacerlo cuando el conserje, intrigado, le sugirió que si tan importante era el sobre que esperaba, debería reclamar en la oficina de Correos y Telégrafos. Quizá lo hubieran devuelto al remitente por algún motivo.

Pensó en mandarle un telegrama, pero el miedo a que la Policía lo interceptara la hizo desistir. Conforme pasaban las semanas, la ansiedad se apoderó de ella. Hasta que una mañana tomó una decisión: si las noticias no llegaban hasta ella, iría en su busca.

Deseosa de viajar lo antes posible, se dirigió a la estación de Francia para comprar el billete. En la taquilla, un empleado con la voz monótona de quien está acostumbrado a repetir lo mismo muchas veces, la informó de que no existía tren directo de Barcelona a Lisboa. Debería desplazarse hasta la capital y una vez allí enlazar con el expreso que efectuaba el trayecto Madrid-Badajoz-Lisboa. Le advirtió que este tren no partía de la estación de Atocha, sino de Delicias, aunque el tramo era corto y podía hacerlo en veinte minutos a paso ligero. En cuanto a los precios, le dio a elegir entre el tren «de lujo», que efectuaba el recorrido hasta la capital española en catorce horas, o el modesto tren correo, que iba haciendo paradas para recoger y dejar las sacas en las diferentes estaciones, y tardaba unas diecinueve horas. Con el dinero que le había dado Erich antes de marcharse, pagó por un compartimento de primera clase en los dos trenes. Si tenía que pasar más de veinticuatro horas viajando, al menos lo haría con relativa comodidad.

Pronto descubrió que no existían grandes diferencias entre el vagón de tercera clase en el que había viajado meses antes de Burgos a Barcelona, y el que ocupaba ahora. El único lujo consistía

en un asiento tapizado y descolorido y la posibilidad de almorzar en el vagón restaurante, cuyo menú, como pudo comprobar, era escaso y de baja calidad.

La situación de penuria y falta de suministros que había provocado la Guerra Civil y empeorado la contienda mundial impedía el buen mantenimiento de las vías y la reparación de los raíles deteriorados, por lo que fue un viaje incómodo, lento y plagado de retrasos. No obstante, cuando se apeó del tren en Madrid, y pese a que solo había recorrido la mitad de su viaje, se repitió a sí misma que a cada minuto que pasaba se encontraba más cerca de Erich. Dado que tenía todo un día por delante hasta la salida de su tren a Lisboa, se hospedó en una pensión cercana a Atocha que le recomendaron. Tras eliminar el olor a humo de su piel y de su ropa, se metió en la cama agotada. Le hubiera gustado visitar el Museo del Prado, pero estaba tan inquieta que se sabía incapaz de disfrutarlo.

Al día siguiente se dirigió a la estación de Delicias con tanta antelación que tuvo que esperar casi cinco horas. Finalmente, tras más de veinte horas de viaje, llegó a la estación de Rossio, en el centro mismo de Lisboa.

Las señas que le había dado Erich correspondían a un edificio ubicado en una larga y elegante avenida arbolada, con fuentes y espacios ajardinados. En su prisa por ir a su encuentro, apenas se fijó en el pavimento de piedras irregulares blancas y negras que componían originales motivos abstractos. Un portero uniformado frenó su decidida entrada en el portal del inmueble con un portugués tan cerrado que Melisa no entendió nada. Ella le dijo que el señor Erich von Lechner la esperaba. Para que no hubiera lugar a duda, repitió el nombre dos veces.

El gesto de extrañeza del portero la alertó. Sintió que el corazón se le encogía de miedo. Había creído que la mención de Erich bastaría para que el hombre le franqueara el paso y ahora resultaba que no lo conocía. Trató de pensar con rapidez. Era posible que hubiera alquilado el piso bajo la identidad falsa con que habían hecho el viaje, pero ¿cuál era? Sacó las señas del bolso y se las mostró al conserje, que las miró por encima.

—*O senhor Izarra mora no terceiro andar!* —respondió para desconcierto de Melisa.

Le llevó un rato comprender que en el tercer piso residía un caballero llamado Izarra. Esperanzada, supuso que Erich y Simón estaban juntos. Quiso confirmarlo con el portero, pero este lanzó una perorata que la confundió aún más. Por fortuna, un vecino que salía en ese momento del ascensor la oyó expresarse en español y se ofreció a hacer de traductor. Gracias a él descubrió que el señor Izarra había aparecido solo en Lisboa semanas atrás. Cuando Melisa quiso subir al piso, el conserje la informó de que, por desgracia, el señor Izarra había sufrido un grave accidente. Por lo que sabía, se hallaba ingresado en el hospital de San José. Lamentaba no poder darle más detalles. Melisa miró a ambos hombres aturdida. Sintió un zumbido en los oídos y todo empezó a dar vueltas a su alrededor. Tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Sí, solo ha sido un mareo debido a la impresión. —Respiró hondo para vencer las náuseas—. ¿Hospital de San José, ha dicho? ¿Queda muy lejos?

El solícito vecino le indicó que le llevaría unos minutos andando, si bien, dada su indisposición, le recomendaba coger un taxi. Melisa le agradeció el interés y su ayuda. De camino, la asaltaron los pensamientos más funestos. Simón y Erich habían partido juntos

desde Barcelona, pero solo el primero había logrado llegar a la capital portuguesa. ¿Y si a Erich lo habían detenido en la frontera? ¿Y si lo habían matado? Sacudió la cabeza para alejar tal posibilidad, pero no pudo evitar que se le formara un nudo en la garganta. Nunca se había sentido tan desamparada. Se hallaba en un país extranjero, rodeada de personas que hablaban una lengua que no era la suya. Había tenido suerte con el vecino del inmueble, pero quién sabe si encontraría a otra persona con la que poder comunicarse. Necesitaba averiguar qué le había ocurrido a Simón, su única conexión con Erich y el único que podría transformar su inquietud en certezas. Había sufrido demasiadas pérdidas en su vida. No podía perder también al hombre que amaba.

Como en muchos edificios construidos siglos atrás, el paso del tiempo había dejado huella en su arquitectura, y el complejo hospitalario aunaba elementos barrocos y clásicos con líneas rectas y funcionales. Melisa subió los peldaños que conducían a la puerta principal con el corazón acelerado por la angustia. En la recepción, una enfermera le indicó el número de la habitación de Simón Izarra. Tras perderse en los interminables pasillos, llamó con los nudillos a una puerta y, sin esperar respuesta, entró en una sala amplia, de techos altos y paredes pintadas de blanco. El olor a lejía y antisépticos le provocó un nuevo acceso de náuseas, pero se obligó a recomponerse. Recorrió una a una la decena de camas ubicadas a derecha e izquierda, atisbando entre las cortinas que las separaban. Al no encontrar a Simón, supuso que no había entendido bien el número de habitación y volvió sobre sus pasos. La enfermera la miró con simpatía y se brindó a acompañarla.

Esta vez Melisa no llamó a la puerta. La abrió sin más.

Solo había dos camas, separadas por un biombo de tres cuerpos y una silla para las visitas. La cama más próxima a la puerta estaba

recién hecha, pero no parecía ocupada. Avanzó hacia la otra, dispuesta a enfrentarse a la verdad. Aceptaría cualquier cosa que le contase Simón, por dolorosa que le resultara, como había hecho siempre que la desgracia se había cebado en ella.

—Simón... —dijo en voz alta cuando llegó a los pies de la cama.

Entonces la maleta se escurrió de sus manos y cayó al suelo con un ruido sordo.

91

2001

Mario y Alicia han escuchado el relato sin interrumpir a la anciana ni una sola vez. A ambos los ha conmovido una historia que no se apoya en un guion sino en la vida misma. La inspectora está a punto de mencionarlo cuando Melisa se le adelanta.

—Antes me ha preguntado si los restos eran de Erich von Lechner —dice fijando en Mario unas pupilas a las que la vejez ha conferido una pátina acuosa—. ¿Cómo ha llegado a semejante conclusión?

—El abogado al que contrató conservaba muchos expedientes de los casos en los que había trabajado. Nos invitó a acompañarlo a su casa y nos permitió ver el de usted. En los papeles figuraba su nombre, Melisa Arranz, y el de la persona que le legó La Mimosa: Erich von Lechner.

—Es cierto —reconoce—. Erich hizo testamento cuando la Gestapo estrechó el cerco sobre él. Yo no sabía nada. Continúe.

Mario traga saliva.

—Bueno..., tras la Segunda Guerra Mundial se persiguió a los nazis para que pagaran por sus crímenes. Muchos eludieron la acción de la Justicia instalándose aquí. —Carraspea. Teme que ella considere que ha cruzado un límite y los eche de su casa sin contemplaciones—. Deduje que Von Lechner podría haber sido víctima de un ajuste de cuentas, pero después de contarnos que

estaba en el punto de mira de la Gestapo, me doy cuenta de que mi suposición era errónea.

—No lo entiendo —interviene Alicia antes de que Melisa pueda reaccionar—. Von Lechner era nazi. ¿Por qué lo perseguirían los suyos?

—Erich era un buen alemán al que los suyos acusaron de traición. Convirtió La Mimosa en un refugio para los que huían de la persecución. Quien acabó enterrado bajo la mimosa fue un muchacho que sucumbió víctima de unas circunstancias y un régimen crueles. —Melisa exhala un hondo suspiro al recordar el sacrificio de su amigo—. Estoy de acuerdo con usted, es hora de darle una identidad. Se llamaba Isaac Hazan. Se sacrificó para salvarme la vida.

—¿Por qué no lo contó antes? —se extraña la inspectora—. Entiendo que lo mantuviera en silencio durante la dictadura, pero al llegar la Transición pudo haber ido a la Policía.

Melisa se yergue como si le hubiera picado una avispa.

—Habría tenido que dar demasiadas explicaciones. No haga que me arrepienta de estar dándoselas a usted —le espeta en un tono que no deja lugar a réplica.

—Señora Arranz, ¿qué le contó Simón Izarra en el hospital? —pregunta Mario para suavizar la tensión.

La anciana cruza las manos en su regazo y dibuja una leve sonrisa.

—Prefiero que me llame Melisa.

92

Septiembre de 1941

Cuando vio a Erich sobre la cama, la embargó una sensación de alivio. Después, al acercarse a él, reparó en su cabeza vendada, el yeso en una pierna y el resto de las magulladuras que cubrían el rostro y parte del cuerpo. Fue inevitable llorar, y no solo por el estado en que lo había encontrado, sino también por la tensión acumulada de las últimas semanas. Melisa le cogió la mano y le habló con ternura:

—Soy yo, amor, estoy aquí, contigo.

Erich trató de abrir los ojos. Tenía los párpados tan inflamados que lo consiguió a duras penas. La imagen que le regalaban sus pupilas era un borrón, pero aquella voz resultaba inconfundible. La hubiera reconocido entre un millón.

—Melisa..., has venido.

Ella asintió secándose las lágrimas con el dorso de la mano. El nudo de emoción que se le había formado en la garganta le impedía hablar.

—Yo... me alegro tanto de verte... —prosiguió él.

Melisa depositó un suave beso en sus labios, que se curvaron en una sonrisa.

—Siento no poder ofrecerte mi mejor aspecto —dijo con voz ronca.

—Estás vivo. Es lo único que me importa. —Le acarició la mejilla con sumo cuidado por temor a causarle dolor—. Estas semanas sin saber de ti..., se me pasaron por la cabeza toda clase de infortunios. Temía que no hubierais podido cruzar la frontera, que os hubieran detenido, incluso llegué a pensar que te habrían disparado...

—No era mi intención hacerte pasar por esto.

Erich cerró los ojos y volvió a abrirlos como si quisiera cerciorarse de que la presencia de Melisa a su lado era real.

—¿Cómo me has encontrado? ¿Has ido al piso? —preguntó curioso.

—Así es, directa desde la estación. He indagado, pero me han dicho que allí solo vivía Simón. —Se interrumpió al ver que Erich desviaba la mirada para clavarla en el techo—. Me han asegurado que lo encontraría en este hospital. Pero aquí solo estás tú. —Movió la cabeza de un lado a otro—. ¿Dónde...?

Erich tragó saliva.

—Simón ha muerto —declaró con un susurro.

Melisa ahogó un sollozo. Tras la muerte de Lucía, había creído que su corazón no podría albergar más dolor. Qué equivocada estaba.

—Oh, Erich... —musitó con los ojos velados por las lágrimas. No había palabras que expresaran lo mucho que sentía su pérdida.

Erich le explicó que nunca llegó a cruzar la frontera. Minutos antes de llegar al control, Simón detuvo el coche y le ordenó que saliera. Debió de suponer que la Gestapo lo estaría esperando. Ante su negativa a apearse, Simón sacó una pistola de debajo del asiento y lo apuntó con ella. No lo creía capaz de dispararle, pero vio tal firmeza en sus ojos que acabó por ceder. Ahora no podía perdonárselo.

—Me ordenó que me llevara su equipaje y dejara el mío en el coche —continuó Erich—. Luego me miró una última vez y dijo que se sentía feliz, por fin iba a reunirse con su familia. Apenas me alejé unos metros, se lanzó a toda velocidad contra el puesto fronterizo. Lo acribillaron a tiros, Melisa, y una de las balas impactó en el depósito de gasolina. El coche ardió de inmediato.

—¿Y cómo acabaste así y en este hospital?

Erich volvió a cerrar los ojos para ordenar sus recuerdos.

—Estaba paralizado, viendo cómo a mi amigo lo consumían las llamas. Uno de los guardias reparó en mí y dio aviso a los demás. Hui campo a través mientras sus gritos retumbaban en mi cabeza. No podía permitir que me entregasen a la Gestapo, si no, ¿de qué hubiera servido el sacrificio de Simón? —Erich se detuvo, la voz se le quebraba—. Si lograba cruzar a Portugal, estaría a salvo. Lo conseguí, pero di con un sendero estrecho y pedregoso. Había llovido, el terreno estaba resbaladizo y caí por un terraplén. Lo último que recuerdo es un dolor lacerante en la pierna y un fuerte golpe en la cabeza. —Con la mano izquierda se tocó las vendas—. Unos campesinos me encontraron y me subieron a su furgoneta. Hicieron lo que pudieron por ayudarme, pero mis heridas eran demasiado graves, así que me dejaron a las puertas del hospital. Sé que un auxiliar informó en mi edificio sobre mi estado. Desde entonces supe que darías conmigo.

Melisa sonrió con cariño.

—¿No temes que te persigan de nuevo?

Erich negó con la cabeza.

—Ahora me llamo Simón Izarra. A Erich von Lechner lo asesinaron en la frontera.

Ella enarcó una ceja.

—Viajábamos con documentación falsa, pero sospecho que Simón se hizo con mis papeles auténticos —explicó Erich—. Su propósito desde que partimos de Barcelona fue hacerse pasar por mí y que creyeran que era yo quien conducía el coche.

—Entonces..., si la Gestapo te da por muerto, Helmann no te perseguirá. Estás a salvo en un país neutral. Nada te impide recuperar tu identidad.

Erich trató de incorporarse, pero el dolor se lo impidió. Cuando recobró el aliento, descartó tal posibilidad.

—Helmann tiene ojos y oídos en todas partes. En cuanto empezara a moverme con mi nombre, vendría a buscarme. Su cruzada contra mí no es solo por mi implicación con los judíos, también es una cuestión personal. Por otra parte, Simón me regaló una vida y voy a honrar su memoria. Un nombre es solo eso, Melisa, seguiré siendo la misma persona de la que te enamoraste. Te lo prometo.

Melisa lo besó en la mejilla.

—Me da igual cómo te llames, pero... tu familia..., tu madre creerá que has muerto.

—En su momento hallaré la forma de explicárselo.

Melisa apoyó la cabeza en su pecho y le rodeó la cintura con el brazo. Sonrió al sentir la mano de él acariciándole el pelo, que olía al humo de la locomotora. Las largas horas de viaje empezaban a pasarle factura y los ojos se le cerraban de puro agotamiento. Se incorporó para no quedarse dormida.

—¿Cuándo te darán el alta?

—Me temo que aún tardarán. Estarás cansada.

—Estoy bien —respondió.

—Deberías ir a casa, a descansar.

—No pienso moverme de aquí.

Permanecieron callados, absortos el uno en el otro. Ya habría tiempo para hablar de Isaac, de Lucía, de los que quedaron atrás. Ahora Melisa solo podía pensar en que estaban juntos y estaban vivos.

93

2001

—Cuando Erich abandonó el hospital, nos instalamos en el piso de la avenida de la Libertad. El día que encontró trabajo como director de una imprenta lo celebramos en un restaurante. Nos casamos un mes más tarde.

—No sabe cuánto la envidio, Melisa. Pocas personas tienen la oportunidad de vivir un amor tan profundo —comenta la inspectora emocionada.

—He sido muy afortunada en la vida, tanto en el amor como en la amistad. Por eso lamenté la ausencia de mis amigas en un día tan importante para mí. Nada me habría gustado más que tener a Antoñita, a Matilde y a la Patro a mi lado. Pero a quien más extrañé fue a Lucía. Mi querida hermana. —Lanza un hondo suspiro—. De adolescentes habíamos fantaseado tantas veces con nuestra futura boda y nuestros maridos... —Se limpia con los dedos una lágrima furtiva—. Disculpen, no era mi intención ponerme nostálgica. A pesar de todo, fue un día feliz. Agridulce, pero feliz.

—¿Dónde está ahora su marido? —pregunta la inspectora.

—Por desgracia falleció hace ocho años.

—Lo siento.

—Yo también. No hay día que no lo eche de menos.

—¿Y qué pasó con la familia de Erich? ¿Llegó a saber que estaba vivo?

—Poco después de acabar la guerra, viajamos a Berlín. De manera milagrosa, la casa donde vivía mi suegra había sobrevivido a las bombas y al paso del Ejército soviético. Pobre mujer, casi le dio un infarto al ver a su hijo. —Su rostro se contrae en una mueca de amargura—. Aquellos criminales le habían enviado un telegrama comunicándole su muerte. No ahorraron epítetos a la hora de describir su traición al Tercer Reich. —Al recordar a la madre de Erich, suaviza el gesto—. Nos gustamos mutuamente, aunque ninguna entendía a la otra. El año que murió Franco, Erich y yo decidimos regresar a Barcelona. Fuimos felices en Lisboa, pero echábamos de menos la ciudad en la que nos enamoramos.

Mario, que ha permanecido callado, decide preguntarle si finalmente su marido decidió recuperar su nombre, y Melisa niega con la cabeza.

—Fue Simón Izarra hasta el final. Solo para mí y mis queridas amigas continuó siendo Erich von Lechner.

Cuando el nombre de los Llebrera sale a relucir, les cuenta que en una de sus visitas a Barcelona para tratar de recuperar La Mimosa, decidió acercarse a la casa de la Rambla de Cataluña para saludar a Fermina. Rogelio, el portero, ya se había jubilado, pero una vecina le explicó que don Arturo había sido condenado a siete años de prisión por robo de arte y patrimonio histórico. Tras ser puesto en libertad, se había marchado con doña Isabel y Fermina a Comillas. Se habían convertido en unos apestados y la buena sociedad barcelonesa ya no los recibía. Conociendo al matrimonio, suponía que debió de ser un duro golpe.

—Lo mejor de volver a España fue recuperar a mis amigas. Pese a llevar años sin vernos, parecía que el tiempo no había pasado. Con cincuenta y cinco años cumplidos, Antoñita seguía sirviendo en casa de los Muñoz y llevando uniforme, cosa que me enervaba. —Pone

los ojos en blanco—. Como sabía que no se movería de allí sin un buen incentivo, le propuse montar un taller de costura. Yo pondría el dinero y ella su talento. Aceptó sin dudarlo. Nada le resultó más placentero que comunicar a su señora que se largaba. Antoñita puso especial empeño en diseñar el traje de novia de la Patro.

Melisa hace una pausa.

—¿Seguro que no les estoy aburriendo? Los viejos hablamos y hablamos sin darnos cuenta de que nuestras historias tal vez no interesen a nadie.

Mario y la inspectora la animan a que prosiga.

—La Patro, que siempre había sido la más ansiosa por casarse, fue a dar con un mozo que no hacía más que demorar el momento. Tras más de dos décadas festejando, le dio un ultimátum. A la boda solo asistimos Antoñita y yo. Matilde hacía años que había regresado a su pueblo para cuidar de su hijo y de su anciana tía, pero le envió un juego de sábanas bordadas por ella como regalo. En un bonito gesto que me emocionó, insistió en acercarse al cementerio de Montjuïc para dejar sobre la tumba de Lucía su ramo de novia.

—Ha tenido una vida muy intensa, no cabe duda —señala la inspectora.

—Y he aprovechado cada minuto. Aunque ahora, sin Erich a mi lado, no es lo mismo.

Lo que no dice es que hay noches que lo añora con tal intensidad que le duele el alma y cree que no va a ser capaz de seguir viviendo sin él. Pero entonces vuelve a salir el sol y continúa adelante, igual que hizo el día que falleció.

Melisa se pone en pie, gesto que imitan de inmediato Mario y Alicia. Ambos le estrechan la mano para despedirse. Él la retiene entre las suyas y la mira a los ojos.

—La Mimosa está abierta para usted. No he hecho grandes cambios, más allá de renovar las estructuras y poner muebles modernos. Quizá le sea grato recordar el tiempo que usted y Erich pasaron allí.

Emocionada por el ofrecimiento, le envuelve la mano con las suyas.

—Se lo agradezco infinito.

94

2001

El manto blanco que cubría la calle días atrás ha desaparecido. El único recuerdo de la nevada son los pequeños montículos de hielo grisáceo y sucio que el tímido sol de diciembre no ha logrado fundir y se acumulan en las aceras. Las bajas temperaturas invitan a permanecer en casa, al abrigo de la calefacción, pero a Melisa, que sufrió de niña la rigidez del invierno castellano, no la asusta el frío. Si por ella fuera, ya habría salido a dar un paseo, pero a su cuidadora le preocupa que resbale con alguna placa de hielo.

Mientras espera a que Gladys llegue a casa con la compra y la prensa del día, se sienta en el sofá a leer una novela hasta que las letras se tornan borrosas. Al devolver el libro a la estantería, se detiene, como tiene por costumbre, a contemplar las fotografías enmarcadas sobre el aparador. Al igual que ella, acusan el paso de los años. Coge la que se hicieron durante su luna de miel en Cascais, una villa pesquera al sudoeste de Lisboa. Erich quería llevarla a París, pero la capital seguía bajo dominio nazi, por lo que se quedó en promesa. En Cascais, Erich la enseñó a nadar y, aunque el mar le inspiraba respeto, pronto cogió confianza. Por las noches, después de cenar en el casco histórico, regresaban al hotel, donde gozaban de su amor. Desde Portugal seguían el curso de los acontecimientos. El bombardeo de los japoneses a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941 provocó la entrada de Estados Unidos en el conflicto bélico. Y

aunque entonces no lo sabían, solo un día después los nazis iniciaron el exterminio de judíos en el campo polaco de Chełmno. La Solución Final se planificó de manera formal en enero de 1942, en una villa a las afueras de Berlín.

Melisa acaricia el cristal que protege la imagen y la devuelve a su sitio. «No cambiaría ni un instante de los años que viví a tu lado, amor mío», dice en voz alta. Sus ojos se posan en una foto reciente de ella con sus amigas, tomada en la residencia donde vive la Patro desde que hace tres años el alzhéimer borró sus recuerdos. Ya no las reconoce, pero cuando Melisa y Antoñita van a visitarla y le hablan de Lucía, de Matilde y de las tardes en el Salón Cibeles, la Patro les aprieta la mano con fuerza y un brillo especial ilumina su mirada vacía. Es entonces cuando las tres amigas vuelven a sentirse como si tuvieran veinte años.

Melisa decide salir al jardín para despejarse. Sin pretenderlo, fija la mirada en la casa de enfrente y, obedeciendo a un impulso irresistible, atraviesa la calle. Han pasado dos semanas desde que Mario la invitó a visitarlo. Traspasa la verja de La Mimosa y recorre los adoquines del jardín hasta la puerta principal. Han transcurrido sesenta años desde la última vez. Llama al timbre con dedos temblorosos.

—Buenos días, espero no molestar —dice cuando Mario le abre.

—En absoluto. Pase, por favor.

Melisa mira a su alrededor. Admira las pinturas del techo, que han vuelto a cobrar vida. Se emociona al evocar la primera vez que las vio. Después repara en la escalera que conduce al piso superior. Todo está recién bruñido, tal cual era. Mario la invita a pasar al salón, donde lo único que reconoce es la chimenea; los muebles son todos nuevos, como era de suponer.

—Disculpe que no le ofrezca nada. Aún no he terminado de instalarme. Me ha pillado por casualidad, estaba a punto de salir.

—En ese caso, quizá sea mejor que vuelva en otro momento.

—Tengo tiempo de sobra. No se preocupe.

—No le entretendré mucho.

Tras enseñarle la cocina, enfilan un corto pasillo.

—Y por aquí se baja al sótano —explica Mario abriendo una puerta a su derecha.

Al encender el interruptor, el espacio se ilumina con una luz potente y fría.

Melisa se estremece sobrecogida ante la intensidad con que la pesadilla vivida en aquel espacio regresa a su mente. Rechaza la invitación a bajar. En cambio, acepta visitar las habitaciones del piso superior. Sus pies la conducen al dormitorio donde hizo el amor con Erich por primera vez. Ahí se permite deleitarse con el grato recuerdo.

—La casa está quedando preciosa, Mario. Me alegro de que la haya comprado usted. Si le parece bien, me gustaría salir al jardín.

—Por supuesto. Tenga cuidado, todavía hay restos de nieve.

Van hasta el rincón donde se encuentra la mimosa.

—A lo largo de estos años nadie descubrió el secreto —dice ella.

—Quizá no se quedaban el tiempo suficiente. Por el estado en que encontré la casa, ningún propietario hizo grandes reformas —apunta Mario. Da unos pasos para mirarla de frente—. Hay algo que me intriga. Si tanto le dolió no poder recuperar esta casa, ¿por qué se instaló justo delante?

—A medida que envejecemos, sentimos la necesidad de regresar al lugar donde fuimos felices. Puede que no lo fuéramos todo el tiempo, pero con el paso de los años la memoria tiende a ser indulgente y solo recordamos lo bueno.

—Tiene lógica —asiente él.

—¿Qué ha pasado con los restos de Isaac?

—Imagino que seguirán en el laboratorio forense si no les han dado ya sepultura en una fosa común dentro del cementerio. Llamaré a la inspectora Vega para asegurarme. Por desgracia, no hay familiares a quienes devolverles los restos.

—Yo soy su familia. Si aún es posible, me gustaría darle un buen entierro, con una lápida que lo recuerde.

Al escucharla, Mario siente que ha cumplido el objetivo que se propuso cuando empezó a investigar. Señala la mimosa con el mentón.

—¿Cree que florecerá cuando llegue el mes de enero?

—Me parece que ya ha cumplido su ciclo —responde ella mientras pasa la mano por la corteza—. Pero ¿quién sabe? Este árbol es un superviviente. Como yo. En fin, tengo que irme ya. Si Gladys ha vuelto, se estará preguntando dónde estoy.

De pronto, suena el móvil de Mario. Antes de responder, se despide de Melisa.

—Tengo que atender esta llamada. Ha sido un placer hablar con usted.

—Lo mismo digo.

—Vuelva siempre que lo desee.

Melisa contempla por última vez la tierra donde dio sepultura a Isaac. A punto de regresar a su casa, un susurro atrae su atención. Alza los ojos hacia la mimosa y entre sus ramas mecidas por el viento vislumbra un diminuto brote abriéndose paso a la vida.

NOTA DE LA AUTORA

Las criadas que protagonizan esta novela son personajes de ficción; sin embargo, sus vidas tienen pinceladas de mujeres que, al igual que Melisa, Antoñita, Matilde y la Patro, llegaron a Barcelona huyendo del hambre y la miseria de la posguerra. Siendo apenas una adolescente, las veía en el barrio y en las casas de mis compañeras de colegio. Aquellas mujeres de edad avanzada seguían vistiendo uniforme y profesaban a sus señores una lealtad inquebrantable. Tan comprometidas estaban con las vidas de las familias a las que servían que olvidaron vivir la suya. Mientras escribía este libro, he lamentado no haber prestado más atención a las historias que contaban.

He rellenado ese vacío de mi memoria con los testimonios que recoge Aritza Sáenz del Castillo Velasco en *Sin descanso. El servicio doméstico durante el franquismo* (Universidad de Barcelona-Icaria Editorial), una obra de investigación que aborda la cruda realidad diaria de las que tenían que servir. Igual de ilustrativo me resultó el ensayo de Eider de Dios Fernández *¡Y la criada salió respondona! Las trabajadoras del servicio doméstico en la guerra civil y la posguerra.*

El Salón Cibeles, baile al que acuden las criadas de la novela en su tarde libre, existió en realidad. La idea de incluirlo en la trama surgió a raíz de un artículo de Jesús Fraiz Ordóñez, cronista de Barcelona y autor de *La Barcelona de antes*, blog imprescindible para navegar por el pasado de la ciudad.

En 2023, un año antes de su fallecimiento, Jesús Fraiz escribió en *lavanguardia.com* una crónica sobre el mítico espacio de baile. Está disponible en <https://www.lavanguardia.com/participacion/cartas/20230413/8890752/historia-baile-criadas-cibeles.html>. Entre las curiosas anécdotas que narra, me llamó la atención que en los años cuarenta se lo conociera como «el baile de las criadas» por su popularidad entre estas. Tuve claro que ese sería el título del libro y que en el Salón Cibeles se gestaría el romance entre Melisa y Erich.

De adoctrinar a las jóvenes para relegarlas a los confines del hogar y al servicio del hombre se encargó la Sección Femenina, rama del partido de la Falange que bebía de los principios de la Liga Nacionalsocialista de Mujeres de la Alemania nazi. El artículo «Con el brazo alzado. Las falangistas catalanas durante la República y la guerra civil», publicado por Soledad Bengoechea en el portal *Ser histórico*, me ha permitido conocer a las figuras más relevantes de la Sección Femenina catalana, entre ellas, a María Josefa Viñamata Castanyer y Montserrat de Romañá, dos de sus fundadoras en Barcelona. Me he tomado la libertad de convertir a estas damas de la alta sociedad en amigas del personaje de doña Isabel.

Algunos de los actos mencionados en la novela, como la celebración del 52 cumpleaños de Hitler en el cine Coliseum de Barcelona y la inauguración del Hogar Alemán en Sant Feliu de Guíxols, tuvieron lugar el 20 de abril y el 15 de junio de 1941, año en que transcurre la trama. Ambos eventos contaron con la asistencia de falangistas e importantes mandos nazis, como Hans Thomsen, jefe del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán en España, Walter Bartoleit, jefe local del partido, y Rolf Jaeger, cónsul general de Alemania en Barcelona. Todos ellos transitan por las páginas de la novela junto a los personajes ficticios. Antonio Correa

Veglison, por aquel entonces gobernador civil de Barcelona y jefe provincial del Movimiento, envió un representante a ambos actos, pero me he permitido invitarlo a una cena en homenaje al Führer que cobra especial relevancia en la trama.

De la impunidad con que los nazis se movieron por Cataluña durante la Segunda Guerra Mundial dan fe dos obras imprescindibles para cualquiera que desee ahondar en el tema: *La ciudad y la esvástica*, de Manu Valentín (Comanegra), un estudio del nazismo en la capital catalana en los años treinta y cuarenta, y *Nazis en Barcelona* (L'Avenç y Ajuntament de Barcelona). Este libro de Mireia Capdevila y Francesc Vilanova contiene gran número de fotografías de los actos fascistas que tuvieron lugar en Barcelona, Sabadell y Terrassa, y pone rostro a los gerifaltes nazis y falangistas que pululaban por esas ciudades en los primeros años de guerra. Igualmente revelador resulta «Agents nazis a Catalunya», artículo publicado por el periodista Jordi Finestres en la revista *Sàpiens* tras localizar en los Archivos Nacionales de Estados Unidos documentos desclasificados sobre la red de colaboradores nazis en Cataluña.

La ocupación de Francia por la Alemania nazi obligó a muchos judíos a cruzar la frontera con España. Existe documentación amplia sobre el tema en libros, ensayos y webs. *Perseguidos y salvados* (<https://perseguits-i-salvats.diba.cat/es>) recoge testimonios de su huida a través de los Pirineos. Asimismo, los artículos recopilados en la página *Enciclopedia del Holocausto* (<https://encyclopedia.ushmm.org/es>) ponen de relieve la enormidad del Holocausto, al igual que el libro *Huyendo del Holocausto*, de Josep Calvet (Editorial Milenio).

Durante la Segunda Guerra Mundial, en España y en Portugal gobernaban dos dictaduras antijudías y simpatizantes de los nazis que tenían prohibido facilitar visados de entrada a los judíos. El

cónsul portugués en Burdeos, Arístides de Sousa Mendes, y el secretario de la embajada española en París, Eduardo Propper de Callejón, se enfrentaron a sus respectivos gobiernos y proporcionaron una vía de escape a cientos de judíos. No fueron los únicos. Enrique Compte Azcuaga, entonces cónsul español en Saint-Étienne, otorgó la nacionalidad española a Samuel Skornicki, un judío en el punto de mira de la Gestapo por sus actividades con la Resistencia. Rebautizado como Santos Montero, Skornicki reconoció años más tarde que había adoptado el apellido de la etiqueta de una botella de licor que vio sobre el escritorio del cónsul. La fascinante historia de este judío me inspiró el personaje de Simón Izarra.

Tras su huida, los bienes de los judíos acabaron en manos de los nazis. Hermann Göring, segundo hombre del Reich, y el propio Hitler nutrieron sus colecciones con el expolio de obras de arte. Algunos historiadores señalan que este no hubiera sido posible sin la connivencia de marchantes y directores de museos. El informe de la Unidad de Investigación sobre el Arte Expoliado (ALIU) constata que los países neutrales en el conflicto mundial, como España, fueron la vía de salida para el arte expoliado por los alemanes en los territorios ocupados. *El expolio nazi*, del catedrático de historia Miguel Martorell (Galaxia Gutenberg) documenta ampliamente el tema.

Conocedor de la pasión de Adolf Hitler por el arte, y para agradecerle su apoyo, al término de la Guerra Civil Franco le había hecho llegar varios lienzos del pintor Ignacio Zuloaga. A principios de los años cuarenta el dictador quiso rizar el rizo. Según explica Arturo Colorado Castellary en su obra *Arte, revancha y propaganda* (Cátedra), al parecer quiso regalar al Führer un Goya, pero al final cambió de idea. Este dato histórico me ha servido de fuente de

inspiración para una parte de la novela, aunque, en aras del argumento, lo he convertido en un Greco.

Pese a que no se menciona en la trama, para recuperar *La Inmaculada Concepción de los Venerables*, lienzo saqueado por el mariscal Soult en 1813, durante la guerra de la Independencia, el Museo del Prado cedió al Louvre un retrato de doña Mariana de Austria, de Velázquez. Algunas fuentes aseguran que la Inmaculada regresó a España en diciembre de 1940; según el Museo del Prado, en 1941. Por supuesto, forma parte de la ficción el acuerdo al que llega el personaje Erich von Lechner con Jacques Jaujard, director del Louvre, y los responsables del Prado para orquestar su venganza.

Si a los nazis les fascinaba el arte, los falangistas no se quedaban atrás. Colgar en las paredes de sus casas obras de arte elevaba el estatus de los que se habían enriquecido tras la contienda civil. La tesis académica de Cristina Zabala Adrada, «Las galerías de arte de Barcelona en los años 40», me descubrió el perfil de estos personajes que invertían grandes sumas en cuadros, a menudo con escaso criterio.

El régimen franquista no reparó en gastos para agasajar a sus amigos nazis, como fue el caso de la visita de Himmler a Madrid y Barcelona en 1940. Mientras, el pueblo buscaba la manera de sobrevivir. *Las recetas del hambre*, de David Conde y Lorenzo Mariano (Crítica), es una guía ilustrada de lo que se cocinaba en las casas humildes en tiempos de la hambruna. Unos menús que incluían tortilla de patatas sin huevo ni patatas. Si bien las cartillas de racionamiento condicionaban la vida de los pobres, el estraperlo hizo posible que las clases pudientes disfrutaran de todo tipo de productos. Entre la bibliografía consultada sobre el tema quiero destacar *Cuando la riqueza se codeaba con el hambre. Vida*

nocturna en la Barcelona de la posguerra. 1939-1952, de Paco Villar, y *Los años del miedo*, de Juan Eslava Galán (Planeta), una crónica de la España de la posguerra pletórica de humor incisivo. No puedo dejar de mencionar *Historia de España. República y Guerra Civil. Vol. 8*, de Julián Casanova (Crítica), memoria imprescindible de unos tiempos convulsos.

Las páginas del *Diario de Barcelona*, un periódico desaparecido que puede consultarse en la hemeroteca digital del Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona, han sido una mina de oro. He disfrutado leyendo sobre acontecimientos sociales, cartelera de ocio y partes de guerra abiertamente pronazis, al menos hasta 1944, cuando el régimen franquista empezó a dudar de que Alemania ganara la guerra. Los blogs *La Barcelona de antes* y *Barcelofília* me han descubierto los restaurantes y bailes que frecuentaba la burguesía en 1941.

Aunque he intentado ser fiel a la realidad a la hora de retratar los hechos históricos, me he tomado pequeñas licencias. La Miranda, en la actualidad un residencial de lujo ubicado en Esplugues de Llobregat, empezó a urbanizarse en 1945. No obstante, en la narración aparecen casas construidas varios años antes.

Solo me resta agradecerte que hayas elegido esta novela y desear que hayas disfrutado de su lectura.

AGRADECIMIENTOS

Escribir esta novela ha sido un viaje emocionante. Agradezco a mi agente, Pablo Álvarez, y a David de Alba que me hayan acompañado durante todo el camino. Me faltan palabras para expresarles mi gratitud por su apoyo, sus acertadas sugerencias y su confianza.

Gracias a Francisco Martínez Hoyos, doctor en Historia y escritor. Amigo, no sabes cuánto aprendo contigo.

Gracias a Marta de Planells, del archivo municipal de Esplugues, y a Marta Guirado, del Registro de la Propiedad, que dieron respuesta a todas mis preguntas, incluso a las más raras.

Gran parte de esta novela la escribí en la Biblioteca Pare Miquel d'Esplugues. Allí solo me falta una silla ergonómica para sentirme como en casa. Doy las gracias a su atento personal por conseguirme con celeridad todos los libros que les pido.

Mis sobrinos, Claudia y Marc, me ayudaron con el idioma alemán y con las incidencias informáticas. Gracias por vuestra paciencia. Y gracias también a mi hermano, Emilio, a mi cuñada, María, y a mi prima Mercedes, que me alegra los días con sus wasaps.

Gracias a Héctor y a María José por esas cenas con largas sobremesas.

A Jorge, por pensar en mí aun estando tan lejos.

Gracias a Daniel Peñarroja por resolver mis dudas legales.

A mis compañeros de *Lecturas* y al director, Luis Pliego.

Y a Roser Camps, que me hace las mejores fotos.

El baile de las criadas
Premio de Novela Fernando Lara 2026
Marta Platel

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Imagen de la cubierta: © Fox Photos y © Hulton-Deutsch Collection/CORBIS/Getty Images
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Marta Platel de la Fuente, 2026
Autora representada por Editabundo S.L., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 978-84-08-32277-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta